

William Hope Hodgson

Carnacki, el cazador de fantasmas

LA PUERTA DEL MONSTRUO

En respuesta a la acostumbrada postal de Carnacki que me invitaba a cenar y a escuchar una historia, me dirigí a Cheyne Walk, encontrándome con que las otras tres personas que siempre eran convocadas a aquellas entrañables tertulias habían llegado poco antes. Cinco minutos más tarde, Carnacki, Jessop, Taylor y yo nos entregábamos a esa «amable ocupación» de cenar.

—Esta vez no has estado fuera mucho tiempo —comenté, dirigiéndome a Carnacki, a punto ya de terminarme la sopa, olvidando, por un momento, que no le gustaba que se abordasen, siquiera, los aspectos colaterales de su historia hasta que no hubiera llegado el instante que consideraba oportuno. Entonces, él se convertiría en todo un torrente de palabras.

—No —respondió lacónicamente, por lo que cambié de tema, haciendo la observación de que me había comprado un nuevo fusil.

Acogió la noticia con un inteligente asentimiento y una sonrisa, lo que me hizo pensar que mi intencionado cambio de conversación había sido aceptado por su parte con genuino buen humor.

Más tarde, acabada la cena, Carnacki se instaló confortablemente en su gran sillón, encendió su pipa, y comenzó a contar su historia, prescindiendo casi de los preliminares:

Como Dodgson observaba hace unos momentos, he estado fuera muy poco tiempo, y por una buena razón... La verdad es que me encontraba muy cerca de este lugar. No voy a revelaros su localización exacta, aunque sí puedo deciros que dista de aquí menos de veinte millas; por eso no creo que un simple cambio de nombre vaya a estropear la historia. ¡Y vaya historia! Es una de las cosas más extraordinarias que jamás me habían ocurrido.

Hace unos quince días recibí una carta de un hombre, a quien daré el nombre de Anderson, solicitándome una entrevista. Acepté recibirle y, cuando llegó, comprendí que lo que quería era que examinara, e incluso que resolviese, un caso antiguo y bien documentado de lo que él llamaba «embrujo». Me abrumó con tantos detalles que acepté ocuparme de él, ya que el asunto me parecía sin parangón con ningún caso conocido hasta entonces.

Dos días después, al atardecer, llegué a la casa en cuestión, descubriendo que se trataba de una vieja mansión que se erguía solitaria en medio de sus dominios.

Anderson le había dejado una carta al mayordomo, en la que me rogaba que disculpara su ausencia, y ponía a mi disposición toda la casa para lo que precisase en mis investigaciones.

Era evidente que el mayordomo conocía el objeto de mi visita, así que en el transcurso de la cena, demasiado solitaria para mi gusto, le interrogué a fondo. Era un

antiguo sirviente de la casa y sin duda gozaba en ella de privilegios, pues conocía con todo lujo de detalles la leyenda de la Habitación Gris. Por él me enteré de los particulares concernientes a dos cosas que Anderson sólo había mencionado de manera casual. La primera, que a medianoche se podía oír la puerta de la Habitación Gris, abriéndose y cerrándose violentamente, por más que el propio mayordomo se encargara de cerrarla con llave y de que ésta permaneciera con las demás en el manajo que se guardaba en la despensa. La segunda, que la ropa de la cama que había en ella siempre se encontraba amontonada en uno de los rincones de la habitación.

Pero era el batir de la puerta lo que más alteraba al viejo mayordomo. En más de una ocasión, según me confesó, había permanecido despierto, escuchándola y temblando de miedo, pues había momentos en que la puerta no dejaba de abrirse y de cerrarse, ¡plam! ¡plam! ¡plam!, de suerte que resultaba imposible dormir.

Yo sabía, gracias a Anderson, que la habitación tenía una historia que se remontaba a más de ciento cincuenta años. En ella habían sido estranguladas tres personas: uno de sus antepasados, su esposa y el hijo de ambos. La historia era auténtica, ya que yo había puesto especial empeño en comprobarla; así pues, y con la convicción de que me disponía a investigar un caso excepcional, como os podéis imaginar, después de cenar subí al piso de arriba para echar un vistazo a la Habitación Gris.

Peters, el mayordomo, quiso ponerse en su puesto al enterarse de mi proyecto y me aseguró que, en los veinte años que llevaba de servicio, nadie había entrado en aquella habitación después de anochecer. Me rogó, casi de modo paternal, que esperase hasta el día siguiente, cuando no hubiera peligro y él pudiera acompañarme.

Como es lógico, le dije que no se preocupase. Comenté que sólo iba a echar un vistazo y a poner cinco o seis precintos. No debía temer nada, ya que yo estaba muy acostumbrado a ese tipo de cosas. Pero mientras le hablaba no hacía más que mover la cabeza.

—No hay muchos fantasmas como los nuestros, señor —me aseguró, con lúgubre orgullo. ¡Y, por Júpiter, que estaba en lo cierto, como veréis!

Cogí un par de velas, y Peters me siguió con su manajo de llaves. Abrió la cerradura, pero no quiso seguirme al interior de la estancia. Estaba visiblemente aterrado y me suplicó una vez más que dejara mi investigación hasta que fuese de día. Por supuesto que me reí de él y le dije que se podía poner al otro lado de la puerta y capturar a quien saliese por ella.

—Eso no sale nunca, señor —precisó, con su divertida y arcaica manera de hablar. En cierto modo, intentaba prepararme por si me asaltaba el miedo. Pero en aquel momento, como habréis podido comprender, el asustado era él.

Y allí se quedó, mientras yo procedía a examinar la habitación. Era amplia, muy bien surtida de muebles de estilo, entre los que destacaba la descomunal cama

imperial que apoyaba su cabecera en la pared del fondo. Sobre la repisa de la chimenea había dos palmatorias y otras dos en cada una de las tres mesas de la habitación. Las encendí todas, con lo que la pieza me pareció menos lúgubre y deshabitada, aunque no olía a cerrado, lo que implicaba que alguien se ocupaba de su mantenimiento.

Después de haber echado un buen vistazo al lugar, precinté las ventanas con cera y cinta de cometa, lo mismo que los cuadros, las paredes, la chimenea y las hornacinas de las paredes. Mientras hacía mi trabajo, el mayordomo se mantuvo al otro lado de la puerta y no pude convencerle de que entrara, aunque me chanceara de vez en cuando de él, mientras, entre idas y venidas, iba fijando las cintas. Y él no paraba de repetirme una y otra vez:

—Sé que el señor me perdonará, pero me agradecería que abandonara la habitación; temo ciertamente por el señor.

Le contesté que no me esperase, pero él se comportó noblemente, tal y como creía que era su obligación. Me dijo que no podía irse y dejarme solo en aquel lugar. Se disculpó, dando a entender que era evidente que no me percataba del peligro que rondaba por aquella habitación; sin embargo yo pude ver que su terror iba en aumento. Pero me dio igual, porque tenía que dejar la habitación en tal estado que me permitiera saber si algún objeto material había entrado en ella, por lo que le rogué que no me molestara, a no ser que realmente oyera algo. Comenzaba a ponerme nervioso, pues el ambiente de aquella habitación ya era de por sí lo bastante lúgubre para que no se necesitara hacerlo más siniestro.

Seguí disponiéndolo todo durante algún tiempo más, tensando las cintas sobre el suelo y sellándolas, de suerte que el más mínimo roce bastase para romper la cera, por si acaso alguien se aventuraba a oscuras en la habitación con intenciones de gastar una broma.

Todo aquello me llevó más tiempo del que había previsto, ya que de repente oí que un reloj estaba dando las once. Me había quitado la chaqueta poco antes de ponerme a trabajar y, cuando prácticamente había acabado todo lo que tenía que hacer, atravesé la habitación para recogerla de encima del sofá, donde la había dejado... En el preciso momento en que me la estaba poniendo, llegó hasta mí la voz chillona y despavorida del viejo mayordomo, quien no había dicho una palabra durante la última hora:

—¡Deprisa, salga, señor! ¡Va a ocurrir algo!

¡Por Júpiter! Creo que di un salto. Entonces una de las velas de la mesa situada a la izquierda de la cama se apagó. No podría decir si por el viento o por cualquier otra causa; lo único que sé es que en ese instante estaba tan asustado que eché a correr hacia la puerta. Sin embargo, tengo el placer de decirles que me detuve antes de llegar a ella. Me resultaba imposible huir de una manera tan vergonzosa, con el mayordomo

esperándome fuera, después de haberle largado el típico discurso de «¡Animo! ¡Hay que ser valiente!»

Así pues, volví sobre mis pasos, cogí las dos palmatorias que había en la repisa de la chimenea y atravesé la habitación, pasando al lado de la cama. Y la verdad, no vi nada. Apagué la vela que aún seguía encendida y las restantes de las otras dos mesas. Al otro lado de la puerta, el viejo repitió nuevamente:

—¡Oh, señor! ¡Se lo ruego! ¡Se lo suplico!

—Todo va bien, Peters —dije, pero, ¡diantre!, mi voz no sonaba tan convincente como pensaba. Me dirigí hacia la salida, y tuve que esforzarme un tanto para no echar a correr. Como podéis imaginaros, di grandes zancadas.

Cuando llegaba a la puerta, tuve la súbita sensación de que por la habitación corría un viento frío. Era como si la ventana se hubiese abierto de repente.

Cuando salí, el viejo mayordomo retrocedió unos pasos, de manera instintiva.

—¡Encienda las velas, Peters! —le espeté en tono imperioso, poniéndole las palmatorias en las manos.

Me volví, cogí el pomo de la puerta y la cerré violentamente. ¿Me creeríais si os dijera que al hacerlo tuve la impresión de que algo se oponía? Pensé que sólo eran cosas de mi imaginación. Así que metí la llave en la cerradura y le di dos vueltas, primero una y después otra, asegurándome de que quedaba bien cerrada.

Tras aquello me sentí más tranquilo y procedí a precintar la puerta. En un exceso de celo, tapé con una de mis tarjetas de visita el ojo de la cerradura y lo precinté. A continuación me guardé la llave en un bolsillo y bajé por la escalera, acompañado de Peters, quien, nervioso y en silencio, abría la marcha. ¡Pobre diablo! Hasta aquel momento no me había dado cuenta de que en las últimas dos o tres horas se había visto sometido a una considerable tensión.

Al filo de la medianoche me fui a la cama. Mi habitación estaba al final del corredor donde se encontraba la Habitación Gris. Conté las puertas que me separaban de ella y vi que eran cinco. Estoy seguro de que comprenderéis que no me importó.

En el preciso momento en que comenzaba a desvestirme, se me ocurrió una idea. Cogí la vela y la cera de sellar y comencé a precintar las puertas de las cinco habitaciones: si en mitad de la noche alguna comenzaba a abrirse y cerrarse de golpe, sabría con exactitud cual era.

Volví a mi habitación, eché la llave y me metí en la cama. Un gran estruendo, que venía de algún lugar del corredor, me sacó de un profundo sueño. Me senté en la cama y agucé el oído, pero no capté nada. Encendí la vela, y en aquel mismo instante volví a oír el ruido que hacía una puerta cerrándose violentamente a lo largo del corredor.

Salté de la cama y cogí el revólver. Abrí la puerta y salí al corredor, con la vela bien alta y el revólver amartillado. Pero ocurrió algo inexplicable: fui completamente

incapaz de dar un paso hacia la Habitación Gris. Ya sabéis que no soy nada cobarde. He estado metido en tantos asuntos implicados con apariciones fantasmales que nadie podría acusarme de serlo. Bueno, pues os confieso que estaba asustado, tan asustado como cualquier bendito crío.

Aquella noche había en el aire algo terriblemente impío. Retrocedí hasta mi habitación, cerré la puerta y eché la llave. Toda la noche la pasé sentado en la cama, escuchando, casi hasta ponerme enfermo, el tétrico batir de una puerta situada en el extremo del corredor. El sonido parecía repercutir en toda la casa.

Finalmente, cuando alboreó el día, me lavé y vestí. La puerta no había sonado desde hacía una hora y ya comenzaba a calmarme de los nervios. Me sentía avergonzado de mí mismo, cosa que en cierto modo era una sandez, ya que, cuando uno se mete en ese tipo de asuntos, hay ocasiones en que los nervios acaban por abandonarle. Y lo único que se puede hacer es quedarse sentado en silencio, llamándose cobarde hasta que uno se encuentra a salvo con la llegada del nuevo día. Pero quiero creer que hay ocasiones en que se trata de algo más que de mera cobardía. Pienso que en esas ocasiones hay Algo que nos avisa y lucha por nosotros. Pero me da igual, porque, indefectiblemente, siempre que ocurre me siento mal e incómodo conmigo mismo.

Cuando fue plenamente de día, abrí la puerta y, con el revólver en la mano, avancé despacio a lo largo del pasillo; al llegar al rellano vi subir por la escalera al viejo mayordomo, que me traía una taza de café. Se había puesto los pantalones debajo de la camisa de dormir y calzaba un par de viejas zapatillas de paño.

—¡Hola, Peters! —dije, sintiéndome repentinamente animado, pues estaba igual de contento que un niño perdido que acaba de encontrar a un ser humano—. ¿Adonde va con ese refrigerio?

El anciano se sobresaltó y vertió un poco de café. Me miró fijamente y pude apreciar su semblante pálido y desencajado. Se acercó hasta el rellano y me entregó la pequeña bandeja.

—Me encuentro ciertamente agradecido al comprobar que el señor se encuentra bien y a salvo —dijo—. En cierto momento temí que el señor se hubiese atrevido a entrar en la Habitación Gris. He permanecido despierto toda la noche, por el sonido de la puerta. Y cuando ha empezado a amanecer he pensado que debía hacerle una taza de café. Sabía que el señor iría a examinar los precintos y también que, en cierto modo, dos personas están más seguras que una sola?.

—Peters —dije—, es usted encantador. Muy amable de su parte —y me tomé el café—. Venga —indiqué, mientras le devolvía la bandeja—. Vamos a ver qué han hecho esos brutos. No he tenido el valor de ir a verlo de noche.

—¡Eso es algo que agradezco al señor! —replicó—. La gente de carne y hueso nada puede contra los demonios, y eso, señor, es lo que hay en la Habitación Gris

cuando se hace de noche.

Mientras avanzábamos por el pasillo, iba examinando los precintos de todas las puertas, encontrándolos intactos; pero, al llegar a la Habitación Gris, comprobé que el suyo estaba roto, aunque la tarjeta de visita del ojo de la cerradura no había sido tocada. La arranqué, metí la llave y abrí la puerta, más bien con precaución, como podéis imaginar; pero nada había en la habitación que pudiese causar espanto, la cual, por otra parte, estaba muy iluminada.

Examiné todos los precintos, sin encontrar uno solo que hubiese sido tocado. El viejo mayordomo, que me había seguido, dijo de improviso:

—¡La ropa de la cama, señor!

Corrí hacia el lecho y me fijé en él. En efecto, la ropa se encontraba en el rincón que había a su izquierda. ¡Por Júpiter! Imaginaos lo que sentí en aquel momento. Algo había estado en la habitación. Durante un momento, mi mirada no hizo otra cosa que ir de la cama a la ropa tirada en el suelo. Tenía la impresión de que no debía tocar ninguna de ambas cosas. El viejo Peters, sin embargo, no parecía tan afectado como yo. Fue a coger las mantas, para hacer nuevamente la cama, como sin duda venía haciendo a diario desde hacía veinte años, pero yo se lo impedí. No quería que tocara nada hasta no haber terminado mi inspección. Invertí en ella más de una hora y sólo entonces permití a Peters que hiciera la cama, después de lo cual salimos fuera, y yo cerré la puerta, pues la habitación me estaba haciendo perder los nervios.

Di un corto paseo y almorcé a continuación, tras lo cual me sentí más dueño de mí. Volví a la Habitación Gris y, con ayuda de Peters y de una doncella, la vacié de todo su contenido, cuadros incluidos, no dejando más que la cama. Examiné las paredes, el piso y el techo, con ayuda de una sonda, un martillo y una lente de aumento, sin encontrar nada anormal. Puedo aseguraros que comenzaba a creer que alguna cosa increíble había campado por sus respetos en aquella habitación durante la pasada noche.

Coloqué nuevamente precintos a discreción y salí, echando la llave y precintando la puerta como hiciera anteriormente.

Aquella noche, después de cenar, Peters y yo desembalamos parte del material que había llevado conmigo, mientras instalaba mi cámara y su flash frente a la puerta de la Habitación Gris, de la que partía un hilo que iba hasta su disparador. Como veis, si de veras la puerta se abría, el fogonazo del flash la iluminaría, y quizá a la mañana siguiente podríamos examinar una curiosa fotografía.

Lo último que hice antes de salir fue quitar la tapa que protegía el objetivo, tras lo cual me fui al dormitorio y me acosté, ya que tenía el propósito de levantarme a medianoche; para estar bien seguro, ajusté mi pequeño despertador a la hora indicada y dejé encendida la vela.

La campanilla me despertó a las doce; me levanté, me puse una bata y unas

zapatillas, deslicé el revólver en el bolsillo inferior derecho y abrí la puerta. Encendí la lámpara con filtro rojo que utilizo para revelar y la ajusté para que diera suficiente luz. Recorrí a lo largo del corredor unos treinta pasos, con ella en la mano, y la deposité en el suelo, de suerte que pudiese mostrarme cualquier cosa que se acercase a lo largo del oscuro pasaje. Entonces regresé y me senté en el umbral de mi habitación, con el revólver al alcance de la mano, sin perder de vista el corredor, justo hasta el lugar donde sabía que había dejado la cámara, fuera de la puerta de la Habitación Gris.

Llevaba vigilando cerca de hora y media, cuando de pronto oí un tenue ruido que venía del corredor. En seguida noté un extraño hormigueo en la base del cráneo, y mis manos comenzaron a transpirar ligeramente. Un instante después, el tramo final del pasillo se iluminaba con un resplandor imprevisto.

Después de aquello, regresaron las tinieblas y yo escruté nerviosamente el extremo del corredor, aguzando ansiosamente el oído, en un afán de distinguir lo que se encontraba más allá del tenue y rojo resplandor de mi linterna, que entonces me pareció ridículamente débil en comparación con el tremendo foganazo del flash... Y en aquel momento, mientras estaba inclinado hacia delante, mirando fijamente y escuchando, llegó hasta mí el demoledor estruendo de la puerta de la Habitación Gris. El sonido parecía llenar por completo el largo corredor y suscitar cavernosos ecos en toda la casa. Os diré que me sentí fatal... como si no tuviese más que agua en las venas.

Sencillamente terrible. ¡Por Júpiter! ¡Cómo me quedé, mientras escrutaba las tinieblas e intentaba oír algo! Y entonces volvió, ¡plam! ¡plam! ¡plam!, y de nuevo se hizo el silencio, que era mucho peor que el ruido de la puerta, pues yo me imaginaba que alguna brutal entidad se deslizaba furtivamente hacia mí a lo largo del corredor.

De pronto se me apagó la linterna y no pude ver más allá de una yarda.

Inmediatamente comprendí que, quedándome allí sentado, cometía una auténtica estupidez, por lo que me levanté de un salto. Mientras lo hacía, me pareció oír un ruido en el pasillo, muy cerca de mí, así que me abalancé hacia mi habitación, cerré la puerta de golpe y eché la llave por dentro.

Me senté en la cama y me quedé mirando fijamente hacia la puerta. Tenía el revólver en la mano, aunque me pareciera algo que estaba abominablemente fuera de lugar. ¿Podéis comprenderlo? Sentía que había algo al otro lado de la puerta. Por alguna razón desconocida, sabía que estaba haciendo presión contra ella y que no era consistente. Eso fue justamente lo que pensé. ¡Y la ocurrencia era de lo más extraordinario, si pensáis un poco en ello!

No tardé en recobrar un poco de valor, y me puse a trazar en el piso, a toda prisa y ayudándome de un trozo de tiza, un pentáculo, en cuyo interior me quedé sentado hasta que llegó la aurora. Durante todo ese tiempo, en el corredor, la puerta de la

Habitación Gris siguió haciendo ruido a intervalos solemnes y terroríficos. Aquella noche fue para mí algo terrible y espantoso.

A medida que fue despuntando el día, el batir de la puerta decayó en intensidad. Al fin, haciendo acopio de valor, avancé por el corredor bañado en la penumbra y tapé el objetivo de la cámara. Y os diré que me costó bastante decidirme; pero, si no lo hubiera hecho, la fotografía se habría estropeado, y eso era algo que quería evitar a toda costa. Volví a mi habitación y lo primero que hice fue borrar la estrella de cinco puntas dentro de la cual me había sentado.

Media hora más tarde, llamaban discretamente a la puerta. Era Peters con mi café. Después de tomármelo, fuimos a ver la Habitación Gris. A medida que avanzaba por el pasillo iba fijándome en los precintos de las demás puertas, que se hallaban intactos. El de la Habitación Gris estaba roto, lo mismo que el hilo que iba a dar al disparador del flash, pero la tarjeta de visita que tapaba el ojo de la cerradura seguía en su sitio. La arranqué y abrí la puerta.

No observamos nada fuera de lo corriente hasta que no nos acercamos a la cama; entonces vimos, como el día anterior, que la ropa de la cama había sido quitada y tirada en el rincón de la izquierda, exactamente en el mismo lugar que la otra vez. Me asaltó una extraña sensación, que no bastó para que me olvidara de comprobar todos los precintos, constatando que ninguno había sido roto. Me volví, miré al viejo Peters y él me miró a mí, asintiendo con la cabeza.

—¡Vámonos de aquí! —dije—. No es éste lugar para que una persona pueda entrar sin la protección suficientes.

Cuando salimos, eché la llave y precinté de nuevo la puerta.

Después del almuerzo revelé el negativo, pero sólo se distinguía en él la puerta de la Habitación Gris, entreabierta. Entonces me fui de la casa, porque había comprendido que necesitaba ciertas sustancias y accesorios, necesarios para proteger la vida, o quizá el espíritu, ya que pensaba pasar la siguiente noche en la Habitación Gris.

Hacia las cinco y media volví en un coche de punto con toda la impedimenta, que Peters y yo subimos hasta la Habitación Gris, en cuyo centro yo mismo la apilé cuidadosamente. Cuando todo estuvo dentro, incluido un felino que acababa de traer, eché la llave, precinté la puerta y me fui a mi habitación, no sin antes avisar a Peters de que no bajaría a cenar. «Bien, señor», me respondió, y se fue escaleras abajo, pensando que me iría a la cama, que era lo que yo quería que creyese, ya que, si hubiese conocido mis intenciones, se habría preocupado, suponiendo para mí una molestia.

Cogí de mi habitación la cámara y el flash y me apresuré a regresar a la Habitación Gris. Entré en ella, me encerré con llave y la precinté, poniéndome manos a la obra, ya que tenía muchas cosas que hacer antes de que se hiciese de noche.

En primer lugar, quité todas las cintas que surcaban el suelo; después llevé el gato —según encerrado en su cesta— hasta la pared del fondo, y allí lo dejé.

Volví al centro de la habitación y delimité un espacio de veintiún pies de diámetro, que barrí con una escoba de hisopo. Con una tiza, tracé a su alrededor una circunferencia, teniendo cuidado de no pisar encima de ella. A su alrededor restregué varios dientes de ajo, formando una amplia banda circular y, cuando la completé, tomé, de entre lo que había depositado en el centro, una jarrita llena de un determinado tipo de agua. Rompí el lacre que la sellaba y le quité el tapón. Luego, mojando el dedo índice de la mano izquierda en ella, recorrí nuevamente la circunferencia, trazando en el piso, exactamente sin sobrepasar la línea de tiza, el Segundo Signo del Ritual Saaamaaa, uniendo cada uno de sus signos con una medialuna abierta a la izquierda. Y puedo decir que me sentí más a gusto cuando hube acabado todo aquello y completado el «Círculo de Agua».

A continuación seguí desembalando parte del material que había llevado.

Coloqué una vela encendida en cada uno de los «valles» de las medialunas.

Acto seguido, dibujé un pentáculo, de forma que cada una de las cinco puntas de la estrella protectora tocara la circunferencia de tiza. En cada una de ellas coloqué una porción de cierto tipo de pan, envuelto en tela de lino; y en cada uno de los cinco «valles», una jarra, sin tapar, del agua empleada en trazar el «Círculo de Agua». Así completé mi primera barrera protectora.

Cualquier persona, excepto los que conocéis algo de mis métodos de investigación, habría considerado todo aquello como un cúmulo de supersticiones desatinadas y ridículas; pero todos recordaréis «El caso del Velo Negro»: siempre he creído que, si salí con vida de él, fue debido a que utilicé un sistema protector muy parecido; mientras que Aster, por reírse de él y no guarecerse en su interior, murió.

Tomé la idea del Manuscrito Sigsand, escrito no después del siglo XIV. Al principio, como es natural, creí que era una prueba más de las supersticiones de la época, y sólo mucho después de su primera lectura se me ocurrió poner en práctica lo que llamaba «defensa»; lo hice, como acabo de decir, en aquel horrible asunto del Velo Negro. Ya sabéis cómo acabó. Después lo he usado en varias ocasiones y siempre salí airoso, hasta que me encontré con «El caso de las Pielles Andantes». Como sólo se trataba de una «defensa» parcial, por poco no muero dentro del pentáculo. Después de aquello, llegó a mis manos el trabajo del profesor Garder titulado Experimentos con un médium. Cuando rodeaba al médium con una corriente que alcanzaba en el vacío un cierto número de vibraciones, aquel perdía su poder... como si estuviese aislado de lo Inmaterial.

Aquello me hizo pensar y me condujo eventualmente al pentáculo eléctrico, que resulta ser una «defensa» de las más maravillosas contra ciertas manifestaciones. Adopté para aquel método defensivo la forma de la estrella de cinco puntas, porque

personalmente no albergo duda alguna de que ese antiguo símbolo mágico posee alguna virtud extraordinaria. Resulta curioso que un hombre del siglo veinte llegue a admitirlo, ¿verdad? Pero, como todos sabéis, nunca me dejé, ni me dejaré, intimidar por el qué dirán. Y mientras me cuestiono las cosas, mantengo los ojos bien abiertos.

En el caso que os estoy contando, tenía pocas dudas de que no tuviera que vérmelas con algún monstruo sobrenatural, por lo que me decidí a tomar todas las precauciones posibles, ya que el peligro que corría era abominables.

Comencé a montar el pentáculo eléctrico, de suerte que cada uno de sus «valles» y de sus «puntas» coincidiese con los «valles» y «puntas» del pentagrama trazado en el suelo. Acto seguido conecté la batería, y al instante los tubos de vacío que estaban entrelazados emitieron un pálido resplandor azul.

Miré a mi alrededor, con un suave suspiro de tranquilidad, comprendiendo súbitamente que había comenzado a atardecer, ya que la ventana de la pieza aparecía gris y poco acogedora. Eché un vistazo a lo largo y ancho de la estancia vacía, por encima de la doble barrera de luz, la eléctrica y la de las velas, y entonces me asaltó una súbita y desacostumbrada sensación de que algo no iba bien... Ya sabéis, era algo que estaba en el aire, como el presentimiento de que fuese a ocurrir algo sobrenatural. La habitación estaba impregnada de un fuerte olor a ajo untado, algo que detesto sobremanera.

Me volví hacia la cámara y vi que tanto ella como el flash estaban en perfecto estado. Verifiqué con sumo cuidado el buen funcionamiento del revólver, aunque pensaba que no llegaría a necesitarlo, ya que, incluso en condiciones favorables, nunca se sabe el grado de materialización que puede alcanzar una criatura sobrenatural; por otra parte, ni siquiera era capaz de imaginarme lo terrible que podría ser la Cosa que iba a ver o la Presencia que iba a sentir. Era muy posible que, a fin de cuentas, tuviese que enfrentarme con algo material. Pero, como no lo sabía, lo único que podía hacer era estar preparado. Ya veis que no me había olvidado de las tres personas estranguladas en la cama que había cerca de mí, ni de los tremendos embates de la puerta que había oído. No tenía duda alguna de que me hallaba investigando un caso feo y peligroso.

Mientras tanto se había hecho de noche (aunque la habitación estuviese muy iluminada por las velas encendidas), y me sorprendí al comprobar que no hacía más que volver la cabeza y ver lo que tenía detrás, para después seguir andando por toda la habitación. Esperar dentro de ella la llegada de la Cosa era algo capaz de poner a prueba los nervios del más valiente.

De pronto fui consciente de que me envolvía un viento helado, casi imperceptible, que llegaba de detrás. Sentí un gran escalofrío y una feroz comezón se adueñó de mi nuca. Me volví rápidamente y me quedé mirando en la dirección de donde soplaba el extraño viento. Parecía provenir del rincón que estaba a la izquierda de la cama...

del mismo lugar donde, en dos ocasiones, había encontrado amontonada la ropa. Pero no conseguí distinguir nada fuera de lo corriente, ninguna abertura..., ¡nada!

De repente me di cuenta de que las velas comenzaban a parpadear bajo aquel viento innatural... Me quedé petrificado y estuve mirándolas, terriblemente espantado, durante varios minutos. ¡Sería incapaz de describiros lo horriblemente a disgusto que me sentía, mientras permanecía sentado bajo aquel viento gélido y corrupto! Y entonces..., ¡ff!, ¡ff!, ¡ff!..., las velas de la barrera externa se apagaron, y me encontré en una habitación bajo llave y precintada, sin más luz que el débil resplandor azulado del pentáculo eléctrico.

Pasó cierto tiempo de abominable tensión, durante el cual no dejó de soplar aquel viento. Entonces observé que algo se movía en el rincón a la izquierda de la cama. Era consciente de ello gracias a algún sentido oculto e inusual, más que por la vista o el oído, pues el resplandor pálido y de corto alcance del pentáculo daba una luz demasiado pobre para distinguirlo. Así que, mientras la miraba fijamente, aquella Cosa comenzó a crecer lentamente... Era una sombra que se movía, un poco más oscura que las sombras que la rodeaban. Perdí la Cosa entre la penumbra y, durante unos instantes, no hice más que mirar de un lado a otro, con una sensación nueva, pero inconfundible, de peligro inminente. Sin embargo, fue la cama la que atrajo mi atención, pues todas las mantas acababan de ser arrancadas violentamente, con un movimiento furtivo y abominable. Oí el sonido que hacían las sábanas al deslizarse lentamente, pero no conseguí distinguir nada de lo que tiraba de ellas. Aunque de manera subconsciente e introspectiva, me di perfecta cuenta de que tenía la carne de gallina y de que sentía en la cabeza la comezón de antes. Y sin embargo estaba más calmado; lo suficiente para saber que tenía bañadas las manos en sudor frío y cambiar de mano el revólver, casi inconscientemente, mientras me secaba la palma de la mano derecha en la pernera del pantalón, sin apartar un instante la mirada puesta atentamente en aquellas ropas que se movían.

Los tenues sonidos que venían de la cama cesaron, y en su lugar se hizo un profundo silencio, sólo roto por los sordos latidos de la sangre en mis sienes.

Sin embargo, casi de inmediato, volví a oír el roce de las sábanas al abandonar la cama. En medio de la tensión nerviosa, me acordé de la cámara y la cogí, pero sin dejar de mirar a la cama. Y entonces, atended... De repente, toda la ropa de cama fue arrancada con extraordinaria violencia, y pude escuchar el ruido apagado que hacía al chocar contra el rincón.

Hubo unos momentos de absoluto silencio, quizá un par de minutos, en los que, como podréis imaginaros, me sentí fatal. ¡Era tanto el salvajismo con que habían sido arrancadas aquellas ropas! ¡Otra vez se había producido aquel fenómeno sobrenatural, aunque, en aquella ocasión, ante mis ojos...!

De repente, a la altura de la puerta, oí un ligero ruido..., una especie de crujido,

seguido de un repiqueteo en el piso. ¡Fui presa de un gran escalofrío, que me recorrió toda la nuca y la espina dorsal, pues el sello que precintaba la puerta acababa de romperse! Allí había algo. No podía ver la puerta; quiero decir que me resultaba imposible separar lo que veía de lo que me imaginaba.

Sólo veía la puerta como una prolongación de las paredes pintadas de gris... En aquel momento, me pareció que algo sombrío e indiferenciado se movía y agitaba sobre ellas, entre las sombras.

Comprobé que se estaba abriendo la puerta. Haciendo un esfuerzo considerable, cogí la cámara; pero antes de que pudiera apuntar con ella, la puerta se cerró con un terrible golpetazo que retumbó en la habitación como si fuese un trueno. Me sobresalté como un niño asustado. Parecía como si detrás de aquel ruido hubiese un tremendo poder, como si se hubiese desencadenado una tremenda fuerza. ¿Comprendéis lo que quiero decir?

La puerta no volvió a sonar, pero poco después oí crujir la cesta donde estaba el gato. Un escalofrío me recorrió el espinazo. Comprendí que iba a saber definitivamente si aquello era letal o no. El gato emitió un terrible maullido que cesó abruptamente, y entonces —demasiado tarde—, apreté el disparador de la cámara. A la luz de aquel gran resplandor, observé que la cesta había sido volcada, su tapa arrancada, y el gato tenía medio cuerpo dentro y el otro medio fuera, en el piso. No vi más, pero lo poco que había visto me bastaba para saber que me encontraba en presencia de un ser que poseía la capacidad de destruir.

Durante los dos o tres minutos siguientes se hizo un extraño e inusitado silencio en la habitación. Como comprenderéis, seguía medio deslumbrado por el flash, de modo que todo lo que se encontraba más allá de la luminosidad del pentáculo me parecía sumido en una tiniebla más negra que la pez. La situación era de lo más terrible. No podía hacer otra cosa que permanecer dentro de la estrella y girar alrededor de mis rodillas, intentando ver si la Cosa se me acercaba.

Gradualmente, fui recobrando la vista, lo que me sirvió de cierto consuelo; de repente, cerca del «círculo de agua», distinguí la Cosa que estaba buscando.

Era grande, de contornos imprecisos, y oscilaba de una manera extraña, como si fuese la sombra de una enorme araña suspendida en el aire, justo al otro lado de la barrera. Dio rápidamente una vuelta alrededor del círculo y me pareció que intentaba venir a mi encuentro, pero lo único que consiguió fue retroceder con movimientos extraordinariamente convulsivos, como hubiera hecho una persona tras tocar la rejilla caliente de un horno.

Se movió dando vueltas y más vueltas, lo mismo que yo. Entonces, justo enfrente de uno de los «valles» del pentáculo, pareció detenerse, como si estuviese preparándose para hacer un tremendo esfuerzo. Se apartó del resplandor del tubo de vacío y acto seguido cargó hacia mí, dando la impresión de que adquiría forma y

solidez a medida que se me acercaba. Parecía haber en aquella aproximación una determinación tan enormemente maligna, que hasta podría tener éxito. Como estaba de rodillas, me eché hacia atrás, cayendo sobre la cadera y mano izquierdas, en un intento descontrolado de alejarme del avance de la Cosa. Con la mano derecha intenté coger el revólver, que había dejado caer, pero sin éxito. La bestial Cosa dio un gran salto por encima de la zona del ajo y del «círculo de agua», casi hasta llegar al pentáculo. Creo que chillé. Entonces, tan de improviso como se había acercado, pareció rebotar hacia atrás, por efecto de alguna fuerza invisible y poderosa.

Me hicieron falta unos instantes para comprender que estaba a salvo y resguardarme en el centro de los pentáculos; me sentía terriblemente vacío y afectado, y no dejaba de mirar el perímetro de la barrera, pero la Cosa había desaparecido. No obstante, ya sabía algo: que la Habitación Gris se hallaba embrujada por una mano monstruosa.

Súbitamente, mientras seguía en cuclillas, vi lo que le había proporcionado al monstruo una brecha en la barrera. Mientras me movía dentro del pentáculo, debí de tocar una de las jarras de agua, ya que, precisamente por donde la Cosa había lanzado su ataque, la jarra que protegía la «depresión» del «valle» se había desplazado hacia un lado, dejando desprotegida una de las cinco «puertas». Sin perder tiempo, volví a colocarla en su sitio, sintiéndome de nuevo a salvo, pues había corregido mi fallo y comprobado que la «defensa» aún seguía siendo efectiva. Renació en mí la esperanza de volver a ver la luz del día. Al darme cuenta de lo cerca que había estado la Cosa de salirse con la suya, me asaltó la triste, deprimente y aniquiladora sensación de que las «barreras» no podrían protegerme durante toda una noche contra semejante poder. ¿Me comprendéis?

Durante un buen tiempo no volví a ver la Mano; pero sí me pareció distinguir, en una o dos ocasiones, una extraña oscilación entre las sombras que estaban cerca de la puerta. Instantes después, como resultado de un acceso de maléfica rabia, el cadáver del gato, con un sonido blando y desagradable, fue a estrellarse contra el piso. En aquellos momentos me sentí como extraño.

Un minuto más tarde, la puerta se abrió y cerró dos veces, con tremenda fuerza. Al instante, la Cosa se lanzó sobre mí desde las sombras, rápida y traicionera como un dardo. Instintivamente me eché a un lado y aparté una mano del pentáculo eléctrico, donde la había dejado en un momento de funesta negligencia. El monstruo fue violentamente repelido de la proximidad de los pentáculos, aunque —debido a mi inconcebible estupidez— había podido franquear por segunda vez las barreras exteriores. Estuve temblando durante unos instantes, lleno de miedo. Me puse de nuevo en el centro de los pentáculos, y me senté en cuclillas, intentando abultar lo menos posible.

Mientras lo hacía, comencé a recapacitar vagamente en los dos «accidentes», que

por poco permiten a la Bestia caer sobre mí. ¿No habría sido influenciado, de manera inconsciente, para realizar aquellas acciones que habrían podido poner en peligro mi vida? Aquel pensamiento no se me fue de la cabeza, y desde entonces, vigilé todos mis movimientos. Al estirar, sin pensarlo, una pierna cansada, volqué una jarra de agua. Se vertió un poco de su contenido, pero gracias a mi desconfiada vigilancia pude ponerla rápidamente en pie dentro del «valle», ya que aún le quedaba un poco de agua. Pero, mientras lo hacía, la tremenda y negra mano, materializada a medias, surgió de las sombras y me atacó. Estaba tan cerca que poco le faltó para rozarme el rostro, pero, por tercera vez, una fuerza enorme que podía con ella la repelió.

En aquel momento, además del pavor que había caído sobre mí, dejándome anonadado, sentí una especie de cansancio espiritual, como si una gracia interior, delicada y hermosa, hubiese sido mancillada. Esto es lo que se aprecia siempre que nos acercamos demasiado a lo sobrenatural, algo que, extrañamente, resulta más terrible que cualquier dolor físico que podamos sufrir. Ello me permitió ser consciente de la importancia y proximidad del peligro, y así, durante largo tiempo, me sentí abrumado por la tremenda brutalidad que aquella Fuerza ejercía sobre mi espíritu. No puedo explicarlo de otra manera.

Una vez más me arrodillé en el centro de los pentáculos, estando tan pendiente de mí como del monstruo, pues no ignoraba que, si no me guardaba de cualquier impulso súbito que me asaltase, podría estar labrando mi propia destrucción. ¿Os dais cuenta de lo terrible que era todo aquello?

Pasé el reato de la noche en una atmósfera de espanto enfermizo, tan tenso que no podía hacer con naturalidad ningún movimiento. Tenía un miedo atroz de que cualquier deseo de moverme me fuese sugerido por la Influencia que sabía que estaba actuando sobre mí. Fuera de la barrera, aquella Cosa espectral seguía dando vueltas y más vueltas, intentando atraparme una y otra vez en el aire que me rodeaba. El cadáver del gato fue maltratado en dos ocasiones. En la segunda, oí como se le rompían con un crujido todos los huesos. Y durante todo el tiempo, el horrible viento siguió soplando hacia mí desde el rincón que estaba a la izquierda de la cama.

Entonces, cuando llegó del cielo el primer toque de la aurora, el sobrenatural viento cesó en un instante y ya no pude ver indicio alguno de la Mano. El amanecer llegó lentamente, hasta que su desvaída luz llenó la habitación, haciendo que el pálido resplandor del pentáculo eléctrico pareciera aún más irreal. Pero hasta que no fue plenamente de día, no hice esfuerzo alguno por aventurarme fuera de la barrera, pues no ignoraba que en el brusco cesar de aquel viento podría haber alguna estratagema para atraerme fuera de los pentáculos.

Finalmente, cuando ya era muy de día y brillaba el sol, eché un último vistazo a mi alrededor y corrí hacia la puerta. Con las prisas y la agitación, ya me iba sin cerrarla con llave; la eché a toda prisa y me fui a mi habitación, donde me tumbé en

la cama, en un intento de calmar mis nervios. Al poco tiempo se presentó Peters con el café y, cuando me lo hube tomado, le dije que tenía sueño, porque había estado levantado toda la noche. Cogió la bandeja y se fue tranquilamente, tras lo cual cerré la puerta con llave, me acosté y acabé por dormirme.

Me desperté a mediodía y, después de tomar algo, me fui a la Habitación Gris. Desconecté el pentáculo, que, en mi precipitación, había dejado funcionando, y también saqué el cadáver del gato. Como comprenderéis, no quería que nadie viese el cadáver del pobre animal.

Después procedí a un examen muy metódico del rincón donde había sido arrojada la ropa de cama. Hice varios agujeros en el entarimado, que sondeé, pero sin resultado. Entonces se me ocurrió probar en el rodapié. Así lo hice y escuché el choque de la sonda con el metal. La invertí, metiendo el extremo acabado en gancho, para pescar el obstáculo. Lo conseguí al segundo intento.

Era un objeto pequeño que llevé a la ventana. Se trataba de una curiosa sortija, hecha de un metal grisáceo. Lo curioso de ella era que tenía la forma de un pentágono; es decir, la figura que se encuentra en el interior del pentáculo mágico, que resulta de quitarle a éste los «montes» que forman las puntas de la estrella protectora. No estaba cincelada ni grabada.

Comprenderéis mi excitación cuando os diga que estaba seguro de tener en la mano la famosa Sortija de la Suerte de la familia Anderson, que además era el objeto más estrechamente relacionado con el caso de embrujamiento.

Aquella sortija había pasado de padres a hijos a través de generaciones, y siempre —obedeciendo a alguna antigua tradición familiar— cada uno de los hijos había prometido que jamás la llevaría. La sortija, según me habían dicho, había sido traída por un cruzado, en circunstancias muy peculiares... Pero la historia es demasiado larga para que ahora la cuentea.

Parece que el joven sir Hulbert, un antepasado del actual Anderson, había apostado una tarde, al parecer estando bebido, que aquella noche llevaría la sortija. Así lo hizo, y a la mañana siguiente su esposa y el hijo de ambos aparecieron estrangulados en la cama de la habitación donde yo había estado.

Como, al parecer, mucha gente pensó que el joven sir Hulbert había cometido los crímenes, llevado por el furor de su ebriedad, el aristócrata, para probar su inocencia, pasó la noche en aquella habitación. Y también fue estrangulado.

Desde entonces, y hasta que yo llegara, nadie había pasado la noche en la Habitación Gris. La sortija llevaba perdida tanto tiempo que su misma existencia había llegado a convertirse en un mito, por lo que estar allí resultaba algo de lo más extraordinario, y mucho más con aquel objeto en la mano, como podréis comprender.

Mientras me encontraba mirando la sortija, me asaltó una idea. ¿Y si, en cierta forma, se tratase de una «puerta»? ¿Entendéis lo que quiero decir? Una especie de

brecha en los límites del mundo, si se me permite la expresión. Era un pensamiento singular. Y pensé que quizá no proviniera de mi propia mente, sino que podía tratarse de una advertencia de Fuera.

Como recordaréis, el viento había surgido del rincón de la habitación donde había encontrado la sortija. Estuve ponderando mucho aquel dato. Y también su forma..., el interior de un pentáculo. No tenía «montes» y recordaba lo que el Manuscrito Sigsand decía al respecto: «...Estos montes llámanse las Cinco Colinas de la Salvación. Hacer mengua de ellos es otorgar poderío al demonio; y acrecentar y favorecer las Cosas malignas.» Como veis, la forma de la sortija era significativa. Por eso me decidí a hacer un experimento.

Desarmé el pentáculo, ya que en cada ocasión debe ser montado de nuevo y alrededor de aquel a quien debe proteger. Tras cerrar la puerta con llave, salí de la habitación y me fui de la casa, ya que tenía que conseguir ciertos artículos, puesto que «ni yerbas ni fuego ni agua» deben ser usados por segunda vez.

Volví cerca de las siete y media, y en cuanto subieron a la Habitación Gris las cosas que había llevado, despedí a Peters hasta el día siguiente, lo mismo que la noche anterior. Cuando hubo desaparecido escaleras abajo, me dirigí a la habitación y cerré con llave la puerta, precintándola. Fui al centro de la pieza, donde habían colocado todo el material, y comencé a hacer a toda prisa una barrera alrededor de mí y de la sortija.

No recuerdo si os lo he explicado ya, pero mi razonamiento consistía en que si la sortija era, de algún modo, un «medio de admisión», entonces, al estar confinada conmigo dentro del pentáculo eléctrico, se encontraría, por así decir, aislada. ¿Me seguís? La Fuerza, cuya expresión visible se concentraba en la Mano, se vería obligada a permanecer al otro lado de la barrera que separa el mundo sobrenatural del nuestro, ya que no tendría acceso a la «puerta».

Como iba diciendo, trabajaba lo más deprisa posible para tener terminada la barrera que me rodearía a mí y a la sortija, pues ya casi era demasiado tarde para seguir «desprotegido» en aquella estancia. Además, tenía la sensación de que aquella noche se llevaría a cabo un gran esfuerzo conducente a la recuperación de la sortija, pues estaba firmemente convencido de que era necesaria para la materialización. No tardaréis en comprobar que tenía razón.

Una hora más tarde había completado las barreras y ya podréis haceros una idea de lo sosegado que me sentí cuando vi brillar de nuevo, alrededor de mí, el pálido resplandor del pentáculo eléctrico. A partir de aquel momento, y durante unas dos horas, permanecí tranquilamente sentado, mirando hacia el rincón de donde provenía el viento.

A eso de las once, tuve la extraña convicción de que a mi lado había algo, aunque durante una hora no ocurrió nada nuevo. De pronto sentí que el helado viento

sobrenatural estaba soplando hacia mí. Para mi extrañeza, parecía venir de detrás; sacudido por un abominable escalofrío, me di la vuelta. El viento me dio en el rostro. Venía del piso, muy cerca de mí. Me quedé mirando hacia su dirección, agitado por nuevos escalofríos. ¡Valiente majadería había cometido!

Allí estaba la sortija, muy cerca de mí, donde la había dejado. Y mientras la miraba fijamente, aturdido, me di cuenta de que a su alrededor ocurría algo extraño... Las sombras parecían jugar y moverse con extrañas circunvoluciones.

Me quedé mirándolas fijamente, como atontado. Y entonces comprendí que el viento que soplaba hacia mí procedía de la sortija. Un extraño e indiferenciado humo se hizo visible, como si se desprendiese de la sortija y se mezclase con las cambiantes sombras. De golpe fui consciente de que me amenazaba algo mucho peor que un peligro mortal, pues las erráticas sombras que rodeaban la sortija se iban perfilando, mientras la mano letal comenzaba a formarse dentro del pentáculo. ¡Válgame Dios! ¿Os dais cuenta? Yo había abierto la «puerta» en el interior de los pentáculos, de suerte que la entidad podía pasar por ellos... difundiéndose en el mundo material como el gas que circula por una cañería.

Creo que me quedé en cuclillas durante un instante, presa de un horrorizado estupor. Entonces, en un gesto loco y desmañado, cogí la sortija con intención de arrojarla fuera del pentáculo. Pero se me escapó de la mano, como si una cosa invisible y viva la moviese de un lado para otro. Finalmente me hice con ella, pero en el mismo instante algo me la arrancó de los dedos con una fuerza increíble y brutal. Una gran sombra negra la cubrió, irguiéndose en el aire y dirigiéndose hacia mí. Era la Mano, enorme y casi completamente formada. Lancé un alarido enloquecido y salté por encima del pentáculo y del círculo de velas encendidas, corriendo desesperadamente hacia la puerta. Peleé, desmañada y estúpidamente, con la llave, sin dejar de mirar fijamente a las barreras, con un miedo rayano en la locura. La Mano se abalanzaba sobre mí; pero, del mismo modo que no había podido penetrar dentro del pentáculo mientras la sortija permanecía fuera de él, ahora que estaba dentro no podía franquearlo. El monstruo estaba encadenado, tanto como hubiera podido estarlo un animal susceptible de serlo.

Incluso en aquel momento me di rápidamente cuenta de ello, pero me encontraba demasiado afectado por el espanto para poder razonar sobre la marcha. Así que, en cuanto conseguí atinar con la cerradura, salí fuera y cerré la puerta de golpe. Eché la llave y me dirigí a mi habitación, como mejor pude; temblaba tanto que apenas podía mantenerme en pie, como podéis imaginaros.

Cerré por dentro y dejé la luz encendida; entonces me eché en la cama y estuve sin moverme durante una o dos horas, mientras me iba recuperando.

Más tarde, conseguí echar una cabezada, pero me desperté cuando Peters vino a traerme el café. Me sentí mucho mejor después de habérmelo tomado y llevé

conmigo al anciano mientras yo iba a echar un vistazo a la Habitación Gris. Abrí la puerta y fisgué en su interior. Todavía ardían las velas, desvaídas a la luz del día, mientras detrás de ellas relucía, pálida, la estrella formada por el pentáculo eléctrico. En su centro, aún estaba la sortija..., «la puerta del monstruo», como si fuese la cosa más natural e inofensiva del mundo.

Todo seguía en su sitio, por lo que supe que la Entidad no había conseguido cruzar los pentáculos. Entonces salí y eché la llave a la puerta.

Después de otro sueño de unas pocas horas, abandoné la casa, volviendo al comienzo de la tarde en un coche de punto. Traía conmigo un soplete oxhídrico y sus dos cilindros de gas. Llevé aquellas cosas hasta la Habitación Gris y allí, en el centro del pentáculo eléctrico, monté un pequeño horno. Cinco minutos más tarde, la Sortija de la Suerte, antaño la «suerte», pero más tarde la «maldición» de la familia Anderson, no era más que una pequeña gota de metal fundido.

Carnacki hurgó en uno de sus bolsillos y sacó un envoltorio de papel de seda. Me lo pasó. Lo abrí y encontré una pequeña bola de metal grisáceo, que parecía de plomo, sólo que más duro y bastante más brillante.

—Bueno —dije al fin, después de haberla examinado y de pasarla a los presentes—. ¿Y así se acabó con el embrujamiento?

Carnacki asintió con la cabeza.

—En efecto —dijo—. Antes de irme, dormí tres veces seguidas en la Habitación Gris. El viejo Peters por poco se desmaya cuando le conté lo que iba a hacer, pero, después de la tercera noche, pareció darse cuenta de que la mansión había vuelto a ser tan segura como una casa normal. Aunque casi os diría que en su fuero interno prefería la de antes.

Carnacki se levantó y comenzó a estrecharnos la mano.

—¡Fuera todo el mundo! —dijo con buen humor.

Y nos dirigimos a nuestras respectivas casas, meditando mientras caminábamos.

LA CASA ENTRE LOS LAURELES

—Es un curioso asunto el que estoy por relatarles, —dijo Carnacki, luego de una tranquila y breve cena y que nos acomodamos en su acogedor comedor.

»Acabo de regresar del Oeste de Irlanda, —continuó—. Wentworth, un amigo mío, tuvo hace poco una inesperada herencia, con una enorme finca y una casona, a milla y media fuera del pueblo de Korunton. El lugar se llama Gannington Manor, y ha estado vacío durante gran cantidad de años; esto, como ustedes se han dado cuenta, es una constante en los casos de casas supuestamente encantadas, y reputación de tal tenía esta.

»Parecía que cuando Wentworth fue a tomar posesión, se encontró con que el lugar estaba necesitando arreglos y una restauración, y, según yo mismo supe, se veía muy desolado y solitario. Entró en la casa y admitió luego haberse sentido muy incómodo; pero, por supuesto, esto no puede ser atribuido a otras cosa que a la natural tristeza que provoca una enorme casa vacía, que ha estado mucho tiempo inhabitada, y a través de la cual una persona se pone a deambular sola.

»Una vez que hubo terminado su recorrida, volvió a la villa, con la intención ver al albacea, y para contratar a alguien que fuera a cuidar el lugar.

El albacea, un escocés, estaba muy deseoso de tomar la administración de la finca; pero le aseguró a Wentworth que no podrían conseguir a nadie que fuera a vigilar la zona, y le recomendó que demoliera la construcción y edificará una nueva.

»Esto, naturalmente, sorprendió a mi amigo, y, por supuesto, intentó que el hombre le aclarase el motivo de su consejo. Surgieron entonces una serie de historias curiosas acerca del lugar, que tiempo atrás se llamó el Castillo Landru, y que en el lapso de los últimos siete años habían muerto dos personas ahí.

Fueron dos vagabundos, quienes ignorantes de la reputación de la casa, pensaron probablemente que el lugar les serviría para pernoctar. No había habido ningún signo de violencia que indicara causa alguna de muerte, y en ambos casos los cuerpos fueron hallados en el gran vestíbulo de la casa.

»Entonces Wentworth, que se había alojado en una posada, le dijo al albacea que probaría que todas esas historias de encantamientos eran pamplinas y que se quedaría una o dos noches en el caserón para probarlo. Las muertes de los vagabundos fueron ciertamente curiosas; pero esto no probaba que ocurrieran allí hecho sobrenatural alguno. Habían sido accidentes aislados, que la memoria colectiva de los habitantes de la villa, a lo largo de los años, tendió a atribuirle causas siniestras. Los vagabundos tienen que morir en algún momento, y en algún lugar, y solo han muerto dos, sobre un número posiblemente elevado de los que han dormido en la casa vacía.

»Pero el albacea tomó un tono muy serio al realizar su advertencia, y ambos, él y Dennis, el posadero, hicieron el mejor intento que pudieron para disuadir a

Wentworth de no ir a la casa. El irlandés Dennis le suplicó que no hiciera tal cosa, y el escocés fue igualmente serio en su ruego.

»Era ya tarde, y, según Wentworth me contó luego, hacía calor y ya estaba harto de escuchar los ruegos de aquellas dos personas, hablando tan seriamente sobre algo imposible. Se sintió con valor, y creyó que podría dar por tierra todas esas habladurías pasando esa misma noche en la casa. Les ratificó su decisión e incluso intentó que ellos se ofrecieran para acompañarles en su intento. Pero el viejo Dennis estaba bastante asustado, según creo, sugestionado; y aunque Tabbitt, el albacea, lo tomó más tranquilamente, seguía muy serio en torno a sus palabras.

»Parece que Wentworth fue; a pesar, según me dijo, que cuando cayó la noche, le pareció una tarea muy distinta para afrontar.

»Una multitud de habitantes de la villa se congregó a su partida; para ese momento ya todos sabían de su intención. Wentworth llevaba consigo su pistola, y un paquete de velas; y dejó en claro que no toleraría que nadie le hiciera ningún truco, ya que tenía la intención de disparar enseguida. En ese momento tuvo el primer indicio de la seriedad de la misión que había acometido; uno del grupo se le acercó, ofreciéndole como compañía a un gran mastín, al que lo tenía con una correa. Wentworth le dio un golpecito a su arma; pero el viejo que era dueño del perro, sacudió su cabeza y le explicó que la bestia podía advertirle el peligro con el suficiente tiempo como para alejarse del castillo. Por esto fue que era obvio que él no consideraba que el arma fuera de algún provecho.

»Wentworth tomó el perro, y le agradeció al hombre. Él me contó que ya estaba empezando a arrepentirse de su intención; pero, dada las circunstancias, ya no podía volverse atrás. Cuando comenzó a dirigirse hacia el castillo, se dio cuenta que todo aquel grupo lo estaba acompañando, y al llegar frente a la finca, todos estaban detrás suyo.

»Ya había caído la noche oscura, y por un rato más, todos los hombres siguieron allí, vacilantes, como si se sintieran avergonzados que irse y dejar a Wentworth solo. Él me contó que, en ese momento, hubiera dado felizmente cincuenta libras a quien se atreviera a acompañarlo. Pero entonces, tuvo una idea. Sugirió que todos se quedaran con él durante toda la noche. Al principio todos se negaron, y trataron de persuadirlo de regresar con ellos; pero finalmente él hizo una proposición: sugirió que todos volvieran a la posada, que agarraran un par de docenas de botellas de whisky y cargaran un burro con una cantidad de leña y más velas. Entonces que volvieran, y que hicieran un gran fuego en la chimenea, encendieran todas las velas y las pusieran en torno al lugar, abrieran las botellas y estuvieran toda la noche allí. Y, ¡por Júpiter! ellos se pusieron de acuerdo en ello.

»Ellos regresaron a la posada, y allí, mientras el burro era pertrechado, y las velas y botellas distribuidas, Dennis intentó nuevamente convencer a Wentworth

de regresar; pero cuando vio que era inútil, dejó de hacerlo, ya que no quería asustar a los demás de acompañar a Wentworth.

»—Le digo, esto no es bueno, hubo sangre inocente en esta maldición, sería mejor que tirara todo abajo, y construyera una nueva casa. Pero si usted quiere pasar toda la noche allí, entonces deje la puerta principal bien abierta, y mire por el goteadero de sangre. Si cae una gota tan solo, no se quede allí ni por todo el oro del mundo.

»Wentworth le preguntó a que se refería con el goteadero de sangre.

»—Seguro, —dijo—, es de la sangre vertida por Black Mick.

Antiguamente, había una pelea con una familia escocesa, y él y su familia, pretendían arreglar este conflicto. Así que invitó a los OHara, les dieron una cena, les hablaron con flexibilidad, y con confianza. Pero cuando dormían, los asesinaron. Esta historia viene del abuelo de mi padre. Y desde que hubo estas muertes en la casa, según dicen, viene la noche y en el castillo comienza el goteadero de sangre. Estas gotas, apagan todas las luces de la casa, hasta el fuego de la chimenea, y en la consecuente oscuridad, hasta la mismísima Virgen no puede proteger a quien siga en la casa.

»Wentworth me contó que se rió ante esta historia; uno siempre tiende a reirse ante este tipo de historias, a pesar que haga sentir inferior al otro. Le preguntó al viejo Dennis si esperaba que él creyera eso.

»—Si, señor, —dijo Dennis—, se lo dije para que lo crea; y, por el amor de Dios, si usted lo cree, mañana por la mañana estará sano y salvo. La seriedad y simplicidad del hombre cautivaron a Wentworth, y él le estrechó la mano. Pero, después de todo, él regresó; y debo admirar su valor.

»Había unos cuarenta hombres, y cuando regresaron de nuevo a la casa -o castillo, como los lugareños lo solían denominar- no tardaron mucho tiempo en encender las velas y en hacer un gran fuego. Todos estaban munidos de palos; así que constituían un grupo lo bastante fuerte como para ser acometidos por nadie o nada simplemente físico; y, por supuesto, Wentworth tenía su arma.

Guardó el whisky ya que deseaba mantener a los hombres sobrios; pero primero permitió que todos se tomaran una fuerte copita, para hacer que la cosa fuese un poco más agradable; y por supuesto quiso que todos se pusieran a hablar y a contar cosas. Si uno deja a una multitud así en silencio, tarde o temprano comenzarán a pensar, y luego a imaginar cosas.

»La gran puerta de entrada había sido dejada abierta, según la recomendación de Dennis; era una noche de gran quietud, lo que permitió que las luces se mantuvieran prendidas y que todo el grupo se mantuviera de buen humor por cerca de tres horas. Luego, Wentworth abrió una segunda vuelta de botellas, y para ese momento ya todos estaban de buen templanza; alguno, incluso, se puso a vociferar y a llamar a los

fantasmas, que vinieran y se mostraran de una vez. Entonces, una cosa muy extraordinaria sucedió; la pesada puerta principal comenzó a mecerse silenciosamente, como si fuera empujada por una invisible mano, y se cerró con un agudo chasquido.

»Wentworth se quedó helado, mirando la puerta y estremeciéndose.

Entonces recordó a los hombres, y se volvió para mirarlos a todos. Varios se callaron la boca, y se quedaron mirando de la misma manera; sin embargo la gran mayoría seguía parloteando, sin haberse dado cuenta. Él asió su arma, y al siguiente momento el gigantesco mastín comenzó a ladrar fuertemente, lo que terminó por acaparar la atención del grupo.

»El vestíbulo en cuestión era oblongo. La pared que daba al sur estaba compuesta por ventanas, pero la opuesta y la que daba al este, tenían varias puertas, que comunicaban a las distintas partes de la casa, mientras que la pared del oeste estaba ocupada por la gran entrada. Todas las puertas en cuestión estaban cerradas, y fue en dirección a una de estas puertas, en la pared norte, que el enorme perro corrió, sin acercarse demasiado; súbitamente la puerta comenzó a moverse, muy lentamente, hasta que la negrura del pasillo que guardaba quedó a la vista. El perro retrocedió, y se quedó con los hombres, gimiendo, y por el lapso de alrededor de un minuto, hubo un sepulcral silencio.

»Entonces Wentworth se adelantó del grupo y sacó su arma, apuntando hacia la puerta.

»—Quienquiera que esté ahí, salga o abriré fuego, —gritó, pero nadie salió, y él descargó el barril en la oscuridad. Como si esto hubiera sido una señal, todas las puertas norte y este comenzaron lentamente a abrirse, y Wentworth y sus hombres se quedaron mudos y asustados, mirando fijo aquellos pasillos oscuros.

»Wentworth recargó rápidamente su arma, y llamó al perro; pero la bestia intentaba cubrirse detrás de los hombres; y este pánico en el animal, asustó aún más a Wentworth, según me dijo. Entonces algo más pasó. Tres de las velas que estaban puestas en una esquina del vestíbulo, se apagaron; lo mismo pasó con aproximadamente una docena de ellas, en distintos lugares. Más velas se apagaron, y las esquinas comenzaron a quedarse poco a poco en la penumbra.

»Los hombres estaban todos parados, asiendo sus palos, y agolpados unos a otros. Nadie decía una palabra. Wentworth me dijo que se sintió enfermo de tanto miedo. Conozco el sentimiento. En ese momento algo le salpicó la palma de su mano izquierda. Cuando se miró, se dio cuenta que tenía la mano cubierta por un líquido rojo que goteaba de su dedo. Un viejo irlandés, cerca de él, lo vio también, y crascitó, con voz temblorosa:

»—¡El goteadero de sangre!

»Todos los demás miraron, y al mismo instante, otros sintieron lo mismo.

Entonces comenzaron a gritar asustados:

»—¡El goteadero de sangre! ¡El goteadero de sangre! Una docena de velas más se apagaron al instante, y el vestíbulo quedó casi a oscuras. El perro pegó un lastimoso aullido, y luego siguió un horrible silencio, ante el cuál todos se quedaron rígidos en sus posiciones. Cuando la tensión estalló, hubo una precipitación demente del grupo hacia la puerta principal. La abrieron y todos corrieron hacia el exterior. Pero algo volvió a cerrar la puerta, esta vez con un gran estrépito, quedando el perro dentro. Wentworth lo escuchó aullar, pero nadie tuvo el valor como para regresar y dejarlo salir, lo que no me sorprende.

»Wentworth envió por mí al otro día. Él había escuchado acerca de mi investigación en el caso del Monstruo del Capitel. Llegué por la noche, y me encontré con Wentworth en la posada. Al siguiente día fuimos a la vieja casona, que ciertamente se levantaba en medio de una selva; lo que más me llamó la atención fue el elevado número de árboles de laurel alrededor de la casa.

Parecía sofocada con estas plantas; era como si la casa se hubiera levantado sobre un mar de laureles verdes. Estos, y el aspecto descuidado y antiguo de la construcción, me dieron la impresión de un lugar malsano y fantasmal, incluso a la luz del día.

»El vestíbulo era un lugar muy grande, y bien iluminado de día, por lo que no me apesadumbró. Hallamos al pobre mastín, tieso y con el cuello roto.

Esto me hizo perder el humor, ya que demostraba a las claras que, si tanto la causa del fenómeno fuese sobrenatural o no, lo que había en esa casa era una fuerza cuyo peligro era en extremo mortal.

»Luego, mientras Wentworth hacía guardia con su arma, examiné el lugar.

Las botellas y copitas de las que los hombres habían bebido whisky estaban esparcidas por todo el lugar; y también estaba lleno de velas, que permanecían erectas en su propio sebo. En este breve vistazo, no encontré nada; y decidí comenzar un examen más riguroso, tenía que mirar cada palmo del lugar, no solamente en el vestíbulo, en este caso, sino también en el resto del castillo.

»Pasé tres incómodas semanas, buscando, pero sin resultados de ningún tipo. Y, ustedes lo sabrán, lo hice con los mayores recaudos; había resuelto cientos de casos de supuestos encantamientos, simplemente mediante la más minuciosa investigación, y a través de una perfecta apertura mental. Pero, como he dicho, en este caso nada había encontrado. Durante mi búsqueda Wentworth siempre estuve en guardia, con su arma cargada; y concretamente jamás nos pilló el anochecer en esa finca.

»Decidí finalmente realizar el experimento de pasar la noche en el gran vestíbulo, por supuesto protegido. Se lo comuniqué a Wentworth; pero, como su propio intento de hacer tal cosa lo había dejado tan nervioso, me suplicó que no hiciera tal cosa. Sin embargo, pensé que bien valía la pena correr el riesgo y supe al fin persuadirlo para

que él mismo esté presente.

»Con este plan en vista, fui al pueblo vecino de Gaunt, y obtuve, con arreglo del Jefe de Policía, el servicio de seis policías con sus rifles. El arreglo fue, por supuesto, extraoficial, y los hombres acudieron como voluntarios, con la promesa de una paga.

»Cuando los vigilantes arribaron, antes de caer la noche, a la posada, les dí una buena cena; y luego de eso, partimos todos para la casa. Llevábamos cuatro mulas con nosotros, pertrechadas con combustible y otros materiales; también dos grandes sabuesos de caza. Cuando llegamos a la casa, dispuse que los hombres descargasen las mulas; en mientras, Wentworth y yo nos dispusimos a sellar con cintas y cera todas las puertas, excepto la entrada principal, ya que si las puertas realmente se abrían, yo quería estar seguro del hecho. No quería correr el riesgo de verme engañado por alucinaciones de fantasmas, o influencias mesméricas.

»Una vez que terminamos tal tarea, los policías esperaban afuera, habiendo descargado las mulas, y mirando con curiosidad los alrededores.

Dispuse que dos hombres prepararan una hoguera en la verja. Luego tomé uno de los sabuesos y lo puse en el lugar más remoto de la entrada, donde clavé una grampa en el piso, atando al animal con una correa corta ahí mismo. Luego, a su alrededor, dibujé en el piso la figura de un pentágulo, con una tiza. Fue de la figura, dispuse un círculo con ajos. Hice exactamente lo mismo con el otro animal, pero lo puse en la esquina opuesta del gran vestíbulo, donde terminaban en el mismo ángulo las dos hileras de puertas.

»Una vez que esto fue hecho, puse a uno de los policías en el centro de la estancia para que rápidamente barrera el área; luego habiendo despejado ese lugar, puse todos mis aparatos allí. Más tarde fui a la puerta principal y la abrí de par en par, enganchándola de manera que para ser cerrada hubiera que quebrar el gancho que le puse al pestillo. También puse bujías frente a cada una de las puertas selladas, y una en cada esquina de la gran habitación; luego las encendí todas. Cuando vi que estaba iluminado correctamente, junté a todos los hombres, con la montón de cosas en el centro de la habitación, y tomé sus pipas, ya que me quería asegurar que no hubiera fuego desde dentro de la barrera.

»Tenía mi cinta métrica, y medí un círculo de treinta y tres pies de diámetro, e inmediatamente lo marqué con la tiza. Los policías y Wentworth me miraban con gran interés. Les advertí que aquello no era ninguna tontería, sino que tenía la intención de levantar una barrera entre nosotros y aquella cosa no humana que esa misma noche probablemente se nos aparecería. Les advertí también que si apreciaban sus vidas, y más que sus vidas, no se atreverían a salirse fuera de los límites de la barrera que estaba haciendo.

»Luego de dibujar el círculo, tomé un trozo de ajo, y lo esparcí en torno a la figura, a corta distancia de su perímetro. Cuando completé esta tarea, pedí más velas

y encargué a algunos policías que las prendieran y adhirieran al suelo, dentro del círculo, a cinco pulgadas del límite. Como cada vela medía una pulgada de diámetro, fueron necesarias sesenta y seis velas para completar el círculo; no necesito decirles que cada número y medida tenía su especial significancia.

»Entonces tomé unas bolsas de cabello humano, y lo entrelacé entre vela y vela, alternadamente de izquierda a derecha, hasta que el círculo fue completado.

»Ya estaba bastante oscuro afuera, y me apresuré en terminar nuestra defensa. Para tal fin, junté a todos los hombres, y comencé a acomodar el Pentáculo Eléctrico alrededor nuestro, de manera que las cinco puntas de la Estrella Defensiva encuadraran justo dentro del Círculo de Pelo. Luego de un minuto, conecté las baterías, y una débil luminiscencia azulada proveniente del tubo catódico entrelazado comenzó a brillar sobre nosotros. Me sentí más tranquilo entonces, ya que este pentáculo funcionaba, como ustedes saben, como maravillosa defensa. Ya les había contado como me vino la idea, luego de leer el libro del Prof. Garder, Experimentos con un Médiu. Él descubrió que una corriente, un cierto número de vibraciones, en el vacío, aislaban al médium.

Es difícil sugerir una explicación no técnica, y si ustedes están realmente interesados deberían darle una leída a otro libro de Garder, titulado Vibraciones Astrales Comparadas con Vibraciones Matero Bajo el Límite de los Seis Mil Millones.

»A medida que terminaba mi trabajo, podía escuchar fuera un constante goteo desde los laureles, que como antes les dije, se levantaban alrededor de toda la casa, en gran abundancia. Por el sonido, me di cuenta que había una suave lluvia; y no había viento en lo absoluto, dado que las llamas de las bujías permanecían rectas.

»Me quedé quieto un momento, escuchando y en eso, uno de los hombres me tocó el brazo, preguntándome en tono bajo, qué debían hacer. Por su tono, podría decirles que el hombre estaba un poco inquieto y alterado, por la extrañeza del lugar; y los otros hombres, incluyendo a Wentworth, estaban tan quietos, que temía que comenzaran a temblar.

»Comencé, entonces, a distribuirlos de manera que sus espaldas quedaran apuntando a un centro en común, sentados en el piso, con sus pies extendidos hacia afuera del círculo. Luego hice que sus piernas quedaran apuntando hacia los ocho puntos principales, y después tracé un círculo con tiza a su alrededor; opuesto a sus pies, dibujé, entonces, los Ocho Signos del Ritual Saaamaaa. Los ocho lugares estaban, por supuesto, vacíos; pero listos para ser ocupados en cualquier momento, dado que omití trazar el Signo Sellador en aquellos puntos, hasta que hubiera terminado todos mis preparativos, y pudiera ingresar en la Estrella Interior.

»Di un último vistazo al gran vestíbulo, y vi que los dos grandes sabuesos estaban echados, tranquilos, con sus hocicos entre sus patas. El fuego estaba alto y las velas

frente a las hileras de puertas seguían ardiendo firmes, lo mismo que aquellas solitarias en cada una de las cuatro esquinas. Di una vuelta alrededor de la pequeña estrella de hombres, y les advertí que no importa que ocurriera fuera, no tenían que asustarse; y que confiaran en la Defensa; y que no dejaran que nada les tentara a salir fuera de la Barrera. También, les dije que vigilaría sus movimientos, y que cuidaran estrictamente que sus pies permanecieran en sus lugares. Por el resto, no era necesario ningún disparo, y les di mi palabra.

»Al final, me acomodé en mi lugar, y me senté, haciendo el Octavo Signo justo frente a mis pies. Luego arreglé mi cámara y el dispositivo del flash, examinando también mi revólver.

»Wentworth se sentó tras el Primer Signo, y esto era justo a mi izquierda.

Le pregunté en un tono bajo, como se sentía, y me confesó que un poco nervioso; pero que tenía confianza en mi conocimiento, y que estaba resuelto a ir hasta el final del asunto, en orden de resolverlo.

»Nos dispusimos a esperar. No había charlas entre nosotros, a excepción de uno o dos comentarios entre los policías, acerca del lugar, que parecieron ser apenas audibles, debido al intenso silencio reinante, roto solamente por el monótono goteo, proveniente de la moderada lluvia de fuera, y el crujiente sonido del fuego en la gran chimenea.

»Era un extraño grupo el nuestro, sentados espalda contra espalda, con nuestras piernas extendidas en estrella hacia fuera; y por sobre nosotros el extraño fulgor azulado del Pentáculo, y más allá, el brillo del gran anillo de velas. Fuera de la iluminación de las bujías, la gran habitación daba una impresión de lobreguez, por contraste, a excepción de los lugares donde brillaban las velas frente a las puertas y del hogar de la chimenea, donde ardía el fuego. ¿Se lo pueden imaginar?

»Habría pasado alrededor de una hora hasta que de improviso me dio una extraordinaria sensación, como si proviniera del aire del lugar. No era aquella que provenía del nerviosismo o del misterio que inspiraba la situación; era algo que me decía que en cualquier momento iba a ocurrir algo.

»Abrúptamente, hubo un leve ruido, proveniente del confín este del vestíbulo, y sentí que la estrella de hombres se movía súbitamente. ¡Cuidado! ¡Mantengan la calma! grité, y todos se quedaron quietos. Miré alrededor, y vi que los perros estaban en cuatro patas, mirando fíjamente hacia la puerta principal. Acto seguido me volví hacia esa misma dirección, sintiendo también como los hombres estiraban el cuello para mirar. De repente, los perros, aún con la vista clavada en la gran entrada, dieron tremendos ladridos, los cuales cesaron rápidamente. Parecía como si se hubieran silenciado para poder escuchar. En el mismo instante escuché, apenas perceptible, un tintineo de metal, a mi izquierda. Era el gancho con que había trabado la gran puerta. Se movía, era la injerencia de alguna cosa invisible. Un escalofrío me recorrió el

cuerpo, y sentí como que todos los hombres que me acompañaban se estremecían al mismo tiempo. Tenía la certeza de algo inminente; como si fuese la impresión de una presencia invisible. El vestíbulo estaba en absoluto silencio, y los perros se quedaron en calma. Entonces vi que el gancho era levantado lentamente, del pasador, sin que hubiera nada visible en contacto. Un súbito poder me vino, y levanté mi cámara, con el flash, tomando una fotografía de la puerta. Siguió al relámpago del flash, el simultáneo bramido de los perros.

»La intensidad del flash provocó que, durante unos momentos, todo el lugar nos pareciera más oscuro que antes. En este lapso de oscuridad, escuché un tintineo desde la puerta, y traté de ver en tal dirección. El efecto de la luz intensa pasó, y una vez que se me aclaró la vista, vi como la puerta de entrada iba cerrándose lentamente. Se cerró con un sutil golpecito. Luego no hubo más que un largo silencio, salvado solo por el gemido de los perros.

»Me volví y miré a Wentworth. Me estaba mirando.

»—Tal y como pasó antes, —me murmuró.

»—Extraordinario, —dije, y él cabeceó hacia todos lados, mirando de manera nerviosa.

»Los policías estaban todos quietos, y juzgué que se sentirían peor que Wentworth; lo que estábamos viendo no era del todo natural. Yo, que he visto tantas cosas extraordinarias, aún podía mantener mis nervios calmos, durante más tiempo que la mayoría de la gente.

»Miré sobre mi hombro a los demás, y les volví a precaver, en un tono bajo, que no se movieran fuera de la Barrera, sin importar que ocurra; ni siquiera si la casa estuviera balanceándose o derrumbándose sobre ellos; yo sabía bien que algunas de las grandes Fuerzas eran perfectamente capaces de tal proeza. En ese caso, a no ser que probáramos que se tratase de una de las más terribles Manifestaciones Saiitii, estábamos con total certeza seguros, siempre y cuando pudiéramos mantener nuestro orden dentro del Pentáculo.

»Transcurrió un lapso de una hora y media, sin novedad, de perfecta calma, a excepción de un momento en que los perros se pusieron a gemir de nuevo. Sin embargo, se calmaron y volvieron a su posición primigenia: echados, con las patas sobre sus narices y, visiblemente, temblando. Esta visión me hizo poner un poco nervioso, como ustedes podrán imaginarse.

»Súbitamente, la vela en la esquina más lejana de la puerta principal, se apagó. Un instante después, Wentworth tiró de mi brazo, y vi que la vela frente a una de las puertas también se apagó. Preparé mi cámara. Entonces, una tras otra, cada una de las velas del vestíbulo comenzaron a extinguirse, con tal velocidad e irregularidad que nunca pude ver ninguna en el mismo acto de apagarse. Sin embargo, ante cualquier duda, tomé una nueva fotografía en general del vestíbulo.

»Como consecuencia, pasó un rato en que nos sentimos medio cegados por el gran resplandor del flash, y me arrepentí por no haber traído un par de gafas ahumadas, que he usado de vez en cuando en estos casos. Sentí como los hombres se sobresaltaban con la luz, y les ordené que se mantengan sentados y quietos, con sus pies en la posición exacta en la que debían estar. Mi voz, como ustedes podrán imaginar, sonó horrible y asustada en la gran estancia; el momento era ciertamente desagradable.

»Una vez que fui capaz de volver a ver propiamente, comencé a dar un paso de un lado a otro del vestíbulo; pero no había nada inusual; solamente, por supuesto, que estaba oscuro sobre las esquinas.

»De repente, vi que el gran fuego de la chimenea se extinguía. Era como si alguna criatura monstruosa, invisible e imposible, le estuviera succionando la vida. Era algo extraordinario de ver. Luego de que el último vestigio de fuego se hubo apagado, no quedaron luces fuera del anillo de velas que circundaba el Pentáculo.

»La deliberación con la que esta cosa atacaba me hacía cavilar más de lo que puedo darles a entender. Por momentos había una sensación de calma. Pero la firme intención de oscurecer era horrible. La magnitud del Poder para afectar lo material era un constante y aprensivo interrogante en mi cerebro. ¿Pueden comprenderlo?

»Detrás mío, podía escuchar a los policías que se volvían a mover. Supe que estaban muy asustados. Me di vuelta y les hablé, con tranquilidad y calma, diciéndoles que solo estarían seguros dentro del Pentáculo, manteniendo las posiciones indicadas. Si ellos las rompían, o se marchaban fuera de la Barrera, no podía comunicarles la peligrosidad y el peligro al que se arriesgaban.

»Los tranquilicé un poco con ese recordatorio; pero si ellos hubieran sabido, como yo sabía, que ciertamente no había tal Protección, hubieran probablemente sufrido mucho más, y roto la Defensa y hubieran corrido, enloquecidos, hacia una imposible seguridad.

»Otra hora pasó, en absoluta calma. Yo estaba bajo una sensación permanente de abominable tensión y opresión, ya que, como dije antes, sentía la compañía de algún monstruo invisible, proveniente de un mundo del cual tenemos apenas conciencia. Me acerqué a Wentworth y le pregunté, casi susurrando, si sentía como si algo estuviera en el salón. Me miró muy pálido, con sus ojos permanentemente en movimiento. Él miraba para todos lados, y luego me miró a los ojos y asintió con la cabeza. Cuando lo pensé, me di cuenta que yo estaba haciendo lo mismo.

»De repente, como si fuera la acción de un centenar de manos invisibles, se extinguió cada vela de las que circundaban la Barrera, y quedamos en una oscuridad que pareció, por un instante, absoluta; ya que la luz que provenía del interior del Pentáculo era insuficiente y muy débil para penetrar en el resto del vestíbulo. Les confieso, por un momento, quedé sentado allí como un bloque de hielo. Sentía mi

propio corazón latiendo extraordinariamente fuerte. Luego de un rato comencé a sentirme mejor; pero en ese momento no tenía ni siquiera el valor de mover un solo músculo. ¿Pueden comprenderlo?

»En ese momento, mi coraje volvió. Aferré mi cámara y flash y esperé. Mis manos estaban empapadas con sudor. Lo volví a mirar a Wentworth. Apenas lo podía ver. Sus hombros estaban levemente encorvados, y su cabeza agachada; estaba inmóvil, pero sin embargo, sus ojos no podían parar de moverse. Los policías seguían en silencio. Así, de esta manera, pasamos otro rato más.

»Un súbito ruido rompió el silencio. De ambos lados del vestíbulo venían débiles ruidos. Los reconocí, como provenientes del agrietamiento de la cera de los sellos. Las puertas selladas estaban abriéndose. Levanté la cámara y, con una mezcla particular de temor y coraje, presioné el botón y saqué otra fotografía. Un gran fogonazo iluminó la estancia, y sentí como todos los hombres pegaban saltos alrededor mío. La oscuridad cayó luego como un trueno, si ustedes pueden comprender, y pareció diez veces más negra. Sin embargo, en el momento del resplandor, pude ver que todas las puertas que había sellado estaban completamente abiertas.

»Súbitamente, alrededor nuestro, comenzó a escucharse un drip, drip, drip, sobre el piso del gran vestíbulo. Nos estremecimos con una sensación de inminente y real peligro. Había comenzado el goteadero de sangre. Y la pregunta grotesca era ahora si la Barrera podría salvarnos de lo que sea que habría ingresado en el vestíbulo.

»A través de varios desagradables minutos, el goteo sangriento continuó cayendo de manera acentuada; algunas gotas estaban cayendo dentro de la Barrera. Vi varias grandes gotas cayendo y salpicando sobre el débil resplandor del Pentáculo Eléctrico; pero, extrañamente, no pude ver indicios que alguna de ellas cayera entre nosotros. No había otros sonidos, aparte del drip, hasta que, repentinamente, vino un terrible aullido de agonía, proveniente de una de las esquinas, donde estaba uno de los perros. Acto seguido se escuchó un repugnante sonido de quebradura, y un inmediato silencio. Si alguna vez salieron de caza, y rompieron el cuello de un conejo, ustedes tendrán una idea del sonido en cuestión, ¡pero en miniatura! Como un relámpago, la idea atravesó mi cerebro: Eso había cruzado el Pentáculo. Ustedes recordarán que yo había trazado uno alrededor de cada uno de los perros. Pensé instantáneamente, con aprehensión, acerca de nuestra propia Barrera. Había algo en el vestíbulo, que había logrado traspasar la Barrera del Pentáculo alrededor del primer animal. Durante el siguiente lapso de silencio, me estremecí. Y, de repente, uno de los hombres detrás mío pegó un grito, como una mujer, y huyó hacia la puerta. Fue a tientas hacia allá. Grité a los demás que no se movieran; pero ellos lo siguieron como un rebaño, y los escuché patear las velas durante el pánico de sus huídas. Uno de ellos pisó el Pentáculo Eléctrico, y lo pateó, con lo que quedamos en la más tétrica oscuridad. En

un instante comprendí que estaba indefenso, contra los poderes del Mundo Desconocido, y con un salvaje brinco, salí de la ya inútil Barrera, cruzando la gran puerta y saliendo al exterior. Creo que grité acobardado.

»Los hombres iban por delante mío, y nunca cesé de correr; tampoco ellos. Algunas veces, miraba detrás; y me mantuve mirando por entre los laureles, que crecían a través de todo el camino. La llovizna había parado y un tétrico viento comenzó a soplar a través del bosque. Era desagradable.

»Encontré a Wentworth y a los policías en la puerta de la posada. Encontramos al viejo Dennis, despierto y esperándonos, y a la mitad del pueblo haciéndole compañía. Nos contó que él ya se imaginaba lo que había pasado, que sentía en su alma que tendríamos que haber regresado.

»Afortunadamente, había sacado mi cámara de la casa (quizás por el hecho que la correa estaba sobre mi hombro). Me senté con el resto de los hombres en el bar, donde hablamos por algunas horas, tratando de ser coherente acerca de aquel horrible asunto.

»Más tarde, fui a mi cuarto y procedí a revelar mis fotografías. Ya estaba más tranquilo, y tenía la esperanza que los negativos pudieran mostrarme algo.

»Sobre dos de las placas, no noté nada inusual; pero sobre la tercera, que había sido la primera que tomé, vi algo que me hizo excitar. La examiné cuidadosamente con un lente de aumento; entonces la lavé, y la puse a secar.

»El negativo mostraba algo muy extraordinario, y me había hecho a la idea que tenía que probar la verdad de lo que parecía indicar, sin pérdida de tiempo. No era útil decir nada a Wentworth o a los policías, hasta que tuviera plena seguridad; y, además, creía tener gran chance de comprobarlo por mí mismo; sin embargo, para tal fin, no pensaba regresar a la casa nuevamente esa noche.

»Tomé mi revólver, y bajé tranquilamente las escaleras, y salí afuera. La llovizna había vuelto a comenzar; pero eso no me molestaba. Caminé bastante.

Evité pasar por la puerta de la posada, trepé un muro, salté al parque, me mantuve alejado del camino, y llegué a la casa entre los tétricos laureles.

Ustedes se lo pueden imaginar, a cada momento que la fronda susurraba, yo saltaba.

»Rodeé la casa y me introduje a través de una pequeña ventana que había llamado mi atención durante mi búsqueda anterior; ya que, por supuesto, conocía bien el lugar, desde el techo al sótano. Subí silenciosamente las escaleras de la cocina, y cuando llegué arriba, no sin temblores, caminé por un largo corredor que daba a una de las puertas que había sellado anteriormente.

Miré hacia gran vestíbulo y vi una débil y parpadeante luz al final del mismo; fui caminando de puntillas, con mi revólver listo. A medida que me acercaba a la puerta abierta, escuchaba las voces de varios hombres, como si estuvieran riendo a

carcajadas. Cuando me acerqué lo suficiente, pude ver a un grupo de hombres, todos bien vestidos, y uno, por lo menos, que estaba armado. Ellos estaban examinando mi barrera contra lo Sobrenatural, con una cruel carcajada.

Nunca me sentí más tonto en toda mi vida.

»Estaba claro para mí que ellos eran los responsables de los sucesos de la casa, y que habían estado utilizando la mansión vacía, quizás por espacio de años, para algún propósito determinado; y ahora que Wentworth quería tomar posesión, estaban fingiendo el encantamiento del lugar, para ahuyentar a la gente de manera que ellos pudieran seguir utilizando el lugar. Pero que eran ellos, si especuladores, ladrones, inventores o qué, yo no me podía figurar al momento.

»En ese momento ellos se fueron del Pentáculo y rodearon al perro que quedaba vivo, que se encontraba curiosamente tranquilo, como si estuviera medio drogado. Hubo alguna charla sobre si irían a dejar con vida a la pobre bestia, y finalmente decidieron que sería buena política sacrificarlo. Vi a dos de ellos girando una sogá alrededor de su hocico, y los dos extremos de la sogá fueron atados en la parte anterior del cuello del animal. Entonces, un tercer hombre enganchó un grueso bastón a través del lazo. Los dos hombres con la sogá agarraron al perro, y no pude ver que fue lo que hicieron luego; pero la pobre bestia pegó un horripilante aullido, e inmediatamente se repitió ese incómodo sonido de rotura que habíamos escuchado con anterioridad, según ustedes recordarán.

»Los hombres se fueron, dejando el cuerpo del perro ahí tirado. Por mi parte, aprecié la calculadora implacabilidad que habían demostrado estos hombres para decidir sobre la muerte del animal, y la fría determinación y pulcritud con que lo ejecutaron. Presumí que un hombre que fuera atrapado por estas personas, tranquilamente tendría un fin igualmente incómodo.

»Un minuto después, uno de los hombres ordenó al resto que debían cambiar los cables. Uno de los hombres comenzó a avanzar hacia la puerta del corredor en el que me encontraba espiando, y retrocedí silenciosamente hacia la oscuridad del final del pasillo. Vi al hombre alcanzando y tomando algo de arriba de la puerta, y escuché el sonido metálico de un cable de acero.

»Cuando se hubo ido, volví y vi a los hombres pasando, uno tras otro, a través de una abertura en las escaleras, luego de retirar uno de los pesados escalones de mármol. Cuando el último hombre hubo desaparecido, la losa que cubría el escalón fue nuevamente puesta en su lugar, y ya no había rastro de pasadizo secreto. Era el séptimo escalón desde abajo, y tomé el recaudo de contarlos; espléndida idea, ya que todos ellos eran tan sólidos, que ninguno sonaba a hueco, a pesar que fueran fuertemente martillados, según pude comprobar después.

»Hay algo más para narrar. Salí de la casa rápida y silenciosamente, y volví a la posada. La Policía, cuando se enteró que aquellos fantasmas eran gente de carne y

hueso, acudieron sin dubitación. Ingresamos en el parque de la mansión por el mismo camino que yo había seguido. Cuando intentamos sacar el escalón, fallamos, así que finalmente lo tuvimos que hacer añicos, cosa que habrá advertido a los rondadores; luego descendimos a un cuarto secreto que encontramos al final de un largo y angosto pasaje, pero ya no encontramos a ninguno de estos hombres.

»La Policía estaban horriblemente disgustados, como ustedes podrán imaginarse; pero por mi parte, de cualquier manera ya no me importaba mucho. Ya había derribado el asunto de los fantasmas, y eso era lo que yo había ido a hacer. No estaba particularmente temeroso de verme como objeto de burla de los otros.

»Buscamos a través de estos pasillos secretos, y encontramos una salida, al final de un largo túnel, que daba a un lado de un manantial, fuera en el bosque.

El techo del vestíbulo estaba hueco, y había una pequeña escalera secreta dentro de la gran escalera. El goteadero de sangre era ni más ni menos que agua coloreada, vertida a través de minúsculas grietas hechas entre el ornamentado cielorraso. Como hicieron para apagar las velas, no lo sabía; sin embargo los merodeadores no actuaban tal como la tradición, que sostenía que las luces se apagaban por el goteo de sangre. Quizás era muy difícil dirigir el fluído, sin echar ciertamente un chorro. Las velas y el fuego de la chimenea probablemente eran extinguidos con la anuencia de gas carbónico. Pero de qué manera, no me lo podía figurar.

»Los lugares secretos en los que se ocultaban eran, por supuesto, antiguos.

También había, ¿no se los conté? una campana que estaba en un aparejo, que tañía cada vez que alguien ingresaba al portón de la casa, desde el camino del bosque. Si yo no hubiera ingresado a la casa trepando el muro, para mi pesar, no hubiera encontrado nada, ya que la campana les hubiera advertido de mi presencia a través de la entrada principal.

—¿Y qué había en el negativo? —pregunté, con mucha curiosidad.

—Se veía el fino cable y el garfio con el que ellos habían sujetado el gancho que trababa el pestillo de la gran puerta. Lo deslizaron a través de una de las grietas del cielorraso. Evidentemente ellos no estaban preparados para elevar el gancho. Supongo que nunca pensaron que alguien viniera con todos estos artilugios, así que tuvieron que improvisar un garfio. El cable era tan fino que no podía verse en el vestíbulo, debido a la poca cantidad de luz que había, pero el flash lo pescó. ¿Lo ven?

»La apertura de las puertas interiores era realizada a través de cables, como ustedes habrán adivinado, que ellos desmontaban con prisa luego de usarlos. De otra manera yo hubiera podido encontrarlos, cuando realicé mi búsqueda.

»Creo que ahora explicamos todo. El sabueso fue asesinado, por supuesto, por estos hombres. Ustedes lo ven, ellos, en primer lugar, dejaban el salón lo más oscuro posible. Por supuesto, si hubiera por casualidad utilizado el flash en ese mismo momento, todo la fantochada del encantamiento, habría sido expuesta. Pero el

Destino quiso que fuera de otra manera.

—¿Y los vagabundos? —pregunté.

—Oh, ¿hablas de aquellos dos mendigos que fueron encontrados muertos en la casa?, —dijo Carnacki—. Bueno, por supuesto, es imposible de tener seguridad al respecto. Quizás ocurrió que encontraron algo, y estos delincuentes les dieron una hipodérmica. También es muy probable que hubieran encontrado la muerte por causas naturales. Es concebible que un gran número de vagabundos haya dormido en la vieja casa, alguna u otra vez.

Carnacki se detuvo y golpeteó su pipa. Nos levantamos y fuimos por nuestras capas y sombreros.

—¡Fuera! —dijo Carnacki, genialmente, utilizando su conocida fórmula. Y salimos hacia el malecón, y a través de la oscuridad, hacia nuestras respectivas casas.

LA HABITACIÓN QUE SILBABA

Como llegaba tarde, Carnacki me enseñó amistosamente el puño. Luego abrió la puerta del comedor y nos invitó a los cuatro: Jessop, Arkright, Taylor y yo, a que tomáramos asiento.

Como de costumbre, cenamos bien y, también como siempre, Carnacki estuvo endiabladamente silencioso. Sólo al final, cuando ocupamos, provistos de copas y cigarros, nuestras usuales posiciones, Carnacki —que ya se había instalado confortablemente en su enorme sillón— comenzó a contarnos su historia sin mayores prolegómenos:

—Acabo de volver otra vez de Irlanda —dijo—. Y he pensado, queridos amigos, que estaríais interesados en conocer lo que me ha ocurrido. Así que pensé que vería las cosas más claras después de habéros las contado con todo detalle. Sin embargo, debo deciros que desde el principio... hasta ahora, he estado completa y lamentablemente «despistado». He tenido que vérmelas con uno de los casos más peculiares de «embruajamiento» (o de manifestaciones diabólicas, si preferís ese nombre) con los que jamás me había encontrado. Así que poned atención.

He pasado estas últimas semanas en el castillo de Iastrae, que se encuentra a unas veinte millas al noroeste de Galway. Había recibido, hace ahora un mes, una carta de cierto señor Sid K. Tassoc, quien había comprado recientemente dicho castillo y se había mudado a él, pero sólo para comprobar que había hecho una adquisición un tanto peculiar.

Cuando llegué, fue a buscarme a la estación, conduciendo un túburi, con el que me llevó al castillo, al que, de pasada, llamaba su «choza». No tardé en comprobar que «acampaba» en ella en compañía de un hermano más joven y de otro americano que parecía ser una especie de sirviente y amigo. Al parecer, todo el servicio había abandonado el lugar, en masa como diríais vosotros, por lo que tenían que arreglárselas solos, excepción hecha de eventuales ayudas.

Los tres hombres prepararon una comida bastante frugal y Tassoc me contó todo lo relacionado con su problema, mientras nos sentábamos a la mesa.

Era lo más extraordinario con que me había topado, y resultaba diferente a todos mis casos, aunque pienso que el del «Zumbido» también fue bastante anormal.

Tassoc fue al grano sin más.

—Hemos descubierto una habitación en esta choza —dijo—, que produce un silbido de lo más infernal, como si estuviese embrujada. Y puede comenzar en cualquier momento, sin que sepas cuándo, y sigue y sigue hasta que no haces más que temblar. No es un silbido ordinario, ni tampoco el viento. Espere a oírlo.

—Todos llevamos revólveres —dijo su hermano, dando una palmadita en el bolsillo de su americana.

—¿Tan mal van las cosas? —pregunté. A lo que el hermano mayor asintió con la cabeza.

—Quizá yo sea demasiado impresionable —me contestó—, pero espere a oírlo. A veces pienso que se trata de algo infernal y, al momento siguiente, estoy seguro de que es alguien gastándonos una broma pesada.

—¿Por qué? ¿Qué ganarían con ello?

—Usted cree que, por lo general, la gente siempre tiene alguna razón para gastar bromas tan excesivamente preparadas como ésta —comentó—. Bueno, pues le diré que hay una dama en la región, la señorita Donnehue, que dentro de dos meses será mi esposa. Ella es más hermosa de lo que podría contarle y, hasta donde puedo ver, creo que he ido a meter la cabeza en un nido de avispa irlandesa. Había más de una docena de jóvenes irlandeses de cabeza caliente que la cortejaban desde hacía dos años, y ahora que he venido yo y les he dejado con un palmo de narices, se sienten rabiosos conmigo. ¿Comienza a ver por dónde van los tiros?

—Sí —contesté—. quizá en cierta forma, pero lo que no comprendo es de qué modo podría afectar todo esto a la habitación.

—Se lo voy a explicar —se apresuró a decir—. Cuando me decidí a casarme con la señorita Donnehue, comencé por buscar un sitio y compré esta pequeña choza. Una tarde, mientras estábamos cenando, le dije que pensaba establecerme en ella. Ella me preguntó si no tenía miedo de la habitación que silbaba. Yo comenté que eso debía ser alguna invención gratuita, porque no había oído nada al respecto. Estaban presentes algunos de sus amigos y vi que no tardó en circular entre sus rostros una sonrisa. Tras hacer varias preguntas, descubrí que durante los últimos veintitantos años varias personas habían comprado la propiedad y poco después habían acabado por venderla. Entonces aquellos muchachos comenzaron a meterse conmigo y a hacer apuestas después de la cena respecto a que no sería capaz de permanecer seis meses seguidos en la choza. Miré una o dos veces a la señorita Donnehue para asegurarme de que «había cogido el hilo» de la conversación, pero comprobé que ella pensaba que iba en serio. En parte, creo, porque había cierta sorna en la manera que tenían de meterse conmigo, y también porque ella creía realmente que había algo de verdad en aquel cuento espeluznante de la habitación que silbaba. Sin embargo, hice todo lo posible para seguirles el juego. Acepté todas sus apuestas y así les cerré el pico, llevando yo la voz cantante. Creo que a algunos les va a costar bastante trabajo ganarme, porque no pienso darme por vencido. Y bueno, creo que ya conoce toda la historia.

—No del todo —comenté—. Lo único que sé es que usted se ha comprado un castillo con una habitación un tanto «extraña», y que ha hecho una apuesta. También sé que sus sirvientes se han espantado y han salido corriendo. ¿Puede contarme algo acerca del silbido?

—¡Ah! ¡Eso! —exclamó Tassoc—. Lo oí la segunda noche de estar aquí.

Como puede suponer, yo había examinado a fondo la pieza durante el día, pues la conversación que habíamos tenido en Arlestrae, donde vive la señorita Donnehue, me había intrigado un poco. La verdad es que me pareció tan corriente como otras de la parte antigua, aunque quizá diese mayor sensación de abandono. Pero quizá aquello hubiera que achacarlo a lo que me habían contado de ella. El caso es que el silbido comenzó a eso de las diez de la segunda noche, como ya le dije. Tom y yo estábamos en la biblioteca, cuando oímos un silbido espantoso y sobrenatural que venía del corredor este, pues recordará que la habitación se encuentra en el ala este. «¡Es ese maldito fantasma!», le dije a Tom. Cogimos los candelabros de encima de la mesa y fuimos a echar un vistazo. Mientras avanzábamos por el corredor sentí que se me hacía un nudo en la garganta..., la cosa era terriblemente abominable. En cierta forma, sonaba como una canción, aunque más pareciese como si un diablo, o alguna cosa maligna se riese de nosotros y fuese a cogernos por detrás.

Así es como me sentía. Al llegar a la puerta no nos quedamos esperando, sino que la abrimos bruscamente, y le aseguro que el sonido de aquello me golpeó en el rostro. Tom me dijo que sintió lo mismo, una mezcla de extrañeza y de maravilla. Echamos un buen vistazo alrededor y en seguida nos sentimos muy nerviosos, por lo que nos fuimos rápidamente, cerrando la puerta con llave.

Bajamos hasta esta habitación y nos servimos un buen trago. Nos sentimos algo recuperados y comenzamos a tener la sensación de que al fin nos la habían pegado. Así que cogimos unos bastones y salimos fuera, pensando que a lo mejor todavía nos encontrábamos con alguno de aquellos tramposos de irlandeses que seguían haciendo de fantasmas. Pero no encontramos a nadie.

Volvimos a la casa y, después de recorrerla por entero, fuimos a hacer otra visita a la habitación. Pero, sencillamente, no pudimos soportarlo. Salimos corriendo por las buenas y volvimos a echar la llave a la puerta. No puedo decirlo con palabras, pero tuve la sensación de encontrarme ante algo abominablemente peligroso. ¡Ya lo ve! Desde entonces llevamos encima nuestras armas. Por supuesto, al día siguiente exploramos a fondo la habitación y toda la casa, e incluso los sótanos, sin encontrar nada extraño. Y ahora no sé qué pensar, excepto que alguna parte sensible dentro de mí me dice que se trata de algún plan de esos brutos de irlandeses para volverme loco.

—¿Hicieron algo después de lo sucedido? —pregunte.

—Sí —me dijo—. Montar guardia por la noche, junto a la puerta de la habitación, patrullar fuera de la casa y sondear los muros y el piso de la habitación. Hicimos todo lo que se nos ocurrió, y sólo cuando vimos que a los nuestros comenzaban a fallarles los nervios le llamamos a usted.

Cuando terminó de contarme la historia, ya habíamos acabado de comer.

Mientras nos levantábamos de la mesa, Tassoc nos impuso silencio.

—¡Ssh! ¡Escuchen!

Nos llamamos al instante, aguzando el oído. Entonces lo oí. Era un silbido prolongado, monstruoso e inhumano, que llegaba de muy lejos, de los corredores que estaban a mi derecha.

—¡Por Dios! —exclamó Tassoc—. ¡Y eso que aún no es de noche! Cojan esas velas y vengan conmigo.

En unos instantes nos encontramos fuera del comedor, subiendo las escaleras a toda prisa. Tassoc dobló hacia un largo corredor y los demás le seguimos, apantallando con la mano nuestras velas, mientras corríamos. El ruido parecía ocupar todo el pasillo a medida que nos acercábamos, hasta el punto de que tuve la sensación de que el mismísimo aire latía bajo el imperio de alguna nefanda e inmensa Fuerza..., una sensación como de corrupción palpable, por decirlo de alguna manera, como si alguna monstruosidad nos rodease.

Tassoc corrió el pestillo de la cerradura y, empujando con el pie, abrió la puerta, para echarse hacia atrás y sacar su revólver. Cuando la puerta quedó abierta de par en par, el sonido nos abofeteó... Fue algo imposible de explicar a quien no lo haya oído... Había en él una nota inconfundible y terrible, como si hubiera alguien agazapado en la oscuridad. Imaginaos la habitación estremeciéndose y chirriando con una enloquecida y vil alegría, ante aquellos aflautados y perversos silbidos, mientras era consciente de nuestra presencia.

Quedarse allí y escucharlo era ir derecho al manicomio. Era como si de repente alguien os mostrase la boca de un enorme pozo y dijese: «Eso es el Infierno.» Y supieseis que os había dicho la verdad. ¿Lo comprendéis siquiera un poco?

Di un paso hacia el interior de la habitación y levanté la vela por encima de mi cabeza, echando un rápido vistazo alrededor. Tassoc y su hermano se unieron a mí, y el primero se situó detrás. Todos habíamos levantado las velas.

Yo me encontraba aturdido por el sonido estridente y agudo del silbido.

Entonces me pareció oír una voz muy clara que me decía al oído: «¡Sal de aquí... en seguida! ¡Deprisa! ¡Deprisa!»

Como bien sabéis, queridos amigos, jamás desprecio ese tipo de advertencias. A veces no son más que los nervios, pero, como recordaréis, una advertencia parecida me salvó la vida en «El caso del Perro Gris» y en el curso de mis experiencias con el «Dedo Amarillo», por no citar más casos. Así que me volví hacia los demás.

—¡Fuera! —dije—. ¡Por el amor de Dios, fuera! ¡Deprisa!

En un instante estábamos todos en el pasillo.

El abominable silbido se convirtió en un extraordinario aullido y, de repente, con la rapidez del trueno, se hizo un absoluto silencio. Cerré violentamente la puerta y eché la llave. Me la guardé en el bolsillo y miré a los que estaban conmigo. Se encontraban terriblemente pálidos, y supongo que yo no debía de desentonar mucho a

su lado. Y allí nos quedamos un momento, sin decir nada.

—Bajemos a tomar un whisky —acabó por decir Tassoc, con una voz que intentaba pasar por normal; y abrió la marcha. Yo iba en la retaguardia, y vi que todos, yo incluido, no hacíamos más que mirar todo el tiempo por encima de nuestros hombros. Cuando llegamos abajo, Tassoc nos fue pasando la botella.

Se sirvió una buena dosis y dejó violentamente su vaso encima de la mesa.

Luego se dejó caer en un mullido sillón.

—¡Qué maravilla tener una cosa como esa en la casa de uno! ¿No les parece? —comentó. Y poco después preguntó sin ambages—: ¿Por qué diablos nos hizo salir tan deprisa, Carnacki?

—Porque me pareció oír que alguien me decía que saliésemos en seguida —contesté—. Suena un tanto tonto... y supersticioso, lo sé, pero cuando uno se encuentra mezclado en este tipo de asuntos, siempre es bueno hacer caso a todas esas ensoñaciones y arriesgarse a que se rían de uno.

Y entonces le conté «El caso del Perro Gris», que escuchó, asintiendo de continuo con la cabeza.

—Desde luego —dije—, quizá sólo se trate de esos supuestos rivales de los que hablara antes, que nos estaban gastando una broma, pero personalmente, intentando mantener la mente abierta, siento que hay algo bestial y peligroso en este asunto.

Seguimos charlando un poco más. Tassoc sugirió que jugáramos al billar, y lo hicimos con bastante poca convicción, pues todo el tiempo estábamos con el oído puesto en la puerta, por decirlo coloquialmente, atentos a los ruidos; pero, como no oímos ninguno, tras tomarnos un café nos propuso que fuéramos a acostarnos, para proceder al día siguiente a un exhaustivo examen de la estancia.

Mi habitación se encontraba en la parte más reciente del castillo y su puerta daba a la galería de los cuadros. Hacia el extremo este de la galería se hallaba la entrada al corredor del ala este, que estaba separado de la galería por dos antiguas y pesadas puertas de madera de roble, en extraño contraste con las demás puertas de las habitaciones, más modernas.

Cuando llegué a mi habitación, no me fui a la cama, sino que comencé a deshacer el baúl que contenía todos mis instrumentos y cuya llave siempre guardo conmigo. Intentaba realizar una o dos pruebas preliminares en mi investigación del extraordinario silbido.

No mucho después, cuando todo era silencio en el castillo, me deslicé fuera de mi habitación y franqueé la entrada del gran corredor. Abrí una de las puertas gruesas y bastante bajas y barrí con el haz luminoso de mi linterna de bolsillo el pasillo. Estaba vacío. Empujé la puerta de roble y avancé por el largo corredor, iluminando sucesivamente delante y detrás y con el revólver amartillado.

Me había puesto un «collar protector» de ajos alrededor del cuello, y su olor

parecía llenar el corredor y darme confianza; como sabéis, es una maravillosa «protección» contra las formas Aeiirii más usuales de semimaterialización, las cuales eran, a mi entender, las causantes del silbido; no obstante, en aquel estadio de mi investigación aún me hallaba dispuesto a aceptar que procedían de una causa perfectamente natural, pues es sorprendente constatar el enorme número de casos que demuestran no deberse a nada sobrenatural.

Además del collar, me había puesto en los oídos dientes de ajo, que no me incomodaban mucho; y, como no tenía pensado permanecer en la habitación más que unos minutos, no esperaba correr ningún peligro.

Cuando llegué a la puerta y metí la mano en el bolsillo para buscar la llave, tuve una súbita sensación de intenso terror. Pero no estaba dispuesto a retroceder si conseguía dominarme. Corrí el pestillo y giré el pomo de la puerta; la abrí de una violenta patada, como había hecho Tassoc, y saqué el revólver, aunque realmente no esperase hacer uso de él.

Barrí con el haz de la linterna toda la habitación y di un paso hacia dentro, con la incomodísima y horrible sensación de ir derecho al encuentro del peligro.

Permanecí expectante unos segundos, sin que se produjera nada, mientras la habitación se veía completamente vacía. Y entonces, fijaos, me di cuenta de que estaba sumida en un abominable silencio, tan espantoso como cualquiera de los ruidos obscenos que esas Cosas son capaces de hacer. ¿Recordáis lo que os conté del asunto del «Jardín silencioso»? Bueno, pues en aquella habitación había precisamente aquel mismo tipo de silencio malévolo..., la bestial tranquilidad de una cosa que te está mirando, sin hacerse visible, y que piensa que ya te tiene. ¡Oh, lo reconocí al instante! Así que ajusté el haz de mi linterna para que iluminase toda la habitación.

Me puse a trabajar enérgicamente, aunque sin dejar de mirar a mi alrededor. Precinté las dos ventanas con cabellos humanos, de uno a otro lado, sellándolas en los marcos. Mientras hacía aquel trabajo, una extraña y casi imperceptible tensión se insinuó en el ambiente, y el silencio pareció solidificarse: no sé si me explico. Entonces supe que no tenía nada que hacer allí sin contar con una «protección total», pues estaba prácticamente seguro de que no se trataba de una simple manifestación Aeiirii, sino de una de las peores formas de las Saiitii, como en «El caso del hombre que gruñía», si recordáis.

Terminé con la ventana y, sin pérdida de tiempo, me dirigí hacia la gran chimenea. Era inmensa y tenía varios hierros en forma de horca, creo que se dice así, que salían de detrás de la bóveda. Precinté la abertura con cabellos humanos... de forma que el séptimo cabello se cruzara con los otros seis.

Justo cuando estaba a punto de acabar, un tenue silbido, inconfundiblemente burlón, sonó en la habitación. Un escalofrío helado me subió por la espalda y, después de recorrer la frente, se alojó en mi nuca. El repugnante sonido llenaba toda

la habitación con una extraordinaria y grotesca parodia de silbido humano, aunque resultaba demasiado gigantesco para proceder realmente de un hombre..., como si algo gargantuesco y monstruoso intentase silbar como un ser humano. Mientras permanecí allí, acabando de colocar el último sello, casi no tuve duda de que había ido a dar con uno de aquellos casos, tan escasos como horribles, en que lo Inanimado reproduce las funciones de lo Animado. Agarré mi linterna y me dirigí rápidamente hacia la puerta, mirando hacia atrás y esperando que la cosa hiciese lo que yo esperaba.

Y así sucedió, pues, justamente cuando empuñaba el pomo..., un chillido de increíble y malévolamente cólera dominó el tono bajo del silbido. Salí a toda prisa, dando un portazo, y eché la llave.

Durante unos instantes me apoyé en la pared de enfrente de la puerta, sintiéndome como vacío, pues aquel chillido había sido algo terriblemente monstruoso... «No dispondrás de salvaguarda alguna ni de lugar santo, cuando la abominación haga hablar a la madera y a la piedra.» Así dice el Manuscrito Sigsand, y yo demostré que era cierto en «El caso de la puerta que asentía». No existe, pues, ninguna protección contra esa particular especie de monstruo, excepto quizá durante una breve fracción de tiempo, ya que puede materializarse o tomar para sus propósitos la misma forma material de la protección que estéis utilizando, puesto que tiene poder para «adoptar cualquier forma dentro del pentáculo», aunque no de manera inmediata. Por supuesto que siempre existe la posibilidad de recitar el Último Versículo Desconocido del Ritual Saaamaaa, aunque sea demasiado incierta, ya que el peligro al que uno se expone resulta extremadamente terrible y porque además sólo protege durante «quizá cinco latidos del corazón», como recuerda el Manuscrito Sigsand.

Dentro de la habitación sonaba en aquellos momentos un silbido continuo, como meditabundo, que no tardó en cesar, con lo que el silencio dio la impresión de ser peor, pues siempre hay en él una sensación de oculta malignidad.

Poco después precinté la puerta, cruzándola con varios cabellos, y regresé por el gran pasillo, yéndome a la cama.

Durante bastante tiempo permanecí despierto, hasta que al fin conseguí dormirme. A eso de las dos de la mañana, me despertó el silbido de la habitación, que llegaba hasta mí incluso a través de tantas puertas cerradas. El sonido era tremendo y parecía sacudir toda la casa como si fuese a pasar algo terrible, como si al otro extremo del pasillo (recuerdo que lo pensé entonces) un gigante monstruoso estuviese organizando para su uso exclusivo un carnaval demente.

Me levanté, sentándome al borde de la cama y preguntándome si no debía volver y echar un vistazo a los precintos, cuando llamaron a mi puerta y entró Tassoc, con una bata encima del pijama.

—Como pensaba que también se habría despertado, he venido a charlar un rato

—dijo—. No puedo dormir. ¿Verdad que es algo encantador?

—Resulta maravilloso —comente, lanzándole mi pitillera.

Encendió un cigarrillo y estuvimos sentados, charlando, cerca de una hora; durante todo aquel tiempo, el ruido no dejó de llegarnos del otro extremo del gran corredor.

De repente, Tassoc se levantó.

—Cojamos nuestros revólveres y vayamos a ver más de cerca a la Bestia —dijo, haciendo ademán de salir.

—¡No! —le repliqué—. ¡Por Júpiter!... ¡NO! Aunque aún no puedo afirmar nada, creo que la habitación encierra el mayor de los peligros.

—¿Está embrujada?... ¿Realmente embrujada? —preguntó, de manera directa, sin asomo de ese humor que tan frecuente era en él.

Le dije que, desde luego, no podía dar un sí o un no definitivos a su pregunta, pero que esperaba poder contestarla satisfactoriamente muy pronto.

Después le di un breve curso acerca de la Falsa Rematerialización de la Fuerza Animada en lo Inerte Inanimado, de suerte que comenzó a comprender hasta qué punto podía ser peligrosa aquella habitación, si realmente daba lugar a tales manifestaciones.

Cerca de una hora después, el silbido cesó bruscamente y Tassoc volvió de nuevo a su cama. Yo también me fui a la mía y logré conciliar un breve sueño.

A la mañana siguiente me acerqué a la habitación. El precinto de la puerta estaba intacto. Entonces entré. Los sellos y cabellos de la ventana estaban intactos, pero el séptimo cabello que cruzaba de un lado a otro la gran chimenea se había roto. Aquello me dio qué pensar. Quizá todo se debiera al hecho de haberlo dejado excesivamente tirante..., pero también se podía haber roto por otra causa. De cualquier modo, era muy poco probable que un hombre, por poner un ejemplo, hubiera podido pasar a través de los seis cabellos que no estaban rotos, pues nadie habría sido capaz de distinguirlos entrando en la habitación por aquel sitio, por lo que los habría roto sin saber de su existencia.

Quitó los demás cabellos y los sellos. Entonces, metiendo la cabeza en la chimenea, miré hacia arriba. A pesar de ser bastante larga, pude distinguir en su extremo el azul del cielo. Era un conducto amplio y libre de recovecos que hubieran podido esconder a alguien. Pero no podía fiarme de un examen tan superficial, y así, después del almuerzo, me puse un mono y lo escalé hasta arriba del todo, sondeándolo mientras avanzaba, pero no encontré nada.

Entonces bajé y me fui a la habitación, buscando exhaustivamente en piso, techo y paredes, tras parcelar las respectivas superficies en cuadrados de seis pulgadas de lodo y tantearlas con martillo y sonda. Pero no encontré nada anormal.

Después de aquello, invertí tres semanas en investigar por todo el castillo de

manera parecida, con los mismos resultados. Incluso una noche, nada más comenzar el silbido, fui más lejos e hice una prueba con un micrófono. Si el silbido era producido mecánicamente, el micrófono me habría dado la evidencia de que había algún tipo de máquina obrando en el interior de las paredes. Era un método de investigación muy moderno, como veis.

Por supuesto que yo no pensaba que ninguno de los rivales de Tassoc hubiese instalado ningún sistema mecánico parecido, pero me parecía posible que alguien hubiese podido utilizar años atrás uno similar, capaz de producir el silbido, quizá con intención de dar a la habitación una reputación que pudiese preservarla de la intrusión de gente curiosa. ¿Comprendéis a qué me refiero?

Era muy posible, si tal era el caso, que alguien conociese el secreto de aquel sistema y lo estuviese utilizando para gastarle a Tassoc una broma diabólica.

Como iba diciendo, la prueba del micrófono para sondear las paredes me permitiría conocer si tenía o no razón. Pero no obtuve resultado alguno.

Prácticamente, ya no me quedaba ninguna duda de que se trataba de un genuino caso de lo que popularmente se designa como «embrujo».

Durante todo aquel tiempo, cada noche, y en muchas ocasiones durante su mayor parte, el chirriante silbido de la habitación se hacía insoportable. Era como si encerrase dentro una Inteligencia que estuviese al tanto de los pasos que se estaban dando contra ella, y silbase y chirriase en una especie de desprecio demente y burlón. Os aseguro que resultaba tan extraordinario como terrible. De vez en cuando, en calcetines y andando de puntillas, me acercaba a la habitación precintada (pues siempre la dejaba así), hasta varias veces en una misma noche, y con frecuencia el silbido del interior parecía convertirse en una nota brutalmente burlona, como si el monstruo medio materializado me viese claramente a través de la puerta cerrada. Y siempre que me quedaba allí esperando, el estruendo del silbido parecía llenar completamente el corredor, hasta el punto de que me sentía como un intruso en medio de la celebración de uno de los misterios del Infierno.

Cada mañana entraba en la habitación y examinaba los diferentes cabellos y sellos. Después de la primera semana había tendido cabellos a todo lo largo de las paredes y del techo, mientras que sobre el piso, que era de piedra pulimentada, había dispuesto pequeñas etiquetas incoloras, con la parte adhesiva por encima. Estaban numeradas y ordenadas según un plan preconcebido, lo que me permitiría trazar los movimientos exactos de cualquier cosa animada que pasase por encima de ellas.

Comprenderéis que no había ser material ni criatura viviente que pudiese entrar en la habitación sin dejar numerosas pistas de su paso. Pero jamás se alteró nada, así que comencé a pensar que debía arriesgarme a pasar una noche en la habitación dentro del pentáculo eléctrico. Fijaos que sabía muy bien que hacerlo era una locura, pero es que ya me estaba cansando y por eso me sentía decidido a intentar cualquier

cosa.

Así pues, poco antes de la medianoche rompí el precinto de la puerta y eché una mirada rápida en su interior; os aseguro que toda la habitación lanzó un aullido demencial y quiso abalanzarse sobre mí, en medio de una oscuridad que parecía envolverme, como si las paredes se hubiesen curvado para atraparme. Desde luego que debió de tratarse de mi imaginación. En cualquier caso, con el aullido había tenido más que suficiente. Salí de la habitación, dando un portazo, y la cerré con llave, sintiendo que la debilidad me iba bajando por el espinazo. Me pregunto si conocéis esa sensación.

Y entonces, cuando había llegado a ese momento en que uno siempre está dispuesto a emprender lo que sea, pensé que acababa de hacer un descubrimiento.

Era cerca de la una de la mañana y paseaba sin prisa alrededor del castillo, pisando la hierba. Había llegado hasta la fachada este y podía oír por encima de mi cabeza el vil y obscuro silbido de la Habitación, que desde abajo se veía sumida en la tiniebla. Entonces, súbitamente, a pocos pasos delante de mí, oí la voz de un hombre, hablando en voz baja, pero, según toda evidencia, contento:

—¡Por San Jorge! No sé vosotros, amigos, pero desde luego yo no traería a mi mujer a vivir a una casa como ésta —dijo con el acento de un irlandés cultivado.

Alguien le contestó, pero se interrumpió, porque entonces oí una exclamación y gente corriendo, y todo acabó en ruido de pisadas que se dirigían hacia todas las direcciones. Era evidente que me habían visto.

Durante unos pocos segundos me quedé sin reaccionar, sintiéndome poco menos que un asno. ¡Así que, después de todo, aquellos tipos eran los responsables del embrujamiento! ¿Comprendéis que me pareciera que había hecho el idiota? Debían de ser los rivales de Tassoc, y yo... ¡había sentido en lo más profundo de mis huesos que tenía entre las manos un caso genuino! Pero entonces acudieron a mi memoria infinidad de detalles que de nuevo me hicieron dudar. De cualquier forma, ya se tratase de algo natural o sobrenatural, todavía quedaba mucho por aclarar.

A la mañana siguiente le conté a Tassoc lo que había descubierto, y durante cinco noches seguidas mantuvimos en estrecha vigilancia el ala este, pero seguimos sin ver el menor rastro de nadie merodeando por ella; sin embargo, durante todo aquel tiempo, prácticamente desde el atardecer al amanecer, el grotesco silbido sonó espantosamente en las tinieblas que se cernían sobre nosotros.

En la mañana del sexto día recibí un telegrama de Inglaterra que me obligaba a regresar en el primer barco. Le expliqué a Tassoc que estaría fuera pocos días, haciendo hincapié en que siguiera montando guardia alrededor del castillo. Sólo me preocupaba una cosa, y era que debía prometerme formalmente que no entraría en la habitación entre la puesta y la salida del sol.

Le dejé bien claro que no teníamos nada definitivo, en un sentido o en otro, y que

si la habitación era lo que me había parecido en un principio, tendría muchas probabilidades de hallar la muerte si entraba en ella cuando hubiera anochecido.

Una vez en Inglaterra y zanjados mis asuntos, pensé que os sentiríais interesados por este caso. En fin de cuentas, lo que estaba buscando era aclarar un poco mis ideas, y por eso os llamé. Mañana regreso de nuevo. Cuando esté de vuelta, seguro que tengo algo realmente extraordinario que contaros. A propósito, me olvidé de contaros una cosa curiosa. Intenté obtener un registro fonográfico del silbido, pero no conseguí que impresionara la cera. Eso fue una de las cosas que peor me hicieron sentir.

Otra cosa extraordinaria es que el micrófono no amplifica el sonido, ni siquiera lo capta: parece como si no lo tuviese en cuenta, como si no existiese.

Por el momento me hallo absoluta y categóricamente perplejo. Y me pregunto con cierta curiosidad si alguno de vosotros tendría la suficiente cabeza para poder arrojar alguna luz en este asunto. Yo no puedo... por ahora.

Y se levantó.

—Buenas noches a todos —dijo, y nos puso en la puerta, como si fuese su propio mayordomo, aunque sin resultar ofensivo para nosotros.

Dos semanas más tarde nos enviaba una tarjeta a cada uno y, como es fácil imaginar, en aquella ocasión no llegué tarde. Cuando nos encontramos todos juntos, Carnacki nos hizo pasar al comedor, y nada más acabar de cenar, mientras nos sentíamos la mar de felices, prosiguió su relato donde lo había dejado.

Ahora escuchadme muy atentamente, pues tengo que contaros algo muy singular. Llegué, avanzada la noche, y tuve que caminar hasta el castillo, ya que no les había avisado de mi regreso. Había un magnífico claro de luna, de manera que el paseo fue más placentero que otra cosa. Cuando me acerqué, el lugar estaba rodeado de tinieblas, y pensé, rodear el castillo para ver si Tassoc o su hermano estaban montando guardia. Pero no pude encontrar a ninguno de ellos, por lo que supuse que habrían acabado por cansarse y se habían ido a dormir.

Volvía sobre mis pasos, cruzando el césped que se extiende al pie del ala este, cuando oí el terrible silbido de la Habitación, curiosamente nítido en medio de la tranquilidad de la noche. Recuerdo que tenía una nota peculiar..., baja y constante, extrañamente meditabunda. Miré hacia su ventana, brillante a la luz de la luna, y tuve la súbita ocurrencia de ir a coger una escalera de los establos para intentar echar un vistazo desde fuera.

Con esta idea, contorneé rápidamente el castillo, dirigiéndome hacia los establos, y no tardé en volver con una escalera larga y bastante ligera, aunque no lo bastante para que uno solo pudiese llevarla fácilmente. ¡Vaya si pesaba! Al principio pensé que no podría levantarla. Al fin lo conseguí y apoyé su extremo superior con mucha suavidad contra el muro, un poco por debajo del antepecho de la ventana. Subí por

ella silenciosamente. No tardé en asomar la cabeza por encima del antepecho y mirar por el cristal, a solas con el claro de luna.

Como era de esperar, el extraño silbido sonó más fuerte, aunque seguí sintiendo la curiosa impresión de antes, como si alguien tocase para sí...

¿Comprendéis lo que quiero decir? A pesar del tono meditabundo de la nota, su cualidad horrible y gargantuesca era evidente... como una poderosa parodia de humanidad, como si me hallase escuchando una abominación que silbase con labios de monstruo, pero con alma de hombre.

Y entonces vi algo. El suelo de aquella enorme y vacía estancia se levantaba en su centro, para formar un extraño montículo, de apariencia blanda, que exhibía en su cima una cambiante oquedad, responsable del enorme y espantoso silbido. En algunos momentos, mientras miraba, vi que la oquedad palpitaba con un inconcebible movimiento de succión, como si fuese el resultado de una respiración enorme, y entonces la cosa se dilataba y volvía a tocar la increíble melodía. Y, mientras la miraba, se me ocurrió que la cosa estaba viva y que me encontraba mirando dos enormes y negruzcos labios, hinchados y horribles, a la luz de la luna.

De repente crecieron en una tremenda explosión de fuerza y sonido, endureciéndose e hinchándose, monstruosamente descomunales y nítidos bajo los rayos lunares. Una espesa baba recubrió el enorme labio superior. En el mismo momento el silbido explotó en una nota demencial y estridente que me dejó sordo, a pesar de estar fuera, en la ventana. Instantes después, miraba con ojos abiertos e inexpresivos el suelo de la habitación, sólido como siempre..., de lisa piedra pulimentada, que la cubría de un extremo a otro. Y en ella reinaba un silencio absoluto.

Supongo que me podéis imaginar mirando atónito al interior de la Habitación que ha quedado en silencio, después de haber contemplado aquel portento. Me sentía como un niño asustado y tuve unas ganas terribles de deslizarme sin hacer ruido por la escalera y echar a correr. Pero en aquel mismo instante oí la voz de Tassoc dentro de la Habitación, pidiendo auxilio..., auxilio.

¡Dios mío! Estaba tan aturdido y desconcertado que tuve la vaga e imprecisa noción de que, después de todo, los irlandeses le habían cogido y le estaban haciendo pasar un mal rato. Como la llamada volvió a repetirse, rompí el vidrio de la ventana y penetré de un salto en la habitación para ayudarle. Tuve la confusa idea de que la llamada había venido de la sombra proyectada por la gran chimenea, y me dirigí hacia ella, pero sin encontrar a nadie.

—¡Tassoc! —exclamé.

Mi voz suscitó ecos en las paredes de la enorme habitación. Entonces, con la rapidez del relámpago, supe que no era Tassoc el que llamaba. Giré en redondo, enfermo de miedo, hacia la ventana, mientras resonaba un tremendo silbido,

espantoso y exultante, que parecía llenar la habitación. A mi izquierda, el extremo de la pared se había abombado en dirección a mí, formando un par de labios gargantuescos, negros y absolutamente monstruosos, a menos de una yarda de mi rostro. Durante un instante, dominado por la locura, busqué mi revólver; pero no para utilizarlo contra la cosa, sino contra mí mismo, pues aquel peligro era mil veces peor que la muerte. Y, entonces, alguien murmuró en la habitación el Último Versículo Desconocido del Ritual Saaamaaa de manera perfectamente audible. Al instante sucedió lo que ya había experimentado antes: era como si comenzase a caer por los alrededores un fino polvo, de manera continua y monótona, y supe que mi vida pendía, detenida durante un breve instante, presa de vértigo, mientras se veía rodeada de seres invisibles. Aquella sensación terminó y entonces supe que, una vez más, estaba entre los vivos. Mi alma y mi cuerpo se juntaron de nuevo y la vida y las energías volvieron a mí. Me lancé como un poseso hacia la ventana, casi tirándome de cabeza, pues había dejado de tener miedo a la muerte. Me di contra la escalera y caí por ella, mientras intentaba no perder su contacto, hasta que llegué al suelo, ileso. Entonces me senté en el suave y húmedo césped, bajo la luz de la luna. De arriba, saliendo de la rota ventana de la habitación, llegaba el monótono silbido.

Eso es lo esencial de la historia. No me había hecho daño. Me fui rápidamente a la fachada principal y desperté a Tassoc. Cuando me abrieron, tuvimos una larga charla, ayudada con un excelente whisky —pues yo estaba hecho polvo—, en el transcurso de la cual intenté explicarles lo sucedido como mejor pude. Le dije a Tassoc que había que demoler la Habitación y quemar todos y cada uno de sus escombros en un horno montado en el interior de un pentáculo. Asintió con la cabeza. Y como no había más que contar, me fui a la carma.

Pusimos a trabajar a un pequeño ejército, y en diez días aquel maldito asunto se convirtió en humo, y lo que quedó fue calcinado y debidamente limpiado.

No comencé a comprender cómo las cosas habían podido llegar a extremos tan tremendos hasta el momento en que los obreros empezaron a arrancar el revestimiento de las paredes. Encima de la gran chimenea, al quitar el revestimiento de madera de roble, encontré, encastrada en la pared, una placa de piedra con una inscripción en gaélico que explicaba que en aquella habitación había sido quemado vivo Dian Tiansay, el bufón del rey Alzof, quien compuso la Canción de la Locura a la intención del rey Ernore del Séptimo Castillo.

En cuanto pasé a limpio la traducción, se la entregué a Tassoc. Se excitó muchísimo, pues conocía la vieja leyenda, y me llevó a la biblioteca para consultar un viejo pergamino que contaba detalladamente aquella historia. Por otra parte, vi que aquel incidente se encontraba muy difundido por la región, a pesar de que siempre hubiera sido considerado más como una leyenda que como un hecho auténtico. Al parecer, nadie se había imaginado nunca que la vieja ala este del castillo de Iastrae

fuese lo único que quedaba del Séptimo Castillo.

Gracias al antiguo pergamino supe que, mucho tiempo atrás, en aquel lugar había ocurrido un suceso más bien siniestro. Al parecer, el rey Alzof y el rey Ernore eran enemigos hereditarios, como podría decirse; todo se había reducido a algunas incursiones por ambas partes, hasta que Dian Tiansay compuso la Canción de la Locura, dedicada al rey Ernore, que cantó en presencia del rey Alzof, quien la apreció tanto que dio al bufón por esposa a una de sus mujeres.

No tardó en conocerse aquella canción en toda la región, hasta que llegó a oídos del rey Ernore, quien se sintió tan airado que declaró la guerra a su viejo enemigo, capturándole y quemándole vivo en su castillo; pero se llevó consigo a Dian Tiansay, el bufón, y, habiéndole arrancado la lengua por la canción que había compuesto, le encerró en una habitación del ala este de su castillo (que, a todas luces, reservaba para fines poco placenteros), quedándose con su mujer, ya que había sido sensible a sus encantos.

Pero una noche, la mujer de Dian Tiansay desapareció y, al día siguiente, la encontraron muerta entre los brazos de su marido, quien silbaba la Canción de la Locura, ya que no podía cantarla.

Entonces asaron a Dian Tiansay en la gran chimenea... posiblemente sujetándole con los hierros que creo haber mencionado. Y hasta que murió, no «dejó de silbar» la Canción de la Locura, ya que no la podía cantar. A partir de entonces, «en aquella habitación» se oyó con mucha frecuencia el sonido de alguien que silbaba, y «se sintió una gran Presencia en ella», de suerte que nadie se atrevió a dormir entre sus cuatro paredes. Bien pronto, al parecer, el rey se marchó a otro castillo pues el silbido le molestaba.

Y bien, ya conocéis toda la historia. Por supuesto que sólo se trata de un rápido resumen de la traducción del manuscrito. ¡Resulta bastante extraña! ¿Pensáis lo mismo que yo?

—Sí —contesté, hablando por los demás—. ¿Pero cómo pudo crecer aquella cosa, al punto de conseguir una materialización tan tremenda?

—Se trataba de uno de esos casos en que la constancia del pensamiento produce una acción positiva sobre la materia del entorno material inmediato —explicó Carnacki—. La evolución debió de seguir adelante a lo largo de los siglos para llegar a producir semejante monstruosidad. Era un genuino ejemplo de una manifestación Saiitii, que sólo puedo explicar comparándola con un hongo inmaterial que, para crecer, modificase la misma estructura de las fibras del éter y que, al hacerlo, adquiriese un control esencial sobre la «sustancia material» involucrada. Es imposible explicarlo más claramente en pocas palabras.

—¿Qué fue lo que rompió el séptimo cabello? —preguntó Taylor.

Carnacki no supo qué responder. Pensaba que tal vez nada ni nadie, sino que fue

debido a un exceso de tensión. También explicó que los hombres que huyeron nada más verle no tenían nada que ver con lo sucedido, sino que habían ido en secreto al castillo para oír el silbido, ya que se había convertido en el motivo predilecto de comentario de toda la región.

—Otra cosa más —dijo Arkright—. ¿Tienes idea del principio que gobierna el uso del Último Versículo Desconocido del Ritual Saaamaaa? Sé, por supuesto, que fue utilizado por los Sacerdotes No Humanos en el «Encantamiento de los Raaee». Pero, aparte de eso, ¿quién lo utilizó en tu favor y quién lo pronunció?

—Quizá fuera conveniente que leyeras la monografía de Harzam y el comentario que escribí sobre ella, sobre la Coordinación e interferencia entre el Astral y el Astarral —dijo Carnacki—. Es una materia apasionante, y sólo puedo deciros en este momento que las vibraciones humanas no pueden ser aisladas del «astarral» (como siempre se supuso que era el caso, cuando existían interferencias con lo invisible), sin que intervengan al punto las Fuerzas que gobiernan la revolución de la Esfera Exterior. En otras palabras, se ha conseguido demostrar una y otra vez que existe una Fuerza Protectora, que resulta inescrutable, y que se interpone continuamente entre el alma humana (fijaos que no digo cuerpo) y las Monstruosidades del Exterior. ¿He sido suficientemente claro?

—Creo que sí —respondí—. Y supongo que pensaste que la Habitación se había convertido en la expresión material del antiguo bufón..., que su alma, corroída por el odio, acabó creando un monstruo. ¿Estoy en lo cierto? —le pregunté, para terminar.

—En efecto —dijo Carnacki, asintiendo—. Creo que lo has explicado muy bien. Es una curiosa coincidencia que la señorita Donnehue parezca descender, según he oído, del mismísimo rey Ernore. No me digáis que la cosa no tiene miga, ¿eh? El próximo matrimonio y la habitación despertando de nuevo a la vida... Si ella hubiese entrado en la habitación... ¿eh? ESO llevaba esperando mucho tiempo. Los pecados de los padres... Sí, claro que lo he pensado. Van a casarse la próxima semana y me toca hacer de padrino, que es algo que odio. Y ahora que lo pienso... ¡Tassoc ha ganado la apuesta! Pero imaginaos lo que hubiese pasado si ella hubiese entrado en la habitación. ¡Uff! ¡Qué horrible!

Asintió con la cabeza, siniestramente, y los cuatro asentimos a coro con él.

Entonces se levantó y nos llevó a todos hasta la puerta, despidiéndonos con su fórmula familiar, mientras divisábamos el Embankment y sentíamos en el rostro el fresco aire de la noche.

—Buenas noches —dijimos, a guisa de despedida, yéndonos a nuestros respectivos hogares.

Y, mientras tanto, yo no hacía más que pensar: «¿Y si ella hubiese entrado? ¿Eh? ¿Y si hubiese entrado?»

EL CABALLO DE LO INVISIBLE

Aquella tarde había recibido una invitación de Carnacki. Cuando llegué a su casa, le encontré sentado, solo. Al entrar en la habitación, se levantó con evidentes muestras de afectación y me tendió la mano izquierda. Su rostro presentaba numerosos arañazos y contusiones, y llevaba vendada la otra mano.

Estrechó la mía y me ofreció el periódico que estaba leyendo, que rechacé.

Entonces me pasó un montón de fotografías y volvió a su lectura.

Todo había sucedido en el más puro estilo Carnacki. Sin decir una palabra y sin que yo le hiciese ninguna pregunta. Ya nos lo contaría todo más tarde.

Pasé cerca de media hora viendo las fotografías, en su mayoría «instantáneas», de una joven extraordinariamente hermosa. Sin embargo, lo que sorprendía en algunas era ver que esa hermosura se acentuaba por el espanto y el terror que reflejaba su expresión, hasta el punto de que no resultaba difícil creer que hubiera sido fotografiada en presencia de algún peligro inminente y abrumador.

La mayor parte de las fotografías eran de interior y habían sido realizadas en habitaciones y pasillos. En todas ellas salía la joven, ya de cuerpo entero o en primer plano; a veces aparecía en la fotografía poco más de una mano o un brazo, o parte de la cabeza o del vestido. Era evidente que todas las fotos habían sido tomadas con algún propósito definido, que en principio no era el de retratar a la joven, sino su entorno, lo que despertó mi curiosidad como se puede imaginar.

Casi a punto de acabar de estudiar aquel montón, me tropecé con algo definitivamente extraordinario. Se trataba de una fotografía de la joven, de pie, tomada de improviso, y perfectamente clara por efecto del gran fogonazo del flash, como podía observarse. Había vuelto ligeramente el rostro, como si de repente algún ruido la hubiese asustado. Exactamente encima de ella, materializada a medias y surgiendo de las sombras, podía verse la forma de una única y enorme pezuña.

Examiné aquella fotografía durante largo tiempo, sin llegar a ninguna conclusión, aunque era más que probable que tuviese que ver con alguno de los extraños casos en que se interesaba Carnacki.

Cuando llegaron Jessop, Arkright y Taylor, Carnacki tendió la mano en silencio hacia las fotografías, que yo le devolví de la misma forma. Luego nos fuimos todos a cenar. Cuando llevábamos una hora en la mesa, completamente felices, nos dirigimos hacia nuestros sillones, y tras acomodarnos en ellos Carnacki comenzó a hablar.

—He estado en el Norte —dijo, hablando lenta y dificultosamente, entre dos caladas a su pipa—. A ver a los Hisgins, al este de Lancashire. He estado ocupado en un asunto condenadamente extraño, como estoy seguro de que os parecerá a todos vosotros, queridos compañeros, en cuanto haya terminado de contároslo. Antes de ir hasta allí, había oído algo de la «historia del caballo», como la llamaban; pero jamás

se me habría ocurrido suponer que llegaría a tener que ver algo con ella. Como comprenderéis, nunca había pensado seriamente en el asunto..., a pesar de mi máxima de tener siempre la mente bien abierta a todo. ¡Cuan curiosas criaturas somos los humanos!

Bueno, pues la cuestión es que recibí un telegrama en el que se me solicitaba una entrevista, lo que vino a decirme que alguien estaba en apuros. A la hora fijada, el viejo capitán Hisgins en persona vino a verme. Me contó la historia del caballo con todo lujo de detalles, algunos nuevos para mí, aunque ya conocía en líneas generales los puntos principales, y sabía que si el primer hijo era chica, esta sería «embruja» por el Caballo mientras durase su noviazgo.

Como veis, se trata de una historia extraordinaria. Aunque la conociese desde hacía tiempo, nunca había pensado que pudiese ser más que una leyenda de los viejos tiempos, como creo que ya os he dicho. Además, como durante siete generaciones la familia Hisgins sólo había tenido primogénitos varones, ellos mismos habían considerado que la historia no era más que un mito.

Pero ahora, para llegar al momento presente, sucede que el primogénito de la familia es una chica. Con mucha frecuencia, amigos y conocidos la han importunado, advirtiéndola en tono de chanza del hecho de que, siendo la primera hija primogénita en siete generaciones, debería mantenerse bastante lejos de sus amigos varones o meterse a monja para escapar al encantamiento.

Lo cual nos demuestra que, con el transcurso del tiempo, la historia ha dejado de ser tomada en serio. ¿No os parece?

Hace dos meses, la señorita Hisgins se comprometió con un tal Beaumont, un joven oficial de Marina, y, la misma tarde del día del compromiso, antes de que fuese anunciado formalmente, sucedió una cosa extraordinaria, que impelió al capitán Hisgins a entrevistarse conmigo y a mí mismo a acercarme hasta aquel lugar para echar un vistazo a la Cosa.

Tras consultar los antiguos registros y documentos de la familia, que me fueron confiados, descubrí que no había duda posible de que, más de ciento cincuenta años atrás, habían sucedido algunas coincidencias tan extraordinarias como desagradables, por enfocar el asunto de forma emotiva. En el curso de los dos siglos anteriores a aquella fecha, de un total de siete primogénitos en la familia, cinco fueron chicas. Las cinco jóvenes llegaron a la edad de tener novio y no tardaron en comprometerse, pero todas murieron durante el noviazgo: dos se suicidaron, una se cayó por una ventana, a otra se le «rompió el corazón» (posiblemente, el registro quería decir «paro cardíaco», como resultado de algún shock causado por un susto). La quinta fue encontrada muerta una tarde en el parque que rodea la casa; jamás se supo de manera precisa la causa de su muerte, aunque se tuvo la impresión de que podría haber recibido la coz de algún caballo. Cuando la descubrieron ya estaba muerta.

Como veis, todas aquellas muertes —incluso los suicidios— bien podrían haberse atribuido a causas naturales, quiero decir, no sobrenaturales. De cualquier modo, en todos y cada uno de los casos las jóvenes habían sufrido alguna experiencia extraordinaria y aterradora en el transcurso de sus noviazgos; pues en todos los registros de la familia se hacía mención del relincho de un caballo invisible o del galopar de un caballo que nadie veía, además de muchas otras manifestaciones peculiares y totalmente inexplicables.

Creo que ahora comenzaréis a comprender lo extraordinario de aquel asunto del que me habían encargado que me ocupase.

Gracias a un testimonio escrito, supe que el «encantamiento» de las jóvenes era tan constante y terrible que dos de sus enamorados las dejaron sin más. Creo que fue ese dato, mucho más que cualquier otro, el que me hizo presentir que en aquel caso había algo más que una mera sucesión de inquietantes coincidencias.

Conocí aquellos hechos al poco tiempo de llegar al castillo, aunque bastante antes de que me informaran de manera precisa de lo que le había ocurrido a la señorita Hisgins la noche de su compromiso con Beaumont. Al parecer, cuando los dos enamorados recorrían el gran corredor de la planta baja poco después del atardecer (aún no se había encendido el alumbrado), oyeron un súbito y terrible relincho en el corredor, muy cerca de ellos. Al instante, Beaumont recibió un golpe tremendo, o una coz, que le rompió el antebrazo derecho. Los demás miembros de la familia y todo el servicio llegaron corriendo, para enterarse de lo que ocurría. Llevaron luces, registraron el corredor y después toda la casa, pero no encontraron nada anormal.

Os podréis imaginar la excitación en que se encontraba la casa, y los comentarios, medio incrédulos y medio convencidos, que suscitó la antigua leyenda. Más tarde, a medianoche, el viejo capitán fue despertado por el sonido de un pesado caballo que galopaba una y otra vez alrededor de la casa.

Algún tiempo después, Beaumont y la joven dijeron que también ellos habían oído el sonido de unos cascos de caballo cerca, después del atardecer, en algunos de los corredores y habitaciones.

Tres noches después, Beaumont fue despertado de madrugada por un extraño relincho, que parecía provenir del dormitorio de su enamorada. Corrió precipitadamente a ver a su padre y ambos se dirigieron hacia la habitación de la joven. La encontraron despierta y presa de terror, pues la había despertado un relincho que parecía estar muy cerca de su cama.

La noche antes de que yo llegara, acababa de ocurrir un nuevo incidente, y todos se hallaban en un deplorable estado de nervios, como podéis imaginar.

Dediqué la mayor parte de mi primer día de estancia, como creo que ya os he dicho, a recoger el mayor número de detalles; pero, después de cenar, decidí distenderme, y pasé la velada jugando al billar con Beaumont y la señorita Hisgins.

Lo dejamos a eso de las diez y, mientras tomábamos un café, le pedí a Beaumont que me contase detalladamente lo que había sucedido la víspera.

Él y la señorita Hisgins estaban tranquilamente sentados en el gabinete de su tía, mientras la anciana hacía de carabina delante de un libro. Había comenzado a atardecer y la lámpara estaba al otro extremo de la mesa. El resto de la casa aún no estaba iluminado, ya que se había hecho de noche antes de lo usual.

Bien, pues, al parecer, la puerta de la habitación se abrió de repente, y la joven preguntó:

—¡Eh! ¿Quién anda por ahí?

Prestaron atención y entonces a Beaumont le pareció oír... el ruido de un caballo fuera de la puerta principal.

—¿Es tu padre? —preguntó.

Pero ella le recordó que su padre no montaba a caballo.

No puede negarse que, después de lo ocurrido, ambos estaban predispuestos a dar crédito a cualquier tipo de sensaciones extrañas, pero Beaumont hizo un esfuerzo por ser objetivo y se dirigió al vestíbulo para ver si había alguien en la entrada. Dentro del vestíbulo estaba muy oscuro, por lo que podía ver los cristales emplomados de la puerta de entrada, recortándose sobre la negrura del interior. Se acercó hasta ellos y miró hacia dentro, sin conseguir ver nada.

Se sentía nervioso y perplejo, de suerte que abrió la puerta y avanzó por el interior de la casa, donde solían dejarse los carruajes. De repente, la gran puerta del vestíbulo se cerró violentamente tras él. Más tarde me dijo que tuvo la súbita impresión de sentirse, en cierta forma, atrapado. Rápidamente giró en redondo y cogió el pomo de la puerta, pero le pareció que algo tiraba de ella al otro lado con tremenda fuerza. Pero antes de que hubiese llegado a darse cuenta de aquel pensamiento, pudo girarlo y abrir la puerta.

Se detuvo un momento en el umbral y escrutó el interior del vestíbulo, pues aún no se había recobrado lo suficiente para saber si estaba realmente asustado o no. Entonces oyó el sonido de un beso que su enamorada le enviaba.

Era evidente que le había seguido desde el gabinete y que en aquellos momentos se encontraba en medio de la penumbra del enorme y poco iluminado vestíbulo. El devolvió el beso, de la misma manera, y comenzó a andar hacia fuera del vestíbulo, con intención de ir a su encuentro. De repente, como en un relámpago de lucidez atroz, comprendió que no era su enamorada quien le enviaba el beso. Supo que algo estaba intentando atraerle hacia la oscuridad y que la joven no había abandonado el gabinete. Retrocedió y en el mismo instante volvió a oír el sonido de un beso muy cerca de él. Así pues, gritó lo más alto que pudo:

—¡Mary, quédate en el gabinete, y no te muevas de allí hasta que yo llegue!

La oyó decir algo, a modo de respuesta, desde la otra habitación y encendió una

especie de antorcha que hizo con una docena de cerillas, encendiéndolas todas a la vez y manteniéndolas sobre su cabeza para echar un vistazo al vestíbulo. No había nadie, pero en cuanto comenzaron a apagarse las cerillas le llegó el sonido de un caballo de buen tamaño galopando por el campo, fuera de la casa.

Como veis, él y la joven habían oído el sonido del caballo al galope; pero cuando les pregunté con más insistencia, me di cuenta de que la tía no había oído nada, aunque realmente estaba un poco sorda y se encontraba en un rincón alejado de la habitación. La verdad es que él y la señorita Hisgins habían estado en un agitadísimo estado de nervios, predispuestos a oír cualquier cosa.

La puerta se podría haber cerrado bruscamente por una súbita ráfaga de viento, producida al abrir cualquier puerta de la casa; y la resistencia del pomo quizá se debiera a que el picaporte había quedado bloqueado.

Respecto a los sonidos de los besos y del galopar del caballo, les hice la observación de que les habrían parecido sonidos ordinarios si hubiesen podido razonar fríamente. Tal como le dije a Beaumont, sin descubrirle nada nuevo, los sonidos de un caballo al galope son llevados muy lejos por el viento, de modo que lo que él había oído quizá no fuera más que un caballo galopando a lo lejos.

Y en lo que concierne al beso, hay muchísimos sonidos, por lo general muy tenues —como el roce de un papel o el estremecimiento de la hoja de un árbol—, que resultan muy parecidos, especialmente cuando uno se encuentra en un estado de tensión extrema y se imagina cosas.

Acabé mis comentarios predicándoles el viejo sermón de mantener el sentido común y no dejarse llevar por la histeria, mientras apagábamos las luces y salíamos de la sala de billar. Pero ni Beaumont ni la señorita Hisgins quisieron reconocer que lo ocurrido no había sido más que una alucinación.

A todo esto, habíamos salido de la sala de billar y caminábamos por el largo pasillo, sin que yo me hubiese dado por vencido de intentar convencerles de que viesen las explicaciones banales y totalmente naturales de lo que les había sucedido. Entonces, como suele decirse, me di cuenta de que «no había atinado ni una», porque en la sala de billar, que acabábamos de dejar a oscuras, se oyó el ruido de unos cascos de caballo.

Sentí que se me ponía la carne de gallina y que un escalofrío me recorría el espinazo para terminar en la nuca. La señorita Hisgins lanzó un grito, que sonó como el de un niño con tos convulsa, y salió corriendo por el pasillo. Beaumont dio media vuelta rápidamente y retrocedió un par de yardas. También yo hice lo mismo, como podréis comprender.

—Ese es el ruido —dijo en voz baja y casi sin resuello—. quizá ahora nos crea.

—Desde luego que hay alguien —musité, sin quitar ojo de la cerrada puerta de la sala de billar.

—¡Sshh! —murmuró—. Ahí viene otra vez.

Parecía como si hubiese un caballo enorme marchando al paso alrededor de la sala de billar, de manera deliberadamente lenta. Un horrible escalofrío se apoderó de mí, de suerte que casi no podía ni respirar —supongo que conocéis esa sensación— y no tuvimos más remedio que retroceder como los cangrejos; y así, de repente nos encontramos en la entrada del largo pasillo.

Nos detuvimos y escuchamos. Los sonidos prosiguieron con una especie de motivación maligna, como si el bruto sintiese una suerte de gusto malicioso en pasearse alrededor de la habitación que acabábamos de ocupar.

¿Comprendéis lo que quiero decir?

Hubo una pausa y un largo momento de silencio absoluto, excepto por los excitados murmullos de algunas personas que habían acudido al gran vestíbulo de la planta baja, y que llegaban, escaleras arriba, hasta nosotros. Me imaginé que debían de haberse congregado todas alrededor de la señorita Hisgins, con intención de protegerla.

Supongo que Beaumont y yo permanecemos en el extremo del pasillo cerca de cinco minutos, aguzando el oído para escuchar cualquier ruido que proviniese de la sala de billar. Entonces me di cuenta de lo asustado que estaba y dije:

—Voy a ver qué hay dentro.

—Yo también —me respondió.

Estaba terriblemente pálido, pero era muy valiente. Le indiqué que me esperase un instante y me precipité hacia mi habitación, para coger la cámara y el flash. Deslicé mi revólver en el bolsillo derecho de la americana y protegí los nudillos de la mano izquierda con un puño de hierro, para poder operar con la cámara sin que me molestara.

Volví corriendo hacia donde estaba Beaumont. Tendió hacia mí su mano derecha, para que viera que empuñaba un revólver, y yo asentí, susurrándole que no fuese demasiado rápido en disparar, no fuera a tratarse de alguna broma estúpida. Había cogido una lámpara de la consola del vestíbulo del piso de arriba, que mantenía cogida con su brazo enyesado, de manera que disponíamos de la luz suficiente. Seguimos el pasillo en dirección a la sala de billar, y ya os podéis imaginar la pareja de asustados que hacíamos.

Durante todo aquel tiempo no se había oído ni un simple ruido. De pronto, cuando estábamos a menos de dos yardas de la puerta, oímos el súbito golpear de unos cascos de caballo sobre el sólido parqué de la sala de billar.

Instantes después, me pareció que todo el lugar se estremecía bajo el sonoro resonar de los cascos de alguna cosa enorme que se dirigía hacia la puerta.

Beaumont y yo retrocedimos uno o dos pasos y, tras pensarlo dos veces, sacamos fuerzas de flaqueza, como suele decirse, y esperamos. El pesado sonido llegó derecho

hasta la puerta y se detuvo. Hubo un instante de silencio absoluto, excepto en lo que a mí concernía, pues el latido del corazón, sonándose en los oídos y en las sienes, por poco me deja sordo.

Me atrevería a decir que esperamos más de medio minuto hasta que oímos el sonido discordante de unos grandes cascos de caballo. Inmediatamente después el sonido se acercó, como si alguna cosa invisible hubiese atravesado la puerta cerrada, y se dirigió a nuestro encuentro. Cada uno de nosotros saltó hacia el lado del pasillo que le venía más cerca, y recuerdo que me aplasté todo lo que pude contra la pared. El clip-clop, clip-clop de aquellos enormes cascos pasó justamente entre nosotros, y con mortal y lenta deliberación se perdió en el pasillo. Pude escucharlo por debajo de la confusión de los latidos que sonaban en mis oídos. Tenía todo mi cuerpo tan extraordinariamente rígido y lleno de calambres, que casi no podía respirar. Permanecí en aquella posición durante un momento y volví la cabeza para poder ver el pasillo. Sólo era consciente de que bien cerca había un terrible peligro. ¿Lo comprendéis?

Y entonces, sin previo aviso, recobré el coraje. Fui consciente de que el repiquetear de los cascos sonaba cerca del otro extremo del pasillo, así que me di la vuelta rápidamente, apunté mi cámara y disparé el flash. Inmediatamente después, Beaumont envió una granizada de balas por el pasillo y echó a correr, gritando:

—¡Va a buscar a Mary! ¡Corra! ¡Corra!

Se precipitó hacia el otro extremo del pasillo y yo le seguí. Llegamos al descansillo principal y oímos el sonido de los cascos subiendo por las escaleras, desvaneciéndose. Y a partir de aquel instante, absolutamente nada.

Debajo de nosotros, en el enorme vestíbulo, gran número de domésticos rodeaban a la señorita Hisgins, que parecía haberse desmayado. Algunos formaban un grupo algo apartado, sin dejar de mirar en silencio al descansillo principal. Y como a unos veinte peldaños por encima de ellos, el capitán Hisgins se mantenía inmóvil, con una espada desenvainada, justo debajo del último lugar donde se había oído el ruido de los cascos. Creo que jamás vi cosa más hermosa que aquel hombre mayor interponiéndose de tal suerte entre su hija y aquella cosa infernal.

Supongo que comprenderéis la extraña sensación de horror que sentí cuando dejé atrás el lugar de la escalera donde se había oído aquel sonido por última vez. Era como si el monstruo siguiese allí, pero invisible. Y lo más curioso de todo fue que no volvimos a oírlo, ni en la parte superior ni en la inferior de las escaleras.

Después de llevarse a la señorita Hisgins a su habitación, le envié recado de que iría a verla en cuanto estuviese en disposición de recibirme. Apenas me comunicaron que podía acercarme cuando lo deseara, pedí a su padre que me echara una mano con la maleta de los aparatos, y entre los dos la llevamos al dormitorio de la joven. Dispuse el lecho justamente en mitad de la habitación y coloqué el pentáculo

eléctrico a su alrededor.

Di instrucciones de que colocasen luces alrededor de la habitación, advirtiéndole que no encendieran ninguna dentro del pentáculo y que nadie entrara o saliera de él. La madre de la joven se había situado dentro del pentáculo, por orden mía, mientras que su doncella estaba sentada fuera de él, para llevar un mensaje en cualquier momento, de suerte que la señora Hisgins no tuviese que abandonar el pentáculo. También sugerí que el padre de la joven permaneciera aquella noche en la habitación, preferiblemente armado.

Cuando salí del dormitorio de la joven, encontré a Beaumont esperando al otro lado de la puerta, en un lamentable estado de ansiedad. Le dije lo que había dispuesto, explicándole que la señorita Hisgins estaba con bastante seguridad a salvo dentro de la «protección», y que, además de que su padre pasaría la noche dentro de la habitación, yo estaba decidido a montar guardia fuera de ella; añadí que me gustaría que me hiciese compañía, pues sabía que en su estado no podría conciliar el sueño, y que, personalmente, no me importaría contar con un compañero. La verdad es que lo que quería era tenerle directamente bajo mi propia observación, ya que tenía mis dudas sobre si en aquellos momentos, y en cierta manera, no corría mayor peligro que la joven. Al menos esa era mi opinión, y aún lo sigue siendo. Creo que más tarde coincidiréis conmigo.

Le pregunté si tenía que objetar algo al hecho de, durante la noche, trazara alrededor de él un pentáculo. Me contestó que no. Pero vi que no sabía si considerarlo como algo supersticioso o como un ejemplo de superchería infantil; no obstante, se lo tomó con bastante más seriedad cuando le expliqué algunos detalles de «El caso del Velo Negro», durante el cual murió el joven Aster. Recordaréis que comentó que no era más que una superstición tonta y no entró en el pentáculo. ¡Pobre diablo!

La noche transcurrió con relativa tranquilidad hasta poco antes del alba, cuando oímos el sonido de un gran caballo galopando constantemente alrededor de la casa, exactamente como el viejo capitán Hisgins lo había descrito. Imaginaos lo raro que me sentí cuando, poco después, oí que algo se movía dentro del dormitorio. Llamé a la puerta, pues me sentía inquieto, y el capitán acudió a abrirme. Le pregunté si todo iba bien y me contestó que sí.

Pero inmediatamente después me preguntó si había oído galopar al caballo: supe así que no había sido yo el único en escucharlo. Le sugerí que quizá resultase conveniente dejar entreabierta la puerta del dormitorio hasta que se hiciese de día, pues era evidente que fuera había algo. Así lo hizo, volviendo a entrar en la habitación para estar cerca de su esposa y de su hija.

Creo que debería añadir que no las tenía todas conmigo respecto al hecho de que la «defensa» resultase válida para la señorita Hisgins, puesto que lo que designaré con el término de «sonidos personales» de la manifestación eran tan

extraordinariamente materiales que me sentía inclinado a establecer paralelismos con el asunto de Harford, cuando la mano del niño consiguió materializarse dentro del pentáculo y dar golpecitos en el suelo. Como recordaréis, aquel fue un caso de lo más terribles.

Sin embargo, como suele suceder en ocasiones, después de aquello no ocurrió nada; así que en cuanto se hizo de día, Beaumont y yo nos fuimos a dormir.

Precisamente fue Beaumont quien acudió a despertarme a mediodía, de modo que el desayuno nos sirvió de comida. La señorita Hisgins nos acompañó, pues parecía haber recobrado el ánimo. Me dijo que gracias a mí era la primera vez que se sentía segura desde hacía muchos días. También me contó que su primo, Harry Parsket, estaba a punto de llegar de Londres y que haría todo lo posible por ayudarnos a combatir al fantasma. Después de aquella charla, ella y Beaumont se fueron a pasear por el parque, para estar a solas un rato.

Yo hice lo mismo, dando la vuelta a la casa, sin conseguir ver huellas de los cascos del caballo. Y aunque pasé el resto del día examinando la mansión, no encontré nada.

Acabé la investigación poco antes del anochecer, y me fui a mi habitación con idea de cambiarme de ropa para la cena. Cuando bajé, el primo acababa de llegar. Me pareció uno de los hombres más elegantes que hubiera visto desde hacía tiempo. Un individuo con una tremenda dosis de valor, de ese tipo de hombres que me gustaría tener al lado en un caso tan difícil como el que me ocupaba.

Comprobé que lo que más le intrigaba era nuestra credulidad en lo genuino del embrujamiento, por lo que yo mismo me sorprendí al descubrir que estaba deseando que ocurriese cualquier cosa para demostrarle que estábamos en lo cierto. Y, casualmente, algo se produjo, con el sentido casi de una venganza.

Beaumont y la señorita Hisgins habían salido al parque a dar una vuelta, poco antes del crepúsculo. El capitán me había rogado que fuese a su estudio para charlar un rato, y Parsket subió solo por las escaleras con sus maletas, porque había venido sin criado.

Tuve una larga conversación con el viejo capitán, en el curso de la cual hice hincapié en el hecho de que resultaba evidente que el «embrujamiento» no guardaba particular conexión con la casa, sino exclusivamente con la joven; así pues, lo mejor sería que se casara en seguida, ya que ello le daría a Beaumont el derecho a estar constantemente a su lado; e incluso existía la posibilidad de que cesasen las manifestaciones en cuanto se consumara el matrimonio.

El hombre asintió con la cabeza al oír aquello, sobre todo en lo que se refería a la primera parte de mis observaciones, y me recordó que tres de las jóvenes de las que se había dicho que estaban «embrujadas» habían sido enviadas lejos de la casa y encontrado la muerte mientras se hallaban fuera de ella. De repente, en medio de

aquella conversación, fuimos interrumpidos de una manera que nos espantó muchísimo, pues el viejo mayordomo irrumpió en la habitación, tremendamente pálido.

—¡La señorita Mary, señor! ¡La señorita Mary, señor! —dijo, atragantándose—. ¡está gritando en el parque, señor! ¡Dicen que están oyendo al Caballo...!

El capitán saltó hacia su panoplia, tomó su vieja espada y salió de la habitación como una exhalación, desenvainándola mientras corría. Yo salí precipitadamente escaleras arriba para recoger mi cámara con flash y un revólver de gran calibre, gritando: «¡El Caballo!», al pasar junto a la puerta de Parsket, y bajé de nuevo las escaleras para dirigirme hacia el parque.

A lo lejos, en la oscuridad, en medio de un confuso griterío, pude distinguir varias detonaciones, procedentes de un bosquecillo. Y entonces, a mi izquierda, surgiendo de un pozo de negrura, súbitamente se oyó un gutural e infernal relincho. Giré en redondo al instante y disparé el flash. La resplandeciente luz iluminó momentáneamente el lugar, mostrándome las hojas de un enorme árbol muy cercano, estremeciéndose con la brisa nocturna, pero no conseguí ver nada más. Las tinieblas, decuplicadas, me envolvieron, y pude oír a Parsket que me preguntaba casi a gritos si había podido ver algo.

Instantes después estaba a mi lado. Me sentí más seguro en su compañía, porque alguna cosa increíble había estado muy cerca de nosotros y también porque me encontraba temporalmente cegado por el brillo del flash.

—¿Qué era? ¿Qué era? —no dejaba de repetir, con voz excitada.

Y yo no dejaba de intentar penetrar las tinieblas, mientras le contestaba mecánicamente:

—No lo sé, no lo sé.

Alguien dio un grito terrible en algún lugar delante de nosotros, y después se oyó un disparo. Corrimos hacia donde había sonado, diciendo a gritos a todos que no disparasen, pues a oscuras y en medio del pánico general resultaba peligroso. Entonces aparecieron dos guardias jurados, armados de fusiles, que recorrieron el parque con sus linternas; inmediatamente vimos una fila de luces procedentes de la casa, que avanzaban como bailando hacia nosotros: eran los sirvientes que venían con lámparas.

Según fueron acercándose las luces, vi que habíamos llegado muy cerca de Beaumont. Estaba inclinado sobre la señorita Hisgins y tenía el revólver en la mano. Entonces vi su rostro: una gran herida le surcaba la frente. A su lado estaba el capitán, tirando molinetes con su espada desnuda en medio de la negrura; ligeramente detrás de él se hallaba el viejo mayordomo: tenía en las manos un hacha de combate, descolgada de una de las panoplias del vestíbulo.

Aparte de aquello, no pude ver nada que me pareciese extraño.

Llevamos a la joven a la casa y la dejamos al lado de su madre y de Beaumont, mientras un criado iba a buscar al médico. Los que quedábamos, además de cuatro guardias, todos con armas de fuego y provistos de linternas, registramos el parque que rodeaba la casa. Pero no encontramos nada.

Cuando volvimos, supimos que el médico ya había efectuado su visita.

Tras vendar la herida de Beaumont, que afortunadamente no era profunda, había ordenado a la señorita Hisgins que se fuese inmediatamente a la cama.

Subí por las escaleras, junto con el capitán, y encontré a Beaumont montando guardia fuera de la habitación de la joven. Le pregunté cómo se sentía y, en cuanto la joven y su madre pudieron recibirnos, el capitán y yo entramos en el dormitorio e instalamos nuevamente el pentáculo alrededor de la cama. Ya habían dispuesto luces en toda la habitación, por lo que repetí las mismas órdenes que la noche anterior y me reuní con Beaumont al otro lado de la puerta.

Parsket había subido mientras yo estaba dentro de la habitación, y entonces pudimos hacernos una idea de lo que le había ocurrido a Beaumont en el parque. Al parecer, la pareja regresaba a casa después de su paseo hacia West Lodge. Se había hecho de noche muy deprisa. Entonces la señorita Hisgins dijo: «¡sshh!», y se detuvo. Él hizo lo mismo y aguzó el oído, sin conseguir oír nada durante los primeros instantes. Entonces pudo captar... el sonido de un caballo, al parecer muy lejos, pero galopando hacia ellos sobre la hierba. Le dijo a la joven que no tenía importancia, instándola a que se fuese a casa. Por supuesto, ella no le creyó. En menos de un minuto lo oyeron muy cerca de ellos, en medio de la negrura, y echaron a correr. Entonces, la señorita Hisgins dio un mal paso y cayó al suelo. Comenzó a gritar y eso fue lo que oyó el mayordomo. Cuando Beaumont la ayudaba a levantarse, oyó que los cascos se le echaban encima, retumbando sobre el suelo. Se arrojó sobre ella para protegerla y disparó las cinco balas del revólver en dirección al sonido. Nos contó que, a la luz del fogonazo del último disparo, estaba seguro de haber visto algo, que parecía una enorme cabeza de caballo, abalanzarse sobre él. Inmediatamente después recibió un tremendo golpe que le dejó sin sentido. El capitán y el mayordomo habían llegado en seguida, corriendo y gritando. El resto de la historia ya lo conocíamos.

Hacia las diez, el mayordomo nos llevó una bandeja que me causó gran placer, pues la noche anterior me había quedado más bien con hambre. No obstante, advertí a Beaumont que pusiese especial cuidado en no beber ningún tipo de licor, y que me entregase sus cerillas y su pipa. A medianoche tracé un pentáculo a su alrededor y Parsket y yo nos sentamos a derecha e izquierda de él, pero fuera del pentáculo, pues estaba seguro de que no habíamos de temer que las manifestaciones, si es que se daban, fuesen dirigidas contra nadie, excepto contra Beaumont o la señorita Hisgins.

Tras aquellos preparativos, mantuvimos un completo silencio. El pasillo estaba iluminado por dos grandes lámparas, una en cada uno de sus extremos, de forma que

no había ninguna sombra; por otra parte, todos nosotros estábamos armados. Yo disponía, además de mi revólver, de la cámara con su flash.

De vez en cuando, intercambiamos algunas palabras en voz baja, y en dos ocasiones el capitán salió del dormitorio de su hija para charlar con nosotros.

Hacia la una y media dejamos de hablar; de repente, unos veinte minutos más tarde, levanté la mano sin pronunciar palabra: me había parecido oír fuera el sonido del galope de un caballo en medio de la noche. Llamé a la puerta de la habitación, para que me abriese el capitán, y le susurré que acabábamos de oír al Caballo. Durante algún tiempo permanecimos a la escucha, de suerte que Parsket y el capitán pensaron que, en efecto, lo oían; pero yo no pude estar seguro, lo mismo que Beaumont. Sin embargo, poco después me pareció oírlo otra vez

Le dije al capitán Hisgins que creía que lo más acertado sería que volviese al dormitorio de su hija y que dejase la puerta entreabierta. Así lo hizo, pero no conseguimos oír nada, por lo que nos fuimos a la cama en cuanto se hizo de día, tremendamente aliviados.

Cuando me llamaron a la hora de comer, me sorprendí ligeramente, pues el capitán Hisgins me contó que habían celebrado un consejo de familia y decidido seguir mi consejo y celebrar la boda sin pérdida de tiempo. Beaumont acababa de irse a Londres para pedir una autorización especial, de manera que pudieran realizar la ceremonia al día siguiente.

Aquello me agradó, pues me parecía la cosa más sensata que podía hacerse en tan extraordinarias circunstancias; sin embargo, no por ello abandoné mis investigaciones: hasta que no se celebrase la boda, mi principal preocupación sería tener a la señorita Hisgins cerca de mí.

Después de comer, y en plan de experimento, se me ocurrió tomar algunas fotos de la señorita Hisgins y sus alrededores. En ocasiones, la cámara ve cosas que suelen escapar al ojo humano.

Con esta intención, y también para tener una excusa para vigilarla más de cerca, pedí a la señorita Hisgins que me ayudase en mis experimentos. Aquello la hizo sentirse muy contenta y así pasamos varias horas juntos, vagabundeando por toda la casa de habitación en habitación, de manera que cuando me sentía inspirado, tomaba una foto con flash de ella y de la habitación, o del corredor, que era donde nos encontrábamos en aquel momento.

Después de haber recomido la casa, le pregunté si se sentía lo suficientemente animada para repetir la experiencia en las bodegas. Me contestó que sí, y pedí al capitán Hisgins y a Parsket que nos acompañasen, pues no quería aventurarme con ella en lo que podríamos llamar «tinieblas artificiales» sin ayuda ni compañeros a mi lado.

Cuando estuvimos dispuestos, bajamos a la bodega de los vinos. El capitán

Hisgins llevaba una escopeta de caza y Parsket una pantalla especial y una linterna. Pedí a la joven que se quedase en el centro de la bodega mientras Parsket y el capitán sostenían tras ella la pantalla. Entonces hice varias fotografías con flash y nos dirigimos a la bodega siguiente, donde repetí el mismo proceso.

Pero en la tercera bodega, un lugar lúgubre, negro como la pez, algo extraordinario y horrible decidió manifestarse. Había dejado a la señorita Hisgins en mitad de aquel lugar, mientras su padre y Parsket sostenían detrás de ella la pantalla como antes. Cuando todo estaba a punto y presionaba el disparador del flash, resonó en la bodega el espantoso y abominable relincho que había oído en el parque. Parecía provenir de algún lugar encima de la joven, y al resplandor de la súbita luz, vi que ella miraba fijamente en completa tensión hacia arriba, hacia algo invisible. Entonces, en la relativa oscuridad que siguió, grité al capitán y a Parsket que sacaran rápidamente a la señorita Hisgins a la luz del día.

Así lo hicieron al punto, y cerré y eché la llave a la puerta, haciendo los signos Primero y Ocho del Ritual Saaamaaa ante cada uno de sus montantes, uniéndolos a través del umbral por una línea triple.

Mientras tanto, Parsket y el capitán Hisgins llevaron a la joven al lado de su madre, dejándola con ella, medio desvanecida. Seguí de guardia al otro lado de la puerta de las bodegas, sintiéndome fatal, pues sabía que dentro había algo abominable; al mismo tiempo, experimentaba cierto sentimiento de culpabilidad poco gratificante, por haber expuesto a la señorita Hisgins a aquel peligro.

Había cogido la escopeta de caza del capitán, y cuando él y Parsket regresaron, no lo hicieron de vacío, pues traían pistolas y linternas. No podría describiros el alivio tan tremendo de cuerpo y alma que sentí cuando los oí llegar... Intentad imaginaros la escena, esperando fuera de las bodegas. ¿A que podéis?

Recuerdo haber notado, justo antes de echar la llave a la puerta, lo pálido y fantasmal que parecía Parsket y lo gris de la mirada del viejo capitán. Me preguntaba si mi rostro sería como los suyos. Pero, lo que son las cosas, la aparición tuvo un efecto distinto sobre mis nervios, pues lo bestial de aquella cosa pareció darme ánimos. Sé que sólo fue mi fuerza de voluntad la que me impulsó a acercarme hasta la puerta y a girar la llave en su cerradura.

Me detuve un instante y, después, con fuerza y decisión, di un empujón a la puerta, abriéndola y manteniendo la linterna sobre mi cabeza. Parsket y el capitán se pusieron uno a cada lado y levantaron también sus linternas, pero aquel lugar se hallaba absolutamente vacío. Como jamás me fío de una mirada tan superficial como aquella, invertí varias horas, ayudado por mis compañeros, en sondear cada pie cuadrado de suelo, techo y paredes.

Al fin tuve que admitir que el lugar era absolutamente normal, por lo que salimos de las bodegas sin nada concreto. A pesar de ello, precinté la puerta y, fuera, enfrente

de cada montante, tracé los signos Primero y Ultimo del Ritual Saaamaaa, uniéndolos como antes con una línea triple. ¿Os imagináis lo terrible que había sido estar dentro de la bodega, sin saber lo que estábamos buscando?

Después de subir por la escalera, pregunté, realmente preocupado, por el estado de la señorita Hisgins. La joven apareció en persona para decirme que se encontraba perfectamente y que no tenía que preocuparme, ni reprocharme nada por lo que le había ocurrido, como yo le había confesado.

Me sentí mucho mejor y fui a cambiarme para la cena. Después, Parsket y yo nos fuimos a un cuarto de baño para revelar los negativos que había tomado.

Pero ninguna fotografía pudo decirnos nada hasta que llegamos a la que correspondía a la bodega. Parsket se ocupaba del revelado y ya había tendido una hilera de fotos que nos disponíamos a examinar a la luz de una lámpara roja.

Estaba entretenido de aquella suerte, cuando oí una exclamación de Parsket; al acercarme a su lado, vi que estaba mirando una fotografía aún no revelada del todo, que acercaba a la lámpara. En ella se veía claramente a la joven, mirando hacia arriba, como ambos recordábamos; pero lo que me desconcertó fue la sombra de una enorme pezuña, justo encima de ella, como si fuese a golpearla saliendo de las sombras. Lo peor es que yo era el responsable de haberla expuesto a tal peligro, por lo que no podía apartar aquel pensamiento de mi imaginación.

En cuanto quedó revelada, la fijé y la examiné con mejor luz. No había duda: la cosa que se inclinaba sobre la señorita Hisgins era una enorme y sombría pezuña de caballo. Sin embargo, aquello no me aportaba nada nuevo, y lo único que se me ocurrió fue advertir a Parsket que no contara a la joven nada de aquello, ya que sólo serviría para aumentar su espanto, aunque a su padre sí que le enseñé la foto, pues creí que tenía derecho a verla.

Aquella noche adoptamos las mismas precauciones respecto a la señorita Hisgins que las dos noches precedentes, y Parsket me hizo compañía; pero también se nos hizo de día sin que ocurriese nada fuera de lo corriente, así que nos fuimos a dormir.

Cuando bajé a comer, me enteré de que Beaumont había enviado un telegrama avisando que estaría de vuelta poco después de las cuatro y que habían ido a buscar al párroco. Creo que habría acabado enterándome por mí mismo, ya que las mujeres de la casa se hallaban dominadas por una frenética actividad.

El tren de Beaumont llegó con retraso y él no estuvo en la casa hasta las cinco. A esa hora todavía no se había presentado el párroco, y el mayordomo nos comunicó que el cochero había regresado sin él, porque acababa de ausentarse para atender una llamada urgente. Aquella tarde, el coche iría otras dos veces en su busca, volviendo de vacío, porque el clérigo seguía sin regresar, de suerte que hubo que dejar la boda para el día siguiente.

Aquella noche, preparé la «defensa» alrededor de la cama de la joven, mientras el

capitán y su señora se sentaban como los días anteriores. Beaumont, como era de esperar, insistió en montar guardia conmigo, a pesar de parecer peculiarmente asustado; no por él, hay que decirlo, sino por la señorita Hisgins.

Según me contó, tenía el horrible presentimiento de que esa misma noche tendría lugar un último y espantoso intento contra su bienamada.

Aquello —desde luego, así se lo dije— no eran más que nervios; pero en realidad me hizo sentirme muy preocupado, ya que había visto demasiadas cosas para no saber que, en circunstancias parecidas, la convicción premonitoria de un peligro inminente no debe ser achacada enteramente a los nervios. De hecho, como Beaumont estaba lisa y llanamente convencido de que aquella noche traería alguna manifestación sorprendente, pedí a Parskett que atara una cuerda larguísima a la campanilla que servía para llamar al mayordomo y que la tendiera a lo largo del pasillo para tenerla al alcance de la mano.

Yo mismo di instrucciones al mayordomo de no quitarse la ropa y de que ordenase lo propio a otros dos criados. Si le llamaba, debía acudir al instante con los criados, trayendo linternas, por lo que debía tenerlas preparadas y encendidas durante toda la noche. Si por cualquier razón la campanilla no sonase, tocaría mi silbato, y entonces habría de comportarse como si hubiera oído la campanilla.

Después de haber arreglado aquellos detalles menores, tracé un pentáculo alrededor de Beaumont, advirtiéndole enfáticamente que permaneciese en su interior, pasara lo que pasase. Cuando acabé de dibujarlo, no me quedó más que esperar y rogar para que aquella noche fuese tan tranquila como la precedente.

Hablamos muy poco, y a eso de la una nos sentíamos tan tensos y nerviosos, que al final Parsket acabó por levantarse y dar un paseo, yendo y viniendo a lo largo del corredor para distenderse un poco. Entonces cambié mis zapatillas por unos zapatos y me reuní con él; durante algo más de una hora estuvimos caminando de un lado para otro, susurrando ocasionalmente, hasta el momento en que metí el pie en la cuerda de la campanilla y me caí de bruces, pero sin hacerme daño ni ocasionar ningún ruido.

Cuando me levanté, Parsket me tocó ligeramente en el hombro.

—¿Se ha dado cuenta de que no ha sonado la campanilla? —dijo en voz muy baja.

—¡Por Júpiter! —exclamé—. Tiene razón.

—Espere un momento —añadió—. La cuerda debe de haberse retorcido en algún sitio.

Dejó su escopeta, se deslizó por el pasillo, llevando cogida la linterna por su extremo inferior, y llegó de puntillas hasta el interior de la casa; todo esto sin soltar el revólver de Beaumont, que llevaba en la mano derecha. Pensé que era un tipo valiente, no sólo entonces, sino después.

En ese momento, Beaumont me hizo señas de que guardase absoluto silencio. De

inmediato, pude escuchar lo que estábamos esperando: el ruido de un caballo galopando en medio de la noche. Creo que puedo decir que me sentí espeluznado. El sonido murió rápidamente, dejando una sensación de horror, desolación y tremenda extrañeza en el aire que nos rodeaba. Acerqué la mano hacia la cuerda de la campanilla, esperando que Parsket hubiese conseguido desenredarla, y me mantuve a la espera, sin dejar de mirar delante y detrás.

Quizá pasaron dos minutos, dominados por lo que me parecía un silencio sobrenatural. Súbitamente, en el extremo iluminado del corredor, resonó el estruendo de unos enormes cascos, e instantáneamente la lámpara cayó al suelo, rompiéndose con tremendo estrépito. Nos quedamos a oscuras. Tiré violentamente de la cuerda y toqué mi silbato; acto seguido, levanté la cámara y oprimí el disparador del flash. El corredor refulgió por la brillante luz, pero no vi nada en él, y la oscuridad volvió a caer con la fuerza del trueno. Oí al capitán en el dormitorio y le dije a gritos que nos llevase de prisa algo con qué alumbrarnos; pero, por toda respuesta, algo comenzó a dar golpes en la puerta.

Oí gritar al capitán y, poco después, también a las mujeres. Me asaltó el miedo repentino de que el monstruo hubiese conseguido entrar en la habitación, pero, en ese mismo instante, desde el corredor me llegó el vil y obscuro relincho que habíamos oído en el parque y en las bodegas. Soplé nuevamente mi silbato y busqué a tientas la cuerda, diciéndole a gritos a Beaumont que se quedara dentro del pentáculo, a pesar de lo que pudiese ocurrir. Grité de nuevo, esta vez al capitán, pidiéndole que nos trajese alguna luz y entonces oí el sonido de algo que hacía fuerza contra la puerta del dormitorio. Saqué las cerillas para alumbrarnos, antes de que aquella increíble e invisible criatura se nos echase encima.

Rasqué una de ellas en el costado de la caja. Se encendió con una luz cruda y, en ese mismo instante, oí un débil sonido a mi espalda. Me volví rápidamente, presa de un terror absurdo y, bajo aquella luz, vi... una monstruosa cabeza de caballo cerca de Beaumont.

—¡Cuidado, Beaumont! —grité, desesperadamente—, ¡está detrás de usted!

La cerilla se apagó de repente. En el mismo instante, se oyó la brutal detonación de la escopeta de Parsket (los dos cartuchos a la vez), que Beaumont había disparado, evidentemente con una sola mano, muy cerca de mi oreja.

Vislumbré momentáneamente la monstruosa cabeza gracias al fogonazo, y una enorme pezuña, en medio de las llamas y del humo, pareció abatirse sobre Beaumont. En el mismo instante, vacié tres recámaras de mi revólver. Hubo un golpe sordo, y aquel horrible y gutural relincho sonó muy cerca de mí. Algo me golpeó y me desplomé, casi desvanecido. Caí de rodillas y pedí auxilio a voz en cuello. Oía a las mujeres gritando detrás de la cerrada puerta del dormitorio y fui vagamente consciente de que estaban empujándola desde el interior; poco después vi que, cerca

de mí, Beaumont luchaba contra alguna cosa repugnante.

Por un instantes me quedé sin saber qué hacer, como pasmado, paralizado de miedo, y entonces, a ciegas y con la carne de gallina, acudí a ayudarle, gritando su nombre. Puedo decir que estaba muerto de miedo. En aquel momento, un grito como en sordina taladró la tiniebla, y yo salté hacia él. Toqué una enorme oreja peluda, y entonces me asestaron otro golpe que me hizo bastante daño.

Retrocedí, débil y sin ver nada, y me agarré con la otra mano a aquella cosa increíble. De repente oí un fuerte golpe a mi espalda y una explosión de luz.

Llegaban más luces por el pasillo, además de ruidos de pisadas y de gritos.

Alguien me obligó a soltar la cosa a la que me había asido; cerré los ojos, aturdido, y oí un violento aullido encima de mí, a continuación el ruido de un fuerte golpe, como el de un carnicero partiendo carne, y entonces algo me cayó encima.

El capitán y el mayordomo me ayudaron a ponerme de rodillas. En el suelo yacía una enorme cabeza de caballo, de la que salían las piernas y el tronco de un hombre. En las muñecas llevaba atados unos enormes cascos. Era el monstruo.

El capitán dio un tajo con la espada que empuñaba, se inclinó y le quitó la máscara, pues de eso se trataba. Entonces vi el rostro del hombre que la había llevado. Era el de Parsket. Tenía una fea herida en la frente, donde la espada del capitán había cortado la máscara. Miré alucinado a Parsket, después a Beaumont, que se estaba levantando, apoyándose contra el muro del corredor.

Y volví a mirar a Parsket.

—¡Por Júpiter! —dije al fin.

Y me quedé en silencio, pues me sentía avergonzado de aquel hombre.

Creo que lo comprenderéis. Entonces abrió los ojos. Había llegado a tomarle afecto.

Justamente cuando Parsket comenzaba a recuperarse y su mirada iba de uno a otro de nosotros, comenzando a recordar, sucedió una cosa extraña e increíble. De repente, en el extremo del corredor, sonó el pesado sonido de unos enormes cascos de caballo. Miré hacia aquel lugar y a continuación a Parsket, y vi reflejarse en su rostro y en su mirada un miedo espantoso. Hizo un esfuerzo por volverse y miró enloquecido hacia la parte del corredor donde se había escuchado el sonido, mientras los demás parecíamos habernos quedado helados al seguir la dirección de su mirada. Recuerdo vagamente los sollozos contenidos y los susurros procedentes del dormitorio de la señorita Hisgins, que no dejaron de sonar mientras yo miraba fijamente, lleno de espanto, el extremo del corredor.

El silencio duró varios segundos. Bruscamente, volvió a oírse el pesado sonido del enorme caballo al final del corredor. E inmediatamente después, el clip-clop, clip-clop de los poderosos cascos que se acercaban por el pasillo hacia nosotros.

Incluso entonces, fijaos, la mayor parte de los presentes pensamos que se trataba

de algún mecanismo de Parsket que aún seguía funcionando, por lo que sentíamos una cierta perplejidad, mezcla de miedo y de duda. Creo que todos miramos hacia él. Y de repente el capitán exclamó:

—¡Deja tus locuras de una maldita vez! ¿No te basta ya con lo que has hecho?

Por mi parte, debo decir que yo estaba espantado, pues sentía que allí había algo terrible, algo que estaba fuera de lugar. Entonces Parsket consiguió gritar:

—¡No soy yo! ¡Dios mío! ¡No soy yo! ¡Dios mío! ¡No soy yo!

Fue como si cada uno de los presentes comprendiese que realmente había alguna cosa malvada aproximándose por el pasillo. Todo el mundo echó a correr, incluso el viejo capitán Hisgins retrocedió, igual que el mayordomo y los domésticos. Beaumont se desmayó, como pude constatar después, ya que había recibido un fuerte golpe. Yo me aplasté contra la pared, mientras seguía arrodillado, demasiado perplejo y aturdido para echar a correr. Y prácticamente en el mismo instante, las poderosas pisadas sonaron cerca de mí, haciendo casi estremecer el sólido piso mientras pasaban. De repente cesó el tremendo ruido, y supe, casi muerto de miedo, que la cosa se había detenido frente a la puerta del dormitorio de la joven. Observé que Parsket estaba vacilante ante la puerta, con los brazos extendidos, como si quisiera impedir con su cuerpo que entrara en ella. Entonces lo vi con claridad. Parsket estaba extraordinariamente pálido, y la sangre le corría por el rostro, de la herida que tenía en la frente; en aquel momento me di cuenta de que parecía mirar algo en el pasillo, con una mirada peculiar, desesperada, fija e increíblemente intensa. Pero allí no se veía nada. De repente, el clip-clop, clip-clop comenzó de nuevo y se alejó por el pasillo.

Entonces Parsket se derrumbó ante la puerta y se golpeó la cabeza con el suelo.

Los que se habían congregado al otro extremo del pasillo comenzaron a gritar, y los dos domésticos y el mayordomo echaron a correr sin más, llevándose sus linternas; pero el capitán se apoyó con la espalda en la pared y levantó la linterna que llevaba sobre la cabeza. El pesado paso del caballo llegó a su altura, se desvió a su izquierda, y pude oír el monstruoso sonido de unos cascos perderse a lo lejos en el silencio de la casa. Después... un silencio de muerto.

Entonces el capitán vino hacia nosotros, muy lentamente, con paso seguro.

Su rostro estaba extraordinariamente pálido.

Me arrastré al lado de Parsket, y el capitán acudió a ayudarme. Le dimos la vuelta entre dos dos, y al verlo supe que estaba muerto; supongo que os imagináis lo que sentí entonces.

Miré al capitán, quien dijo de repente:

—¡Eso..., eso..., eso!

Comprendí que lo que intentaba decirme era que Parsket se había interpuesto entre su hija y lo que quiera que fuese que avanzaba por el pasillo.

Me puse de pie y le sostuve, aunque no fuera capaz de tenerme ni a mí mismo.

Y entonces su rostro acusó la emoción que le embargaba y cayó de rodillas al lado de Parsket, llorando como un chiquillo desconsolado, de suerte que las mujeres salieron del dormitorio para ocuparse de él. Yo les dejé hacer y me acerqué a Beaumont.

Prácticamente, ésta es toda la historia. Sólo quedan por explicar algunos puntos complicados aquí y allá.

Supongo que habréis comprendido que Parsket estaba enamorado de la señorita Hisgins y que esto es la clave de todo lo que en ella hay de extraordinario. Sin duda, él era responsable de buena parte del «embujamiento»; de hecho, creo que de casi toda. Pero como no puedo probar nada, lo que ahora os cuente será fundamentalmente resultado de una deducción.

En primer lugar, resulta obvio que la intención de Parsket era asustar a Beaumont para que se fuese y, al ver que no lo conseguía, creo que se desesperó tanto que realmente intentó matarle. Odio decir esto, pero los hechos me obligan a pensarlo.

Estoy totalmente seguro de que fue Parsket quien le rompió el brazo a Beaumont. Conocía al dedillo la llamada «Leyenda del Caballo», y tuvo la ocurrencia de utilizar la antigua historia para sus propios fines. Es evidente que tenía algún medio de entrar y salir furtivamente de la casa, quizá a través de alguna de las muchas ventanas bajas de la mansión, o quizá porque dispusiera de la llave de una de las dos puertas del parque; entonces, cuando se suponía que se había ido, lo que realmente hacía era eclipsarse y esconderse en las proximidades.

El incidente del beso en el vestíbulo oscuro debo achacarlo por completo a la imaginación demasiado soliviantada de Beaumont y de la señorita Hisgins.

Sin embargo, debo reconocer que el sonido del caballo proviniendo de la puerta de entrada me resulta un tanto difícil de explicar. Pero yo sigo dispuesto a aceptar mi primera idea al respecto, o sea, que en ello no hubo nada sobrenatural.

El ruido de cascos en la sala de billar y después en el pasillo fueron hechos por Parsket desde el piso inferior, golpeando contra los paneles del techo con un trozo de madera enganchado a uno de los picaportes de las ventanas. Lo he comprobado al examinar las marcas dejadas en la carpintería del techo.

Los sonidos del caballo galopando alrededor de la casa posiblemente fueron hechos por Parsket, quien debió disponer de un caballo atado cerca del parque; a no ser que él mismo hiciese esos sonidos, pero no veo cómo habría podido moverse tan deprisa para producir una ilusión tan lograda. En cualquier caso, no estoy muy seguro de este punto, ya que no conseguí localizar ninguna huella de cascos, como recordaréis.

El horrible relincho del parque debió ser toda una hazaña de ventriloquia por parte de Parsket, y el ataque que sufrió Beaumont también debe imputársele a él, pues

mientras yo creía que se encontraba en su habitación, debía de estar fuera todo el tiempo, acercándose a mí después de verme salir por la puerta principal. Es bastante probable que Parsket fuese el causante de los incidentes que se produjeron entonces, pues, si hubiesen ido a más, él no habría seguido con aquel juego tan peligroso, sabiendo que ya no tenía necesidad de ponerlo en práctica. Lo que no puedo comprender es cómo consiguió escapar después de disparar sobre él en el parque, y más tarde, en el curso de su última fechoría en el corredor, como acabo de contaros. Como habéis podido ver, era tan intrépido que no había nada que le hiciese sentir miedo, al menos por sí mismo.

La vez que Parsket estaba con nosotros, cometimos un error al pensar que habíamos oído al Caballo galopar alrededor de la casa. Ninguno estábamos seguro de haberlo oído, excepto, claro está, Parsket, quien naturalmente dio visos de realidad a nuestra ilusión.

Creo que el relincho que sonó en la bodega introdujo por primera vez en la mente de Parsket la sospecha de que había en acción algo más que su embrujamiento de pacotilla. El relincho fue obra suya, al igual que en el parque; pero, al recordar lo raro que le vi, estoy seguro de que si puso esa cara fue porque los sonidos alcanzaron alguna cualidad infernal, además de la que él les había dado, que le espeluznó. Más tarde, supongo, acabaría persuadiéndose a sí mismo de que todo se lo había imaginado. Por supuesto que no olvido que el efecto que causó a la señorita Hisgins le debió hacerse sentir como un miserable.

Por lo que respecta al sacerdote a quien fueron a buscar, descubrimos que se trataba de un recado ficticio, detrás del cual se encontraba Parsket, ya que ello le permitiría ganar unas horas más para la consecución de su propósito, puesto que — como cualquiera con una pizca de imaginación habrá comprendido a estas alturas— había descubierto que jamás podría asustar a Beaumont ni conseguir que se fuera. Odio tener que pensarlo, pero no tengo más remedio. De cualquier modo, es obvio que aquel hombre había perdido temporalmente el normal uso de sus facultades. ¡El amor es una extraña enfermedad!

Después de todo aquello, no pongo en duda que Parsket torció o ató la cuerda de la campanilla del mayordomo en algún sitio, para disponer de una excusa para irse con toda naturalidad. Ello también le daba la oportunidad de apagar una de las lámparas que iluminaban el pasillo, con lo que sólo tendría que romper la otra para que el lugar quedase completamente a oscuras y así poder atentar contra la vida de Beaumont.

Del mismo modo, fue él quien cerró con llave la puerta del dormitorio, guardándosela (pues la tenía en el bolsillo). Así impedía al capitán que viniera a ayudarnos trayendo alguna luz. Pero el capitán Hisgins rompió la puerta con el pesado guardafuegos de la chimenea, y el estruendo de tal operación fue lo que causó

tanta confusión y espanto en la negrura en que se encontraba el pasillo.

La fotografía de la monstruosa pezuña que se cernía sobre la señorita Hisgins en la bodega es una de las cosas que más difíciles me resultan de explicar. quizá se trató de algún truco de Parsket, preparado por él mientras estaba fuera de la habitación, fácil de hacer para alguien que supiera cómo llevarlo a cabo. Pero no me pareció un montaje. Sin embargo, las probabilidades a favor y en contra se equilibran; por otra parte, como la imagen es demasiado imprecisa para examinarla a fondo, me mantendré en suspensión de juicio. Lo cierto es que la fotografía es realmente horrible.

Y ahora llego al último punto, realmente al más espantoso. Después de lo sucedido ya no hubo ninguna otra manifestación de nada anormal, de modo que mis conclusiones reposan en una extraordinaria incertidumbre. Si no hubiera oído aquellos sonidos finales y Parsket no hubiese demostrado un miedo tan terrible, todo aquel caso habría podido ser aclarado según lo dicho.

De hecho, como habéis visto, soy de la opinión de que casi todos los detalles pueden ser explicados, pero no veo la manera de pasar por alto la cosa que vimos, al final de todo, y el miedo manifestado por Parsket.

Su muerte... no prueba nada. La posterior investigación forense, bastante rápida por cierto, fue atribuida a un «espasmo cardíaco». Resulta bastante natural y nos sigue dejando entre tinieblas, pues también cabe preguntarse si murió por interponerse entre la joven y alguna monstruosidad completamente increíbles.

La expresión del rostro de Parsket y lo que dijo cuando escuchó el martilleo de los grandes cascos avanzando por el pasillo parecen demostrar que comprendió la realidad de lo que hasta entonces no había sido más que una horrible sospecha. Y ese miedo y la estimación de un tremendo peligro aproximándose fueron acaso más nítidos que los míos. Entonces fue cuando tuvo aquel gesto único, sublime y magnífico.

—¿Y la causa? —pregunté—. ¿Cuál fue la causa de aquella aparición?

Carnacki movió la cabeza.

—Sólo Dios lo sabe —contestó, con una reverencia singular y sincera—. Si aquello era lo que parecía ser, podría dar una explicación que no creo que ofenda a la razón de nadie, pero que podría ser completamente falsa. Sin embargo, he pensado (aunque ello me obligaría a daros una clase intensiva sobre la inducción del pensamiento, para que fueseis capaces de apreciar mis razonamientos) que Parsket había producido lo que se podría designar con el término de «embrujo inducido», una especie de simulación inducida de sus conceptos mentales, debida a lo desesperado de su ánimo y de sus cavilaciones. Resulta imposible explicarlo más claramente con tan pocas palabras.

—Pero la vieja leyenda... —comenté—. ¿Por qué no iba a contener parte de

verdad?

—Sí, podría ser cierta —dijo Carnacki—, pero no creo que renga nada que ver con eso. Todavía no he conseguido aclararlo todo, de momento; pero creo que dentro de poco podré explicaros por qué pienso así.

—¿Y la boda? ¿Y la bodega...? ¿Se encontró algo dentro de ella? —preguntó Taylor.

—Sí, aquel mismo día se celebró la boda, a pesar de la tragedia —aclaró Carnada—. Era lo más sensato..., considerando los detalles que aún no he conseguido explicar. En efecto, hice excavar en el fondo de la gran bodega, pues tenía el presentimiento de que quizá encontraría algo que pudiera arrojar alguna luz sobre el caso. Pero no encontramos nada. Como veis, todo este asunto es espantoso y extraordinario. Nunca olvidaré la expresión del rostro de

Parsket. Ni, a continuación, los repulsivos sonidos de aquellos grandes cascos, yendo y viniendo por la casa en silencio.

Carnacki se levantó.

—¡Fuera todo el mundo! —dijo, de manera amistosa, usando la fórmula de siempre.

Nos sumergimos en el silencio del Embankment y, desde allí, nos dirigimos a nuestras respectivas casas.

EL INVESTIGADOR DE LA CASA APARTADA

Recuerdo que acababa de hacerse de noche, cuando los cuatro, Jessop, Arkright, Taylor y yo, miramos defraudados a Carnacki, quien estaba sentado, silencioso, en su gran sillón. Habíamos acudido en respuesta a la usual tarjeta de invitación que — como es bien sabido— comenzamos a considerar como el prelude seguro de una buena historia. Y, después de habernos narrado el breve incidente ocurrido en «El Caso de los Tres Platos de Paja», cayó en un silencio autocomplaciente, aunque la noche no hubiera hecho más que comenzar, como antes apuntó.

Sin embargo, como suele suceder, algún hado compasivo zarandeó a Carnacki, o a su memoria, y volvió a hablar con ese tono peculiar suyo tan extraño:

«El Caso de los Tres Platos de Paja» me recuerda el de «El Investigador de la Casa Apartada», y a veces he pensado que podría interesaros. Ocurrió hace bastante..., de hecho, hace una barbaridad de tiempo, cuando mi experiencia de lo que podríamos llamar «fenómenos curiosos» era muy escasa.

Por aquel entonces vivía con mi madre, en una casita de las afueras de Appledorn, en la costa sur. Era el último de una serie de chalets, si puedo llamarlos así, separados unos de otros, con su propio jardín, y realmente encantadores, aunque muy antiguos, impregnados del aroma a rosas, con ventanas, ya sabéis, emplomadas y muy adornadas, y puertas de genuino roble.

Intentad hacer os una idea para entender lo bien que se vivía allí.

Antes que nada, debo decir os que mi madre y yo llevábamos viviendo en aquella casita durante dos años y que, en todo aquel tiempo, no había sucedido nada fuera de lo corriente que pudiese molestarnos.

Y entonces, lo que son las cosas, ocurrió algo.

Una noche, a eso de las dos de la madrugada, estaba acabando de escribir unas cartas, cuando oí que mi madre abría la puerta de su dormitorio, bajaba hasta el piso inferior y tocaba los barrotes de la barandilla de la escalera.

—Ya voy, madre —dije en voz alta, suponiendo que venía simplemente a recordarme que me acostara; y, como oí que volvía a su habitación, me apresuré a terminar mi trabajo, por miedo a que no se durmiese hasta que no me fuera a la cama.

Así que cuando acabé, encendí la vela, apagué la lámpara de la mesa y subí por la escalera. Cuando llegaba a la altura de la puerta de su habitación, vi que estaba abierta; le di las buenas noches en voz baja y, de paso, le pregunté si podía cerrar la puerta.

Como no respondió, supuse que se habría vuelto a dormir; cerré la puerta con suavidad y me dirigí a mi habitación, justo al otro lado del pasillo. Mientras lo hacía, apenas si percibí que allí había un tenue olor peculiar, un tanto desagradable... pero hasta la noche siguiente no comprendí que en aquel olor había algo que me ofendía.

¿Me seguís? Me refiero a eso que nos ocurre con tanta frecuencia..., que de repente uno se da cuenta de algo que había registrado en el inconsciente, quizá un año antes.

A la mañana siguiente, mientras almorzaba con mi madre, mencioné de pasada que la noche anterior se había «quedado frita» y que le había cerrado la puerta. Pero, para mi sorpresa, me aseguró que no había salido de su habitación. Le recordé los dos golpecitos que había dado en los barrotes de la barandilla de la escalera, pero ella estaba segura de que yo debía de estar confundido; al final le dije en broma que, como ya estaba tan acostumbrada a mi fea costumbre de quedarme levantado hasta tarde, había debido de bajar en sueños. Por supuesto que lo negó, y yo acabé dejando de lado aquella cuestión; pero la verdad es que estaba bastante perplejo, y no sabía a que atenerme: si a mi propia explicación de lo sucedido, o a la de mi madre, que achacaba los ruidos a los ratones, y el que la puerta estuviese abierta, al hecho de que no la había dejado bien cerrada al irse a la cama. Supongo que en alguna parte inconsciente de mi mente debían de agitarse pensamientos menos racionales que aquellos, pero, por entonces, aún no sabía lo que era sentirse realmente mal.

Aquella noche, cerca de las dos de la madrugada, la situación cambió. Oí que la puerta de la habitación de mi madre se abría, exactamente igual que la noche anterior, e inmediatamente después sonaron los golpecitos en los barrotes, o así me lo pareció. Por un instante dejé lo que estaba haciendo para decirle en voz alta que acabaría en seguida; pero ella no me contestó y yo no la oí volver a la cama, por lo que me pregunté al momento si no estaría caminando en sueños, como yo había sugerido.

Con aquel pensamiento me levanté y, cogiendo la lámpara de la mesa, salí de mi habitación. Entonces, atended, me recorrió el cuerpo una especie de escalofrío tremendo, pues de pronto caí en la cuenta de que mi madre jamás daba golpecitos en la barandilla cuando estaba levantado hasta tarde, sino que me llamaba. Quiero que comprendáis que yo no tenía miedo, sino que me sentía vagamente incómodo, porque estaba condenadamente seguro de que era ella, que andaba en sueños.

Subí rápidamente las escaleras pero, cuando llegué arriba, mi madre no estaba en el pasillo, aunque su puerta sí que estaba abierta. Me sentí un tanto desconcertado. Al fin y al cabo, debía de haberse acostado sin que la oyera; pero, aunque así hubiera sido, tendría que haberse dado mucha prisa en regresar a su habitación. No obstante, al ver que dormía profunda y tranquilamente, el vago presentimiento que tenía de que algo no iba bien me hizo acercarme a ella y mirarla de cerca para estar bien seguro.

No me quedó duda alguna de que estaba perfectamente bien, pero seguí un tanto preocupado, aunque me sintiera más inclinado a creer que mi sospecha era correcta y que ella había regresado en silencio a su habitación sin despertarse ni saber lo que había hecho. Y aquel pensamiento resultó el más acertado, como veréis.

Bruscamente me asaltó un olor extraño, incierto, a humedad, y comprendí que se trataba del mismo que, la noche anterior, había sentido en el pasillo, pues era igual de

raro e incierto que él.

Me sentí decididamente mal, por lo que comencé a escudriñar la habitación, sin idea ni fin precisos, excepto para estar seguro de que no había nada extraño en ella. Y durante todo el tiempo, lo que son las cosas, no esperé encontrar nada, ya que lo único que buscaba era quedarme tranquilo.

Mi madre se despertó mientras realizaba la investigación, por lo que no tuve más remedio que explicarle lo sucedido. Le conté lo de la puerta abierta y los golpecitos en la barandilla, y que había subido y la había encontrado dormida. Nada le dije del olor, ya que prácticamente no se distinguía, pero sí le comenté que, como aquello ya se había producido dos veces, había acabado por ponerme nervioso y comenzar a imaginar cosas; por eso había ido a echar un vistazo a su habitación, simplemente para quedarme tranquilo.

Desde entonces, siempre he pensado que el motivo de que no mencionara el olor no se debió sólo al hecho de que no quisiera asustar a mi madre —pues entonces no tenía el aplomo suficiente para pensar así—, sino de que era vagamente consciente de que asociaba aquel aroma con sueños que resultaban demasiado indefinidos y peculiares para atreverme a mencionarlos. Quizá comprendáis que ahora pueda analizar lo sucedido y convertirlo en palabras, y que entonces ignorase incluso la razón principal para guardar silencio, y que no supiese apreciar siquiera lo que ello significaba. ¿Me seguís?

Fue mi madre quien expresó con palabras parte de la vaga sensación que yo sentía:

—¡Qué olor tan desagradable! —exclamó, y se quedó en silencio durante unos instantes mirándome—. Me parece que estás seguro de que aquí hay algo que no marcha bien —añadió, sin dejar de mirarme, pero con un leve toque de interrogación, que esperaba una respuesta.

—No lo sé —dije—. No consigo comprenderlo, a no ser que realmente te hayas levantado durante el sueño.

—Pero, ¿y el olor?

—En efecto —respondí—, eso es lo que me resulta más chocante. Voy a dar una vuelta por la casa, aunque supongo que no voy a encontrar nada.

Encendí la vela de su palmatoria y me la llevé a los otros dos dormitorios, y después al resto de la casa, incluidas las tres dependencias de la bodega, que pusieron a prueba mis nervios.

Regresé al dormitorio de mi madre y le dije que no había nada de qué preocuparse; como veis, al final acabamos creyendo que todo iba bien. Mi madre no quiso reconocer que había podido ser ella, caminando dormida, y en lo referente a la cuestión de la puerta abierta echó la culpa al picaporte, que realmente cerraba bastante mal. Los golpecitos eran sin duda obra de los crujidos de la vieja carpintería

de la casa, que aún se quejaba, o de algún ratón, que había tirado algún trozo de mampostería suelta. El olor resultaba un poco más difícil de explicar; pero al fin estuvimos de acuerdo en que podría tratarse del olor de la tierra húmeda filtrándose de noche por la ventana de la habitación de mi madre, procedente del jardín de detrás, o bien —con toda seguridad— del pequeño cementerio que estaba al otro lado del gran muro, en el extremo del jardín.

Así conseguimos tranquilizarnos, y yo acabé yéndome a la cama y descabezando un sueño.

Pienso que aquella fue una buena lección sobre el modo de engañarnos a nosotros mismos que tenemos los humanos, pues mi razón no habría debido aceptar ninguna de aquellas explicaciones. Si os ponéis en mi caso, veréis lo absurdos que eran todos los intentos con que intentábamos explicar lo sucedido.

A la mañana siguiente, cuando bajé a desayunar, volvimos a hablar de lo que había pasado y, si estuvimos de acuerdo en que era extraño, también convinimos en que habíamos comenzado a pensar cosas raras en el fondo de nosotros, que, tal como estaban las cosas, nos daba un poco de vergüenza admitir. Creo que resulta muy divertido si se piensa, y también absurdamente humano.

Pero, después de esa charla, aquella misma noche, la puerta del dormitorio de mi madre se iba a cerrar y a abrir violentamente, justo después de la medianoche.

Cogí la lámpara, pero cuando llegué a su puerta la encontré cerrada. La abrí rápidamente y vi que mi madre estaba acostada, aunque con los ojos abiertos y muy nerviosa, ya que el golpetazo de la puerta la había despertado.

Lo que más me desconcertó fue el hecho de que en el pasillo y en su habitación se notase un olor sencillamente nauseabundo.

Mientras le preguntaba si se encontraba bien, por dos veces una puerta se cerró violentamente en el piso inferior, así que podéis imaginaros lo que sentí en aquel momento. Mi madre y yo nos miramos en silencio. Entonces encendí la vela de su mesilla, cogí el atizador de la chimenea, y bajé por la escalera, tremendamente nervioso. El efecto acumulativo de tantas cosas inexplicables comenzaba a sacarme de quicio, y todas las explicaciones que habíamos buscado, aparentemente lógicas, me parecían abyectamente fútiles.

El repugnante olor parecía tremendamente intenso en el vestíbulo, lo mismo que en la habitación que daba a la fachada principal y en las bodegas.

No obstante, procedí a una minuciosa búsqueda en el interior de la casa y, cuando hube acabado, constaté que todas las ventanas y puertas que estaban al nivel de la calle se encontraban bien cerradas y que, aparte de nosotros dos, no había ningún ser vivo en la casa.

Volví a subir por las escaleras hasta la habitación de mi madre, donde estuvimos hablando de lo sucedido durante una hora o más, para llegar a la conclusión de que,

después de todo, estábamos dando demasiada importancia a un cúmulo de detalles insignificantes; aunque, en nuestro fuero interno, como bien sabéis, no nos creyéramos lo que decíamos. ¿No os parece?

Más tarde, cuando la charla había conseguido apaciguar nuestros ánimos, le di las buenas noches y me fui a la cama, conciliando el sueño al poco tiempo.

Bastante después, en las primeras horas de la mañana, cuando aún estaba oscuro, me despertó un fuerte ruido. Podéis imaginaros que aquello me asustó bastante, después de tantas cosas inexplicables como nos habían sucedido. De nuevo volvió a oírse en el piso de abajo: ¡Bang, bang, bang!..., una puerta tras otra cerrándose violentamente, o al menos esa fue la impresión de aquel sonido.

Salté fuera de la cama, con la carne de gallina, totalmente escalofriado, y sin pérdida de tiempo encendí la vela. Entonces la puerta de mi habitación comenzó a abrirse lentamente: no había echado la llave para que ningún obstáculo pudiese separarme de mi madre.

—¿Quién anda ahí? —exclamé con voz doble de fuerte de lo usual y con esa especie de singular sofoco que siempre da un miedo súbito—. ¿Quién anda ahí?

—Soy yo, Thomas. ¿Qué pasa abajo?

Por eso había entrado en mi habitación, con el atizador en una mano y una lámpara en la otra. Al verla de aquella manera, habría podido reírme, de no haber sido por los extraordinarios sonidos que habíamos oído escaleras abajo, pues, como recordaréis, era bastante menuda, aunque muy valientes.

Así que me calcé las zapatillas y descolgué de la pared una vieja bayoneta.

Cogí mi lámpara y rogué a mi madre que se quedase, aunque sabía que era inútil si ella había decidido lo contrario. El resultado fue que, durante nuestro reconocimiento, actuó como una especie de retaguardia mía. Reconozco que en algunas cosas soy bastante egoísta, pero aquella vez estaba muy contento de tenerla a mi lado.

Para entonces, el batir de las puertas había cesado y, probablemente debido al extraño contraste que ello suponía, parecía que en la casa reinaba un silencio abominable. No obstante, seguí adelante, con la vela en alto y la bayoneta en la otra mano.

Cuando llegamos al final de la escalera, vi que todas las puertas de las habitaciones del piso de abajo estaban abiertas de par en par. Al hacer la ronda, encontramos que las puertas exteriores, así como las ventanas, seguían cerradas, y me pregunté si los ruidos no habrían sido originados por las propias puertas. Sólo estábamos seguros de una cosa, y es que, como antes, en la casa no había ningún ser vivo aparte de nosotros dos. Pero en ella, todo parecía hallarse infectado por aquel olor absolutamente infame.

Era absurdo seguir «disimulando». En la casa había algo extraño, así que en

cuanto se hizo de día, rogué a mi madre que hiciese las maletas. Después del desayuno, la conduje hasta el tren, para que fuese a visitar a una de mis tías, a la que había enviado de antemano un telegrama avisándole de su llegada.

Comencé a trabajar para desentrañar aquel misterio. Lo primero que hice fue ir a ver al casero y contarle lo sucedido. Por él supe que hacía doce o quince años la casa había tenido una curiosa reputación, y que tres o cuatro de los sucesivos inquilinos se habían quejado, por lo que había estado desocupada durante bastante tiempo, hasta que había sido alquilada, por una renta muy baja, a un tal capitán Tobías, a condición de que mantuviese cerrada la lengua siempre que viese cualquier cosa fuera de lo corriente. La idea del casero —tal como me confesó con franqueza— era acabar con los cuentos de «cosas extrañas» que se decían acerca de la casa, manteniéndola ocupada durante cierto tiempo, para después venderla al mejor precio posible.

Cuando el capitán Tobías se fue, después de haber vivido en ella diez años, no hubo más «cuentos» acerca de la casa; y así, cuando nosotros llegamos y le ofrecimos alquilarla por cinco años, aprovechó la ocasión. Y aquello era todo, o al menos, todo lo que me contó. Le pregunté por los detalles de las cosas supuestamente peculiares que habían ocurrido en la casa durante los últimos años, y me dijo que los inquilinos habían hablado de una mujer que, al caer la noche, iba y venía por la casa. Algunos no llegaron a verla, y otros no pudieron vivir en ella más de un mes.

El casero fue categórico en un punto: ningún inquilino se quejó nunca de ruidos o del batir de puertas. En cuanto al olor, parecía realmente indignado, sin que yo llegara a conocer los motivos. Quizá tampoco él los conocía, aunque tal vez presintiera alguna leve acusación por mi parte respecto a que no se hubiera preocupado del mantenimiento de los desagües.

Al final le sugerí que podía venir a pasar la noche en la casa. Aceptó al momento, sobre todo al oír que yo tenía la intención de no airear aquel curioso asunto e ir directamente al fondo del mismo, ya que no deseaba en absoluto que se extendiera nuevamente el rumor de que la casa estaba embrujada.

Llegó aquella misma tarde a eso de las tres, y ambos registramos la casa, sin encontrar nada fuera de lo corriente. A continuación, el casero hizo varias pruebas que demostraron que los desagües se encontraban en perfecto estado.

Después, nos preparamos para pasar la noche en vela.

Lo primero que hicimos fue pedir prestadas dos linternas sordas de la Jefatura de Policía más cercana, cuyo Superintendente era muy amigo mío; en cuanto se hizo de noche, el casero fue a su casa a buscar una escopeta. Yo tenía la bayoneta de la que antes hablé y, cuando volvió el casero, nos fuimos a mi estudio, donde estuvimos charlando hasta poco antes de la medianoche.

Entonces encendimos las linternas y subimos al piso de arriba, justo hasta el descansillo, donde yo había instalado una pequeña mesa y un par de sillas de uno de

los dormitorios. Dejamos las linternas, la escopeta y la bayoneta encima de la mesa, al alcance de la mano, y cerramos y precintamos las puertas de los dormitorios; luego volvimos a nuestros asientos y oscurecimos las linternas.

Hasta las dos de la madrugada no sucedió nada, pero, poco después de las dos, como comprobé al consultar mi reloj al débil resplandor de las oscurecidas linternas, me sentí extraordinariamente nervioso. Por último me incliné hacia el casero y le susurré que tenía el extraño presentimiento de que algo iba a ocurrir, instándole a que tuviese su linterna a punto. Cuando yo quise coger la mía, la noche que llenaba el pasillo pareció tomar súbitamente un tono violeta oscuro; no vayáis a pensar que una luz brotó en su interior, sino que la natural negrura de la noche mudó su color, desde dentro por así decirlo. ¿Comprendéis lo que quiero decir? Y entonces, surgiendo de aquella noche violeta, a través de la lobreguez violeta, llegó corriendo un niño desnudo. Cosa extraña, el niño no parecía de naturaleza diferente a la de la oscuridad que le rodeaba, sino que venía a ser como una concentración de tan extraordinaria atmósfera. Podría decirse —¿me expreso con claridad?— que el niño procedía de aquel lóbrego color que había alterado la noche. No puedo decirlo de manera más sencilla, así que intentad captar lo que quiero expresar.

El niño pasó a mi lado, corriendo con absoluta naturalidad, como habría hecho cualquier pequeñajo, sólo que en un silencio absoluto e inconcebible.

Recuerdo que era un niño muy pequeño, porque pasó por debajo de la mesa, pero yo lo veía claramente a través de ella, como si ésta sólo fuese una sombra, ligeramente más oscura que la tiniebla reinante. En el mismo instante, vi que un fluctuante resplandor violeta resaltaba el metal de los cañones de la escopeta y de la hoja de mi bayoneta, convirtiéndolos en leves formas luminosas que flotaban en el aire, donde la superficie de la mesa hubiera debido aparecer como algo compacto.

Curiosamente, mientras observaba lo que ocurría, no caí en la cuenta de que la respiración del propietario, que sonaba muy cerca de mí mientras esperaba nerviosamente con las manos sobre la linterna, parecía llena de angustia. Y, fijaos, en ese momento comprendí que no veía nada, sino que esperaba en medio de las tinieblas que mi advertencia se hiciese realidad.

Mientras tomaba nota de aquellos particulares, vi que el niño saltaba hacia un lado y se escondía detrás de algún objeto que apenas se veía y que antes no estaba en el pasillo. Me quedé mirando fijamente hacia aquel lugar, con un escalofrío de maravilla expectante y de miedo de los más extraordinarios, que me puso la espalda de carne de gallina. Entonces resolví por mí mismo el problema menos acuciante, que se refería a la naturaleza de las dos nubes negras que estaban suspendidas sobre uno de los lados de la mesa. Creo que aquella manera de trabajar de la mente, de dos formas distintas, resulta muy interesante y se manifiesta sobre todo en los momentos de tensión. Las dos nubes negras procedían de dos formas ligeramente brillantes que

yo sabía que no eran otra cosa que el metal de las linternas; las cosas que parecían negras, no podían ser de naturaleza distinta a la luminosa, ya que eran captadas por mi vista. Jamás olvidaría aquel fenómeno. más tarde, en dos ocasiones, llegué a ver algo similar, primero en «El Caso de la Luz Negra» y después en ese asunto tan peliagudo de Maatheson, que ya conocéis.

Mientras reflexionaba sobre la naturaleza de aquella luz, no dejaba de mirar a mi izquierda, para ver si podía comprender por qué se ocultaba el niño.

De repente, oí que el casero gritaba:

—¡La mujer!

Pero no vi nada. Tuve la vaga y desagradable sensación de que algo repugnante estaba cerca de mí, y en aquel momento fui consciente de que el casero me cogía del brazo y lo apretaba fuertemente, lleno de pavor. Miré nuevamente hacia el lugar donde se había escondido el niño y vi que espiaba desde detrás de su escondrijo, al parecer hacia el pasillo. Pero, si estaba o no asustado, es algo que no habría podido decir. Después salió de su escondrijo y echó a correr a través del espacio en donde debiera estar la pared del dormitorio de mi madre, que para mí —en el estado de ánimo en que me hallaba— sólo era una sombra imprecisa y vertical, inmaterial. Inmediatamente, en aquella lóbreguez violeta oscuro, el niño desapareció de mi vista. Al mismo tiempo, sentí que el casero me apretaba nuevamente el brazo, como si algo pasase muy cerca de él. De nuevo repitió su pequeño grito gutural:

—¡La mujer! ¡La mujer!

Y levantó con mano inexperta la tapa de su linterna, que pareció dejar escapar instantáneamente un gran abanico de tinieblas en medio de la oscuridad teñida de violeta. Pero yo no había visto ninguna mujer. De repente la coloración violeta desapareció de la noche, y el haz de tinieblas en forma de abanico se convirtió en el haz de luz que salía de la linterna del casero. Y mientras lanzaba la luz de su linterna con movimientos bruscos a uno y otro lado, sobre todo en dirección a la puerta de la habitación de mi madre, vi que el pasillo estaba vacío.

Todavía no se había soltado de mi brazo, aunque se hubiese levantado de un salto. Entonces, mecánicamente y lo más despacio que pude, tomé mi propia linterna y le quité la tapa, alumbrando con ella, un tanto pasmado, los precintos de las puertas, pero no vi ninguno roto; moví la luz arriba y abajo, y hacia uno y otro lado del pasillo, pero allí no había nada. Entonces miré al casero, que movía los labios diciendo no se qué, de manera incoherente. Cuando la luz de mi linterna le dio en la cara, vi, un tanto estupefacto, que estaba bañada en sudor.

En aquel momento comencé a recobrar el ánimo y pude comprender el sentido de sus palabras:

—¿La ha visto? ¿La ha visto? —repetía una y otra vez.

Me descubrí a mí mismo diciéndole con voz tremendamente tranquila que no

había visto a ninguna mujer. Entonces fue recobrando poco a poco la coherencia y me confesó que había visto salir a una mujer del fondo del pasillo y dirigirse hacia nosotros, pero fue incapaz de describirla, excepto por el detalle de que se detenía frecuentemente para mirar a su alrededor, y que incluso había mirado fijamente hacia la pared que había cerca de ella, como si estuviese buscando a alguien. Pero lo que más parecía incomodarle era el hecho de que no hubiese reparado en él. Y repitió aquello tantas veces, que al final le dije, de manera un tanto estúpida, que debería sentirse muy contento de que no lo hubiera hecho. Supongo que os imaginaréis lo nervioso que me sentía. ¿Qué quería decir todo aquello? Esa era la única pregunta que me hacía en aquel momento, pues, aunque no estuviera muy asustado, me sentía terriblemente desconcertado. Por entonces había visto muy pocas cosas de aquel estilo y estaba mucho menos al corriente de los peligros posibles y reales. El principal efecto de lo que había visto hizo zarandear todos los anclajes de mi razón.

¿Qué significaba aquello? Él había visto a una mujer buscando a alguien.

Pero yo no. Yo había visto a un niño, huyendo mientras corría, y ocultándose de Algo o de Alguien. El no lo había visto, ni tampoco lo demás... Sólo había visto a la mujer. Pero yo no la había visto. ¿Qué quería decir eso?

Todavía no le había hablado al casero del niño. Había estado tan aturdido al principio y después, que no tardé en comprender que sería inútil intentar explicárselo. Ya estaba demasiado espantado y pasmado por lo que había visto; además, no era el tipo de hombre que podría comprenderlo. Me di cuenta de todo ello con bastante rapidez, mientras dirigíamos los haces de luz de nuestras linternas a uno y otro lado, y por eso no le dije nada de lo que había visto.

Durante todo aquel tiempo me hacía aquel razonamiento práctico, sin dejar de preguntarme qué estaría buscando la mujer y de quién huiría el niño. Podréis imaginaros el cúmulo de preguntas menores, levemente esbozadas, que se escondían detrás de todo aquello.

De repente, mientras aún seguía allí, desconcertado y nervioso, respondiendo al albur a las preguntas del casero, una puerta se cerró violentamente en el piso de abajo. Al momento, sentí el horrible hedor del que antes he hablado.

—¡Allá abajo! —dije al casero, cogiéndole a mi vez del brazo—. ¡El olor! ¿No lo huele usted?

Me miró como atontado, de modo que no tuve más remedio que zarandearle, presa de cólera nerviosa.

—Sí —dijo al fin con voz extraña, mientras intentaba dirigir la luz de su temblorosa linterna hacia la escalera.

—¡Vamos! —ordené, y cogí mi bayonetas.

Él me siguió, con su escopeta lista apuntando a todas partes. Creo que si me acompañó fue más por miedo a quedarse sólo que por exceso de valor...

¡Pobre diablo! Jamás me he reído de ese tipo de miedos, o sólo en contadas ocasiones. Pues cuando le cogen a uno, hacen trizas su coraje..., como bien sabéis.

Comencé a bajar por las escaleras, dirigiendo la luz por encima de la barandilla hacia el pasillo de más abajo y después hacia las puertas, para ver si estaban bien cerradas, pues las había dejado cerradas con llave, pillando en cada una de ellas una esterilla por una de sus esquinas, para saber cuál era la que se había abierto, en la eventualidad de que tal cosa se produjera.

Así que, de un vistazo, comprobé que no se había abierto ninguna puerta; hice una pausa y dirigí el haz luminoso de mi lámpara a lo largo de la escalera, para poder ver la esterilla que había apoyado contra la puerta que conducía a otra escalera, precisamente aquella por la que se bajaba a la bodega.

Instantáneamente sentí un tremendo escalofrío, porque la esterilla estaba en el suelo. Esperé un par de segundos, alumbrando el pasillo de un lado para otro.

Y acto seguido, haciendo acopio de valor, descendí los peldaños que me quedaban.

Al llegar al último escalón, vi que había manchas de humedad en todo el vestíbulo. Acerqué la linterna a una de ellas. Era la huella que había dejado un pie húmedo sobre el parqué de madera de roble; pero no la huella de un pie ordinario, sino de algo extraño, blando, viscoso, que me llenó de tremendo terror.

Alumbré desde todos los lados y ángulos aquellas pisadas imposibles, y pude contemplarlas por todas partes. Súbitamente comprobé que se dirigían a las puertas que estaban cerradas. Sentí que algo me rozaba la espalda y me volví en seguida, para descubrir que se trataba del casero, quien se me había acercado tanto, que poco le faltó para chocarse conmigo.

—Todo va bien —dije más bien en un susurro apagado, intentando animarle un poco, pues podía sentir que estaba temblando de pies a cabeza.

Mientras intentaba tranquilizarle para que pudiese serme de alguna utilidad, se le disparó el arma con una tremenda detonación y fue a dar limpiamente en el asiento de una silla del vestíbulo. Se sobresaltó y lanzó un aullido de terror, mientras yo no hacía más que echar juramentos a voz en cuello por el susto.

—¡Por amor de Dios, déme esa arma! —dije, arrancándosela de la mano.

En el mismo instante se oyó ruido de pasos precipitados procedentes del jardín, e inmediatamente el haz luminoso de una linterna sorda iluminó la claraboya de encima de la puerta principal. Acto seguido intentaron abrir la puerta, y poco después, me llegó el sonido de los violentos golpes que alguien asestaba a la puerta. Supuse que se trataba del policía de servicio, que, al oír el disparo, había llegado corriendo para ver si había ocurrido algún percance.

Fui rápidamente a la puerta y la abrí. Afortunadamente el agente me conocía, y, una vez dentro, pude explicarle el asunto en poco tiempo.

Mientras tanto, el inspector Johnstone, que también se hallaba efectuando una ronda por los alrededores, había pasado por la avenida al no encontrar ni rastro del agente, y además porque le había extrañado ver las luces encendidas y la puerta abierta. Le conté, lo más brevemente que pude, lo sucedido, pero nada respecto al niño o a la mujer, que le habría parecido demasiado fantástico para tomarlo en serio. Le enseñé las extrañas pisadas húmedas y cómo se dirigían hacia las puertas cerradas. Le expliqué brevemente lo de las esterillas y cómo la que estaba pillada contra la puerta de la bodega se había caído al suelo, claro indicio de que había sido abierta.

El inspector asintió y advirtió al agente que estuviese alerta y guardase la puerta. Me sugirió que encendiese la lámpara del vestíbulo, como así hice, y él, tomando la linterna del policía, se dirigió hacia la habitación que daba a la fachada principal. Se detuvo ante el umbral de la puerta, abierta de par en par, y la iluminó con su linterna, agitándola de un lado para otro, tras lo cual penetró de un salto en su interior y miró detrás de la puerta; allí no había nadie, ni yo esperaba que lo hubiese. Pero, a lo largo y ancho del parqué de madera de roble, y entre las alfombras que yacían dispersas, iban y venían las marcas dejadas por aquellas horribles pisadas, y toda la habitación se hallaba impregnada de aquel olor nauseabundo.

El inspector realizó una meticulosa, aunque rápida, inspección, y salió de la habitación, yéndose a la que se encontraba en la zona del medio, repitiendo las mismas precauciones que en la anterior. Podéis imaginaros el espanto que daba entrar en aquellas habitaciones. Por supuesto, tampoco había nada, ni en aquella habitación, ni en la cocina, ni en la despensa; pero resultó evidente que las pisadas húmedas estaban por todas partes, viéndose claramente donde había maderas claras o telas enceradas; además, a cualquier lugar donde nos dirigiéramos nos acompañaba el olor.

El inspector interrumpió su investigación y dedicó un minuto a comprobar si las esterillas se caían al suelo al abrir las respectivas puertas o simplemente giraban, de modo que pareciese que nadie las había tocado. Pero todas las veces cayeron.

—¡Es algo extraordinario! —oí que comentaba para su capote el inspector Johnstone.

Se dirigió hacia la puerta de la bodega. Antes me preguntó si había ventanas que diesen a la bodega y, cuando supo que la única manera de acceder a ella era por la puerta, dejó la investigación de aquella parte de la casa para el final.

Cuando el inspector llegó a la puerta, el policía de uniforme hizo ademán de saludarle y comentó algo en voz baja que me hizo iluminarle con la luz de mi linterna. Comprobé que estaba muy pálido y que parecía asustado y perplejo.

—¿Cómo? —inquirió Johnstone, impaciente—. ¡Hable más alto!

—Se acercó una mujer, señor, y pasó a través de la puerta —dijo el policía, con voz muy clara, pero con esa entonación curiosamente monótona que a veces uno encuentra en un ser humano, y por tanto inteligente, cuando está muerto de miedo.

—¿Qué? —dijo casi gritando el inspector.

—Que se acercó una mujer, señor, y pasó a través de la puerta —repitió el agente, de manera monótona.

El inspector cogió al policía de los hombros y, deliberadamente, olió su aliento.

—¡No me diga! —exclamó. Y añadió, con sarcasmo—: Espero que se comportase con educación y le abriese la puerta.

—La puerta estaba cerrada, señor —se limitó a decir el otro.

—Se ha vuelto loco... —comenzó a decir Johnstone.

—No —era la voz del casero, que llegaba de detrás, segura y tranquila; era evidente que había recobrado el control—. Yo vi a la mujer en el piso superior.

—Me temo, inspector Johnstone —dije yo, entonces—, que este asunto sea más complicado de lo que parece a simple vista. Yo también he visto algo realmente extraordinario en el piso de arriba.

El inspector pareció a punto de decir algo, pero cambió de opinión y volvió a la puerta para mover la luz de su lámpara a uno y otro lado, mientras alumbraba la esterilla. Entonces vi que las pisadas, extrañamente terribles, iban derechas hacia la puerta de la bodega, y que la última era visible debajo de la puerta. Sin embargo, el policía había dicho que no había sido abierta.

Entonces, sin pensar en lo que decía, pregunté al casero:

—¿Cómo eran sus pies?

No obtuve respuesta alguna, pues en aquel momento el inspector ordenaba al agente que abriera la puerta de la bodega, a lo que su subordinado no había obedecido. Johnstone repitió la orden, y al fin, de un modo curiosamente automático, el hombre obedeció y dio un empujón a la puerta, que ya había sido abierta. El repugnante olor nos asaltó, abrumándonos con una gran oleada de horror, que obligó al inspector a retroceder un escalón.

—¡Dios mío! —exclamó y avanzó nuevamente, iluminando con su linterna los peldaños de la parte baja de la escalera; pero no se veía nada, excepto aquellas huellas sobrenaturales en cada uno de ellos.

El inspector dirigió el haz de vívida luz de su linterna hacia el último peldaño, en donde, visible bajo aquella luz, había algo pequeño, moviéndose. El inspector se bajó para mirar, lo mismo que el policía y yo. No quiero que sintáis asco, pero era un gusano. El policía retrocedió apresuradamente hacia la entrada de las escaleras.

—El cementerio... —dijo—. está al otro lado de la casa.

—¡Si... lencio! —ordenó Johnstone con voz quebrada, lo que me dio a entender que había acabado por asustarse.

Alumbró con su linterna la escalera, observando los escalones y siguiendo paso a paso las pisadas, hasta que se perdían en la oscuridad; volvió a subir por la escalera hasta llegar a la puerta, y los demás seguimos su ejemplo. Miró a su alrededor y tuve

la sensación de que buscaba un arma, del tipo que fuesen.

—Su escopeta —dije al casero, y fue a buscarla al vestíbulo, entregándosela al inspector, quien la cogió para extraer el cartucho vacío del cañón de la derecha. Tendió la mano en busca de un cartucho nuevo, que el casero sacó de uno de sus bolsillos. La cargó, cerrándola con un chasquido, y se dirigió al agente.

—Venga aquí —dijo, avanzando hacia la puerta de la bodega.

—No iré, señor —contestó el agente, tremendamente pálido.

Con un violento arranque de ira, el inspector cogió al hombre por la manga y le empujó hacia las tinieblas, haciéndole rodar escaleras abajo dando gritos. Armado de linterna y escopeta, el inspector le siguió al punto, y yo fui tras él con la bayoneta dispuesta. Detrás de mí iba al casero, tropezando de nerviosismo.

Al final de la escalera, el inspector estaba ayudando al policía a levantarse; éste se quedó un instante como balanceándose, con la mirada perdida. Luego el inspector se dirigió hacia la bodega que se veía de frente, y su subordinado le siguió silenciosa y borreguilmente, pero seguro que sin intención de salir corriendo de cualquier cosa que nos saliese al paso, por peligrosa u horrible que fuesen.

Nos reagrupamos en la primera bodega, moviendo nuestras luces de un lado para otro, sin movernos. El inspector Johnstone comenzó a examinar el suelo y vi que las pisadas recorrían toda la bodega, yendo a cada uno de sus rincones, y cruzando el suelo de un lado para otro. Entonces me acordé del niño que había visto huyendo de alguien. ¿Comprendéis la idea que estaba comenzando a formarme?

Salimos de la bodega en formación cerrada, pues allí no había más que ver. En la siguiente, había pisadas por todas partes de la misma forma errática, como si algo o alguien estuviese buscando no sé qué o siguiendo a ciegas una pista.

En la tercera bodega, las pisadas terminaban ante el pozo que había servido para aprovisionar de agua la casa en época inmemorial. El agua llegaba hasta el borde y era tan clara que podíamos ver su fondo pedregoso a la luz de las linternas. La investigación había tenido un final un tanto abrupto, y nos quedamos de pie al lado del pozo, mirándonos unos a otros, en un absoluto y horrible silencio.

Johnstone examinó otra vez las pisadas y volvió a alumbrar con su linterna el agua clara y poco profunda del pozo, observando cada pulgada del fondo claramente visible, pero sin encontrar nada. El aire de la bodega estaba cargado de aquel terrorífico olor; nosotros seguíamos en silencio, moviendo constantemente nuestras lámparas para iluminar con ellas la estancia.

El inspector terminó su examen del pozo y asintió lentamente con la cabeza, mientras miraba hacia mí; y al reconocer, de manera muda y grave, que nuestra manera de pensar era también la suya, el olor de la bodega pareció hacerse aún más insoportable, como si se convirtiera en una amenaza..., la evidencia material de que allí había alguna cosa monstruosa, junto a nosotros, invisibles.

—Creo... —comenzó a decir el inspector, mientras se interrumpía y alumbraba hacia las escaleras. Y como respuesta a aquella sugerencia, el agente perdió el control y salió corriendo hacia arriba, haciendo sonidos guturales con la garganta.

El casero le siguió con paso rápido, y tras él el inspector y yo. Sólo tuvo que esperarme un instante; subimos al unísono pisando en los mismos escalones, mientras alumbrábamos lo que iba quedando a nuestra espalda. Al llegar arriba del todo, cerré de golpe la puerta que conducía a las escaleras, eché la llave y me enjuagué el sudor de la frente. ¡Por Júpiter! ¡Me temblaban las manos!

El inspector me pidió que diese un vaso de whisky a su subordinado, tras lo cual le hizo salir y volver a su ronda. Se quedó un rato con el casero y conmigo para convenir que se reuniría con nosotros a la noche siguiente, con intención de vigilar entre los tres el pozo hasta que se hiciese de día. Cuando nos abandonó, comenzaban a distinguirse las primeras luces de la aurora. El casero y yo salimos de la casa, echamos la llave y nos fuimos a dormir a la suya.

Por la tarde regresamos a la casa para comenzar los preparativos de la noche. Estaba muy tranquilo y supe que podríamos fiarnos de él, una vez superada la «prueba de fuego» de la noche precedente.

Abrimos todas las puertas y ventanas para airear la casa; mientras tanto, encendimos todas las lámparas que pudimos encontrar y las bajamos a las bodegas, disponiéndolas de manera que no quedase ninguna parte a oscuras.

Bajamos tres sillas y una mesa hasta la bodega donde estaba el pozo. Luego tendimos una fina cuerda de piano a través del suelo de la bodega, a la altura suficiente para hacer tropezar a cualquiera que se desplazase en la oscuridad.

Cuando acabamos de realizar aquellos preparativos, el casero y yo hicimos una ronda por toda la casa, sellando ventanas y puertas, excepto la principal y la otra por la que se entraba a las escaleras que conducían a las bodegas.

Mientras tanto, un herrero del lugar se hallaba cumpliendo un encargo mío; cuando el casero y yo acabamos de tomar el té en su casa, fuimos a ver cómo iba lo que estaba haciendo.

El encargo ya había sido realizado. Se parecía bastante a una inmensa jaula para loros, pero sin base, construida en tela metálica muy resistente, de unos siete pies de altura por tres de diámetro. Recuerdo que afortunadamente la había hecho construir en dos mitades, para que pudiese entrar por las puertas y bajarla por las escaleras de las bodegas.

Le dije al herrero que llevase la jaula a la casa sin pérdida de tiempo, para que pudiese soldar sus dos mitades in situ, y cuando regresamos a ella fui a visitar a un ferretero: quería comprar una buena sogá y una polea de hierro, de las utilizadas en Lancashire para colgar las perchas de la ropa del techo de las habitaciones, como puede verse en cualquier casa de la ciudad o del campo.

También compré un par de bieldos.

—No tendremos ni que tocarlo —dije al casero, quien asintió con la cabeza, palideciendo repentinamente, pero sin hacer comentario alguno.

Nada más llegar, la jaula fue bajada a la bodega y soldada allí mismo, tras lo cual despedí al herrero. Ayudado por el casero, la colgué encima del pozo, en el que ajustaba perfectamente. Por último, y tras no pocas dificultades, conseguimos suspenderla del extremo de la soga que pasaba por la polea de hierro, de suerte que, si soltábamos el extremo de ésta dejándola caer bruscamente, se encajaba perfectamente en el pozo, como un apagavelas.

Cuando vimos que estaba correctamente situada, la izamos, poniéndola en posición, y até la soga a una pesada columna de madera que había en mitad de la bodega, cerca de la mesa.

A eso de las diez ya estaba preparado todo, incluidos los dos bieldos y las dos linternas de policía, además de una botella de whisky y unos sandwiches que descansaban sobre la mesa, ya que debajo de ella había dispuesto varios cubos llenos de desinfectantes.

Poco antes de las once llamaron a la puerta principal. Era el inspector Johnstone, acompañado de uno de sus hombres de paisano. Podéis imaginaros lo contento que me sentí al recibir aquel refuerzo, pues el policía parecía un individuo fuerte, tranquilo, inteligente y de sangre fría; justo el hombre que necesitábamos para que nos ayudase en el terrible trabajo que, estaba seguro, habría que realizar aquella noches.

Cuando el inspector y el detective entraron, cerré con llave la puerta principal; mientras el inspector me tenía la linterna, la precinté cuidadosamente con cintas y cera. Volví a repetir la operación en la puerta que conducía a las escaleras de las bodegas, pero en aquella ocasión desde el interior.

Al entrar en la bodega, advertí a Johnstone y a su subordinado que no tropezaran con las cuerdas de hierro y, ante la cara de sorpresa que pusieron por los preparativos que había realizado, comencé a explicarles mis ideas e intenciones, a lo que el inspector asintió, aprobando incondicionalmente todas mis precauciones. Me agradó comprobar que el detective también asentía con la cabeza, demostrando así que apreciaba todas las medidas que había tomado.

Johnstone y el agente se habían traído cada uno una linterna como las nuestras, que pusieron en la mesa, junto a las que ya estaban. Mientras la dejaba, el inspector tomó uno de los bieldos y lo sopesó en una mano; me miró, asintiendo.

—¡Espléndido! —comentó—. Sólo que debiera haber traído otros dos.

Poco después nos instalamos en nuestros asientos, mientras el detective cogía un taburete de un rincón de la bodega, pues sólo habíamos bajado tres sillas. Estuvimos charlando tranquilamente hasta las doce menos cuarto, al tiempo que nos tomábamos

un ligero refrigerio a base de whisky y sandwiches.

Luego quitamos todas las cosas de encima de la mesa, excepto las linternas y los bieldos; entregué uno al inspector, reservándome el otro para mí. Y después de colocar mi silla de forma que pudiese soltar fácilmente la cuerda que dejaba caer la jaula encima del pozo, recorrí toda la bodega y apagué una a una todas las lámparas.

A tuestas, regresé a mi silla y dejé el bieldo y la linterna sorda al alcance de la mano. Sugerí a los presentes que mantuviesen un silencio absoluto durante la espera. También les rogué que nadie destapara su linterna hasta que yo no lo dijese.

Puse el reloj encima de la mesa, donde el débil resplandor de mi linterna me permitía ver la hora. En la hora siguiente no sucedió nada fuera de lo corriente y todo se mantuvo en absoluto silencio, excepto por algún ligero movimiento debido al nerviosismo.

Sin embargo, a la una y media, volví a sentir la misma agitación nerviosa, tan extraordinaria y peculiar, que había sentido la noche anterior. Extendí el brazo rápidamente, aflojando, pero sin soltarla, la sogá que estaba enrollada en la columna. El inspector pareció darse cuenta de aquel movimiento, pues vi moverse ligeramente la débil luz de su linterna, como si la hubiese cogido apresuradamente.

Aproximadamente un minuto más tarde, observé que tenía lugar un cambio en la coloración de la noche que llenaba la bodega, que fue tomando lentamente una coloración violeta. rápidamente miré a uno y otro lado en aquella nueva penumbra y, mientras lo hacía, fui consciente de que el color violeta de la noche se iba haciendo más espeso. En la dirección del pozo, pero como si se encontrase a mayor distancia de la que realmente estaba, apareció un cúmulo de oscuridad que fue acercándose rápidamente hacia nosotros, como si llegase de pronto, en un instante. Se aproximó más y, como en la ocasión anterior, vi que se trataba de un niño desnudo, corriendo, que parecía formar parte de la noche violeta dentro de la que corría.

El niño llegó corriendo normalmente, como os he contado; pero en un silencio tan peculiarmente intenso que era como si lo hubiese traído consigo.

Quizá no comprendáis lo que quiero decir, pero no puedo ser más claro. A mitad de camino entre el pozo y la mesa el niño se volvió bruscamente y miró hacia atrás, viendo algo que me resultaba invisible. De repente, se dejó caer al suelo, haciéndose un ovillo, como si se escondiese detrás de algo envuelto en sombras que sólo se percibía de vez en cuando; pero la verdad era que allí no había nada, excepto el desnudo suelo de la bodega; quiero decir, nada que perteneciese a nuestro mundo.

Recuerdo haber pensado, con una tremenda sangre fría, que podía oír la respiración de los otros tres hombres que estaban conmigo, con una claridad notable, y también que el tictac de mi reloj, encima de la mesa, parecía sonar tan alto y tan lento como uno de esos grandes relojes de nuestros abuelos. Y, fijaos, supe que nadie más veía lo que yo.

De repente, el casero, que estaba a mi lado, se quedó sin aliento; se le escapó una especie de silbido, y supe que acababa de ver algo. Entonces la mesa dio un crujido y tuve la impresión de que el inspector se inclinaba hacia delante para contemplar algo que yo no podía ver. El casero estiró la mano en la oscuridad y buscó a tientas mi brazo, antes de decirme en un susurro, casi al oído:

—¡La mujer! ¡En el pozo!

Miré rápidamente en aquella dirección, sin conseguir ver nada, excepto, tal vez, que en aquel sitio el color violeta de la noche parecía un poco más pronunciado.

Volví a mirar hacia atrás, a la sombra que ocultaba al niño.

Vi que éste espiaba furtivamente desde detrás de su escondrijo. De repente, se levantó y corrió derecho hacia la parte central de la mesa, que yo veía como una sombra imprecisa situada entre mis ojos y el suelo que no podía ver. Mientras el niño pasaba corriendo bajo la mesa, observé que las aceradas púas de mi biello resplandecían con una fluctuante luz violeta. Un poco más lejos, el contorno vagamente luminoso del otro biello aparecía bañado verticalmente en la penumbra: deduje que el inspector lo había cogido y estaba alerta. No ponía en duda que había visto algo. Encima de la mesa, las partes metálicas de las linternas resplandecían con el mismo fulgor extraño, y alrededor de cada una, filtrándose por sus rendijas, se apreciaba una pequeña nube de absoluta negrura, en el lugar donde a simple vista habría estado la luz que desprendían; a través de cada negrura, las partes metálicas podían apreciarse tan claramente como un «ojo de gato» sobre terciopelo negro.

El niño se detuvo justamente en uno de los extremos de la mesa, inmóvil, aunque pareciese oscilar ligeramente mientras estaba de pie, lo que me dio la impresión, un tanto chocante, de que era más ligero e impreciso que una nube, aunque otra parte de mi mente pareciese conocer que era algo que podría encontrarse al otro lado de un cristal espeso e invisible, sujeto a condiciones y fuerzas que jamás conseguiría comprender. En cierto modo podría decirse que la impresión que me ha quedado es la que habría tenido si hubiese estado mirando, por una ventana de gruesos vidrios planos, a alguien que estuviese fuera expuesto a un fuerte viento, sin poder oírlo ni conocer su intensidad, a no ser que me guiase por la fuerza que ejercía sobre la persona. ¿He conseguido explicarme?

El niño seguía mirando hacia atrás, y mi mirada fue en la misma dirección.

A través de la bodega vi claramente la jaula, que seguía suspendida, bañada por la luz violeta, de manera que podía distinguir cada hilo de su tela metálica, que refulgía extrañamente en aquella luz; por encima de la jaula había una pequeña zona de tinieblas y, a continuación, el resplandor opaco de la polea de hierro que colgaba del techo.

Recorrí la bodega con la mirada, estupefacto y un tanto desazonado; unos delgados regueros de imprecisos fuegos cruzaban el suelo en todas direcciones.

Recordé que no eran más que las cuerdas de piano que el casero y yo habíamos tendido en él. Pero no pudimos ver más, excepto que cerca de la mesa había unos vagos resplandores luminosos y, en su extremo, la brillante silueta de un revólver, que debía de hallarse en un bolsillo del detective. Recuerdo haber experimentado una satisfacción inconsciente, mientras mi cerebro, de manera automática, intentaba explicar lo sucedido. En la mesa que se hallaba cerca de mí veía un amasijo informe de luz, que, tras un instante de reflexión, colegí que debía tratarse de las partes metálicas de la maquinaria de mi reloj.

Había recorrido ya varias veces con la mirada los contornos, por entonces perdidos, de la bodega para acabar posándolos en el niño, y siempre le había sorprendido en la actitud de estar mirando algo. De repente echó a correr hacia mi derecha, hasta que fue sólo un punto de color más intenso perdido en la lejanía de aquella extraña noche violeta.

El casero dejó escapar un débil grito, por lo demás singular, y se abalanzó sobre mí, como si quisiera huir de algo. Al otro lado, el inspector resopló sonoramente, como si acabara de recibir encima un jarro de agua helada.

Bruscamente, el color violeta desapareció, lo mismo que las sensaciones de distancia y de amplitud que se asociaban a él, al tiempo que yo era consciente de la proximidad de algo monstruoso y repugnante que me causaba un sudor frío.

Entonces se hizo un tenso silencio y las tinieblas de la bodega parecieron absolutas, a excepción del débil resplandor que rodeaba a cada una de las linternas puestas sobre la mesa. En aquel momento, rodeados por la negrura y el silencio, se oyó un tenue borboteo de agua procedente del pozo, como si algo saliese sigilosamente de él, de manera que sólo pudiese oírse el sonido del agua resbalando por su cuerpo. A la vez, llegaron hasta mí los efluvios del nauseabundo olor.

Lancé un grito en sordina al inspector para prevenirle y solté la soga. Al instante oímos el violento ruido de la jaula al caer al agua. Entonces, con un gesto rápido y un tanto impreciso por el susto, abrí mi linterna y dirigí su luz hacia la jaula, diciendo a gritos a los demás que hicieran lo mismo.

Cuando la luz de mi linterna incidió en la jaula, vi que esta sobresalía del pozo unos dos pies aproximadamente, y que dentro de ella, pero fuera del agua, había algo. Me quedé mirando fijamente, pues me parecía reconocer de qué se trataba. A la luz de las demás linternas, vi que era una pata de cordero, empuñada por la mano que remataba un robusto brazo que sobresalía del agua.

Me sentí como petrificado, tremendamente envarado y desconcertado, viendo lo que estaba a punto de aparecer. En un momento surgió ante nuestra vista un gran rostro barbado que, en aquel instante álgido, habría podido tomar por el de un ahogado, muerto desde hacía mucho. El rostro comenzó a abrirse por el sitio donde debía estar la boca, escupiendo y tosiendo. Otra manaza apareció a la vista y se

enjugó el agua de los ojos, que parpadearon rápidamente y se quedaron mirando fijamente las luces.

El detective exclamó súbitamente:

—¡Capitán Tobías!

El inspector repitió lo mismo, y ambos estallaron en tremendas carcajadas, echando a correr hacia la jaula. Los seguí, perplejo. El hombre de la jaula seguía manteniendo la pata de cordero tan lejos de sí como podía, mientras se tapaba con la otra mano la nariz.

—¡Abrí esta mal...dita trampa, deprisa! —gritó, medio ahogándose, mientras el inspector y el detective estaban agachados encima de él, tapándose la nariz, aunque sin dejar de reír, de suerte que la luz de sus linternas bailoteaba a todo lo largo y ancho del lugar.

—¡Deprisa, deprisa! —dijo el hombre enjaulado, sin dejar de taparse la nariz y haciendo esfuerzos por hablar de manera que se le entendiera.

Entonces Johnstone y el detective dejaron de reír e izaron la jaula. El hombre del pozo lanzó la pata hacia el interior de la bodega y volvió a sumergirse rápidamente, pero los policías eran demasiado rápidos para él; le agarraron y le hicieron salir del pozo en un santiamén; mientras le tenían cogido, chorreando agua, el inspector apuntó con el dedo hacia la apestosa pata de cordero, y el casero, cogiendo las llaves que llevaba en uno de mis bolsillos, la arponeó con uno de los bieldos, subiendo con ella a la carrera escaleras arriba para tirarla fuera.

Entre tanto, yo había servido al hombre del pozo un buen trago de whisky, que me agradeció con un complacido movimiento de cabeza, tras lo cual, habiendo vaciado el vaso de un golpe, se apropió de la botella y la dejó vacía con la misma facilidad que si hubiese estado llena de agua.

Aclararé, por si aún lo dudáis, que el tal capitán Tobías que había salido del pozo era el mismo inquilino que había ocupado la casa antes que yo. En el curso de la conversación que mantuvimos, me enteré de la razón por la que se había visto obligado a abandonar la casa. La policía lo buscaba por un asunto de contrabando, y fue encarcelado. Dos años más tarde fue puesto en libertad.

Al regresar a su hogar se encontró con que éste ya tenía nuevos inquilinos.

Entró en la casa por el pozo, cuyas paredes no llegaban hasta el fondo (como comprobé más tarde), subiendo al nivel de la calle por una pequeña escalera oculta excavada en la pared de la bodega, que conducía a un panel en el artesonado situado cerca del dormitorio de mi madre. El panel se abría al girar el montante izquierdo de la puerta del dormitorio, con el resultado de que el picaporte de ésta siempre quedaba levantado durante el proceso.

El capitán se lamentó, sin ningún tipo de amargura, de que el panel estaba torcido, y cada vez que lo abría emitía un fuerte crujido. Evidentemente era eso lo que yo

había tomado por golpecitos. Él no quiso aducir las razones que había tenido para volver a la casa, pero era obvio que debía de haber escondido algo y había regresado a buscarlo. Pero, al ver que era imposible entrar en la casa sin riesgo de ser capturado, decidió intentar echarnos a los que vivíamos en ella, sirviéndose de la mala reputación del lugar y de sus esfuerzos, realmente artísticos, para ser un fantasma, en los que, debo decirlo, tuvo pleno éxito.

De haber conseguido sus propósitos, habría alquilado de nuevo la casa, disponiendo así del tiempo necesario para encontrar lo que había escondido.

Además, no había duda alguna de que la casa le venía de perilla, ya que había un pasadizo —como me mostraría a continuación—, que conectaba el pozo «trucado» con la cripta de la iglesia, que estaba al otro lado del muro del jardín, la cual se hallaba conectada con ciertas cavernas de los acantilados que llegaban a la playa, al otro lado de la iglesia.

En el transcurso de la conversación, ofreció quedarse con la casa. Como aquello me convenía, ya que estaba más que harto de ella, y también al casero, acordamos no proceder contra él y olvidar el asunto.

Pregunté al capitán si en la casa había algo realmente extraño que él hubiera visto en alguna ocasión. Me respondió que sí, pues en dos ocasiones, y por la noche, había visto a una mujer caminando por la casa. Podéis imaginaros cómo nos miramos unos a otros al oírle decir aquello. El capitán nos dijo que jamás le había molestado y que sólo la había visto dos veces, justo las dos veces que había conseguido escapar por los pelos de los aduaneros, cuando aún le duraba el miedo; en la medida, debiera añadir yo, en que un hombre como él fuese capaz de sentir miedo.

El capitán Tobías era un individuo astuto, pues había notado mi forma de pillar las esterillas contra las puertas. Así pues, entró en las habitaciones y se paseó por ellas, lo suficiente para dejar por todas partes pisadas hechas con un par de viejas zapatillas de tela, empapadas de agua. Después salió de las habitaciones, volviendo a dejar las esterillas como se las había encontrado.

El gusano que se había caído de la putrefacta pata de cordero era un accidente, que no formaba parte de su plan para asustarnos, pero que le hizo sentirse encantado al saber hasta qué punto nos había afectado.

El ligero olor a rancio que había notado, antes de la pestilencia de la pata de cordero, procedía probablemente de la pequeña escalera oculta que el capitán había utilizado al mover el panel secreto; al menos, esa fue la conclusión a la que llegué cuando me condujo hasta ella para que la viera. Los golpetazos de las puertas también eran obra suya.

Estoy llegando al final de la representación que se había montado el capitán para hacernos creer en fantasmas y a la dificultad que supone el intentar explicar a los demás sucesos tan peculiares. En primer lugar, supongo que os parecerá indudable

que en aquella casa sucedía algo genuinamente extraño, que se había manifestado bajo la apariencia de una mujer. La había visto tanta gente, y en circunstancias tan diferentes, que resultaba imposible achacarla a la imaginación; al mismo tiempo, me parecía extraordinario que personas que habían vivido durante años en aquella casa no hubieran visto nada, mientras que el policía había visto a la mujer cuando apenas llevaba veinte minutos en la casa, lo mismo que el casero, el detective y el inspector.

He reflexionado mucho respecto a este asunto y he llegado a la conclusión de que, en todos los casos, el miedo era la clave, como si dijéramos, que permitía a los sentidos descubrir la presencia de la mujer. El policía era un hombre nervioso, que se encontraba demasiado tenso, lo que le hizo sentir miedo. Sólo entonces pudo observar a la mujer. El mismo razonamiento se aplica a los demás. Yo no vi nada hasta que no estuve realmente asustado; y entonces no vi a la mujer, sino al niño, que huía de algo o de alguien. más tarde volveré a este punto. En resumen, hasta que no consigue sentir un determinado grado de miedo, la persona no es capaz de sentir el efecto de la Fuerza que se aparece bajo la figura de una mujer. No creo que pueda pronunciarlo de manera más clara. Mi teoría explica por qué algunos inquilinos no consiguieron observar nada extraño en la casa, mientras que otros se fueron inmediatamente.

Cuanto más impresionables eran, menos elevado debía ser el grado de terror necesario para hacerles tomar conciencia de la Fuerza presente en la casa. Este punto resulta peculiar e interesante.

El curioso resplandor de todos los objetos metálicos de la bodega sólo había resultado visible para mí. Es evidente que ignoro su causa, lo mismo que tampoco puedo explicarme por qué fui el único que lo observó.

—¿Y el niño? —dije—. Carnacki, ¿puedes explicarnos qué pinta él en esta historia?... ¿Por qué no viste tú a la mujer, y por qué no vieron ellos al niño? ¿Se trataba de la misma Fuerza que se manifestaba de manera diferente a diferentes personas?

—No —dijo Carnacki—. No puedo explicarlo. Pero en mi fuero interno estoy totalmente seguro de que la mujer y el niño no sólo eran dos entidades completamente distintas, sino que no se encontraban realmente en los mismos planos de existencia. Es imposible expresar estas ideas con palabras, porque el lenguaje aún no está lo suficientemente desarrollado para que yo pueda utilizar las palabras con los suficientes matices que me permitan contaros con exactitud todo lo que sé. Por el tiempo en que ocurrió aquel suceso, era completamente incapaz de comprenderlo, ni siquiera de forma parcial. Pero, más tarde, he conseguido enterarme por mis propios ojos de algunas de las implicaciones de lo que vi. Para que os deis una idea básica de mi razonamiento, os recordaré que en el Manuscrito Sigsand se dice que «a un niño nacido muerto las Furias lo vendrán a reclamar». La idea está expresada de una

manera un tanto pedestre, pero contiene una verdad elemental. No obstante, antes de intentar especificar cuál pueda ser, permitidme que os haga partícipes de una idea que siempre he considerado mía. Puede que el nacimiento físico sea un proceso secundario y que, antes de él, el Espíritu Madre busque, hasta que consigue encontrarlo, el elemento más pequeño..., el Yo primigenio, o sea, el alma del niño. Podría ocurrir que, por un capricho cualquiera, ese Yo intentase huir del Espíritu Madre. Tal vez eso podría ser lo que yo vi. Siempre he intentado pensar así, pero jamás pude ignorar el sentido de repulsión que sentí cuando la mujer, invisible para mí, pasó a mi lado. Quizá esta repulsión venga a reforzar la idea sugerida por el Manuscrito Sigsand de que un niño que ha nacido muerto debe tal condición (eliminando las causas físicas que resultan obvias) sobre todo al hecho de que su yo o espíritu ha sido capturado por las Furias. En otras palabras, las Monstruosidades de la Esfera Exterior. Este pensamiento resulta atrozmente terrible, y probablemente lo sea por el hecho de ser tan fragmentario. Así nos deja con la concepción de que el alma de un niño va a la deriva entre dos mundos, huyendo, a través de los caminos vecinales de la Eternidad, de Algo increíble e inconcebible (porque es desconocido) para nuestros sentidos. Este asunto escapa a cualquier discusión posterior, pues resultaría fútil intentar discutir una cosa de la que tenemos una concepción tan fragmentaria. Después de lo sucedido, me ha asaltado con frecuencia el pensamiento de que quizá exista un Espíritu Madre... pero no, no tiene sentido intentar explicarlo con palabras.

—¿Y el pozo? —preguntó Arkwright—. ¿Cómo conseguía el capitán entrar en él desde el exterior?

—Como ya os conté antes —dijo Carnacki—. Las paredes laterales del pozo no llegaban hasta el fondo, de manera que sólo había que sumergirse en el agua para salir al otro lado de la pared, bajo el suelo de la bodega, y subir por el pasaje secreto: Por supuesto que el agua alcanzaba la misma altura a ambos lados de la pared. No me preguntéis quién construyó aquella entrada o la pequeña escalera, pues no podría decíroslo. La casa era muy antigua y, como ya os he dicho, aquel tipo de cosas resultaban antaño muy útiles.

—¿Y el niño? —pregunté, volviendo a la cuestión que más me interesaba—. ¿Te atreverías a decir que su nacimiento ocurrió en aquella casa y que por eso se encontraba «en relación», si se me permite la palabra, con las Fuerzas que provocaron la tragedia?

—Sí —contestó Carnacki—. Es decir, suponiendo que tengamos en cuenta lo que sugiere el Manuscrito Sigsand para explicar este fenómeno.

—Debe haber otras casas... —comencé a decir.

—Las hay —me interrumpió Carnacki.

Y se levantó.

—¡Fuera todo el mundo! —dijo en broma, usando su fórmula familiar.

Y cinco minutos después estábamos en el Embankment, dirigiéndonos pensativamente hacia nuestras respectivas casas.

LA COSA INVISIBLE

Carnacki acababa de regresar a Cheyne Walk, en Chelsea. Supe de tan interesante acontecimiento por una postal, parca en palabras, que releía una y otra vez, en la que se me rogaba que me personase en su casa, no después de las siete de la tarde de aquel mismo día.

El que suscribe, así como los restantes miembros de su selecto círculo de amigos, sabíamos que el señor Carnacki había pasado en Kent las tres últimas semanas; pero, aparte de este hecho, no sabíamos más de él. Carnacki era de naturaleza reservada y huraña, y sólo daba señales de vida cuando le apetecía.

En tales casos, sus otros tres amigos, Jessop, Arkright, Taylor, y yo recibíamos una postal o un telegrama, rogándonos que fuésemos a verle. Y eso era algo que, por nada del mundo, ninguno nos hubiésemos perdido, ya que después de una cena frugal, aunque exquisita, Carnacki se hundiría en su gran sillón, encendería su pipa y aguardaría a que nos hubiésemos instalado confortablemente en nuestros asientos de costumbre para comenzar a hablar.

Aquella noche, en particular, fui el primero en llegar y me encontré a Carnacki sentado, fumando tranquilamente, incunado sobre un periódico. Se levantó, me estrechó fuertemente la mano, me indicó una silla y volvió a sentarse, sin pronunciar palabra.

Tampoco yo dije nada. Conocía demasiado bien a aquel hombre para importunarle con comentarios sobre el estado del tiempo, así que tomé asiento y un cigarrillo. Al poco tiempo llegaron los tres que faltaban, y pasamos una hora agradable cenando.

Acabada la cena, Carnacki se acomodó en su sillón y, siguiendo su costumbre como antes apunté, cargó su pipa y dio unas bocanadas, concentrándose en el fuego de la chimenea. Los demás adoptamos las posturas que nos parecieron más cómodas, cada uno a su manera. Uno o dos minutos después, Carnacki comenzó a hablar, ignorando cualquier observación preliminar, y fue sin rodeos al argumento de la historia que sabíamos que iba a contarnos.

—Acabo de regresar de la mansión de sir Alfred Jarnock, en Burtontree, al sur de Kent —dijo, sin apartar la mirada del fuego—. Como en los últimos tiempos habían tenido lugar en ella unos sucesos extraordinarios, el señor George Jarnock, el hijo mayor, me envió un telegrama, en donde me preguntaba si podía ir a su casa y ayudarles a aclarar un poco lo sucedido. Le contesté que sí, y me fui.

El castillo tenía adosada una antigua capilla, que era la responsable de haber conseguido una notable reputación de lo que, en términos populares, llamaban «apariciones». Como no tardé en descubrir, los habitantes se habían sentido más bien orgullosos de ello hasta no hacía mucho, justamente cuando había sucedido algo

sumamente desagradable; aquello sirvió para recordarme que los fantasmas familiares no siempre se contentan con desarrollar funciones, podríamos decir, meramente ornamentales.

Sé que puede sonar a risa eso de que un fenómeno sobrenatural, respetado durante mucho tiempo, de repente se vuelva peligroso; en este caso, la historia de las «apariciones» era considerada poco más que un antiguo mito, excepto después de anochecer, momento en que al parecer se hacía más tangibles.

Pero, cualquiera que fuese la naturaleza del fenómeno, no hay duda de que lo que podría llamarse la «esencia de la aparición» que residía en el lugar, de pronto se había convertido en algo peligroso..., incluso mortalmente peligroso, después de que, una noche y en la capilla, el viejo mayordomo hubiese estado a punto de morir apuñalado por una antigua daga sumamente peculiar.

Según supone la gente, esa daga es la que «se aparece» en la capilla. Al menos, la historia transmitida en la familia siempre ha venido a decir que la daga atacaría a cualquier enemigo que se atreviese a aventurarse en la capilla después de anochecer. Por supuesto, tal creencia había sido recibida con la misma seriedad que la gente suele atribuirle a la mayor parte de las historias de fantasmas, es decir, sin suponer que pudiese causar ninguna molestia real.

Quiero decir que la mayor parte de la gente jamás sabe de verdad si cree poco o mucho en cuestiones sobrenaturales o extraordinarias, y por lo general jamás tendrán oportunidad de saberlo. Además, como todos conocéis, soy tan tremendamente escéptico en lo que se refiere a la supuesta autenticidad de las historias de fantasmas como cualquier persona que conozcáis; sólo que podría definirme a mí mismo con el término de «escéptico sin prejuicios». No soy dado a creer, ni todo lo contrario, en cualquier cosa «por principio», como gran número de idiotas con los que me he encontrado, y lo que es más, algunos de ellos no sienten vergüenza por ufanarse de tan demente comportamiento.

Siempre considero todos los informes que me presentan como casos no probados, hasta que los he examinado personalmente, y me veo obligado a admitir que noventa y nueve casos de cada cien resultan no ser más que simples farsas y alucinaciones. ¡Pero el centésimo! Bueno, si no fuese por ese centésimo caso no tendría muchas historias que contaros..., ¿no os parece?

Después del ataque que había sufrido el mayordomo, era evidente que «algo» había de cierto en aquella antigua historia de la daga, como me pareció observar, ya que todo el mundo estaba medio convencido de que el arma en cuestión, peculiar y antigua, había herido realmente al mayordomo, ya fuese con el concurso de alguna fuerza inherente a ella, que resultaba ciertamente difícil de explicar, o con el de la mano de alguna cosa invisible o monstruo del Mundo Exterior.

Debido a mi gran experiencia, sabía que lo más probable era que el mayordomo

hubiese sido «acuchillado» por algún ser malvado, pero totalmente material y de naturaleza humana.

Naturalmente, lo primero que hice fue examinar la probabilidad de esta intervención humana. Comencé, pues, mi trabajo sometiendo a un interrogatorio bastante drástico a las personas mejor informadas de la tragedia.

El resultado de los interrogatorios me agradó y sorprendió a un tiempo, pues me daba muy buenas razones para creer que acababa de encontrarme con una de las «manifestaciones auténticas», extraordinariamente raras, de una Fuerza venida de Fuera. Por utilizar una terminología más popular, de un genuino caso de aparición.

Estos son los hechos. El domingo anterior, por la tarde, toda la familia de sir Alfred Jarnock aguardaba en la capilla la celebración del servicio religioso.

Os diré que el párroco acudía a ella dos veces por domingo, después de cumplir con sus deberes en la iglesia del pueblo, a unas tres millas.

Al final del servicio celebrado en la capilla, sir Alfred Jarnock, su hijo, el señor George Jarnock, y el párroco se quedaron charlando un par de minutos, mientras el viejo Bellet, el mayordomo, volvía a la capilla para apagar las velas.

De pronto el párroco recordó que se había dejado el pequeño devocionario en el altar, por lo que se volvió y pidió al mayordomo que se lo trajera antes de apagar todas las velas.

Llegados a este punto, quisiera llamar vuestra atención sobre él, ya que es importante porque, en un momento de lo más crucial, nos aporta felizmente unos testigos. Como veis, el párroco, al volverse para hablar a Bellet, de la manera más natural había obligado a sir Alfred Jarnock y a su hijo a mirar en la dirección en que se encontraba el mayordomo; en ese mismo instante, y mientras los tres estaban mirándole, el viejo mayordomo fue apuñalado... allí mismo, completamente iluminado por la luz de las velas, ante sus ojos.

Aproveché la ocasión para madrugar e ir a visitar al párroco, después de haber interrogado al señor George Jarnock, quien contestó a mis preguntas en lugar de sir Alfred Jarnock, ya que el anciano se encontraba muy nervioso y afectado por lo que había sucedido, y su hijo hacía todo lo posible para no volver a hablar de lo sucedido.

La versión del párroco fue precisa y detallada, pues era evidente que venía a ser lo más extraño que jamás le hubiera ocurrido. Me describió todo lo sucedido: Bellet, ante la puerta del coro, iba a coger su devocionario, completamente solo. Entonces recibió la PUÑALADA, que salía de la Nada, como el decía, con tremenda fuerza... y que le había lanzado hacia atrás, al interior de la capilla. Había sido como la coza de un caballo enorme, decía el párroco con su benévola mirada, que delataba que había visto mucho, brillándole clara e intensamente por el esfuerzo realizado para recordar unos hechos que suponían un desafío a todo lo que había vivido hasta entonces.

Cuando le dejé, reanudó la escritura que había pospuesto a mi llegada.

Estoy seguro de que estaba desarrollando el primer sermón heterodoxo de su vida. Como era un hombre entrañable, me hubiera gustado oír aquel sermón.

El último a quien visité fue el mayordomo. Se encontraba, desde luego, en un tremendo estado de nervios y terriblemente asustado. No pudo decirme nada que me sirviese para suponer que dentro de la capilla hubiera alguna fuerza. Me repitió la misma historia, hasta en sus mínimos detalles, que ya había oído a los demás. Se había dirigido hacia el altar para coger el devocionario del párroco y apagar las velas, cuando algo le golpeó con tremenda fuerza en la parte izquierda del pecho, y él cayó hacia atrás, en una de las naves laterales.

Un examen minucioso demostró que había sido apuñalado por la daga —de la que os hablaré más detalladamente dentro de un momento—, que siempre estuvo colgada encima del altar. Por fortuna, el arma había penetrado a unas pulgadas del corazón, justo debajo de la clavícula, rompiéndola gracias a la tremenda fuerza del impacto, para atravesar limpiamente su cuerpo y salir cerca de uno de sus omóplatos.

El pobre hombre no podía hablar mucho, y le dejé al poco tiempo; pero lo que me contó fue suficiente para estar seguro de que ningún ser vivo se había encontrado a menos de bastantes yardas de él en el momento de ser atacado; y este hecho, por lo que yo sabía, había sido confirmado por tres testigos válidos y responsables, además del propio Bellet.

Así pues, lo que tenía que hacer, después de lo sucedido, era buscar en la capilla, que es pequeña y extremadamente antigua. A aquella construcción de paredes tan gruesas sólo se puede acceder por una sola puerta, que da al propio castillo, cuya llave se halla en poder de sir Alfred Jarnock. El mayordomo, debiera añadir, no posee duplicado de ella.

La forma de la capilla es oblonga, y el altar está separado del resto del edificio por una verja, como es lo usual. En la nave hay dos tumbas, pero ninguna en el coro, que está exento, a no ser por dos altos candelabros y su verja, más allá de la cual se encuentra el altar de sólido mármol, sin ningún tipo de colgaduras, sobre el que descansan cuatro pequeños candelabros, dos a cada lado.

Encima del altar pende la «Daga del Dolor», como he sabido que la llaman. Me imagino que el término proviene de un antiguo manuscrito en pergamino, que describe la daga y sus supuestas propiedades sobrenaturales.

La descolgué y examiné, minuciosa y metódicamente. La hoja era de diez pulgadas de larga, con una anchura de dos pulgadas en la base, y terminaba en punta, redondeada y afilada al mismo tiempo, algo que me pareció curioso. Era de doble filo.

La vaina de metal es singular: una de sus partes es perpendicular a la otra, lo cual, unido al hecho de que viene a prolongar la empuñadura de la daga, le da apariencia de cruz. Ello no se debe al azar, ya que en una de sus caras ha sido grabada la imagen

de un Cristo crucificado, mientras que la otra ostenta la siguiente inscripción en latín: «Mía es la venganza, y la cumpliré» . Una asociación de ideas un tanto extraña y terrible, como veis. En la hoja de la daga estaban grabadas, en mayúsculas y con una antigua caligrafía inglesa, estas dos palabras: «Aguardo. Hiero.» En el pomo podía verse, inciso, un pentáculo.

Acabo de daros una descripción bastante precisa de la antigua y peculiar arma que posee la curiosa e inquietante reputación de ser capaz (no se sabe si de propio acuerdo o mediante la mano de un agente invisible) de herir criminalmente a cualquier enemigo de la familia Jarnock que se aventure en la capilla después del atardecer. Ahora puedo decir que antes de irme de allí tuve buenas razones para desterrar buena parte de mis dudas, pues pude comprobar por mí mismo la naturaleza letal del objeto en cuestión.

Como sabéis, al comienzo de cualquier investigación, siempre me hallo en ese estadio en que considero la existencia de una Fuerza sobrenatural como algo aún sin demostrar. Así que lo primero que hice fue examinar a fondo la capilla, sondeando e inspeccionando las paredes y el suelo, prácticamente pulgada por pulgada, dedicando una especial atención a las dos tumbas.

Al final de la investigación conseguí una escalera y procedí a un examen detallado del techo, que carecía de artesonado. En aquellas pesquisas invertí tres días. Por la tarde del tercer día, para mi completa satisfacción, había demostrado que no había ningún escondrijo en el interior de la capilla donde pudiese esconderse ningún ser vivo, y que la única forma de entrar y salir de la misma era por la puerta que conducía al castillo, que siempre había estado cerrada, y cuya llave guardaba el propio sir Alfred Jarnock, como os he dicho.

Lo que quiero decir es que aquella puerta es la única entrada posible para seres materiales.

De todos modos, como veréis, aun cuando hubiese descubierto otra entrada, secreta o no, no me habría servido para explicar, mediante medios normales, el misterio del increíble ataque. Pues, como sabéis, el mayordomo había sido atacado ante los ojos del párroco, de sir Alfred Jarnock y de su hijo.

Además, el viejo Bellett sabía que ningún ser vivo le había tocado, pues el ataque... SALÍA DE LA NADA, en palabras del párroco, al describir aquella acción brutalmente inhumana. «Salía de la Nada.» Eso da qué pensar..., ¿no os parece? ¡Y ese era el misterio que debía resolver y por lo que me habían llamado!

Después de haber pensado largamente aquel asunto, preparé un plan de acción. Le expuse a sir Alfred Jarnock que tenía pensado pasar una noche en la capilla y observar constantemente la daga. Al oír aquello, el viejo aristócrata —un hombrecillo enjuto y nervioso— se negó a seguir escuchándome. Puedo asegurar que, al menos él, no cuestionaba la realidad de que alguna fuerza sobrenatural y peligrosa merodeaba

de noche por la capilla. Me informó que tenía la costumbre de cerrar con llave la puerta de la capilla todas las tardes, para evitar el riesgo de que nadie, ya fuese por estupidez o por descuido, se arriesgase a enfrentarse a cualquier peligro nocturno que pudiese darse en ella; por tanto, no podía permitir que yo me quedase dentro, después de lo que le había sucedido al mayordomo.

Pude ver que sir Alfred Jarnock se tomaba el asunto muy en serio y que, según todas las evidencias, se consideraría a sí mismo como el único responsable si, por permitirme realizar la experiencia, llegara a ocurrirme cualquier daño. No me molesté en discutir, y él, alegando la fatiga de sus años y lo débil de su salud, me dio las buenas noches y se retiró, dejándome con la impresión de que era un viejo caballero sumamente educado, pero bastante supersticioso.

Aquella noche, sin embargo, mientras me quitaba la ropa, se me ocurrió la forma de conseguir lo que estaba buscando, o sea, entrar en la capilla después del atardecer, sin aumentar el nerviosismo de Sir Alfred Jarnock. A la mañana siguiente conseguiría la llave y sacaría de ella un molde, para tener un duplicado. Entonces, con mi propia llave, podría hacer lo que me pareciese.

En efecto, a la mañana siguiente ejecuté mi plan. Conseguí la llave, aduciendo que quería hacer una fotografía del coro con luz del día. Cuando hube acabado, cerré con llave la puerta de la capilla y se la entregué en mano a sir Alfred Jarnock, no sin antes haber tomado un molde en jabón. Me llevé la placa expuesta, dejando la cámara dentro, ya que pensaba sacar una segunda fotografía del coro aquella noche, desde el mismo ángulo.

Me fui a Burtontree con la placa y el trozo de jabón utilizado para sacar el molde de la llave. El jabón se lo dejé al ferretero de la localidad (también realizaba funciones de cerrajero), quien me prometió que en dos horas tendría listo el duplicado. Encontré una tienda de fotografía, revelé la placa y dejé secándose el negativo hasta el día siguiente, cuando me acercara a recogerlo.

Entre tanto habían pasado las dos horas, y fui a buscar la llave, que encontré terminada para mi gran satisfacción. Entonces volví al castillo.

Aquella noche, después de cenar, estuve dos horas jugando al billar con el joven Jarnock. Al acabar, tomé una taza de café y me fui a mi habitación, con la excusa de que me encontraba tremendamente cansado. Asintió y me dijo que a él le pasaba lo mismo. Aquello me hizo sentirme bien, ya que lo que yo quería era que todos se recogiesen lo más pronto posible.

Cerré la puerta de mi habitación y de debajo de la cama —donde las había escondido por la mañana, a primera hora, saqué varias piezas de armadura, que había cogido de la armería. También había una cota de malla, provista de capucha para proteger la cabeza.

Me puse las diferentes partes de la armadura, que me parecieron

extraordinariamente incómodas; a continuación me coloqué la cota de malla. Es evidente que no conocía nada de armaduras, pues más tarde me enteré de que lo que había utilizado correspondía a dos tipos diferentes de protección corporal. Y aunque me sentía incómodo, pesado y rígido, y no podía mover con naturalidad brazos ni piernas, lo cierto es que para lo que estaba pensando hacer necesitaba proteger de alguna manera mi cuerpo. Me eché la bata por encima de la cota de malla, me metí el revólver en un bolsillo, y el flash múltiple en otro. En la mano derecha llevaba una linterna sorda.

En cuanto estuve listo, salí al pasillo y escuché. Había tardado un tiempo considerable en hacer los preparativos, y el gran vestíbulo y las escaleras estaban ya bañados en tinieblas. Sobre la casa había caído el silencio. Retrocedí y cerré con llave la puerta de mi habitación. Acto seguido, muy lenta y silenciosamente, bajé por las escaleras hasta el vestíbulo y torcí hacia el pasillo que conducía a la capilla.

Llegué a su puerta y probé con la llave. Encajó perfectamente en la cerradura, y un momento más tarde me encontré en la capilla, tras cerrar la puerta a mis espaldas, rodeado por un completo y siniestro silencio. Apenas distinguía los vagos contornos de las vidrieras emplomadas, que reforzaban la sensación de oscuridad y soledad del lugar.

Sería una estupidez negar ahora que no tuve una sensación extraña. Diría que de lo más extraña. Imaginadme allí, en medio de un oscuro silencio, recordando no sólo la leyenda del lugar, sino lo que no hacía mucho le había ocurrido al viejo mayordomo. Creo que puedo afirmar que, mientras me encontraba en aquel lugar, me parecía sentir que algo invisible se me iba acercando, volando por el aire de la capilla. Pero, como tenía que llegar hasta el final de aquel asunto, saqué fuerzas de flaqueza y comencé mis preparativos.

Lo primero que hice fue encender la linterna, para recorrer cuidadosamente el lugar, examinando cada rincón y recoveco. No encontré nada fuera de lo corriente. Al llegar ante la verja del coro, levanté la linterna y alumbré con ella la daga. Allí seguía estando, colgada, bastante tiesa, encima del altar, y recuerdo haber pensado la palabra «ominosa» mientras la miraba.

No obstante, me deshice de aquella idea, pues para lo que pensaba hacer no tenía que cargarme con preocupaciones suplementarias.

Completé la ronda del lugar con una sensación de frío extremo y de una desagradable desolación, que no sólo no se mantuvo constante, sino que fue en aumento... Una atmósfera de fría tristeza parecía adueñarse del lugar, y su silencio era abominable.

Al término de mi búsqueda me dirigí hacia el lugar donde había dejado la cámara, o sea, frente al coro. De la mochila que había depositado bajo el trípode saqué una placa virgen y la inserté en la cámara, ajustando el obturador.

Destapé el objetivo, saqué el flash y apreté el disparador. Hubo un intenso y brillante resplandor, que me permitió ver instantáneamente la totalidad del interior de la capilla y que duró poquísimo. A la luz de mi linterna, inserté nuevamente el obturador y volví la placa fotográfica, para tener la posibilidad de volver a sacar una foto en cualquier momento.

Cerré la pared de la linterna y me senté en uno de los bancos, cerca de la cámara. No habría podido decir qué estaba esperando que ocurriera, pero tenía un extraordinario presentimiento, casi la convicción, de que algo peculiar o terrible iba a suceder en seguida. Fijaos, era como si lo supiese.

Pasó una hora en absoluto silencio. Gracias al lejano y débil campaneó de un reloj que se levantaba encima de los establos sabía en todo momento qué hora era. Hacía un frío terrible, pues aquel lugar carecía por completo de radiadores para la calefacción o de estufa, como había descubierto durante mi inspección, así que la temperatura era lo bastante baja para animarle a uno el humor. Me sentí como una especie de conserva humana enlatada, helada de frío y de miedo. Además, la oscuridad que me rodeaba por todas partes parecía apretarse fríamente contra mi rostro. No sé si alguno de vosotros ha sentido ya esta sensación... Si es así, sabréis hasta qué punto le pone a uno los nervios de punta. De pronto tuve la horrible sensación de que algo se movía por allí. No es que hubiese oído nada, sino que sabía, mediante una especie de conocimiento intuitivo, que algo se había movido en la oscuridad.

De repente, el valor me abandonó. Me tapé el rostro con los brazos cubiertos de malla, como intentando protegerme. Había tenido la súbita y repelente sensación de que algo se cernía sobre mí en medio de la oscuridad.

¡Fijaos qué espanto! Podría haber gritado, de no haber estado totalmente asustado por el ruido... Y entonces, sin previo aviso, oí algo. De una de las naves laterales llegaba un sonido sordo y metálico, como el que habría hecho en el suelo de piedra un pie enfundado en una cota de malla. Me quedé inmóvil en el asiento. Comencé a luchar con todas mis fuerzas para recobrar el valor. No podía apartar las manos del rostro, pero me di cuenta de que poco a poco iba recobrando el coraje. Hice un poderoso esfuerzo y bajé los brazos. Levanté el rostro en medio de las tinieblas. Y os diré que, en razón de aquel acto, sentí un gran respeto por mí mismo, porque hasta aquel momento creí que me iba a morir. Pero precisamente entonces, a pesar de la revulsión que me había obligado a actuar, quizá no estaba tan enfermo y descorazonado por el pensamiento de que iba a morir, cuanto por la conciencia de la extrema cobardía y debilidad que inesperadamente se habían apoderado de mí y que por un momento me hicieron perder el control de mí mismo.

¿Me explico claramente? Estoy seguro de que comprendéis que este sentimiento de respeto del que hablo no es en absoluto egoísmo mal entendido; pues, como veis,

me daba perfecta cuenta del estado de ánimo en que me hallaba. Quiero decir que, si hubiese logrado descubrir mi rostro mediante un simple esfuerzo de voluntad, sin que en nada interviniese en él el sentimiento de repulsión que sentía entonces, el mérito de lo que había hecho habría sido aún mayor. Pero, incluso así, al obrar de aquella manera, había elementos dignos de respeto. Me seguís, ¿verdad?

Además, a fin de cuentas, no me pasó nada. De modo que, poco después ya me encontraba más o menos como siempre, sintiéndome suficientemente bien para llegar hasta el final de aquel asunto, libre ya de cualquier miedo.

Habían pasado algunos minutos, cuando volví a oír el mismo ruido de antes, cerca del coro, como si un pie calzado de hierro avanzase cautelosamente.

¡Por Júpiter! Me quedé rígido. Y de repente se me ocurrió pensar que el sonido que oía podía deberse a que la daga estaba arañando las piedras de encima del altar. No era una idea muy sensata, porque aquel ruido sonaba demasiado fuerte para ser producido por una daga. Sin embargo, como se comprenderéis, durante un trance como aquel, mi razón estaba dispuesta a aceptar cualquier cosa que le sugiriese mi imaginación. Recuerdo que la idea de que aquella aberración se convirtiese en algo animado y me atacase no se me presentó con un sentimiento de posibilidad o de realidad. más bien pensaba, de una manera un tanto vaga, en algún monstruo invisible llegado del Espacio Exterior, buscando a tientas la daga. Y recordaba la descripción que el viejo párroco había hecho del ataque sufrido por el mayordomo, que... SALÍA DE LA NADA.

Y había descrito la tremenda fuerza del golpe «como la coza de un caballo enorme». Así que podéis ver lo poco halagüeños que eran mis pensamientos en aquellos momentos.

A tientas, con rapidez y precaución, busqué a mi alrededor la linterna.

Estaba cerca de mí, en el banco, y con un movimiento súbito y brusco dejé su luz al descubierto. Dirigí el haz hacia la nave lateral de la capilla, por donde había sonado el ruido, y a uno y otro lado del coro, pero no pude ver nada que pudiese asustarme. Me volví rápidamente y dirigí el haz luminoso hacia la entrada de la capilla y a uno y otro lado; después, a mi derecha e izquierda, hacia delante y detrás, hacia el techo y por entre los escalones de mármol, pero allí no había nada que pudiese asustar a nadie ni ponerle la carne de gallina, sino la capilla inmóvil, fría y eternamente silenciosa. Creo que conocéis esa sensación.

Al comenzar a iluminar la capilla me había puesto de pie. Volví a sentarme, no sin antes sacar el revólver y tapar, con un tremendo esfuerzo de voluntad, la luz de la linterna, rodeado por la oscuridad, para proseguir mi tenaz vigilancia.

Debió de pasar una media hora, o incluso más, sin que ningún sonido rompiera la intensa quietud. Poco a poco fui tranquilizándome, ya que el resplandor del flash, iluminando el lugar, me había hecho sentir que me hallaba dentro de los límites de lo

normal..., recobrando algo de ese irracional sentimiento de seguridad que los niños nerviosos adquieren por la noche, al taparse la cabeza con las sábanas. Este ejemplo ilustra lo ilógico de mis pensamientos, por otra parte completamente humanos, puesto que cualquier Criatura, Cosa o Ser, responsable del horrible ataque al viejo mayordomo, era sin lugar a dudas invisible.

Así que podéis imaginaros viéndome en la oscuridad: impedido por mi armadura, con el revólver en una mano y la linterna en la otra, dispuesto a abrirla. Después de aquel pequeño intervalo de relativa tranquilidad, tras un intenso nerviosismo, volví a estar con los nervios a flor de piel; pues en algún lugar, en medio del silencio absoluto de la capilla, me pareció oír algo. Agucé el oído, y permanecí tenso y envarado, con el corazón latiéndome un instante en los oídos; entonces volví a oír el mismo sonido. Ya estaba seguro de que algo se había movido en uno de los extremos de la nave lateral. Intenté penetrar la tiniebla y cerciorarme, pero mis ojos sólo me mostraron negrura dentro de la negrura en cualquier parte donde mirase, de forma que no le di importancia a lo que me mostraban; pues, incluso si miraba hacia la pálida claridad de la ventana vidriada que había en el extremo superior del coro, mi vista me mostraba las formas de sombras vagas pasando una y otra vez, fantasmales y en silencio, ante ella. Hubo un momento de silencio de lo más peculiar, que me pareció terrible, o al menos así lo sentí. Y de repente creí escuchar un sonido cerca de mí, que volvió a repetirse, de una manera completamente furtiva. Era como si alguien avanzase por la nave lateral, lentamente, con paso cansino.

¿Os podéis imaginar cómo me sentí? No lo creo. Allí estaba yo, más rígido que las efigies de piedra de las dos tumbas, sentado, más bien petrificado, imaginándome que estaba oyendo aquellos pasos en toda la capilla. Y entonces, fijaos, habría podido asegurar que no los había oído... que jamás los había oído.

Pasaron unos minutos, particularmente largos, aunque para entonces creo que mis nervios se habían calmado un poco, pues me parece recordar que ya era lo suficientemente consciente de mis sensaciones para comprender que los músculos de los hombros me dolían, debido a que los había tenido contraídos todo el tiempo que llevaba sentado allí, encogido y tenso. Recordad que todavía sentía un miedo bastante considerable. Sin embargo, lo que podría llamar «inminente sentido de peligro» parecía haberme abandonado; en cualquier caso, sentía, de una manera un tanto curiosa, que disponía de un respiro... La malignidad que me rodeaba parecía haber desaparecido, al menos durante un tiempo. Me es imposible expresar de manera más clara mis sensaciones mediante palabras, pues tampoco yo soy capaz de analizarlas.

Sin embargo, no quiero que os vayáis a imaginar que yo permanecía allí, sentado en el banco, como si nada, pues la tensión nerviosa a la que estaba sometido era tan grande que mi ritmo cardíaco se encontraba algo descontrolado, y sus latidos producían en ocasiones un zumbido sordo en mis oídos, con el resultado de la

sensación de que no podía oír con la nitidez requerida. Es una sensación realmente terrible, sobre todo cuando uno se encuentra en circunstancias como aquellas.

Así pues, estaba sentado con la oreja tendida, escuchando en cuerpo y alma, como suele decirse, cuando de repente tuve la horrible convicción de que algo agitaba el aire de aquel lugar. Todos mis sentidos parecieron embotarse, por estar sentado en el banco, y mi cabeza encogerse, como si tuviese el cuero cabelludo entrado hacia arriba. Aquello era tan real que sufrí un auténtico dolor, muy peculiar y, al mismo tiempo, intenso; me dolía toda la cabeza. Sentí un enorme deseo de taparme nuevamente el rostro con los brazos vestidos de malla, pero conseguí sobreponerme. Si hubiese cedido, no habría tenido otra cosa que hacer que salir corriendo de allí. Así que me senté, cubierto de sudor frío (es la pura verdad), mientras un escalofrío me recorría la espalda...

Volví a oír el sonido de aquellos pasos poderosos, pero lentos, por la nave lateral, en aquella ocasión mucho más cerca de mí. Hubo un breve silencio, por lo demás horrible, durante el cual tuve la sensación de que algo enorme se inclinaba sobre mí desde la nave lateral..., y entonces, mientras la sangre me latía brutalmente en los oídos, me llegó un leve sonido desde el lugar donde estaba la cámara..., como si algo reptase, y después un golpecito seco. Tenía la linterna en la mano izquierda: la destapé, desesperado, y la levanté por encima de mí, pues estaba seguro de que allí había algo. Pero no vi nada.

Inmediatamente dirigí la luz hacia la cámara, apuntando a la nave lateral, pero tampoco vi nada. Giré la linterna, describiendo con el haz luminoso una gran circunferencia a mi alrededor, que cubriese todo el lugar; la llevé hacia delante y hacia detrás, hacia la izquierda y hacia la derecha, pero seguí sin ver nada.

Me puse de pie en el instante en que comprendí que no había nada cerniéndose sobre mí. Decidí que iría a ver qué había en el coro y comprobar si alguien había tocado la daga. Así que abandoné las filas de los bancos y me dirigí hacia el coro, teniendo que detenerme abruptamente, pues una tremenda repugnancia, casi irresistible, me impedía avanzar hacia aquella parte de la capilla. Un escalofrío constante y singular iba y venía a lo largo de mi columna vertebral, acompañado de un dolor sordo en la base de la misma, como si estuviese luchando conmigo mismo para domeñar aquella nueva sensación de espantoso terror. Nadie que no haya pasado por ese tipo de experiencias puede hacerse idea del auténtico y real dolor físico que resulta de ellas, como efecto de la intensa tensión nerviosa a que los terrores abominables experimentados en el transcurso de las mismas someten al sistema nervioso. Me quedé inmóvil, sintiéndome positivamente cansado. Pero, como antes, me recobré al cabo de medio minuto, y supongo que comencé a andar con el mismo garbo que un autómatas de hojalata, alumbrando con la linterna de izquierda a derecha y de atrás hacia delante, volviendo la cabeza todo el tiempo. La mano que empuñaba

el revólver estaba tan llena de sudor, que el arma se me deslizaba virtualmente de ella. Creo que todo esto no suena muy heroico, ¿no os parece?

Atravesé el coro, de reducidas dimensiones, y llegué hasta el peldaño que conducía a la pequeña puerta de la verja del coro. Dirigí el haz luminoso de la linterna hacia la daga. Sí, pensé, todo está en orden. De pronto tuve la impresión de que había algo fuera de lugar, y me incliné hacia delante, por encima de la pequeña puerta de la verja del coro, para ver mejor, manteniendo la luz bien alta. Mi sospecha había sido espantosamente cierta. La daga no estaba. Sólo la vaina, en forma de cruz, seguía suspendida sobre el altar.

De repente, como si la imaginación me lo representase con la rapidez del relámpago, tuve la visión de la daga moviéndose libremente por la capilla, como si tuviese voluntad propia, pues la Fuerza que la guiaba se encontraba fuera del alcance de mi vista. Volví la cabeza despacio, por lo entumecido de mi cuello, hacia la izquierda, mirando aterrorizado a mi espalda, agitando la linterna para ver mejor. En el mismo instante recibí un tremendo golpe a la altura del corazón y me desplomé hacia atrás, desde la verja del coro, donde me encontraba, hasta la nave lateral, mientras la armadura sonaba terriblemente en medio del horrible silencio. Caí de espaldas y me deslicé a lo largo del mármol pulimentado. Mi hombro izquierdo golpeó uno de los bancos de la primera fila, pero conseguí levantarme a duras penas, medio desvanecido. Apenas me tenía en pie, sintiéndome terriblemente cansado y dolorido; pero el miedo que llevaba encima tenía el efecto de insensibilizarme, al menos de momento. Había perdido el revólver y la linterna y estaba tan desorientado que no sabía lo que hacía. Agaché la cabeza y emprendí una fuga a ciegas en medio de la más completa oscuridad, hasta que me golpeé contra un banco. Reboté hacia atrás, vacilando, tomé un poco de aliento y eché a correr por el centro de la nave lateral, protegiéndome la cabeza con los brazos cubiertos de malla.

Choqué violentamente contra mi cámara, tirándola entre los bancos. Me di contra la pila bautismal y salí rebotado. Entonces vi que estaba en la salida.

Rebusqué alocadamente en el bolsillo de mi bata la llave. La encontré y exploré febrilmente la puerta y el hueco de la cerradura; cuando di con él, giré la llave, abrí la puerta de una patada y penetré en el pasadizo por el que se salía de la capilla. La cerré de un golpe y me apoyé con todo mi peso en ella, sin aliento, mientras volvía a buscar, enloquecido, el hueco de la cerradura, esta vez para cerrar con llave la puerta de la capilla, no fuese a salir lo que se encontraba en su interior. Lo conseguí y comencé a buscar el camino como un estúpido, guiándome por las paredes del corredor. No tardé en llegar al gran vestíbulo, y desde allí me dirigí a mi habitación.

Me senté durante largo rato, hasta que me hube calmado y vuelto a la normalidad. Poco después comencé a quitarme la armadura. Entonces comprobé que la cota de malla y el peto habían sido traspasados a la altura del corazón. Y comprendí que la

Cosa había intentado apuñalarme justo en él.

Desnudándome sin pérdida de tiempo, constaté que la piel de mi pecho, encima del corazón, hacía recibido un corte lo suficientemente profundo para hacer manar un poco de sangre y mancharme la camisa, pero nada más. El único problema era que aquella parte de mi pecho estaba muy contusionada y me dolía terriblemente. Imaginad lo que habría ocurrido de no haber llevado la armadura. En cualquier caso, era un verdadero milagro que no hubiese perdido el conocimiento.

Aquella noche no me acosté, sino que me quedé sentado en el borde de la cama, pensando y esperando el amanecer, ya que tenía que arreglar el desorden causado en la capilla antes de que entrase sir Alfred Jarnock, si quería ocultarle que había conseguido hacer un duplicado de su llaves.

En cuanto la pálida luz de la mañana alcanzó la intensidad suficiente para permitirme apreciar los objetos contenidos en mi habitación, me dirigí en silencio a la capilla. Calladamente y con los nervios en tensión, abrí la puerta.

La helada luz de la mañana iluminaba nítidamente el lugar... Todo aparecía bañado en una calma espectral y sobrenatural. ¿Captáis esa sensación? Esperé varios minutos en la puerta a que se hiciese de día, mientras hacía acopio de valor, supongo. En aquellos momentos, el sol naciente proyectaba un extraño rayo luminoso a través del gran ventanal de la fachada este, bañando con una luz coloreada el interior de la capilla. Sólo entonces, con un tremendo esfuerzo, me obligué a entrar.

Me fui a la nave lateral, llegando hasta el lugar donde, debido a la oscuridad, había volcado la cámara. Las patas del trípode asomaban por encima de los bancos, por lo que supuse que el aparato se habría hecho añicos; pero, aparte de que el cristal donde se apoya la placa estaba roto, no había sufrido daños mayores.

Volví a colocar la cámara en la posición desde la que había tomado la última fotografía; pero como la placa había estado expuesta a la luz del flash, la retiré, guardándomela en un bolsillo, mientras lamentaba no haber hecho una segunda foto en el instante en que había oído los extraños sonidos cerca del coro.

Habiendo colocado en su lugar la cámara fotográfica, regresé al altar, para recuperar la linterna y el revólver, que, como sabéis, se me habían caído de las manos en el momento en que era atacado. Encontré la linterna en el suelo, cerca del púlpito, irremediadamente deformada, con las lentes partidas. El revólver lo debía de haber llevado en la mano hasta que mi hombro chocó contra el banco, porque se encontraba en el suelo de la nave lateral, justo donde había impactado en la esquina del banco. Estaba intacto.

Habiendo recuperado aquellos dos objetos, me dirigí hacia la verja del coro, para ver si la daga había vuelto, o la habían devuelto, a su vaina, encima del altar. Cuál no sería mi sorpresa al observar, en el suelo del coro, a una distancia de una yarda del lugar donde había sido atacado, la daga, inmóvil y ominosa sobre el mármol

pulimentado del suelo. No sé si podéis comprender el nerviosismo que me asaltó al ver aquel objeto. Con un impulso súbito e irracional, di un salto y puse un pie encima de la daga. ¿Lo comprendéis? ¿De veras? Por lo menos durante un minuto fui incapaz de agacharme para cogerla.

Sin embargo, cuando la tuve entre mis manos, se me pasó aquel susto, y mi razón (y supongo que también la luz del día) me hizo comprender que me había comportado como un asno. ¡Os aseguro que pensar eso me pareció la cosa más natural del mundo! Sin embargo, comenzaba a sentir un miedo distinto.

No me refiero naturalmente al que me había hecho comportarme como un asno, sino a otro tipo de miedo, que jamás había conocido ni aun, imaginado.

¿Queréis saber cómo era ese miedo?

Bueno. Pues me puse a examinar la daga, minuciosamente, dándole vueltas una y otra vez entre las manos, pero sin empuñarla, como no tardé en darme cuenta. Me sentía como si estuviese sorprendido, de manera un tanto inconsciente, de que se estuviese quieta entre mis manos. Sin embargo, aquella sensación desapareció poco después. La curiosa arma no presentaba signos del golpe, a no ser por el hecho de que el color oscuro de su hoja fuese ligeramente más brillante en la redondeada punta que había traspasado mi armaduras.

Poco después, cuando acabé de examinar la daga, subí el peldaño del coro y entré por la pequeña puerta de la verja. A continuación, tras arrodillarme en el altar, introduje la daga en su vaina y volví a salir por la puerta de la verja, cerrándola tras de mí y sintiéndome terriblemente a disgusto por haber devuelto la vieja arma a su lugar acostumbrado. Sin pasar a analizar profundamente mis sentimientos, supongo que tenía la convicción irracional, aunque no fuese totalmente consciente de ella, de que había mayor probabilidad de peligro cuando la daga descansaba en el lugar que le había sido asignado en los últimos cinco siglos que cuando se encontraba fuera de él. Sin embargo, no creo que esa fuera una buena explicación, sobre todo cuando recuerdo el aura ominosa, que aquel objeto parecía tener cuando estaba en el suelo del coro. Sólo sé que, cuando volví a meter la daga en su vaina, sufrí un ataque de nervios que sólo se me calmó cuando recogí la linterna del suelo, donde la había dejado para observar el arma, y me dirigí a la silenciosa nave lateral con paso raudo, abandonando aquel lugar.

Hasta que no cerré la puerta tras de mí no comprendí la enormidad de la tensión a que había estado sometido. No tenía ganas de hablar con el anciano hipocondríaco de sir Alfred, con su manía de tomar tantísimas precauciones en lo referente a la capilla. Y de pronto se me ocurrió preguntarme si no conocería alguna tragedia que hubiera sucedido en el pasado, donde la daga hubiese jugado un papel preponderante.

Regresé a mi habitación, me lavé, me afeité y me vestí, tras lo cual leí un poco. Luego bajé por la escalera y le pedí al activo mayordomo que me sirviera algunos

sandwiches y una taza de café.

Media hora más tarde me dirigí a Burtontree, caminando tan deprisa como podía, ya que se me había ocurrido una idea que estaba ansioso por comprobar. Llegué a la población poco antes de las ocho y media, y encontré al fotógrafo local con la puerta aún sin abrir. No esperé a que lo hiciera, sino que llamé a su casa, hasta que apareció sin el mandil, claro indicio de que aún no había tomado el desayuno. Le expliqué en pocas palabras que tenía que usar su cuarto oscuro inmediatamente, y al instante lo puso a mi disposición.

Había llevado conmigo la platina con la placa que había tomado con flash, y en seguida comencé su revelado. Pero no fue esa placa la que metí primero en el baño de solución, sino la segunda, la que había estado en el aparato todo el tiempo que yo esperé a oscuras. Como recordaréis, había dejado el objetivo al descubierto, de forma que todo el coro se había encontrado, como si dijéramos, bajo observación.

Todos estáis al tanto de mis experimentos en «fotografía sin luz», o sea con luz que no resulta visible. Fueron los trabajos realizados con los rayos X los que me orientaron en esa dirección. Pero lo que quiero que comprendáis es que, a pesar de hallarme revelando aquella placa, supuestamente no expuesta, no tenía ninguna idea de los resultados que iba a obtener..., sino solamente la vaga esperanza de que pudiese mostrarme algo.

Por tanto, como no sabía lo que podría obtener, observé la acción del líquido revelador sobre la placa con un interés de lo más intenso y concentrado.

No tardé en distinguir una ligera mancha negra en la parte superior, seguida de otras, vagas y de contornos imprecisos. Cogí el negativo y lo acerqué a la luz.

Las manchas eran bastante pequeñas y prácticamente se concentraban en uno de sus extremos, pero, como ya he dicho, les faltaba resolución. Sin embargo, consiguieron excitarme, por lo que volví a sumergir el negativo en la solución.

Algunos minutos más tarde lo examiné de nuevo, sacándolo una o dos veces del baño para mirarlo más detenidamente, pero sin conseguir imaginarme qué podrían ser aquellas manchas, hasta que observé que en uno o dos lugares formaban como una cruz. Pero como eran tan indefinidas, me mostré prudente y no me dejé impresionar por tan turbadora similitud, aunque, debo confesarlo, aquel simple pensamiento fue suficiente para suscitar en mí todo tipo de escalofríos.

Proseguí durante un poco más con el revelado, introduje el negativo en el baño de hiposulfito y comencé a trabajar con la otra placa. Quedó revelada en seguida, y en pocos instantes tuve un negativo bastante bueno, que parecía similar en todos los aspectos (excepto por la diferente exposición) al que había tomado el día anterior. Lo fijé, después de haberlo lavado, lo mismo que el otro, el que no había estado «expuesto», con agua del lavabo, y los dejé en una solución de alcohol desnaturalizado durante quince minutos, tras lo cual los llevé a la cocina del fotógrafo

y los sequé.

Mientras tanto, el fotógrafo y yo realizamos una ampliación del negativo que había tomado por la mañana. Hicimos lo mismo con los dos que acababa de revelar, lavándolos lo más deprisa posible, pues no quería dejar huellas en ellos, y los secamos con alcohol.

Al acabar aquellas operaciones, los cogí y los llevé a la ventana para proceder a un examen detallado, comenzando con el que parecía mostrar el contorno de la daga en varios sitios. Y aunque este estuviese ampliado, aún no podía asegurar que aquellas manchas representasen nada anormal; lo dejé a un lado, ya que no quería que mi imaginación comenzase a imaginarse dagas a partir de aquellos contornos indefinidos.

Cogí las otras dos ampliaciones, las dos del coro, como recordaréis, y comencé a compararlas. Estuve examinándolas unos minutos, sin distinguir ninguna diferencia en la escena que habían captado. Entonces observé que diferían en algo. En la segunda ampliación —la que había hecho del negativo que se había tomado con el flash— la daga no estaba en su vaina. Sin embargo, yo estaba seguro de que había estado en ella minutos antes de que tomara la fotografía.

Tras aquel descubrimiento comencé a comparar las dos ampliaciones de manera muy diferente a mi anterior examen. Le pedí al fotógrafo una regla graduada y llevé a cabo una comparación metódica y exacta de los detalles revelados por ambas fotografías.

Repentinamente caí en la cuenta de algo que me llenó de excitación.

Devolví al fotógrafo su regla graduada, le pagué por su trabajo y abandoné su tienda, saliendo a la calle. Me llevaba las tres ampliaciones, que había enrollado antes de irme. Tuve la suerte de encontrar en una esquina de aquella misma calle un coche de punto, con lo que no tardé en llegar al castillo.

Subí rápidamente a mi habitación para dejar las fotografías en ella y volví a bajar, con la intención de localizar a sir Alfred Jarnock; pero el señor George Jarnock, con quien me encontré, me dijo que su padre se sentía demasiado indispuesto para levantarse, por lo que prefería que nadie entrase en la capilla hasta que él no se hubiese levantado.

El joven Jarnock me presentó sus excusas, casi en tono de condolencia, por el hecho de que sir Alfred Jarnock se mostrase quizá excesivamente prudente; pero, considerando todo lo ocurrido, debíamos de estar de acuerdo en que la necesidad de tanta prudencia se había visto justificada. También añadió que, incluso antes del horrible ataque sufrido por el mayordomo, su padre siempre había llevado consigo la llave y jamás había permitido que se abriera la puerta excepto cuando se realizaba el Servicio Divino o cuando se efectuaba la limpieza, una hora diaria antes del mediodía.

Asentí con un movimiento de cabeza a todo lo que me decía; pero, cuando el joven se fue, cogí el duplicado de la llave que había hecho de la puerta de la capilla y me fui hasta ella, cerrándola por dentro. Realicé algunos experimentos particularmente interesantes e incluso singulares y, como los llevé a cabo con éxito, abandoné el lugar en un completo estado de excitación. Cuando pregunté por el señor George Jarnock, me dijeron que estaba en el salón.

—Venga conmigo —le dije, en cuanto hube dado con él—. Écheme una mano, por favor. Tengo que mostrarle algo de lo más extraño.

Era evidente que se sentía sumamente perplejo, pero me siguió sin perder tiempo. Mientras caminábamos, me lanzó un cúmulo de preguntas, a las que sólo asentí afirmando con la cabeza y rogándole que esperase un poco.

Le conduje a la armería. Allí le sugerí que cogiésemos entre los dos un maniquí que estaba vestido con media armadura. Me obedeció, evidentemente extrañado, y entre los dos nos lo llevamos hasta la puerta de la capilla. Cuando vio que sacaba la llave del bolsillo y abría, pareció aún más estupefacto, pero se contuvo, esperando sin duda una explicación. Entramos en la capilla y cerramos la puerta a nuestro paso, tras lo cual transportamos el maniquí con su armadura por la nave lateral hasta la puerta de la verja, donde le dejamos descansando en su base circular de maderas.

—¡Deténgase! —grité de repente al joven Jarnock, ya que hacía ademán de abrir la puerta—. ¡Por Dios, hombre, no lo haga!

—¿Que no haga qué? —preguntó, entre perplejo e irritado por mis palabras y maneras.

—Aguarde un instante —dije—. Hágase a un lado unos instantes y espere.

Se fue hacia la izquierda mientras yo cogía el maniquí entre mis brazos y le situaba mirando al altar, de forma que se encontrase cerca de la puerta.

Entonces, manteniéndome bien apartado a la derecha, empujé al maniquí por detrás, de manera que diese ligeramente contra la puerta y la abriese. En el mismo instante, el maniquí recibió un tremendo golpe que le arrojó hacia la nave lateral, entre el estruendo y el clangor que hacía su armadura al rebotar sobre el pulido mármol del suelo.

—¡Válgame Dios! —exclamó el joven Jarnock, apartándose de la verja, terriblemente pálido.

—Acérquese y mire —dije, y le conduje hacia donde yacía caído el maniquí, cuyos miembros superiores aparecían curiosamente desarticulados, adoptando extrañas contorsiones. Me incliné sobre él y señalé con el dedo. Allí, justo en medio del peto de grueso acero, se encontraba clavada «la Daga del Dolor».

—¡Válgame Dios! —repitió el joven Jarnock—. ¡Válgame Dios! ¡Si es la daga! ¡El maniquí ha resultado apuñalado de la misma manera que Bellett!

—Sí —comenté, y le vi echar un rápido vistazo hacia la entrada de la capilla.

Pero, en justicia, debo decir que no se movió ni una pulgada.

—Venga a ver cómo ocurrió —dije.

Recorrí el camino inverso, hasta llegar a la verja del coro, De la pared situada a la izquierda del altar, descolgué un instrumento de hierro, largo y curiosamente adornado, bastante parecido a una lanza corta. Inserté su extremo apuntado en un agujero que se encontraba en el montante izquierdo de la puerta de la verja del coro. Hice fuerza, y una sección del montante, elevándose del suelo, se inclinó hacia dentro, hacia el altar, como si se encontrase anclada en su base. Después quedó más baja, dejando levantada la parte que quedaba del montante. Como yo seguía haciendo fuerza, para que la parte móvil del montante se inclinase, sonó un click, y una sección del suelo se apartó hacia un lado, mostrando una cavidad larga y poco profunda, que bastaba para contener el montante. Me apoyé con todo mi peso en la parte que hacía de palanca y conseguí que el montante se alojase en el nicho. Inmediatamente se oyó un sonido metálico, como el de algún mecanismo de seguridad que se engancharse y retuviese el tremendo resorte que estaba trabajando.

A continuación me dirigí hacia el maniquí y, tras un esfuerzo de varios minutos, conseguí sacar la daga de su armadura. Cogí la antigua arma y coloqué su empuñadura en un agujero, cerca de la parte superior del montante, donde encajó a la perfección, con la punta hacia arriba. Acto seguido, me fui hacia la palanca y tiré con fuerza de ella, con lo que el montante descendió cerca de un pie, hasta el fondo de la cavidad, alojándose en ella con otro clang. Retiré

la palanca, y la estrecha sección del suelo volvió a su primitiva posición, ocultando montante y daga, sin presentar ninguna diferencia con el suelo de las proximidades.

Entonces cerré la puerta de la verja y ambos nos echamos a un lado. Aferré la palanca en forma de lanza y di a la puerta un ligero empujón, para que se abriera. Instantáneamente, hubo un ruido sordo, y algo hendió el aire con un silbido, yendo a estrellarse contra la pared del fondo de la capilla. Era la daga.

Entonces hice observar a Jarnock que la otra mitad del montante había vuelto a su lugar, haciendo que el montante pareciese tan sólido como el que se encontraba a la derecha de la puertas.

—¡Ahí la tiene! —dije, volviéndome hacia el joven y dando una palmada al montante que podía separarse en dos—. Ahí tiene la cosa «invisible» que empuñaba la daga. Ahora hay que averiguar quién diablos era la persona que manejaba la trampa —y, mientras hablaba, no dejaba de mirarle fijamente.

—Mi padre es el único que tiene llave —confirmó—. Por lo que es prácticamente imposible que cualquier otra persona haya podido hacer funcionar este mecanismo.

Volví a mirarle, pues era obvio que aún no había llegado a ninguna conclusión.

—Dígame, señor Jarnock —comenté, quizá con más brusquedad de la que

debiera, considerando lo que tenía que decir—. ¿está usted totalmente seguro de que sir Alfred se encuentra... mentalmente bien?

Me miró como espantado y se ruborizó lentamente. Entonces comprendí lo indelicado de mi pregunta.

—No..., no lo sé — respondió, después de una breve pausa, y después quedó en silencio, aparte de una o dos observaciones incoherentes.

—Dígame la verdad —dije—. ¿Nunca había sospechado nada, ni siquiera alguna vez? No tiene por qué avergonzarse de contármelo.

—Bueno —respondió lentamente—. Debo admitir que a veces he encontrado a mi padre un poco..., un poco extraño. Pero siempre he querido suponer que estaba equivocado. Siempre había pensado que nadie más se daría cuenta. Ya ve, estoy muy orgulloso del viejo gruñón.

—Tiene toda la razón —dije, tras asentir con la cabeza—. No hay ninguna necesidad de organizar un escándalo por lo sucedido. No obstante, pienso que algo tendremos que hacer, aunque de manera discreta. Sin ruido, ya sabe. Creo que debiera tener una conversación con su padre, para decirle que hemos descubierto todo el asunto —y di una palmada al montante dividido.

El joven Jarnock pareció alborozado por mi comentario y, después de estrecharme la mano enérgicamente, me cogió la llave y se fue de la capilla.

Regresó cerca de una hora después, con aire preocupado. Me dijo que mis conclusiones eran perfectamente correctas. Sir Alfred Jarnock había sido quien había conectado el mecanismo las dos veces, la noche en que le faltó bien poco para acabar con el mayordomo y la de la víspera. Además, todo apuntaba al hecho de que era el viejo aristócrata quien lo ponía en marcha desde hacía muchos años. Se había enterado de su existencia gracias a un antiguo libro manuscrito de la biblioteca del castillo. El mecanismo había sido planeado y utilizado antaño para proteger los cálices de oro del Oficio Divino, que al parecer se encontraban en un nicho secreto bajo el altar.

Sir Alfred Jarnock había utilizado aquel escondrijo para guardar en él las joyas de su esposa. Después de su muerte, ocurrida hacía doce años, sir Alfred no había vuelto a ser el mismo, como me confesó su hijo. Tras aquella declaración, le mencioné lo intrigado que me tenía el hecho de que la noche en que resultara herido el mayordomo, la trampa estuviese montada antes de la celebración del servicio religioso; pues, si había comprendido bien, su padre había adquirido el hábito de montarla cada noche y anular su mecanismo cada mañana, antes de que cualquiera pudiese entrar en la capilla.

Me contestó que su padre, en un acceso de falta de memoria (por otra parte natural, dada su condición neurótica), la había conectado demasiado pronto, y poco faltó para provocar una tragedia.

Y esto es todo lo que puedo contaros del asunto. Por lo que he podido saber, el anciano no está tan loco como sugiere el sentido popular de la palabra.

Es extremadamente neurótico y ha caído en cierto estado hipocondríaco, ocasionado probablemente por el duelo de la muerte de su esposa, que acabó conduciéndole a largos años de tristes meditaciones y a un exceso de falta de compañía y de pensamientos obsesivos. De hecho, el joven Jarnock me contó que a veces su padre se pasaba rezando horas enteras, encerrado en la capilla.

Carnacki acabó su discurso y se inclinó hacia delante, para coger una cerilla.

—Pero todavía no nos has contado cómo descubriste el secreto del montante que se separaba en dos, ni todo lo demás —dije, hablando por los cuatro.

—¡Ah, eso! —exclamó Carnacki, dando unas vigorosas bocanadas a su pipa—. Al comparar... las fotos..., descubrí que la que había... tomado con luz... diurna, mostraba que el montante izquierdo de la puerta de la verja tenía mayor espesor que en la que había tomado de noche, con el flash. Eso fue lo que me puso en la pista. Comprendí al momento que debía existir algún truco mecánico en todo aquel asunto, y nada de elementos sobrenaturales. Examiné el montante, y el resto fue bastante simple, como habéis visto. A propósito —prosiguió, levantándose y dirigiéndose a la repisa de la chimenea—, seguro que estaréis interesados en echar un vistazo a la llamada «Daga del Dolor». El joven Jarnock fue muy gentil al regalármela, como un pequeño recuerdo de mi aventura.

Nos la pasó para que la examináramos, mientras él se quedaba mirando en silencio al fuego, dando bocanadas a su pipa, con aire meditabundo.

—Jarnock y yo hicimos lo necesario para que la trampa no volviese a funcionar —comentó al cabo de algunos momentos—. Como veis, yo me he quedado con la daga, mientras el viejo Bellett va y viene, y el asunto ha podido mantenerse en silencio, con cierta discreción. A pesar de todo, me imagino que la capilla jamás perderá su reputación de lugar peligroso. Y estoy condenadamente seguro de que se podrán dejar en ella todo tipo de objetos de valor.

—Hay dos cosas que todavía no nos has explicado —comenté—. A tu entender, ¿qué fue lo que causó aquéllos sonidos metálicos que oíste en dos ocasiones, mientras estabas a oscuras en la capilla? La segunda pregunta sería si creíste que aquellos sonidos de pasos apagados eran reales, o sólo una ilusión de tu cerebro, por llevar trabajando en tensión tanto tiempo.

—No estoy seguro de conocer el origen de esos sonidos —respondió Carnacki—. Es algo que me tiene un poco intrigado. Sólo puedo suponer que el resorte que hacía funcionar el montante se aflojó, deslizándose ligeramente de su posición de equilibrio. Si ocurrió tal cosa, bajo una tensión tan enorme, aquello debió traducirse en un sonido metálico. Y un sonido, aunque sea débil, llega muy lejos en medio de la noche, sobre todo si uno está pensando en «fantasmas». Supongo que lo

comprenderéis.

—En efecto —dije—. ¿Y los demás sonidos?

—Bueno, pues lo mismo... Quiero decir que la extraordinaria quietud que reinaba en la capilla puede explicarlos, aunque sólo en cierta medida. Ha podido tratarse de cualquier sonido usual, de esos que jamás se oyen en condiciones normales, o también todo pudo ser obra de mi imaginación. Es imposible decirlo. Realmente me preocuparon muchísimo. En cuanto al ruido de algo que se deslizaba, estoy casi seguro que una de las patas del trípode de mi cámara se deslizó unas cuantas pulgadas, con lo que bien pudo caerse de encima de la cámara la tapa que protegía el objetivo, lo que explicaría el golpecito seco que oí poco después.

—¿Cómo explicas que la daga estuviese en su lugar, encima del altar, cuando la examinaste lo primero de todo, aquella noche? —pregunté—. ¿Cómo podía estar allí y, al mismo tiempo, en la trampa?

—¡Ese fue mi error! —replicó Carnacki—. La daga no pudo haber estado en la vaina en aquellos momentos, aunque yo pensé que sí lo estaba. Como la vaina tiene esa forma tan curiosa de cruz, creí que contenía la daga, como podéis imaginar. La empuñadura de la daga sobrepasa en muy poco la parte vertical de la vaina..., lo que resultaría un inconveniente a la hora de desenvainarla rápidamente.

Asintió sagazmente mientras nos miraba, bostezó y miró al reloj.

—¡Fuera todo el mundo! —dijo de manera amistosa, usando como siempre su fórmula favorita?.

Nos levantamos, le estrechamos la mano y nos hundimos en la noche y en el silencio del Embankment, para dirigirnos hacia nuestras respectivas casas.

EL EMBRUJAMIENTO DEL JARVEE

Habéis oído algo últimamente de Carnacki? —le pregunté a Arkright, cuando me encontré con él en el centro de Londres.

—No —me contestó—. Estará en alguno de sus viajes. No importa, seguro que cualquier día de éstos recibimos una postal suya, invitándonos al número 472 de Cheyne Walk, y entonces nos lo contará todo. ¡Mira que es raro, eh!

Asintió con la cabeza y se fue. Hacía varios meses que los cuatro —Jessop, Arkright, Taylor y un servidor— habíamos recibido por última vez la invitación habitual de que nos dejáramos caer por el inolvidable 472 de Cheyne Walk para oír la narración, de boca del propio Carnacki, de su último caso. ¡Menudas historias nos contaba! Eran reales y verídicas hasta en los menores detalles, aunque estuviesen llenas de incidentes insólitos y extraordinarios, y nos tenían en vilo hasta que acababa de contárnoslas.

De un modo de lo más sorprendente, a la mañana siguiente me llegaba una postal redactada en términos bastante escuetos, en la que me venía a decirme que estuviese en el número 472 a las siete en punto. Fui el primero en llegar, seguido de Jessop y Taylor; poco antes de la hora de cenar hacía su entrada Arkright.

Después de la cena, Carnacki, como de costumbre, nos ofreció sus cigarros, se instaló cómodamente en su sillón favorito y fue derecho a contarnos la historia que justificaba el hecho de que nos hubiese invitado.

—Acabo de volver de un viaje en uno de esos veleros de antaño —dijo, sin entrar en mayores detalles—. El Jarvee, capitaneado por mi viejo amigo el capitán Thompson. En principio, iba a embarcarme por cuestiones de salud; si escogí el antiguo Jarvee fue porque el capitán Thompson me había dicho en más de una ocasión que en él ocurrían cosas raras. Fijaos que siempre le decía que viniera a verme cuando desembarcase, para ver si conseguía sacarle algo más; pero lo curioso es que jamás conseguía explicarme ningún detalle preciso respecto a las rarezas. Siempre me dio la impresión de que sabía de qué se trataba, pero en cuanto intentaba expresarlo en palabras, era como si se diese cuenta de que la realidad se le escapaba de los dedos. Por lo general, siempre terminaba diciendo que veía cosas, y entonces comenzaba a querer expresarse con las manos, como si se sintiese incapaz de comunicar lo que conocía de las cosas extrañas que había observado en el navío, aparte de algunos detalles peculiares sin relación en sí con los hechos.

—No puedo retener a los hombres por más tiempo en el barco —me decía con frecuencia—. están muertos de miedo y ven y oyen cosas. Ya he perdido a muchos por su culpa. Caídos de la arboladura, fíjese. El barco está adquiriendo mala fama —y agitaba la cabeza de manera muy solemne.

El viejo Thompson era un buen tipo en todos los sentidos.

Cuando subí a bordo, me encontré con que me había reservado una cabina entera, que se comunicaba con la que ocupaba él y que podría utilizar como laboratorio y estudio. Dio al carpintero instrucciones de que instalase en ella unos estantes y lo que creyera más conveniente o que fuese a necesitar, y en un par de días pude colocar en ella todos mis aparatos —que había traído en gran cantidad, ya fuesen mecánicos o eléctricos, utilizados en mis anteriores cacerías de fantasmas de la manera más apropiada y segura— ya que tenía un interés personal en examinar a fondo aquel misterio, respecto al cual él siempre se había mostrado tan categórico como elusivo.

Durante los primeros quince días de travesía, seguí mis usuales métodos para llevar a cabo una investigación exhaustiva. Mostré un cuidado escrupuloso, pero no encontré nada anormal en todo el navío. Era un viejo cascarón de madera. Sondeé y medí cada bisagra y cada mamparo, examiné todas las vías de acceso a las calas y precinté todas las escotillas. Tomé aquellas precauciones y muchas más, pero pasaron las dos semanas sin que viera ni encontrara nada.

Según todas las apariencias, aquella vieja carraca no era más que un poderoso velero de los viejos tiempos, aún en buen estado, que iba cómodamente de un puerto a otro. Y excepto por un indefinible sentimiento de lo que se podría describir como «calma anormal» en todo el barco, no pude hallar nada que justificase las frecuentes y solemnes aseveraciones del capitán de que no tardaría en encontrar más de lo que hubiera deseado. Aquello lo repetía siempre que nos paseábamos por la popa; después se detenía para echar una mirada, larga, expectante y casi con miedo, a la inmensidad del mar que nos rodeaba.

Y, efectivamente, al décimo octavo día de navegación ocurrió algo. Estaba paseándome bajo la toldilla de popa, como de costumbre, con el fiel Thompson, cuando de repente se detuvo y miró al juanete de mesana, que había comenzado a golpear el mástil. Echó un vistazo a una veleta que estaba cerca de él, se colocó la gorra al revés y se quedó mirando fijamente al mar.

—Está cayendo el viento, señor. Esta noche tendremos problemas —dijo—. ¿Ve ahí abajo? —y señaló a lo lejos, en dirección del viento.

—¿A qué se refiere? —pregunté, mirando fijamente, con algo más que curiosidad—. ¿Dónde?

—Justo fuera de rumbo —dijo—. Viniendo en dirección del sol.

—No veo nada —comenté, tras haber escrutado durante largo tiempo la inmensa y silenciosa inmensidad del mar, que se había cristalizado en una superficie dominada por la calma, después de que el viento hubiera cesado.

—Se está formando una sombra —dijo el viejo lobo de mar, cogiendo sus gemelos.

Los ajustó y estuvo mirando un buen rato; luego me los pasó, señalando con el dedo en una cierta dirección.

—Justo debajo del sol —repitió—. Se acerca a nosotros a dos nudos de velocidad.

Estaba curiosamente tranquilo y seguro de lo que decía. No obstante, sentí en su voz cierta excitación, por lo que cogí rápidamente los gemelos que me ofrecía y miré en la dirección indicada.

Un minuto después vi... una sombra imprecisa bajo la tranquila superficie del mar, que parecía moverse hacia nosotros mientras la estaba mirando.

Durante un momento la contemplé fascinado, dispuesto a jurar que no había visto nada y, al mismo tiempo, a asegurar que realmente había algo bajo el agua, que aparentemente se dirigía hacia el barco.

—Sólo es una sombra, capitán —acabé por decir.

—Eso es, señor —replicó, sin más—. Eche un vistazo hacia el norte.

Hablaba muy tranquilo, como un hombre que está seguro de todo lo que hace y que se enfrenta a una experiencia que ya conoce, tiñendo todos sus actos, por muy seguro que esté de ellos, de profunda y constante excitación.

Acepté la sugerencia del capitán y volví los gemelos hacia el norte.

Durante un instante no hice más que buscar, barriendo con ellos, de un lado para otro, el grisáceo arco del mar.

Entonces vi claramente la cosa en el campo de los gemelos... Era algo impreciso, una sombra bajo el agua que parecía moverse hacia el barco.

«Qué extraño», murmuré con una voz que parecía salirme en lo más profundo de la garganta.

—Mire ahora hacia el oeste, señor —dijo el capitán, expresándose con el mismo y peculiar tono de voz de antes.

Miré hacia el oeste y un minuto después localizaba la cosa: una tercera sombra que parecía surcar el mar mientras la miraba.

—¡Dios mío, capitán! —exclamé—. ¿Qué son esas cosas?

—Eso es lo que yo quisiera saber, señor —contestó el capitán—. Ya las había visto antes, y a punto estuve de pensar en algún momento que me iba a volver loco. En ocasiones se las ve claramente y en otras casi no se distinguen; a veces pienso que están vivas y otras que no son más que estúpidas fantasías. ¿Comprende ahora por qué no podía describírselas claramente?

No le contesté, porque no hacía más que mirar, expectante, hacia el sur, hacia más allá de la parte que veía del barco. A lo lejos, en el horizonte, mis gemelos localizaron algo oscuro y vago bajo la superficie del agua, una sombra que se iba perfilando cada vez más.

—¡Dios mío! —musité nuevamente—. ¡Es real! ¡Es...! —y volví a mirar de nuevo hacia el este.

—Vienen de los cuatro puntos cardinales, ¿no? —dijo el capitán Thompson,

haciendo sonar su silbato.

—Cargad los tres sosobres —dijo a su segundo—, y que uno de los hombres coloque linternas en lo alto de los mástiles. Que todos bajen a sus camarotes antes de que sea de noche —dijo finalmente cuando el segundo se dirigía ya a cumplir sus órdenes.

—Esta noche no dejaré que ninguno esté sobre cubierta —me confesó—.

Ya he perdido bastantes hombres por su culpa.

—Capitán, quizá sólo sean sombras —dije, sin dejar de mirar la lejana y grisácea silueta que aún se veía por el este—. Puede ser un poco de bruma o alguna nube baja.

Pero la verdad era que no creía mucho en lo que decía. Por otra parte, el viejo marino no se molestó en sacarme de dudas, sino que hizo ademán de que le pasara los gemelos, y accedí al momento.

—A medida que se vayan acercando irán desapareciendo —comentó—.

Lo sé, porque en otras ocasiones han hecho lo mismo. Dentro de muy poco rodearán al barco, pero ni usted ni yo ni nadie las veremos; sin embargo, estarán aquí. Me gustaría que ya hubiese pasado esta noche. No lo sabe usted bien.

Me devolvió los gemelos, y comencé a mirar las sombras que se acercaban.

Pasó exactamente como había dicho el capitán. A medida que se aproximaban parecieron extenderse y hacerse menos consistentes, disipándose en el crepúsculo gris, de manera que bien hubiera podido imaginarme que no contemplaba más que cuatro pequeñas porciones de una nube gris, convirtiéndose por causas naturales en impalpables e invisibles.

—Debí ordenar que cargaran los perroquetes cuando estaban fuera —observó el viejo marino—. Ahora no puedo hacer que ninguno suba a la arboladura de noche, a no ser que haya una auténtica necesidad —se alejó un poco de mí y observó el barómetro aneroide—. Parece que hay calma chicha después de todo —murmuró mientras se alejaba, al parecer ligeramente satisfecho.

Mientras tanto, la tripulación había abandonado la cubierta. Comenzaba a anochecer, y vi cómo se esfumaban las extrañas sombras a medida que se acercaban al navío.

Sin embargo, podéis imaginaros lo nervioso que me sentía mientras paseaba bajo la toldilla de popa con el viejo capitán Thompson. Me sorprendí a mí mismo echando una rápida mirada hacia atrás, como si fuese a encontrar algo, pues me parecía que entre los oscuros velos que divisaba al otro lado de las barandillas había una cosa, increíble e imprecisa, que nos estaba mirando.

Le pregunté al capitán de mil maneras, sin conseguir saber más de lo que me había contado. Era como si no fuese capaz de comunicar a los demás lo que ya conocía; por otra parte, no pude interrogar a nadie de la tripulación, puesto que todos eran nuevos en el barco, incluyendo a los oficiales, lo cual ya era un hecho

significativo.

El «lo verá con sus propios ojos, señor», se había convertido en la coletilla con que el capitán esquivaba todas mis preguntas, por lo que comencé a creer que realmente tenía miedo de traducir en palabras lo que sabía. Pero en una de las ocasiones en que me daba la vuelta, con la desagradable sensación de que había alguien detrás de mí, comentó con voz tranquila:

—No tenga miedo, señor, mientras se encuentre a plena luz y entre cubiertas.

Su actitud me pareció extraordinaria, porque parecía aceptar la situación sin demostrar miedo, por lo que se refería a sí mismo.

La noche transcurrió tranquilamente hasta las once, cuando, súbitamente y sin el menor asomo de advertencia, una furiosa borrasca cayó sobre nosotros.

Había algo monstruoso y anormal en aquel viento, como si alguna fuerza utilizase los elementos para algún propósito infernal. Pero el capitán se enfrentó tranquilamente a la situación. Dejó inoperante el timón, y las velas se agitaron mientras arriaban los perroquetes. Después les tocó el turno a las tres gavias.

Sin embargo, el viento seguía rugiendo a nuestro alrededor, venciendo casi el atronar de las velas en medio de la oscuridad.

—¡Se van a hacer jirones! —me dijo el capitán a la oreja, gritando para hacerse entender por encima del rugido del viento—. No puedo hacer nada. No puedo enviar a ningún hombre a la arboladura, a no ser que vea que nos quedamos sin mástiles. Es lo que más me preocupa.

Durante una hora, hasta que ocho campanadas anunciaron la medianoche, el viento no dio señal alguna de disminuir en intensidad, sino todo lo contrario.

Durante todo aquel tiempo, el patrón y yo paseamos bajo la toldilla de popa, mientras él no dejaba de escrutar la oscuridad, muy preocupado por el velamen, que no hacía más que agitarse y ondear violentamente.

Yo no hacía más que mirar una y otra vez a mi alrededor, hacia la oscuridad extraordinariamente espesa en la que parecía haberse incrustado el navío. Lo que sentía, añadido al sonido del viento, me producía una especie de horror continuo, que me hacía imaginar que había algo sobrenatural rampando en la atmósfera. Si era resultado de mis nervios, sometidos a una tensión excesiva, o de mi imaginación sobreexcitada, es algo que no habría podido decir. Jamás había sentido nada parecido a lo que experimenté durante aquella singular borrasca.

Cuando la campana sonó ocho veces seguidas y se procedió al cambio de guardia, el capitán no tuvo más remedio que enviar todos los hombres disponibles a la arboladura, para que izasen rápidamente las velas, ya que había comenzado a temer por la pérdida de los mástiles si posponía la operación. Así se hizo y el barco pareció recobrar la calma.

Sin embargo, aunque la maniobra había sido realizada con éxito, los miedos del

capitán se vieron justificados de manera hartamente terrible. Cuando los hombres comenzaban a regresar al puente, desde la arboladura se oyó un grito terrible, e inmediatamente después otro, seguido de un gran choque sordo sobre el puente principal, y otro más a los pocos instantes.

—¡Dios mío! ¡Han caído dos hombres! —gritó el patrón, descolgando una lámpara del cuarto de bitácora y llegándose hasta el puente principal.

Había sucedido tal como había dicho. Se habían caído dos hombres o —como yo pensé— algo los había empujado desde lo alto de la arboladura, y yacían inmóviles sobre el puente. Encima de nosotros, en la tiniebla, oí unos gritos indefinidos, seguidos de una extraña calma, sólo rota por el continuo golpear del viento, cuyos silbidos y aullidos en el cordaje parecían acentuar el completo y espantoso silencio de los hombres que aún quedaban entre la arboladura. Entonces me di cuenta de que los hombres habían redoblado sus esfuerzos por volver rápidamente a los puentes, de suerte que uno tras otro abandonaron las alturas y se detuvieron ante los compañeros caídos, con exclamaciones de sorpresa que suscitaron todo tipo de preguntas. Luego volvió el silencio.

Durante todo aquel tiempo, había sido consciente de un extraordinario sentimiento de opresión, de una angustia dominada por el miedo y de una espera llena de ansiedad, ya que me parecía que mientras me hallaba al lado de los muertos, en medio de aquel viento sobrenatural, una potencia diabólica se cernía en la negrura que rodeaba al barco, augurando un horror inminente.

A la mañana siguiente se ofició un solemne funeral, breve y muy simple, que fue acogido con respeto poco usual, y a cuya terminación, los dos hombres que habían muerto la víspera y que yacían encima de una escotilla fueron arrojados al agua, desapareciendo rápidamente de nuestra vista. Mientras veía cómo se hundían en las azules profundidades, me asaltó una pregunta, que comenté por la tarde con el capitán, tras lo cual estuve preparando y conectando algunos de mis aparatos eléctricos hasta el anochecer. Después subí a cubierta y miré a mi alrededor. La tarde era maravillosamente tranquila e ideal para el experimento que llevaba pensando todo el día, pues el viento había cesado con singular rapidez tras la muerte de los dos hombres, dejando el mar como un espejo.

En cierta medida, creía comprender la causa primera de aquellas inciertas, aunque peculiares, manifestaciones de que había sido testigo la tarde de la víspera, y que el capitán Thompson relacionaba de manera implícita con la muerte de ambos marineros.

Yo suponía que el origen de lo sucedido se hallaba en una causa extraña, aunque perfectamente comprensible, es decir, en el fenómeno conocido técnicamente con el nombre de «vibraciones atractivas». Harzam, en su monografía sobre los «embruajamientos inducidos», sugiere que siempre son producidos por las

«vibraciones inducidas», es decir, por vibraciones temporales provocadas por alguna causa externa.

Todo esto resulta un tanto abstruso en el caso que nos ocupa, pero cuando hube reconsiderado todos estos puntos, decidí hacer un experimento para ver si podía producir una «contra-vibración», de carácter repulsivo, algo que Harzam había conseguido en tres ocasiones, mientras que yo sólo había tenido cierto éxito, aunque parcial, en una, debido sobre todo a un fallo del imperfecto aparato con el que trabajaba.

Creo que ya he dicho antes que me resulta bastante difícil poder seguir este razonamiento en una narración tan breve como la que os estoy contando; por otra parte, no creo que os resultase interesante, habida cuenta de que sólo os atrae el lado extraño y fantástico de mis investigaciones. No obstante, creo que ya os he explicado lo suficiente para que os hagáis una idea de en qué consistían mis razonamientos y así poder seguir sin perderos mis anhelos y esperanzas al emitir las vibraciones «repulsivas», ya que los resultados confirmarían la teoría.

Así pues, cuando el sol se encontraba a menos de diez grados del horizonte visible, el capitán y yo comenzamos a vigilar la aparición de las sombras. No tardé en divisar, justo debajo del sol, la peculiar forma de una mancha gris, que se movía igual que la de la víspera. Al comentar el hecho al capitán, me dijo que acababa de ver lo mismo hacia el sur.

Al mirar al norte y al este observamos el mismo fenómeno. Conecté, pues, mi dispositivo eléctrico, para que comenzase a emitir la extraña fuerza repulsiva hacia las lejanas e imprecisas formas misteriosas, que a lo lejos se movían rápidamente hacia el navío.

Poco antes del anochecer, el capitán había ordenado arriar todo el velamen, ya que, como él decía, hasta que no cayese la calma no se corría ningún peligro, pues sólo entonces tenían lugar tan extraordinarias manifestaciones. Y en aquella ocasión acertó plenamente, pues una de las más violentas borrascas que jamás había visto se abatió sobre el barco durante la media guardia, arrancando la gavia de sus cuerdas.

Yo estaba descansando en uno de los divanes del salón. Salí corriendo hacia la toldilla de popa, mientras el navío bailaba bajo la enorme fuerza del viento. La presión atmosférica era muy alta, y el ruido de la borrasca atronador.

Por encima de todo, y quizá a pesar de ello, fui consciente de que algo anormal y amenazante me ponía los nervios a flor de piel. Lo que ocurría no era natural.

Sin embargo, a pesar de que la gavia había sido arrancada, ningún hombre fue enviado a repararla.

—¡Como si salen volando todas! —exclamó el viejo capitán Thompson—.

¡Debía haber hecho lo que quería y dejar los mástiles desnudos!

A eso de las dos de la madrugada, la borrasca desapareció con asombrosa rapidez,

dejando a nuestro alrededor una noche clara. A partir de entonces, me paseé por la toldilla de popa con el patrón. De vez en cuando nos deteníamos para observar el puente principal, que aparecía iluminado. En una de aquellas ocasiones vi algo peculiar. Era como una sombra imposible flotando de manera imprecisa entre el lugar donde me encontraba y la blancura de los puentes bien lavados. Pero, mientras estaba mirándola atentamente, la cosa desapareció, y ya no pude decir con seguridad si efectivamente la había visto.

—Supongo que la habrá visto claramente, ¿no, señor? —dijo la voz del capitán cerca de mí—. Sólo la había observado una vez, y eso fue antes de que perdiésemos la mitad de la tripulación en aquel viaje. Creo que haríamos mejor regresando a puerto. Esto será el fin del viejo cascarón, estoy seguro.

La tranquilidad del viejo lobo de mar me desconcertó casi tanto como la confirmación que su observación acababa de darme de que realmente había visto algo anormal flotando entre donde yo me encontraba y el puente, a ocho pies bajo nosotros.

—¡Válgame Dios, capitán Thompson! —exclamé—. ¡Lo que dice es realmente infernal!

—Exactamente —admitió—. Ya le dije, señor, que lo observaría por usted mismo si tenía un poco de paciencia. Y esto es sólo el principio. Ya verá cuando aparezcan formando pequeñas nubes negras encima del mar, rodeando el barco y moviéndose a su misma velocidad. Y lo mismo que la cosa de antes, sólo me ha ocurrido una vez. Pero supongo que no estaremos aquí por accidente.

—¿Qué quiere decir? —pregunte.

Mas, a pesar de que le sondeé de mil maneras distintas, no pude sacarle nada que me pareciese satisfactorio.

—Ya lo verá, señor. Espere y verá. Este barco es muy extraño.

Y, más o menos, en eso se quedaron los esfuerzos que hizo por sacarme de dudas.

Desde entonces hasta el cambio de guardia, continué apoyado en la barandilla de la toldilla de popa, mirando fijamente al puente principal, aunque sin dejar de echar miradas furtivas y prodigiosamente rápidas hacia atrás. El patrón había vuelto a pasearse tranquilamente por la toldilla, pero cada poco se detenía a mi lado y me preguntaba con voz bastante tranquila si había vuelto a ver «alguna otra cosa de esas» rodando cerca.

En varias ocasiones, y a la luz de las linternas, llegué a divisar el contorno impreciso de algo que flotaba a merced del viento, como si el aire que lo rodeaba fluctuase, y más tarde una cosa que pudiera haberse tomado por una forma translúcida, pero dotada de movimiento, que conseguí vislumbrar durante un instante, aunque al siguiente ya había desaparecido, sin que mi cerebro pudiese registrar sus contornos.

Cerca ya del fin de la guardia, el capitán y yo conseguimos ver algo realmente extraordinario. Acababa de llegar a mi lado y se apoyaba en la barandilla.

—He visto otra de esas cosas ahí abajo —comentó con esa forma tan tranquila que tenía de hablar, mientras me daba un codazo amistoso y señalaba con la cabeza hacia la entrada del puente principal, a una o dos yardas a la izquierda.

En el lugar que indicaba se podía apreciar una ligera y opaca mancha de sombra, que parecía suspendida como un pie por encima del puente. Al hacerse más visible, pudimos apreciar en ella cierto movimiento perceptible, como una especie de torbellino constante en el seno de una materia aceitosa que se extendía desde el centro hacia fuera. La cosa creció hasta alcanzar una anchura de varios pies, a través de la cual podíamos ver las planchas iluminadas del puente. En aquellos momentos, el movimiento que iba del centro hacia fuera era claramente visible. Poco después, aquella extraña cosa pareció oscurecerse y hacerse más densa, ocultando la parte del puente que se encontraba entre ella y nuestra vista.

Mientras seguía mirándola con enorme e intenso interés, la entidad pareció sufrir una especie de contracción, que hizo que sus contornos se difuminasen, de forma que sólo pudimos ver la vaga forma redondeada de una sombra, retorciéndose y girando de un sitio para otro entre nosotros y el puente inferior. Fue encogiéndose poco a poco y desapareció. Ambos continuamos mirando fijamente una parte del puente que, a la luz de las lámparas que habíamos colgado de los mástiles al caer la noche, mostraba claramente las planchas y las juntas que había entre ellas.

—Esto es tremendamente extraño, ¿no cree, señor? —dijo el capitán con aire meditabundo, mientras buscaba su pipa—. Tremendamente extraño —entonces encendió la pipa y comenzó a pasearse bajo la toldilla.

La calma duró una semana entera, en el transcurso de la cual el mar siguió terso como un espejo, mientras que cada noche, y siempre sin previo aviso, sufríamos la repetición de la extraordinaria borrasca, de suerte que a la caída de la tarde el capitán recogía velas y esperaba pacientemente un viento favorable.

Por las tardes seguía realizando nuevas experiencias, intentando generar vibraciones «repulsivas», pero sin resultado. Realmente no estoy muy seguro de que mi tentativas no dieran ningún resultado, puesto que la calma chicha fue adoptando progresivamente un aspecto sobrenatural, mientras que el mar parecía más que nunca una gigantesca superficie de vidrio, deformada de vez en cuando por el aceitoso movimiento de una ola surgida de las profundidades.

Por lo demás, de día había un silencio tan profundo que generaba una sensación de irrealidad, pues jamás se mostraba a la vista ningún ave marina, mientras que el movimiento del navío era tan imperceptible que casi no producía el crujido constante de mástiles y aparejos que de ordinario suele acompañar a la calma.

El mar parecía haberse convertido en emblema de desolación y vastedad

ilimitadas. Comencé a pensar que no nos hallábamos en un mundo conocido, sino en medio de un inmenso océano que se extendiese, inconmensurable, en cualquier dirección. Al caer la noche, las extrañas borrascas desataban tan gran violencia, que a veces parecían a punto de arrancar la mismísima arboladura y arrojarla a lo lejos; afortunadamente, el barco no sufrió daños por tal motivo.

Según iban pasando los días me iba convenciendo de que mis experimentos estaban dando resultado, aunque este fuese todo lo contrario de lo que había esperado obtener, ya que siempre, al atardecer y en cuanto conectaba mis aparatos, una especie de nube gris, que parecía una columna de humo, surgía en cada uno de los puntos cardinales, por lo que desistí de seguir utilizándolos durante un tiempo prolongado y enfoqué mis esfuerzos en otra dirección.

Llevábamos soportando aquel estado de cosas durante una semana, cuando tuve una larga conversación con el viejo capitán Thompson, quien estuvo de acuerdo en dejarme realizar hasta sus últimas consecuencias un arriesgado experimento. Se trataba de conseguir que las vibraciones se mantuviesen en su máximo de amplitud desde poco antes de la puesta de sol hasta el amanecer del día siguiente, y de anotar cuidadosamente los resultados.

Con tal propósito hice los preparativos pertinentes. Arriamos los perroquetes y los sobrejuanetes, arrumamos las velas y aseguramos sólidamente todo lo que había en los puentes. Aparejamos un ancla, y la arrojamos con una buena longitud de cable. Se trataba de asegurar que el navío no cabecease por efectos del vendaval, aunque se abatiese sobre nosotros una de esas extrañas ráfagas de viento que solían azotarnos durante la guardia nocturna.

A primeras horas de la tarde, los hombres fueron enviados a sus camarotes, después de que les dijéramos que podían entretenerse, acostarse o hacer lo que quisiesen, pero que se abstuvieran de subir a cubierta durante la noche, pasara lo que pasase. Para estar más seguros, cerramos con cadenas los accesos de babor y estribor. Luego tracé los Signos Primero y Octavo del Ritual Saaamaaa frente a cada uno de los montantes de las puertas, uniéndolos con una línea triple que se entrecruzaba cada siete pulgadas. Tú, Arkright, que has profundizado más que yo en la ciencia de la magia, bien sabes por qué lo hacía.

Acto seguido, saqué un hilo metálico y rodeé con él la zona de camarotes, conectándolo, después, a uno de mis artefactos, que había instalado en el compartimento de las velas.

—En cualquier caso —expliqué al capitán—, no correrán más riesgo que el que todos podemos esperar en forma de una tremenda y violenta tormenta. El peligro real sólo lo sufrirán los que se relacionen con lo prohibido. El «sendero de las vibraciones» formará una especie de «halo» alrededor del dispositivo. Yo debo quedarme con él para manejarlo, y estoy dispuesto a correr el riesgo, pero usted haría

mejor yéndose a su cabina, lo mismo que los tres oficiales.

El capitán se negó, y los tres oficiales me pidieron permiso para quedarse a «ver el espectáculo». Les advertí que podría resultar sumamente desagradable, incluso peligroso, pero ellos aceptaron el riesgo. Ahora puedo decirles que no me molestó en absoluto contar con su compañía.

Me puse a trabajar, pidiendo su ayuda cuando la necesitaba, y en poco tiempo tuve montado el dispositivo. Entonces hice pasar los hilos metálicos por la escotilla de la cabina, y ajusté el mando de la frecuencia y el de la caja de resonancia, atornillándolos sólidamente en el puente de la toldilla de popa, en el espacio vacío que se encontraba entre la escotilla y el compartimento de velas.

Pedí a los tres oficiales y a su capitán que se sentasen juntos y les advertí que no se moviesen, pasara lo que pasase. Tracé con tiza un pentágulo a nuestro alrededor, incluido el aparato, y comencé a conectar sin pérdida de tiempo los tubos de mi pentágulo eléctrico, pues ya comenzaba a ponerse el sol. En cuanto hube terminado, cerré el circuito, con lo que la corriente comenzó a pasar por los tubos de vacío, de suerte que su pálida claridad nos envolvió, pesada, fría e irreal ante los últimos destellos del sol que se ocultaba.

Acto seguido envié las vibraciones hacia el espacio que nos circundaba y me senté ante el tablero de control. Intercambié algunas palabras con los demás, advirtiéndoles nuevamente de que, a pesar de lo que pudiesen oír o ver, no abandonasen el pentágulo, si valoraban en algo sus vidas. Ellos asintieron y entonces supe que estaban muy impresionados por la posibilidad de que atráyésemos hacia nosotros un peligro desconocido.

Comenzó nuestra espera. Nos habíamos puesto el impermeable, ya que esperaba que el experimento incluyese algún comportamiento desacostumbrado por parte de los elementos, y así nos enfrentábamos preparados a la noche. Puse especial cuidado en confiscarles todas sus cajas de cerillas, no fuese que a alguno se le ocurriese encender por descuido la pipa, puesto que los rayos luminosos son «senderos» para algunas fuerzas.

Provisto de un par de gemelos náuticos, comencé a escrutar el horizonte.

Alrededor de nosotros, pero a millas de distancia en la grisura del atardecer, me pareció ver un extraño e impreciso oscurecimiento de la superficie del agua.

Aquello se hizo más nítido, concretándose en algo que me pareció una débil neblina flotando a ras del mar, bastante lejos del barco, pero rodeándolo. La observé con mucha atención, y el capitán y sus tres oficiales hicieron lo propio, ayudándose con sus gemelos.

—Viene hacia nosotros a una velocidad de dos nudos, señor —dijo el viejo lobo de mar, con voz grave—. Esto es lo que yo llamo jugar con fuego. Espero que todo acabe bien.

Y eso fue todo lo que dijo, guardando a partir de entonces un absoluto silencio, lo mismo que sus oficiales, en las extrañas horas que transcurrieron.

La noche descendió furtivamente sobre el mar, y dejamos de ver el peculiar anillo de bruma que se dirigía hacia nosotros. Hubo unos momentos del silencio más intenso y opresivo, mientras los cinco estábamos sentados allí, vigilantes y silenciosos, rodeados por el pálido resplandor del pentáculo eléctrico.

Poco después cayó una especie de extraño relámpago silencioso. Digo silencioso porque, cuando comenzaron a caer más relámpagos cerca de nuestro barco, iluminando el monótono mar que nos rodeaba, no sonó ningún trueno, y pensé que aquellos relámpagos no eran reales. Resulta algo difícil de decir, pero creo que describe todas mis impresiones. Era como si lo que veía fuese más el simulacro de un relámpago que un fenómeno eléctrico. Por supuesto que no pretendo usar esta palabra con su sentido técnico.

De repente, un extraño estremecimiento sacudió el navío de proa a popa y desapareció tan rápidamente como había comenzado. Miré hacia delante y hacia atrás y eché un vistazo a los cuatro hombres, que me devolvieron la mirada con una especie de muda extrañeza en la que había bastante miedo, pero sin hablar. Pasaron unos cinco minutos sin que oyéramos otro sonido que el leve zumbido del aparato ni viésemos nada más que el mudo restallar de los relámpagos, que seguían cayendo uno tras otro sobre el navío, iluminando el mar que lo rodeaba.

Entonces ocurrió un suceso de lo más extraordinario. El extraño estremecimiento recorrió nuevamente el barco, tan rápidamente como había llegado, seguido de inmediato por una especie de ondulación del navío, primero de proa a popa y después de babor a estribor. No puedo expresar mejor lo extraño de aquel movimiento, en medio de aquel mar terso como un espejo, al decir que era como si un gigante invisible hubiese alzado en vilo nuestro barco y lo hubiese zarandeado a su aire, como si jugase con él mientras lo miraba lleno de curiosidad. Aquello duró al menos dos minutos por lo que puedo recordar, y se terminó con un violento vaivén hacia delante y hacia detrás, varias veces seguidas, tras lo cual volvió un tremendo temblor y finalmente la calma.

Transcurrió una hora entera sin que observásemos nada nuevo excepto las dos veces en que el barco recibió dos ligeras sacudidas: la segunda fue seguida por una repetición de las curiosas ondulaciones, aunque más benignas. Sin embargo, aquello sólo duró unos segundos, tras lo cual se hizo de nuevo el anómalo y opresivo silencio de la noche, resaltado de vez en cuando por los extraños relámpagos insonoros. Durante todo el tiempo, hice lo que pude para estudiar el aspecto del mar y de la atmósfera que rodeaban al barco.

Una cosa era evidente: el muro de tiniebla que nos rodeaba se había acercado al navío, de forma que los relámpagos más brillantes sólo conseguían iluminar a nuestro

alrededor una superficie de un cuarto de milla aproximadamente de radio y que, aunque la vista se perdía en sus sombrías distancias, parecía insondable, de suerte que no había manera de saber a ciencia cierta si en ella se ocultaba algo, ya que nuestra visibilidad se veía limitada por algún fenómeno que nos impedía ver el mar distante. ¿Comprendéis lo que quiero decir?

Aquellos relámpagos, extraños por lo silenciosos, aumentaron en intensidad luminosa y en frecuencia. El fenómeno prosiguió hasta que se convirtió en algo continuo, de modo que el mar de las proximidades se veía iluminado de manera prácticamente ininterrumpida. Sin embargo, el fulgor de los relámpagos no parecía tener poder alguno para opacar por contraste el pálido resplandor de los tubos luminosos que nos rodeaban en silencio.

Sentí entonces una extraña sensación de ahogo, ya que respirar me suponía un auténtico suplicio. Aquello acabó transformándose en una tremenda angustia. El capitán y los tres oficiales respiraban como si se ahogasen; el débil zumbido del vibrador me llegaba como si viniese de lejos.

Por lo demás, reinaba un silencio tan grande que provocaba un agudo dolor de cabeza no localizado y que ocupaba toda la bóveda del cráneo.

Los minutos pasaron lentamente. De repente vi algo. Había unas cosas grises flotando en el aire alrededor del barco; pero eran tan imprecisas y de apariencia tan vaga que al principio no estuve seguro de si las había visto. Sin embargo momentos después no puse en duda su existencia.

Comenzaron a tomar cuerpo bajo el resplandor constante de los silenciosos relámpagos y a oscurecerse, mientras aumentaban visiblemente de tamaño.

Durante casi media hora, que pareció infinitamente más larga, vigilé aquellas extrañas cosas que me recordaban pequeños montículos de negrura, y que flotaban justamente sobre la superficie del agua, moviéndose sin parar alrededor del navío, con un lento y periódico movimiento circular que me producía al contemplarlo la impresión de estar viendo un sueño.

Sólo más tarde descubrí otra cosa. Aquellos montículos imprecisos habían comenzado a oscilar mientras se movían a nuestro alrededor. Al mismo tiempo fui consciente de que el navío comenzaba a describir un movimiento oscilatorio similar, al principio tan débil que no pude estar seguro de que nos movíamos.

El movimiento del barco fue en aumento. Primero se levantó la proa y después la popa, como si se columpiase. Aquello cesó y el barco se detuvo, después de emitir una serie de extrañas sacudidas, como si recobrase paulatinamente su peso mientras se asentaba sobre las aguas.

Súbitamente, los extraordinarios relámpagos cesaron y nos encontramos en medio de una absoluta negrura, con la única luz para alumbrarnos del pentáculo eléctrico que nos rodeaba y el débil zumbido del vibrador, que parecía llegar de muy lejos. ¿Os

lo imagináis? Allí, los cinco, tensos y esperando, preguntándonos qué iba a suceder.

Bueno, pues, al principio, la cosa comenzó como si no fuese nada grave..., una ligera sacudida a estribor, después otra a babor, y una tercera de nuevo a babor. Así continuó de una manera casi rítmica, con misteriosas pausas entre una y otra sacudida hasta que comprendí que nos encontrábamos en tremendo peligro, ya que el barco estaba a punto de zozobrar en medio del completo silencio y la negrura total de la noche, por efecto de alguna Fuerza enorme.

—¡Por Dios, señor, pare eso! —oí decir al capitán, apresurado y excitado—. ¡Vamos a zozobrar en cualquier momento! ¡Vamos a zozobrar!

Se puso de rodillas y miró a su alrededor, intentando no moverse. Los tres oficiales también se agarraban al suelo del puente con las manos, para no deslizarse por él debido a los vaivenes del barco. En aquel momento, éste sufrió otra nueva sacudida en una de sus bandas, de suerte que el puente se levantó, tan vertical como una pared. Entonces me lancé sobre el interruptor del vibrador y lo desconecté.

Instantáneamente disminuyó la pendiente del puente y el barco se enderezó hasta una altura de varios pies, con una tremenda sacudida. Aquel movimiento para recobrar el equilibrio fue proseguido, aunque con amplitud decreciente, hasta que el barco recobró su posición usual sobre las aguas.

Mientras iba adquiriendo su condición normal, observé una alteración en la atmósfera que nos rodeaba, que parecía más cargada de tensión, y oí un gran ruido a lo lejos, por la banda de estribor. Era el rugido del viento. Un tremendo relámpago fue seguido por otros, con lo que los truenos resonaron de continuo en nuestros oídos. El ruido del viento a estribor se convirtió en un aullido estridente que parecía caer hacia nosotros en medio de la noche. Cesaron los relámpagos, y el sordo fragor del trueno acabó perdiéndose entre el ruido más inmediato del viento, que ya estaba a menos de una milla de nosotros, rugiendo y aullando de manera espantosa. Aquel aullido estridente llegaba a nuestros oídos procedente de la oscuridad, venciendo a cualquier otro sonido. Era como si toda la negrura de la noche se convirtiese hacia aquel costado del buque en un vasto acantilado, en donde repercutiesen, acrecentándose en intensidad, todo tipo de ecos monstruosos. Sé que suena extraño, pero quizá pueda ayudaros a comprender lo que sentí ante aquella cosa, ya que describe fielmente mi estado de ánimo. Aquella cosa extraña, reverberante y al mismo tiempo impalpable, que se cernía sobre nosotros en medio de la noche, llenando con su estruendo el aire que nos rodeaba... ¿Os hacéis una idea? Fue un momento extraordinario, que me hizo preguntarme si no habríamos ido a parar, sin enterarnos, cerca de los acantilados de algún monstruoso mundo perdido.

Instantes después, el viento se desplomó sobre nosotros, ensordeciéndonos con su estruendo y su furia. Estábamos sofocados y medio desvanecidos. El barco se inclinó a babor, debido simplemente al empuje del viento sobre sus desnudos mástiles y

costados. La noche parecía un puro aullido y el agua espumeante rugía y caía a toneladas sobre nosotros. Jamás había visto nada como aquello. Los cinco estábamos tirados en el suelo de la toldilla de popa, intentando agarrarnos a lo que pudiéramos, mientras el pentáculo se hacía añicos, con lo que nos quedamos en la más completa oscuridad. La violenta tempestad había llegado hasta nosotros.

Por la mañana la tempestad amainó, y por la tarde ya estábamos bogando, impulsados por una fina brisa; las bombas tuvieron que funcionar sin interrupción, porque teníamos una vía de agua bastante fea; resultó ser tan seria que, dos días después, tuvimos que embarcarnos en los botes de salvamento.

Sin embargo, aquella misma noche fuimos localizados y salvados, con lo que pasamos poco tiempo en ellos. En lo que se refiere Jarvee, ahora reposa tranquilo en el fondo del Atlántico, donde mejor será que se quede para siempre.

Carnacki dejó de hablar y dio unos golpecitos en su pipa.

—¡Pero te has dejado sin explicarnos muchas cosas! —exclamé, un tanto irritado—. ¿Qué le pasaba al Jarvee? ¿Qué le hacía ser tan diferente de los demás barcos? ¿Por qué se dirigían hacia él esas sombras y esas cosas? ¿Qué piensas de todo ello?

—Bueno —replicó Carnacki—. En mi opinión, era un foco. Es un término técnico que, aplicado a su caso, vendría a decir que el barco poseía una cierta «vibración atractiva» que le permitía atraer hacia sí las ondas psíquicas de las proximidades, lo mismo que si fuese un médium. Cómo pudo adquirir esa «vibración», por utilizar nuevamente el termino técnico, es algo que sólo puedo suponer. Supongo que la habría ido desarrollando a lo largo de los años, como resultado de un conjunto de condiciones que pudieron darse en él (o ser emitidas por él, quizá sea más exacto), desde el mismo día en que se montó su quilla. Quiero decir que todo pudo depender de la manera de ser armado, de las condiciones atmosféricas, de las «tensiones eléctricas», de los mismísimos martillazos que se dieron en su construcción, y de la combinación fortuita de los materiales necesarios para la misma... Todo ello pudo haber creado sus características peculiares. Y esto por hablar sólo de lo conocido, ya que lo desconocido es tan amplio que sería vano especular sobre ello en el marco de una narración tan corta. Me gustaría recordaros una de mis ideas: que algunas formas de lo que suele llamarse «embruajamiento» pueden ser originadas por «vibraciones atractivas». Un edificio o un barco, como el de mi historia, pueden generar «vibraciones»; y al igual que ciertos materiales, si se dan las condiciones requeridas, pueden desarrollar una corriente eléctrica. Decir más acerca de esta cuestión en una charla como la que ahora tenemos no tendría sentido. Me siento más inclinado a recordaros lo que le sucede a la copa que vibra cuando el piano emite una determinada nota, y acallar todas vuestras incómodas preguntas con otra que aún sigue sin contestar: ¿qué es la electricidad? Cuando seamos capaces de contestarla, entonces ya será hora de dar el siguiente paso y de comportarnos de

forma más dogmática. Mientras tanto, no haremos más que especular acerca de las costas de un extraño país, lleno de misterio. En este caso, pienso que el mejor paso que ahora podéis dar ha de ser el que os conduzca a casa y a la cama.

Y con tan elegante conclusión y con sus maneras siempre cordiales, Carnacki nos acompañó a la salida, ante el silencio del Embankment, deseándonos cordialmente las buenas noches.

EL HALLAZGO

En respuesta a la usual postal de Carnacki en que me invitaba a cenar, llegué a buena hora a Cheyne Walk, para encontrarme con que Arkright, Taylor y Jessop ya estaban allí. Minutos después, todos estábamos sentados a la mesa y comenzábamos a cenar. Lo hicimos espléndidamente, como de costumbre, y, como casi siempre en aquellas reuniones íntimas, Carnacki habló de todo lo que le vino a la imaginación, excepto de lo que esperábamos. Y hasta que no nos sentamos confortablemente en nuestros sillones no comenzó a hablar de ello.

—Un caso extremadamente simple —dijo, aspirando una bocanada de su pipa—. Una simple cuestión de análisis mental. Cierta día, estuve charlando con Jones, de Malbrey y Jones, los editores del *Bibliophile and BookTable* y en el curso de la conversación mencionó que había conseguido un libro, *Dumpley's Acrostis*, cuyo único ejemplar conocido se encuentra en el Museo Caylen. Aquel segundo ejemplar, encontrado por un tal señor Ludwig, parecía ser genuino. Malbrey y Jones se habían pronunciado en tal sentido, lo que, para cualquiera que conociese su reputación, zanjaba definitivamente el asunto.

Pude enterarme de todos los detalles concernientes al libro, gracias a un amigo holandés, Van Dyll, con quien curiosamente me encontré en el Club cuando me disponía a comer.

—¿Qué sabes de un libro llamado *Dumpley's Acrostics*? —le pregunte.

—También podrías preguntarme que sé de vuestra ciudad de Londres, querido amigo —me respondió—. En ambos casos, lo único que sé es que no sé gran cosa. De ese libro extraordinario sólo se imprimió un ejemplar, que ahora está en el Museo Caylen.

—Eso era exactamente lo que suponía —confesé.

—El libro fue escrito por John Dumpley —prosiguió—, y le fue entregado a la reina Isabel el día de su cuadragésimo cumpleaños. Era una apasionada de los juegos de palabras similares... Aunque no son más que simples ejercicios gimnásticos, debo decir que Dumpley los llevó a las más altas cimas de la complicación y del escándalo, permitiéndose contar cuentos escabrosos relacionados con la Corte con un ingenio y una pretendida inocencia que resultan increíbles por su maliciosa maestría. Las planchas fueron destruidas y el manuscrito quemado inmediatamente después de imprimir el ejemplar destinado a la Reina. El libro se lo presentó Lord Welbeck, quien debía pagar anualmente a John Dumpley veinte guineas inglesas y doce ovejas, así como doce cuñetes de cerveza de Miller Abbott, por tener bien sujeta la lengua. Lord Welbeck quería hacerse pasar por el autor del libro, y está fuera de duda que fue él quien proporcionó a Dumpley los detalles más escandalosos e íntimos de los personajes más famosos de la Corte que aparecen en el libro. Así que puso su propio

nombre en lugar del de Duplemy, pues, aunque no fuese cuestión de gran orgullo para un gentilhombre de la época escribir bien, un genio agudo, como el que se percibe en los Acrostics, sí era algo que se tenía en gran estima en la Corte.

—No tenía ni idea de que el libro fuese tan famoso como dices —comenté.

—Es enormemente conocido para muy poca gente —prosiguió—, debido al hecho de que no sólo es una obra única, sino de gran valor histórico y artístico al mismo tiempo. Hoy día, hay coleccionistas que darían su alma por un segundo ejemplar que llegase a descubrirse de él. Pero eso es imposible.

—Lo imposible parece haberse hecho realidad —dije—. Un tal señor Ludwig ofrece en venta otro ejemplar. Me han pedido que haga unas cuantas averiguaciones. Esto explica todas mis preguntas.

Poco le faltó a Van Dyll para explotar.

—¡Imposible! —rugió—. ¡Otro fraude más!

Entonces saqué el naipe que me había guardado en la manga.

—Los señores Malbrey y Jones han declarado que resulta inconfundiblemente genuino —añadí—, y, como bien sabes, ellos están más allá de toda sospecha. Así que el cuento del señor Ludwig de que compró el libro entre un montón de libros de ocasión de Charing Cross, parece bastante plausible. Dijo que fue en la tienda de Bentloes, y ahí era donde quería llegar. El señor Bentloes dice que es muy posible, aunque poco probable. De todas formas se sentía fatal. ¡No me extraña!

Van Dyll se levantó de un salto.

—Acompáñame a ver a Malbrey y a Jones —dijo, muy excitado.

Y ambos nos fuimos directamente a las oficinas del Bibliophile, donde Van Dyll es muy conocido.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó a gritos, antes de haber entrado en el despacho privado de los editores—. ¿A qué viene todo este cuento de los Duplemy's Acrostics?. Enséñemelo. ¿Dónde lo tienen?

—El profesor pregunta por el ejemplar recién descubierto de los Acrostics —expliqué al señor Malbrey, que estaba sentado en su escritorio—. está un tanto alterado por la noticia que acabo de contarle.

Es muy probable que Malbrey no hubiese enseñado el volumen recién descubierto a nadie en Inglaterra, excepto a su legítimo propietario, y mucho menos mediando tan pocas palabras. Pero Van Dyll resulta ser una gran personalidad en el mundo de los bibliófilos, por lo que Malbrey se limitó a hacer girar su asiento y a abrir un gran cofre, del que tomó un volumen envuelto en papel de seda, que tendió ceremoniosamente al profesor Van Dyll.

El erudito holandés se lo arrancó literalmente de las manos; quitó el papel y se precipitó hacia la ventana, para tener mejor luz. Bajo ella, durante casi una hora, mientras aguardábamos en silencio, examinó el libro, usando una lente de aumento, y

estudió tipo, papel y encuadernación.

Finalmente, se sentó en una silla y se pasó la mano por la frente.

—¿Y bien? —le preguntamos al unísono.

—Parece auténtico —dijo—. Pero, antes de pronunciarme definitivamente, me gustaría tener la oportunidad de compararlo con el ejemplar auténtico que se conserva en el Museo Caylen.

El señor Malbrey se levantó de su asiento y cerró el cajón de su escritorio.

—Estaré encantado de poder acompañarle, profesor —comentó—. Nos sentiremos muy complacidos de poder publicar sus opiniones en el siguiente número del Bibliophile, que será especial y que dedicaremos a Dumpley, ya que el interés suscitado por este descubrimiento será enorme entre los coleccionistas.

Llegamos al museo, y Van Dyll entregó su tarjeta de visita al bibliotecario jefe, de suerte que todos fuimos invitados a pasar a su despacho privado. Una vez en él, el profesor expuso los hechos y enseñó al bibliotecario el libro que había llevado consigo.

El bibliotecario se mostró tremendamente interesado y, tras un breve examen del ejemplar, dijo que en su opinión parecía auténtico, pero que le gustaría cotejarlo con el que se guardaba en el museo.

Así lo hizo, y los tres expertos estuvieron comparando ambos libros durante más de una hora, en el transcurso de la cual no perdí palabra, anotando en mi cuaderno de notas lo que decían, para sacar mis propias conclusiones.

El veredicto de los tres fue unánime. No había duda de que el ejemplar recientemente descubierto de los Acrostics era genuino, e impreso al mismo tiempo y con los mismos caracteres que el ejemplar guardado en el museo.

—Caballeros —dije entonces—, dado que represento los intereses de los señores Malbrey y Jones, ¿puedo hacer dos preguntas? La primera va dirigida al bibliotecario, ya que él podrá decirme si el ejemplar conservado en el Museo ha sido dejado en préstamo.

—Ciertamente no —explicó el bibliotecario—. Jamás se prestan las ediciones raras, que por otra parte no suelen ser consultadas; y, si lo son, está presente un auxiliar.

—Gracias —proseguí—. Esa respuesta facilita mi investigación. La otra pregunta que quisiera hacer es por qué hace no mucho estaban todos ustedes tan convencidos de que sólo existía un ejemplar.

—Porque —contestó el bibliotecario—, como el señor Malbrey y el profesor Van Dyll podrían haberle explicado, Lord Welbeck dejó escrito en sus Memorias que sólo se había impreso un ejemplar. Al parecer, había insistido en este punto, quizá para realzar la importancia del regalo hecho a la Reina.

Afirma claramente que sólo se imprimió un ejemplar, y que la impresión se

realizó, estando él presente, en la Casa de Pennywell, Impresores de Lamprey Court. Encontrará el nombre en las primeras páginas. También supervisó personalmente la destrucción de las planchas, quemando el manuscrito e incluso las galeradas, como dice en sus Memorias. Además, sus declaraciones respecto a ciertos particulares son tan precisas y categóricas, que yo siempre me habría negado a considerar seriamente la autenticidad de cualquier ejemplar «hallado», a no ser que lo sometiera a una prueba tan drástica como la de hoy.

Pero este ejemplar —prosiguió— es inconfundiblemente genuino, ya que debemos fiarnos más de lo que nos prueban nuestros sentidos que de las afirmaciones de Lord Walbeck. El descubrimiento de este volumen es una especie de terremoto literario, que, si no me equivoco, conmocionará las madrigueras de los coleccionistas.

—¿En cuánto estima su posible valor? —le pregunté.

Se encogió de hombros.

—Imposible contestar a su pregunta —contestó—. Si fuese rico, daría gustoso mil libras para hacerme con él. El profesor Van Dyll, aquí presente, que goza de una fortuna mayor que la mía, pujaría más alto que yo sin consideración alguna. Pero, como los señores Malbrey y Jones no se den prisa en adquirirlo, acabará en América, donde ya están la mitad de los tesoros de la Tierra.

Tras aquellas palabras nos separamos y regresamos a nuestros respectivos quehaceres. Volví a mi casa, me tomé una taza de té y me senté para sumirme en una larga y profunda reflexión, ya que mi intelecto desconfiaba de que todo pareciese tan claro y tan sencillo.

«Ahora —me dije a mí mismo— realicemos un pequeño razonamiento, simple e imparcial, y veamos qué sale de ello. En primer lugar se encuentra la declaración, aparentemente incontrovertible, que Lord Welbeck hace en sus Memorias, de que sólo fue impreso un ejemplar de los Acrostics. Es evidente que tan importante gentilhombre tuvo que tomarse todas las molestias del mundo para que no se imprimiese un segundo ejemplar del libro, por lo que quemó incluso las galeradas. Por otra parte, la idea de que este ejemplar fuese el resultado de una refundición de las diferentes galeradas no se mantiene después del examen al que le sometieron los tres expertos. Esto nos conduce a lo que pudiéramos llamar Certidumbre número uno, o sea, que sólo se imprimió un ejemplar. Y llegamos al paso siguiente, que demuestra que existe otro ejemplar. Esto constituye la Certidumbre número dos. La conjunción de ambas nos conduce a una contradicción..., a una paradoja. Por tanto, al pensar en estas dos certidumbres me veo obligado a optar por la segunda, aunque, al mismo tiempo, no puedo aceptar la completa refutación de la afirmación que hace Lord Welbeck en sus Memorias privadas. Así pues, en todo esto creo que hay gato encerrado.»

Durante unos minutos, Carnacki dio pensativamente unas cuantas bocanadas de

su pipa, y reemprendió la narración de los hechos.

En los días siguientes, gracias a simples métodos de deducción y siguiendo las diferentes pistas que me indicaban, pude dejar al descubierto una obra maestra del engaño, planeada con astucia e inteligencia jamás vistas.

Me puse en contacto con Scotland Yard, con mis clientes, los señores Malbrey y Jones, con Ralph Ludwig, el propietario del ejemplar encontrado y con el señor Notts, el bibliotecario. Me las arreglé para que un detective se reuniera con nosotros en las oficinas del Bibliophile and Book Table, y conseguí persuadir al señor Notts de que llevase consigo el ejemplar de los Acrostics que guardaba en el Museo.

Así acabé de montar la escena, junto con todos sus personajes, en la pequeña oficina del centenario Collectors Weekly.

El encuentro había sido fijado a las tres de la tarde y, cuando todos se encontraron reunidos, les rogué que me disculpasen unos minutos.

—Caballeros —dije—, me gustaría que siguiesen durante unos momentos el razonamiento que voy a exponerles. Hace dos días, el señor Ludwig llevó a su oficina un ejemplar de un libro que se suponía único en el mundo. Un examen del mismo, realizado por tres expertos, quizá los tres mejores de Inglaterra, demostró que indudablemente era genuino. Esto constituye el hecho número uno. El hecho número dos es que había numerosas y buenas razones para suponer que no podían existir al mismo tiempo dos ejemplares originales del libro. Así pues, la opinión de los expertos nos obligaba a aceptar el primer hecho como fuera de duda, por lo que había que desechar el segundo, o sea, que había buenas razones para suponer que sólo se había impreso un ejemplar del libro. Constaté que, a pesar de tener que aceptar el hecho del descubrimiento del segundo ejemplar, no podía eliminar mediante una explicación lógica la razón perfectamente fundada que acabo de mencionar. Así pues, sintiendo que mi razón se encontraba insatisfecha, seguí la línea de investigación que me indicaba. Me dirigí al Museo Caylen y comencé a hacer indagaciones. El señor Notts ya me había informado de que las ediciones raras jamás se prestan. Un examen de los ficheros me permitió ver que en los últimos dos años, los Acrostics sólo habían sido consultados tres veces, por tres personas diferentes y siempre en presencia de un auxiliar. Aquello parecía probar que estaba buscando una aguja en un pajar; pero la razón seguía diciéndome al oído que aún quedaban cosas sin explicar. Así que me fui a mi casa y me puse a reflexionar. Después de pensar varias horas llegué a la conclusión de que la única línea de investigación que me quedaba era seguir la que relacionaba a los tres hombres que habían examinado el libro durante los últimos dos años. Sus apellidos eran... Charles, Noble y Waterfield. Mis meditaciones me sugirieron que fuese a ver a un experto en grafología, en cuya compañía me dirigí al fichero del Museo, y comprobé que la razón no me había engañado. El experto declaró que la escritura de los tres hombres pertenecía a una misma persona. Mi

siguiente paso era sencillo. Vine aquí, a la oficina, con el experto, y pregunté si podría ver alguna muestra de la escritura del señor Ralph Ludwig. Me dijeron que sí, y el experto me confirmó que el señor Ludwig era la persona que había rellenado las diferentes fichas del Museo. El paso siguiente es una simple deducción por mi parte, sugerida por un razonamiento de lo más sencillo, como la única forma en que el señor Ludwig pudo haber llevado a cabo su trabajo. Sólo puedo suponer que, de una u otra manera, debió de dar con un ejemplar de prueba de los Acrostics, tal vez en el lote de libros que había comprado en la librería de Bentloes. Aquel ejemplar debió de ser preparado por el impresor y el encuadernador, para que Lord Walbeck pudiese apreciar el grosor y la encuadernación que iba a tener el libro. Como saben, esta practica resulta común en el mundo de la edición. La encuadernación puede ser exactamente un duplicado del libro, una vez terminado, pero su interior no lleva más que papel en blanco, del mismo grosor y calidad que aquel en que será impreso el libro. De esta forma, el editor sabe de antemano el aspecto que tendrá la edición. Estoy convencido de haber descrito la primera parte de la ingeniosa estratagema del señor Ludwig, quien sólo había hecho tres visitas al museo y, como verán en unos instantes, si no hubiese llevado en su primera visita un facsímil de la encuadernación de los Acrostics, no habría podido realizar su plan sin efectuar una cuarta. A no ser que me haya confundido en el estudio psicológico del caso, fue la posesión de aquel falso ejemplar lo que le hizo pergeñar todo el plan. ¿No fue así, señor Ludwig?

Se negó a contestar a mi pregunta y permaneció sentado, con aspecto de suma consternación.

—Bien, caballeros —proseguí—, el resto sale solo. Fue por primera vez al Museo para estudiar el ejemplar, después de lo cual, lo reemplazó diestramente por el de prueba que llevaba consigo. El auxiliar cogió el libro, que por fuera era igual que el original, y lo dejó en su sitio. Aquel era el único riesgo importante de la pequeña aventura del señor Ludwig. Aún había otro riesgo, aunque menor: que alguien se presentase para consultar el ejemplar de los Acrostics antes de que él hubiese vuelto a dejar el original, como era su intención en cuanto hubiese fotografiado cada una de sus páginas. ¿No es así, señor Ludwig?

Pero el señor Ludwig se negó a abrir la boca.

—Así —resumí— se explica su segunda visita, cuando devolvió el original y comenzó a imprimir en una imprenta casera las planchas que había reproducido fotográficamente. Una vez cosidas y encuadernadas todas las páginas así impresas, manteniendo como cubierta la original del ejemplar de prueba, volvió al Museo para cambiar los ejemplares, llevándose el genuino a su casa y dejando el duplicado tan excelentemente impreso. Como comprenderán, cada vez dio un nombre diferente y cambió de escritura; es muy posible incluso que se disfrazase, ya que no quería que le relacionasen con el ejemplar guardado en el Museo. Y esto es todo lo que tengo que

decirles; aunque no creo que el señor Ludwig se atreva a desmentir mi historia, ¿verdad, señor Ludwig?

Carnacki sacudió su pipa, como si quisiera tirar su ceniza y terminó su narración

—No puedo comprender por qué lo hizo —dijo Arkright—. Seguro que no esperaba poder venderlo.

—Claro que no —replicó Carnacki—. O, al menos, no siguiendo los cauces ordinarios. Se habría visto obligado a vendérselo a algún coleccionista poco escrupuloso, quien desde luego, sabiendo que era robado, le habría ofrecido cuatro cuartos por él, siempre que no hubiese acabado por denunciarle a la Policía. Pero la cuestión es que comprendáis que, si conseguía que todos pensasen que el ejemplar del Museo no había salido de él, entonces podría vender sin ningún miedo el suyo, o sea el auténtico, al mejor postor, como un segundo ejemplar genuino que había aparecido a la luz. Tenía el suficiente sentido común para saber que su ejemplar sería implacablemente cuestionado y examinado. Por eso procedió al tercer cambio, dejando en el Museo el ejemplar falso, que había sido impreso lo más parecido posible al original, y llevándose el volumen auténtico.

—Pero ambos libros acabarían por ser comparados —argüí.

—En efecto, pero el ejemplar del Museo no sería examinado con tanta desconfianza. Todos considerarían que se hallaba fuera de toda sospecha. Si los tres expertos hubiesen concedido la misma atención al falso ejemplar del Musco, que todo el tiempo supusieron que era el original, no creo ni por un instante que hubiera podido contaros esta pequeña historia. Es un excelente ejemplo de la manera como la gente da por sentadas ciertas cosas. Y ahora, ¡fuera todo el mundo! —dijo, en tono de broma, usando la frase con que solía despedirnos.

Y pocos minutos después nos encontrábamos fuera, en el Embankment.

EL CERDO

«Vi que una cosa se estaba materializando en medio de la defensa. Se iba elevando lenta y regularmente. Parecía lívida y enorme a través del anublado vórtice... Era un pálido y monstruoso hocico surgiendo de aquel abismo insondable. Cada vez se encontraba más alto. A través del tenue y brumoso velo, vi un diminuto ojo... Jamás podré volver a ver el ojo de un cerdo sin revivir de nuevo algo de lo que entonces sentí. Era el ojo de un cerdo, pero animado de una especie de nefanda inteligencia...»

1

Habíamos acabado de cenar. Carnacki ya se encontraba instalado en su gran sillón cerca del fuego y se disponía a encender su pipa. Jessop, Arkright, Taylor y yo ocupábamos ya nuestras posiciones favoritas, en espera de que comenzase a hablar.

—Lo que voy a contaros sucedió en la habitación contigua —dijo, después de demorarse unos instantes en encender su pipa—. Supuso una terrible experiencia. El doctor Witton fue el primero en comunicarme lo ocurrido. Todo comenzó en el Club, una noche en que estábamos charlando acerca de un artículo aparecido en *Lancet*, mientras nos fumábamos una pipa, y Witton me comentó que estaba tratando un caso semejante... El sujeto se llamaba Bains. Me mostré interesado. Era uno de esos casos de brecha o apertura en la barrera de protección, como yo los llamo: la imposibilidad de aislarse —espiritualmente hablando— de las monstruosidades del Exterior.

Por lo que sabía de Witton, comprendí que no conseguiría nada con su paciente. Todos le conocéis. Es un hombre honesto, nada sentimental, práctico, en absoluto dado a la ensoñación, perfecto en su trabajo cuando se trata de una pierna fracturada o de una clavícula rota... Por eso no tenía nada que hacer en el caso Bains.

Durante unos instantes, Carnacki dio unas caladas a su pipa, mientras los demás esperábamos, impacientes, que prosiguiera con su narración.

Le dije a Witton que me enviase a su paciente —continuó—, y fue a verme al sábado siguiente. Era un hombrecillo sensible. Me cayó simpático en cuanto le eché

la vista encima. Al poco tiempo ya había conseguido que me explicase lo que le preocupaba, preguntándole de paso por lo que el doctor Witton llamaba «sus sueños».

—Son más que sueños —dijo—. Son tan reales como si los viviese. Son sencillamente horribles. Y no hay nada definido en ellos que pueda contarle.

Por lo general, vienen en cuanto me quedo dormido. En cuanto me duermo, me asalta en seguida la sensación de que tengo que bajar a algún lugar impreciso, y siento que me atenaza un horror inexplicable y espantoso. Jamás puedo llegar a comprender lo que es, pues nunca consigo verlo. Sólo recibo una especie de advertencia que me dice que tengo que bajar hasta algún lugar terrible..., una especie de infierno, si se le puede llamar así, donde no deseo ir; y esta advertencia siempre es insistente, incluso imperativa, y me ordena que huya, que huya de algún horror enorme que caerá sobre mí.

—¿No puede salir huyendo por sus propios medios? —le pregunté—. ¿No puede despertarse?

—No —me dijo—. Eso es justamente lo que intento, a pesar de todos mis esfuerzos. No puedo dejar de recorrer ese laberinto infernal, como yo lo llamo, mientras me dirijo hacia algún horror desconocido y espantoso. Y como la advertencia es repetida más veces, incluso con mayor insistencia, llego a pensar que una parte viva de mí, o la que se halla activa en mis momentos de vigilia, está despierta y vigilante. Algo parece avisarme una y otra vez de que despierte, a pesar de lo que esté haciendo en sueños, y entonces mi parte consciente cobra repentinamente vida, y sé que mi cuerpo está en la cama, pero mi esencia o espíritu todavía sigue en aquel infierno, dondequiera que esté, envuelta en un peligro, desconocido e indecible al mismo tiempo, pero tan enorme que mi alma entera parece enfermar de terror. Durante todo ese tiempo —prosiguió—, sigo diciéndome que debo despertar, pero es como si mi alma siguiera allí, mientras mi parte consciente sabe que estoy luchando contra algún Poder invisible. Sé que si no me despierto entonces, nunca lo haré y me hundiré cada vez más en algún tremendo horror, capaz de destruir mi alma. Por eso lucho. Mi cuerpo descansa en la cama y tira de mí hacia sí. Pero el Poder que hay en ese laberinto también tira hacia abajo, y se apodera de mí una sensación de desesperación como jamás había tenido. Sé que si cediese y dejase de luchar y no me despertase, acabaría precipitándome en aquel monstruoso Terror, que silenciosamente parece llamar a mi alma hacia su destrucción. Entonces hago un terrible esfuerzo final, y mi mente parece ocupar todo mi cuerpo, como si fuese una imagen fantasmal de mi alma. Incluso puedo abrir los ojos y ver con mi mente, o mi parte consciente, sin necesitar mis propios ojos. Puedo ver la ropa de la cama, aunque sepa con completa seguridad que estoy echado en ella; pero mi verdadero yo se encuentra en aquel infierno de tremendos peligros. ¿Me comprende?

—Perfectamente —le respondí.

—Entonces —prosiguió— sigo luchando. Allá abajo, en el fondo de aquel enorme pozo, mi alma parece gemir y retroceder, asustada, ante la llamada de algún horror agazapado, que cada vez más, y en silencio, la atrae hacia una esquina de aquel laberinto; y sé que, si llego a doblarla, jamás podré volver a este mundo. Así que lucho desesperadamente; la mente y la conciencia luchan juntas en mi ayuda. La agonía es tan grande que podría gritar, si no fuera porque el miedo que me atenaza en la cama me paraliza y me deja helado.

Cuando parece que mis fuerzas están a punto de abandonarme, mi alma y mi cuerpo resultan victoriosos y se funden lentamente entre sí. Y entonces me vuelvo a encontrar en la cama, agotado por la terrible lucha. Pero aún sigo sintiendo a mi alrededor la presencia de un espantoso terror, como si alguna monstruosidad agazapada hubiese salido de aquel horrible lugar y me hubiera seguido, inmóvil, silenciosa e invisible, y me amenazase, a mí que estoy acostado. ¿Me comprende? Es como una Presencia monstruosa.

—Sí —dije—. Le sigo.

La frente del hombre estaba cubierta de un sudor tan copioso, que indudablemente debía de haber revivido los horrores que había experimentado.

Tras una pausa, prosiguió su narración.

—Ahora viene la parte más curiosa del sueño o lo que sea. Mientras me encuentro echado en la cama, exhausto, siempre oigo un ruido. Y esto se produce mientras el dormitorio aún está lleno de esa especie de atmósfera impregnada de monstruosidad que parece acompañarme cuando salgo de aquel lugar. Oigo llegar un sonido que va subiendo desde aquel enorme abismo, y siempre es un ruido de cerdos..., de cerdos gruñendo, ya sabe. Es sencillamente espantoso. El sueño es siempre el mismo. En ocasiones lo sufro durante una semana seguida, a no ser que me esfuerce por mantenerme despierto; pero, como es lógico, alguna vez me quedo dormido. Creo que si esto dura mucho tiempo, acabaré volviéndome loco. ¿No opina lo mismo?

Asentí con la cabeza y miré su rostro de persona sensible. ¡Pobre hombre!

Sin ninguna duda, debía de haber pasado por todo aquello.

—Cuénteme más cosas —dije—. ¿A qué le sonaban exactamente esos... gruñidos?

—Ya se lo he dicho, al sonido de unos cerdos gruñendo. Sólo que mucho más espantosos. Era una mezcla de gruñidos, chillidos y alaridos, como los que se oyen en una granja cuando les echan de comer. Supongo que habrá visto esas enormes granjas donde los crían a centenares. Todos los gruñidos, chillidos y alaridos se funden en un brutal caos de sonidos..., sólo que no es un caos porque se entremezclan de un modo extraño... Yo lo he oído, es una especie de estruendosa melodía porcina, compuesta de gruñidos, ronquidos y rugidos, mezclados con chillidos y gritos, y aderezados con una especie de aullidos porcinos. A veces he pensado que tiene un ritmo peculiar,

pues, de vez en cuando, surge de ella un GRUÑIDO gargantuesco, que sobrepasa el rugido de un millón de puercos..., un tremendo GRUÑIDO que posee ritmo propio. ¿Puede comprenderme? Es capaz de aturdir a cualquiera..., es como una especie de «terremoto espiritual». El clamor porcino, que aúlla, que chilla, que gruñe, ascendiendo de aquel abismo, y el monstruoso GRUÑIDO elevándose sobre los demás, con un ritmo recurrente..., la voz de la monstruosa madre de todos los cerdos vibrando desde las profundidades, a través de ese coro de cerdos enloquecidos de ira... ¡Es imposible! No puedo describirlo. Nadie podría. ¡Es realmente terrible! Y me asusta que piense que voy por mal camino, o que me convendría un cambio de aires o un reconstituyente; o que, si no me recupero pronto, acabaré en una casa de locos. ¡Si pudiese siquiera comprenderlo! Creía que el doctor Witton me comprendía a medias; pero ahora veo que me ha hecho que venga a verle como última esperanza. Debe de pensar que estoy listo para el manicomio. Podría jurarlo.

—¡Tonterías! —exclamé—. Usted está tan cuerdo como yo. Su facilidad para pensar tan claramente lo que quiere contarme y transmitírmelo de una manera tan perfecta que consigue que pueda imaginarme lo que ha visto, habla a favor de su equilibrio mental. Voy a investigar su caso y, si es lo que sospecho, uno de los raros ejemplos de brecha o de apertura en su barrera protectora (lo que podríamos decir que le aísla de las Monstruosidades del Exterior), creo que podremos resolver todos sus problemas. Pero antes tenemos que entrar en el nudo de la cuestión, y eso siempre resulta peligroso.

—Me arriesgaré —replicó Bains—. No puedo resistir esto por más tiempo.

—Muy bien —dije—. Váyase y vuelva a las cinco en punto. Para entonces ya lo tendré dispuesto todo. Y no se preocupe por su salud. Usted se encuentra bien y verá como dentro de poco todo estará en orden. Así que anímese y no tenga pensamientos negativos.

2

Después de comer me puse a hacer los preparativos pertinentes al caso en la sala de experimentación, que se encuentra al otro lado del rellano. Cuando Bains volvió a

las cinco en punto, estaba todo dispuesto, y le conduje inmediatamente hasta ella.

Como no anohecía hasta eso de las seis y media, aún tenía tiempo para acabar mis preparativos antes de que estuviese oscuro. Siempre prefiero comenzar con luz del día.

Bains me cogió del codo antes de entrar en la sala.

—Hay algo que debía haberle contado —dijo, adoptando un aire más bien tímido—. Creo que me da un poco de vergüenza decírselo.

—Adelante —le animé.

Dudó un momento y después lo soltó de un tirón.

—Le hablé del gruñido de los cerdos —dijo—. Bueno, pues yo también gruño. Sé que es algo horrible. Cuando estoy echado en la cama y oigo que esos sonidos van hacia mí, entonces me pongo a gruñir yo también, como si les contestase. Soy incapaz de contenerme. Lo hago y punto. O algo me obliga a hacerlo. Jamás se lo conté al doctor Witton. Me fue imposible. Estoy seguro de que usted ahora pensará que estoy loco.

Me miró al rostro, lleno de ansiedad y extrañamente avergonzado.

—No es más que la secuencia natural de una serie de acontecimientos anormales, y estoy contento de que me lo haya dicho —dije, dándole una palmada en la espalda—. Es una justa consecuencia de lo que me había contado. Ya he tenido dos casos que, en cierto modo, se parecían al suyo.

—¿Y qué ocurrió? —me preguntó—. ¿Se curaron?

—Uno vive y goza de buena salud, señor Bains —contesté—. El otro quedó muy afectado de los nervios y, afortunadamente para todos, murió.

Mientras hablaba, había cerrado la puerta con llave. Barnes miró a su alrededor, más bien alarmado, me imagino, al ver mis aparatos.

—¿Qué va a hacer? —preguntó—. ¿No será un experimento peligroso?

—Bastante peligroso —contesté—, si no sigue mis instrucciones al pie de la letra. Ambos corremos el riesgo de no salir jamás vivos de esta habitación.

¿Tengo su palabra de que puedo confiar en que me obedecerá pase lo que pase?

Eché un vistazo alrededor y después me miró.

—Sí —afirmó.

Y fijaos, estuve seguro de que cuando llegase el momento demostraría que estaba hecho de buena madera.

Comencé a disponer las cosas para trabajar con ellas en cuanto anoheciese. Le dije a Bains que se quitase la americana y el calzado, y le vestí de pies a cabeza con un traje de caucho de una pieza, una especie de mono, al que añadí unos guantes y un casco con orejeras, todo del mismo material.

Yo también me vestí de la misma manera. Entonces comencé el siguiente estadio de los preparativos para la noche.

Ante todo, debo decir que la habitación mide treinta y nueve por treinta y siete pies, y que posee un piso de parqué bastante grueso, cubierto por una espesa capa de caucho de media pulgada de espesor.

Había vaciado enteramente la habitación, para dejar exactamente en su centro una mesa tapizada, con patas de cristal, un montón de tubos de vacío y de baterías, y las tres partes del aparato especial que requería mi experimento.

—Ahora, Bains —ordené—, acérquese y quédese cerca de esta mesa. No dé vueltas. Voy a levantar una «barrera» protectora a nuestro alrededor, que, una vez que esté construida, ninguno deberá cruzar, ni siquiera sacando fuera un pie o una mano.

Volvimos al centro de la habitación y él se quedó al lado de la mesa, mientras yo comenzaba a montar a nuestro alrededor los tubos de vacío.

Intentaba utilizar la nueva «defensa de espectro» que había estado perfeccionando últimamente. Consiste en siete tubos de vacío que adoptan las formas de siete circunferencias concéntricas, de los siguientes colores, comenzando de fuera a dentro: rojo, naranja, amarillo, verde, azul, índigo y violeta.

Aunque la habitación estaba bastante iluminada, la atmósfera ya presagiaba la caída de la tarde, por lo que me di prisa en acabar.

Mientras conectaba los tubos entre sí, me sentí ligeramente nervioso. Al mirar a Bains, que seguía estando junto a la mesa, vi que me miraba fijamente.

Parecía completamente absorto en recuerdos desagradables.

—Por amor de Dios, deje de pensar en esos horrores —le dije, alzando la voz—. Ya tendrá tiempo de dedicarse a ello más tarde. Pero en esta habitación especialmente construida lo mejor es no pensar en esas cosas hasta que se hayan conectado las barreras. Concentre su mente en cualquier cosa normal o superficial. El teatro servirá: piense en la última obra que vio en el Gaiety.

Charlaremos de ello en un momento.

Veinte minutos después, la «barrera» que nos rodeaba había sido completada, y procedí a conectar las baterías. Hasta entonces, la habitación había catado sumida en la tonalidad gris del crepúsculo, de modo que los siete tubos de diferentes colores resplandecieron con un efecto sorprendente, generando una fría luminosidad.

—¡Por Júpiter! —exclamó Bains—. ¡Esto es maravilloso..., realmente maravilloso!

El otro aparato que estaba montando en aquellos momentos constaba de una cámara de diseño especial, de un fonógrafo modificado con auriculares en lugar del altavoz, y de un disco de vidrio, compuesto de innumerables tubos de vacío dispuestos de un modo peculiar. De él salían dos hilos metálicos que iban a dar a un electrodo construido de manera que pudiese ajustarse alrededor de la cabeza.

Cuando terminé de conectar las tres partes, se había hecho prácticamente de noche. Bajo el inusual resplandor de los siete tubos de vacío, la habitación,

virtualmente a oscuras, adquirió una apariencia de lo más extraña.

—Ahora, Bains —dije—, quiero que se eche en esta mesa. Ponga las manos a lo largo de los costados y quédese quieto y pensando. Sólo tiene que hacer dos cosas. La primera, seguir echado y concentrarse en los detalles del sueño que siempre se repite; y la otra, no moverse de la mesa a pesar de lo que pueda oír o suceder, si yo no le digo lo contrario. ¿Entendido?

—Sí —contestó—. Creo que puede confiar en mí, no me comportaré estúpidamente. Sin saber por qué, me siento extrañamente a salvo con usted.

—Me alegro —comenté—. Pero no minimice el posible peligro que corremos. Puede haber un gran peligro. Ahora permítame que le ponga esta banda en la cabeza —y le ajusté el electrodo.

Le di unas cuantas instrucciones más, diciéndole que sobre todo concentrarse sus pensamientos en los sonidos que siempre oía al despertarse, y volví a advertirle nuevamente que no se quedase dormido.

—No hable —dije—, y no fije su atención en mí. Si ve que interrumpo su concentración, cierre los ojos.

Se echó encima de la mesa y yo cogí el plato de vidrio, colocando la cámara frente a él, de manera que el objetivo estuviese enfocando exactamente el centro del mismo.

Apenas había acabado de hacer esta operación, una oscilación de luz verdosa recorrió los tubos de vacío del disco. Luego desapareció, y quizá durante un minuto reinó una total oscuridad; pero no tardó en repetirse..., vacilando, como si girase, y pasando de una tonalidad a otra, desde un verde oscuro a un repugnante glauco; y así una y otra vez.

Cada medio segundo más o menos, un relámpago amarillo de una tonalidad horrible, tremendamente desagradable, atravesaba la colección de resplandores verdes; acto seguido, una gran onda de color rojo ladrillo, que moría tan rápidamente como había llegado, recorría el disco, dando paso a los cambiantes verdes que no tardaban en ser cruzados por la repugnante tonalidad amarilla. Aproximadamente cada siete segundos, el disco era recubierto por la enorme pulsación de color rojo ladrillo, que vencía al resto de colores.

«Se está concentrando en los sonidos», me dije, sintiendo una extraña excitación mientras seguía trabajando con mis aparatos. Volví la cabeza para comentar algo a Bains.

—No se asuste de lo que ocurra. Todo va bien.

Entonces comencé a manipular la cámara. En lugar de película o placa llevaba un largo rollo de cinta de un papel especial. Al girar la manivela, el rollo pasaba a través de la máquina, dejando que la cinta se impresionase.

Me llevó cinco minutos exponer el papel, y durante ese tiempo predominaron las

luces verdes; pero el oscuro color rojo ladrillo jamás dejaba de expandirse, cada siete segundos, por los tubos de vacío del disco. Era como el contrapunto de alguna muda melodía, particularmente desapacible.

Saqué de la cámara el rollo que había expuesto, colocándolo horizontalmente en los dos soportes que, a tal efecto, había dispuesto en el fonógrafo modificado. En los lugares donde el papel había recibido la heterogénea luz del disco, su superficie aparecía surcada por unas pequeñas e irregulares ondulaciones un tanto curiosas.

Desenrollé cerca de un pie de cinta, introduciendo su extremo libre en la hendidura de una bobina vacía (en el lado opuesto de la cámara), que también recibía el movimiento del gramófono. Cogí el diafragma y lo coloqué delicadamente sobre la cinta. En lugar de la usual aguja, el diafragma estaba provisto de una escobilla de filamentos metálicos, de buena apariencia y de cerca de una pulgada de ancha, que abarcaba la anchura de la cinta. La fina y frágil escobilla descansaba sobre la superficie especial del papel. Cuando conecté el dispositivo, la cinta comenzó a pasar bajo la escobilla y, mientras lo hacía, las delicadas sedas de filamento metálico se adaptaron a las más mínimas alteraciones de su superficie, generadas por las irregulares excrescencias de tipo sinusoidal que en ella habían producido las luces.

Me coloqué los auriculares y al instante comprendí que había conseguido registrar lo que Bains había oído en sueños. De hecho, lo que yo escuchaba «mentalmente» lo generaba el esfuerzo por recordarlo que hacía su memoria.

Oía algo que me recordaba los lejanos y débiles chillidos y gruñidos de innumerables cerdos. Era extraordinario y, al mismo tiempo, exquisitamente terrible e infame. Me asustó, pues me dio la sensación de haberme acercado a algo abyecto y terriblemente peligroso.

Tan fuerte e imperiosa era aquella sensación que me quité violentamente los auriculares de los oídos, y me quedé sentado un momento, mirando a mi alrededor en aquella habitación, en espera de que mis sensaciones volviesen a ser normales.

La estancia me pareció extraña e imprecisa bajo el apagado resplandor de los tubos circulares, y tuve la sensación de que el olor de algo monstruoso llenaba el aire que me rodeaba. Recordé que Bains me había hablado de la sensación que siempre tenía después de volver de «aquel lugar», de que algo terrible le había seguido, impregnando con su presencia su dormitorio. En aquellos momentos comprendía perfectamente lo que quería decir... tan bien que incluso acabo de utilizar ahora inconscientemente los mismos términos, o casi, que él para intentar explicaros lo que entonces sentí.

Al volverme para hablarle, vi que había algo insólito en el centro de la «defensa».

Llegados a este punto, debo explicaros, amigos míos, que aquella nueva «defensa» tenía ciertas cualidades de lo que llamaré «focalización», una nueva teoría que estaba experimentando.

El Manuscrito Sigsand ya había dicho algo al respecto: «Evita la diversidad del color; no permanezcas en el interior de la barrera de luces coloreadas, pues Satán se complace en el color. Dejará de estar contenido en el Abismo si te aventuras por él revestido de rojo púrpura. Así pues, sé prevenido.

Y no olvides que en el azul, el color de los Cielos de Dios, hallarás la salvación.»

Como veis, de aquel pasaje del Manuscrito Sigsand había sacado la idea de la nueva «defensa». Mi intención había sido hacer una, pero con las mismas propiedades de «focalización» o de «atracción» de que hablaba el Ms. Sigsand.

Había experimentado muchísimo, consiguiendo demostrar que los rojos púrpura—formados por los dos colores extremos del espectro visible, el rojo y el violeta—, son tremendamente peligrosos; hasta el punto de que son capaces de «atraer» o «focalizar» las fuerzas del Exterior. Cualquier acción o «intervención» por parte del experimentador puede tener resultados terriblemente amplificadas si la acción es realizada en el interior de barreras compuestas por estos colores, en determinadas proporciones y matices.

Del mismo modo, por lo general el azul es una «buena defensa». El amarillo suele ser neutro y el verde supone una protección maravillosa dentro de ciertos límites. El naranja, por lo que puedo decir, es ligeramente atractivo, y el índigo es peligroso en sí mismo, de forma limitada, pero en ciertas combinaciones con los demás colores se convierte en una «defensa» poderosa.

Ni siquiera he descubierto la décima parte de las posibilidades de mis tubos circulares de vacío. En cierta manera, forman como una especie de órgano de colores, sobre el que tengo la impresión de estar tocando una melodía de notas de colores que pueden generar resultados liberadores o infernales. No sé si sabréis que tengo un clavijero que me permite conectar a voluntad los diferentes tubos de color.

Bueno, amigos míos, creo que ahora comprenderéis lo que sentí cuando vi el aspecto tan singular que adquiría el piso, justo en medio de la «defensa».

Parecía como si en él se encontrase una forma circular, pero no a nivel del suelo, sino a unas pulgadas por encima. Mientras la miraba, la sombra pareció hacerse más espesa y oscura en su interior. Se extendió desde el centro hacia el exterior y se oscureció al mismo tiempo.

Yo seguía vigilando, por lo demás bastante intrigado, pues la combinación de luces que había preparado se correspondía con bastante exactitud a lo que pudiera llamarse «defensa general». Pero no tenía intenciones de crear una focalización hasta no conocer más de sus propiedades. De hecho, en aquella experiencia, la primera, había decidido no ir más allá de un mero intento destinado a hacerme una idea de aquello con lo que debía enfrentarme.

Me arrodillé rápidamente y toqué el piso con la palma de la mano. Me pareció perfectamente normal, lo cual me dio la seguridad de que no se había producido

ninguna manifestación Saaitii; es uno de los peligros que pueden ocurrir al hacer uso de la «defensa», ya que estas manifestaciones son capaces de utilizar sus mismísimos materiales y materializarse en cualquier lugar, excepto en el fuego.

Mientras seguía de rodillas, de repente me di cuenta de que las patas de cristal de la mesa sobre la que se había echado Bains aparecían parcialmente cubiertas de una oscuridad que se iba haciendo cada vez más espesa. Incluso mis manos perdían su contorno al aproximarlas al piso.

Me puse en pie de un salto y retrocedí un par de pasos para observar el fenómeno desde un poco más lejos. Lo que me dejó atónito fue ver que la mesa parecía diferente. Era inexplicablemente más baja.

«Será la sombra que tapa las patas —me dije—. Esto promete ser interesante; pero mejor será impedir que las cosas vayan más lejos.»

Así que le pedí a Bains que dejase de concentrarse en sus pensamientos.

—Deje de pensar durante unos instantes —dije, pero no me contestó, y de repente me di cuenta de que la mesa estaba aun más baja.

—¡Bains! —exclamé—. ¡Deje de pensar durante unos instantes!

Y entonces comprendí lo que estaba pasando.

—¡Despierte, hombre, despierte! —exclamé.

Se había quedado dormido..., justamente lo último que debía hacer, ya que así duplicaba el peligro. ¡No me extrañaba que hubiera conseguido tan buenos resultados! Aquel pobre hombre estaba agotado después de tantas noches sin dormir. No se movió, ni dijo nada, mientras corría hacia él.

—¡Despierte! —grité de nuevo, zarandeándole por los hombros.

Mi voz suscitó ecos desagradables en la habitación, tan grande y vacía; Bains seguía tan inmóvil como un muerto.

Mientras le zarandeaba una vez más, descubrí que me hundía hasta las rodillas en la sombra circular. Parecía la boca de un pozo. A partir de las rodillas no me veía las piernas, aunque sintiese que el piso seguía siendo firme y sólido; pero, al mismo tiempo, tenía la sensación de que las cosas estaban un poco más lejos de lo que debieran. Por eso me dirigí rápidamente al panel de control y conecté la «defensa total».

Al volver rápidamente a la mesa, sufrí una terrible impresión que me dio ganas de vomitar. La mesa había vuelto a hundirse. Su extremo superior estaba sólo a un par de pies por encima del piso, y sus patas tenían la apariencia recortada que observamos al mirar un bastón metido en el agua. Se veían vagas y en la penumbra, rodeadas por el peculiar círculo de oscuras sombras que tanto se parecía a la negra boca de un pozo. Sólo podía ver claramente el extremo superior de la mesa, con Bains echado, inmóvil, sobre ella... y mientras seguía mirando, se iba hundiendo lentamente en el círculo negro.

3

No había un instante que perder. Rápido como el rayo, pasé mis brazos por debajo del cuerpo y el cuello de Bains y le levanté de la mesa. Pero, mientras lo hacía, lanzó un gruñido, como el de un cerdo enorme, que me dejó sordo.

Aquel sonido me espantó tanto que llegué a pensar que lo que llevaba en brazos era un cerdo y no una persona. Poco me faltó para dejar caer mi carga.

Entonces, acerqué su rostro a la luz y lo examiné. Tenía los ojos medio abiertos y me miraba como si me estuviese viendo.

Volvió a gruñir de nuevo. Y pude sentir que su diminuto cuerpo se agitaba ante aquel sonido.

Le llamó.

—¡Bains! ¿Puede oírme?

Sus ojos seguían mirándome; y, mientras intercambiábamos nuestras miradas, volvió a gruñir como un cerdo.

Soltando una mano, le sacudí una fuerte bofetada.

—¡Despierte, Bains! —exclamé—. ¡Despierte!

Pero lo mismo me hubiese dado abofetear a un cadáver. Siguió mirándome fijamente. Me acerqué aún más a él y escruté sus ojos más intensamente. Y vi un horror demente, petrificado y lúcido, como jamás había contemplado. ¿Comprendéis lo que quiero decir?

Miré rápidamente hacia donde estaba la mesa. Había recobrado su altura normal, y se la veía como siempre. La curiosa sombra que me había sugerido la negra boca de un pozo había desaparecido. Me sentí aliviado y supuse que al conectar la «defensa total» había conseguido eliminar la posibilidad de que se crease un «foco parcial».

Depositó a Bains en el piso y eché una mirada alrededor para ver que era lo mejor que se podía hacer. No me atreví a dar un paso fuera de las barreras, al menos no hasta que las «tensiones peligrosas» que pudiese haber en la habitación hubieran sido eliminadas. Además, no era prudente dejar que Bains volviera a dormirse y que sufriese nuevamente el tipo de sueño que le asaltaba, ni siquiera dentro de la «defensa total»; o, al menos, no hasta haber realizado ciertas operaciones que aún no había llevado a cabo.

Puedo confesaros que estaba enormemente agitado. Volví a mirar a Bains y a sentirme anonadado, pues la peculiar sombra circular había vuelto a formarse alrededor de él, justo donde le había dejado en el suelo. Sus manos y rostro aparecían curiosamente imprecisos y distorsionados, como si estuvieran sumergidos bajo varias pulgadas de agua poco limpia. Pero sus ojos seguían siendo visibles en cierta modo. Me miraban fijamente, mudos y terribles, a través de aquella horrible y sombría penumbra.

Me detuve, y rápidamente, con un simple movimiento, levanté a Bains del suelo. Por tercera vez volvió a gruñir como un cerdo, mientras lo tenía en brazos. Fue algo abominable.

Me paré en seco, siempre dentro de la barrera y con Bains en brazos, y eché una rápida mirada a toda la habitación y después al piso. La espesa sombra se había formado alrededor de mis pies, y tuve que irme rápidamente al otro lado de la mesa. Miré hacia donde había estado la sombra y vi que se había desvanecido; volví a mirar a mis pies y me asusté tremendamente, porque, aunque muy imprecisa, la sombra había vuelto a formarse alrededor de donde me encontraba.

Di un paso y esperé a que se hiciese invisible; pero otra vez una especie de mancha comenzó a dibujarse alrededor de mis pies.

Avancé otro paso y recorrí con la mirada la habitación, pensando en salir corriendo hacia la puerta. Y en aquel instante vi que aquello sería ciertamente imposible, ya que había algo indefinido en la atmósfera de la habitación..., algo que se movía en círculos alrededor de la barrera?.

Volví a mirarme los pies y nuevamente observé que la sombra se había hecho más espesa cerca de ellos. Di un paso hacia la derecha y, mientras desaparecía, volví a echar una mirada por todo lo largo y ancho de la gran habitación... Me pareció ver algo tremendamente grande y en absoluto familiar.

Me pregunto si sabéis a qué me refiero.

Mientras estaba mirando, volví a ver la indefinida silueta de algo que flotaba en el aire de la habitación. La observé detenidamente cerca de un minuto, que fue el tiempo que invirtió en dar dos vueltas alrededor de la barrera. Y súbitamente la vi con más detalle. Parecía una pequeña bocanada de humo negro.

En aquellos momentos tenía otras cosas en qué pensar, pues de repente me asaltó una extraña sensación de vértigo y la impresión de que caía... Era como un cuerpo cayendo en el vacío. Al mirar hacia abajo me sentí mareado, y en aquel momento vi que me había hundido hasta los muslos en lo que parecía ser la sombría e inconfundible boca de un pozo. ¿Os dais cuenta? Me estaba hundiendo dentro de esa cosa, con Bains en los brazos.

Una furiosa sensación de cólera me invadió, y con el pie derecho di una violenta patada hacia abajo. Pero no encontré nada tangible, sino que atravesé limpiamente la masa de sombras y fui a dar un violento golpe contra el piso.

Había pasado a través de algo que había hecho que se me pusiese carne de gallina..., algo invisible y vago que parecía desarrollar algún campo eléctrico. Y comprendí que, si hubiese sido más fuerte, no me habría resultado posible franquearlo. ¿Me explico con claridad?

Me volví en redondo, pero la cosa bestial ya se había ido. Sin embargo, mientras estaba junto a la mesa, la lenta forma gris de una sombra circular comenzó a formarse

alrededor de mis pies.

Me fui al otro lado de la mesa y me apoyé en ella durante un instante, pues estaba temblando de pies a cabeza a causa del indecible terror que se estaba apoderando de mí, diferente a cualquier otro que hubiera conocido. Era como si me encontrase cerca de algo a lo que ningún ser humano debe aproximarse, a riesgo de perder su alma. Y me pregunté si no habría sentido el mismo horror que Bains, continuamente en tensión, sufría en aquellos momentos, mientras seguía llevándole en brazos.

En aquel momento, fuera de la barrera había varias de aquellas nubecillas oscuras, idénticas a pequeñas bocanadas de humo negro. Estuve mirándolas unos minutos y, mientras miraba, aumentaron en número; en todo ese tiempo no dejé de moverme de un lado para otro dentro de la «defensa», para impedir que la sombra se formase otra vez alrededor de mis pies.

Entonces observé que mi constante cambio de posición se había convertido en un lento caminar, más bien monótono, de aquí para allá, dentro de la «defensa», llevando continuamente el cuerpo anormalmente rígido del pobre Bains.

Comenzaba a cansarme, pues aunque él era menudo, su rigidez resultaba terriblemente molesta y difícil de soportar, como podéis imaginar. Sin embargo, no se me ocurría otra cosa. Había desistido de zarandearle o de intentar que despertase, por la simple razón de que mentalmente estaba tan despierto como yo, aunque físicamente inanimado. Se trataba de una de esas disociaciones espirituales de carácter parcial, que siempre había intentado comprender.

Ya había desconectado los tubos rojo, naranja, amarillo y verde, de manera que aún seguía funcionando la «defensa total», o sea la gama azul del espectro...

Sabía que las vibraciones repulsivas de cada uno de los tres colores: azul, índigo y violeta eran lanzadas al espacio. Sin embargo, estaban demostrando que eran insuficientes, por lo que me veía en la disyuntiva de realizar alguna acción desesperada para estimular a Bains a realizar un mayor esfuerzo de voluntad del que me parecía que estaba haciendo, o arriesgarme a experimentar con las combinaciones de los colores defensivos.

Tal como estaban las cosas en aquel momento, el peligro iba cada vez más en aumento, pues, para decirlo rápidamente, lo que se veía en el aire de fuera de la barrera indicaba que se estaban generando tensiones muy peligrosas. Lo mismo pasaba dentro de ella, pues la tenaz recurrencia de la sombra, probaba que la «defensa» era insuficiente.

En resumen, tenía miedo de que Bains, debido a su peculiar condición, fuese literalmente una «puerta» abierta en la «defensa»; así pues, si no conseguía despertarle o encontrar las combinaciones de tubos correctas que me permitiesen suscitar vibraciones con la energía suficiente para repeler aquel particular peligro, la cosa se nos pondría bastante fea. Comprendí que había dado pruebas de una estupidez

increíble al no haber previsto la posibilidad de que Bains se quedase dormido por el efecto, deliberadamente hipnótico, de recordar lo que le había sucedido durante el sueño.

Si no lograba aumentar la energía repulsiva de las barreras o despertar a Bains, no me quedaría otra salida, por lo que estaba viendo, que elegir entre una carrera desesperada hacia la puerta —y lo que veía al otro lado de la barrera me mostraba que era prácticamente imposible—, y lanzarle a él fuera de la barrera, lo que tampoco parecía factible.

Durante todo aquel tiempo no había dejado de moverme dentro de la barrera; de repente vi que el peligro que nos amenazaba adquiriría una nueva forma. Exactamente en el centro de la «defensa», la sombra había formado un círculo de un pie de diámetro, de un intensísimo color negro.

Aumentaba de tamaño según lo miraba. Era horrible verlo crecer. Pareció reptar hasta convertirse en un círculo bastante amplio de una yarda de diámetro.

Sin pérdida de tiempo, dejé a Bains en el suelo. Era evidente que alguna fuerza de «fuera» estaba realizando un tremendo esfuerzo por penetrar en la «defensa», lo que me obligaba a llevar a cabo un intento final para ayudar a Bains a que «despertase». Así que cogí una lanceta y levanté la manga izquierda de su traje aislante.

Lo que iba a hacer comportaba un terrible riesgo, y lo sabía, pues es evidente que, de alguna manera, la sangre ejerce un extraordinario poder de atracción.

El Manuscrito Sigsand menciona particularmente este hecho en un pasaje que dice, más o menos, así: «En la sangre reside la Voz que llama a través del espacio. Los Monstruos de la Profundidad lo oyen, y, al oírla, se les suscita el deseo. De manera análoga, también se demuestra eficaz para reclamar el alma que vaga alocadamente fuera del cuerpo en el que encuentra su natural morada. Pero, ¡ay de aquellos que malgastan su sangre en la hora fatal! Pues no faltarán Monstruos que oigan el Grito de su Sangre.»

Aquel era el riesgo que tenía que correr. Sabía que la sangre atraería a las fuerzas de fuera, pero que llamaría aún con más fuerza a la porción de la «esencia» de Bains que se había desprendido de él al caer a las profundidades.

Antes de herirle con la lanceta, miré hacia la sombra. Había crecido y su borde se encontraba a menos de dos pies del hombro derecho de Bains.

Mientras la miraba, continuaba acercándose, como si reptase, con el mismo tipo de movimiento que hace el borde de un papel al quemarse y ennegrecerse.

Aquella cosa ya tenía menos apariencia de sombra, no parecía tan espectral como antes. Se asemejaba, lisa y llanamente, a la negra boca de un pozo.

—Ahora, Bains —dije—, levántese, hombre. ¡Despierte!

Y al mismo tiempo que le hablaba, usé mi lanceta, rápida, aunque superficialmente.

Observé cómo manaba la pequeña gota roja de sangre y le corría a lo largo del puño, para caer al suelo de la «defensa». Y ocurrió lo que había estado temiendo. En la habitación hubo un ruido, como una especie de trueno sordo, y unos extraños relámpagos de apariencia ominosa culebrearon desordenadamente en la parte del piso que se encontraba al otro lado de la barrera.

Le interpele una vez más, intentando hablarle con voz tranquila y firme, mientras veía que el horrible círculo de sombra había recubierto por completo cada pulgada cuadrada del centro de la «defensa», hasta tal punto que habría podido decirse que Bains y yo estábamos suspendidos sobre un vacío de negrura indecible..., el negro vacío que me contemplaba desde el fondo de aquel sombrío pozo. Y, sin embargo, durante todo el tiempo, mientras me arrodillaba junto a Bains y le cogía del puño, podía sentir la solidez del piso bajo mis rodillas.

—¡Bains! —insistí una vez más, intentando no gritar demasiado alto—. ¡Bains, despierte! ¡Despierte, hombre! ¡Despierte!

Pero él seguía sin moverse, y me miraba fijamente con ojos llenos de silencioso horror, que parecían contemplarme desde las profundidades de alguna terrible eternidad.

4

La sombra se había hecho más espesa y oscura a nuestro alrededor. Una vez más, sentí apoderarse de mí aquel extraño y terrible vértigo. Levantándome de un salto, cogí a Bains en brazos y franqueé el primero de los círculos protectores —el violeta—, para quedarme entre él y el de color índigo, manteniendo a Bains lo más cerca de mí que podía, para impedir que cualquier parte de su cuerpo inerte sobresaliese de los círculos índigo y azul.

De la boca de tinieblas que en aquellos momentos llenaba totalmente el centro de la «defensa» llegó un débil sonido..., que parecía provenir de abismos desconocidos. Sonaba lejano y débil, muy débil, pero lo reconocí al momento y sin temor a confundirme: era el murmullo, infinitamente lejano, de un incontable número de cerdos.

Y en ese mismo momento, como si contestase a aquel sonido, Bains, mientras lo llevaba en brazos, gruñó como uno de ellos.

Permanecí entre los tubos de vacío de los círculos, mirando confuso a la izquierda, hacia la boca del pozo, cubierta de negras sombras, que parecía conducir directamente al Infierno.

Los acontecimientos habían llegado mucho más lejos de lo que hubiera podido imaginar y, como se habían producido de manera cada vez más súbita y terrible, me encontraba por debajo de mis condiciones normales. Me sentía mentalmente paralizado, y no podía pensar en nada, excepto que a menos de veinte pies se encontraba la puerta que daba a un mundo totalmente natural, y que allí me las tendría que ver cara a cara con un peligro impensado sin saber qué hacer para escapar de él.

Lo comprenderéis mejor si os digo que el resplandor azulado de los tres tubos me mostraba que en aquel momento había centenares de aquellas pequeñas nubecillas negras girando alrededor de la barrera, en continua e interminable procesión.

Y yo seguía llevando en brazos el cuerpo rígido de Bains, intentando no dar rienda suelta al disgusto que sentía cada vez que gruñía, cosa que hacía cada veinte o treinta segundos, como en respuesta a los sonidos que llegaban muy debilitados a mi oído. Aquello era peor que estar con un cadáver en brazos, ya que me balanceaba entre la muerte física y la destrucción de mi alma.

De repente, del abismo que se encontraba tan cerca de mí que uno de mis hombros caía sobre él, llegó nuevamente un tenue y fantástico sonido de cerdos, tan débil que se hubiera dicho que era tan remoto como un eco perdido.

Bains contestó con un chillido porcino que suscitó en cada una de mis fibras un humano sentimiento de protesta y me hizo padecer un sudor frío de pies a cabeza. Sacando fuerzas de flaqueza, intenté penetrar con la vista la sombría boca del abismo. Por segunda vez, un trueno sordo retumbó en la habitación, haciendo que cada articulación de mi cuerpo me pareciese que se rompía y comenzara a arder.

Al volverme hacia el pozo, había dejado inadvertidamente que un talón de Bains sobresaliera ligeramente, durante un momento, del círculo azul, con lo que una fracción de la «tensión» de fuera de la barrera se descargó a través de Bains y de mí. Si me hubiese encontrado en el corazón de la «defensa», en lugar de estar «aislado» por el círculo violeta, sin duda las consecuencias habrían sido mucho más serias. No obstante, había sentido, psíquicamente hablando, la espantosa sensación de sentirme sucio que todo ser humano experimenta siempre que se acerca demasiado a ciertas Monstruosidades del Exterior.

¿Recordáis, amigos míos, que tuve la misma sensación cuando la Mano se me acercó demasiado en «El caso de la Puerta»?

Los efectos físicos fueron lo suficientemente interesantes para que os los

mencione: Bains tenía rota la bota del pie izquierdo y llevaba subida hasta la rodilla la correspondiente pernera de su mono, por lo que pude ver alrededor de la pierna gran número de marcas azuladas que formaban espirales irregulares.

Seguí de pie, con Bains en brazos, temblando por todo mi cuerpo. Me dolía la cabeza y tenía todas las articulaciones curiosamente entumecidas; pero mis dolores físicos no eran nada comparados con mis padecimientos psíquicos.

¡Sentía que estábamos acabados! No tenía el suficiente espacio para darme la vuelta o moverme, ya que el comprendido entre la circunferencia violeta, que era la más interior, y la azul, la más exterior, era de treinta y una pulgadas, incluida la pulgada del grosor del tubo índigo. Así que, como veis, me veía obligado a permanecer tan tieso como una estatua, temiendo a cada momento recibir un nuevo susto, e incapaz de pensar lo que debía hacer.

Me atrevería a decir que pasé así cinco minutos. Bains no había gruñido desde que la «tensión» se descargara a través de él, lo que me daba una tremenda alegría, aunque al principio llegué a temer que estuviese muerto.

Ningún nuevo sonido había salido de la oscura boca del pozo que se encontraba a mi izquierda, por lo que me sentí con el suficiente autocontrol para mirar lo que ocurría a mi alrededor y comenzar a reflexionar. Me incliné una vez más para poder observar directamente el fondo del sombrío pozo. El borde de la boca circular, que tenía una curiosa apariencia sólida, como si estuviese formada de alguna substancia similar a vidrio negro, estaba perfectamente definido.

Dentro del pozo podía distinguir la misma apariencia de solidez hasta una profundidad considerable, aunque de forma un tanto fluctuante. El centro de aquel extraordinario fenómeno estaba formado por una simple y absoluta negrura..., una completa negrura aterciopelada que parecía absorber toda la luz de la habitación. No podía ver más, y si algo salió de aquel abismo, además de un silencio absoluto, fue la atmósfera cargada de miedo que me iba afectando cada vez más a medida que pasaban los minutos.

Me di la vuelta, lenta y cuidadosamente, para no correr el riesgo de que ninguna parte del cuerpo de Bains o del mío propio sobresaliesen fuera de la circunferencia azul. Entonces vi que las cosas que se encontraban al otro lado del círculo azul se habían desarrollado considerablemente: las extrañas y oscuras bocanadas de humo, similares a nubes, habían crecido enormemente en número, de suerte que, al fundirse unas con otras, habían formado una gran muralla, sombría y circular, como de jirones de nube, que giraba, giraba y giraba sin cesar, ocultando el resto de la habitación de mi vista.

Quizá pasó un minuto mientras estuve mirando aquello; y entonces, fijaos, la habitación tembló ligeramente. El temblor duró tres o cuatro segundos y se desvaneció; pero volvió al cabo de medio minuto y fue repitiéndose de vez en

cuando. En aquellos temblores había una leve oscilación que me hizo recordar lo ocurrido en «El caso del embrujamiento del Jarvee». ¿Os acordáis?

La sacudida volvió a repetirse, acompañada por una especie de relámpago de luz espectral que pareció recorrer por fuera toda la barrera; súbitamente, un extraño gruñido inundó la habitación..., un aullido enormemente bestial, una tormenta de gruñidos de cerdo.

De repente se hizo el silencio, y Bains, a quien seguía llevando en brazos, igual de rígido que siempre, gruñó dos veces, como respondiendo. Volvió la tormenta de ruidos porcinos, hasta convertirse en una avalancha gigantesca de sonidos bestiales que inundaron la habitación, silbando, chillando, gruñendo, y aullando. Después, al ir apaciguándose aquella algarabía, se oyó un único y gargantuesco gruñido que provenía de la espantosa garganta de alguna monstruosidad, y durante un instante el aplastante coro de millones de cerdos invisibles se elevó de nuevo, atronador y rabioso por toda la habitación.

En aquel sonido había algo más que caos..., un ritmo poderosamente diabólico. Al principio era un multitudinario susurro porcino, al que venía a sumarse el conjunto de los gruñidos poco ruidosos de impensables millones de cerdos; y, casi al momento, con un sonido ensordecedor, aquello se convertía en un único y enorme gruñido. Entonces, como si se sintiese animado por éste, el estruendo producido por tan gran número de animales sacudía la habitación; y cada siete segundos, como yo sabía perfectamente sin necesidad de consultar mi reloj de pulsera, llegaba el único y tempestuoso sonido del gran gruñido, que era emitido por la garganta de alguna monstruosidad desconocida..., mientras seguía llevando en brazos a Bains, el humano que gruñía al compás de la melodía porcina..., un monstruo de cuerpo rígido que gruñía en mis brazos.

Estaba temblando de pies a cabeza y cubierto de sudor. Creo que comencé a rezar, pero si lo hice no recuerdo el tipo de oraciones que empleé. Nunca hasta entonces había sentido ni sufrido aquello por lo que estaba pasando, mientras seguía de pie, confinado en un espacio de treinta y una pulgadas de ancho, con aquella cosa que gruñía en brazos y la infernal melodía subiendo del gran Abismo, asediado por las «tensiones» que se encontraban a mi derecha, capaces de reducirme a un montón informe de carne chamuscada si llegaba a saltar por encima de las barreras.

Y entonces, con un efecto análogo al restallar de un trueno inesperado, la vasta tormenta de sonidos cesó; y la estancia quedó llena de silencio y de un inimaginable horror.

El silencio continuó. Sé que voy a decir algo que puede sonaros a una simpleza, pero la verdad es que el silencio parecía ir vertiéndose poco a poco en la habitación. No sé el motivo que me indujo a sentir eso, pero creo que mis palabras pueden dar una idea exacta de lo que creía sentir, mientras seguía llevando entre mis brazos el

cuerpo de Bains, quien aún gruñía débilmente.

La sombría y circular muralla formada por una continua nube negra que rodeaba la barrera con mayor opacidad que nunca, se movía a su alrededor una y otra vez, con un lento movimiento que parecía «eternizarse». Y, detrás de aquella negra y nubosa muralla que no dejaba de moverse en círculo, un silencio de muerte pareció derramarse por la habitación más allá de mi vista.

¿Comprendéis...?

Aquello me indicaba muy claramente el estado en que se encontraba mi salud mental, rayana en la locura, y la tensión psíquica a la que estaba expuesto... La forma que mi cerebro tenía de insistir en afirmar que el silencio se derramaba alrededor de la habitación me interesó profundamente. En efecto, me indicaba que o bien me encontraba en un estado que se acercaba a una fase de locura o que había alcanzado, psíquicamente hablando, un estado anormal de lucidez y sensibilidad, en donde el silencio dejaba de ser una cualidad abstracta para convertirse en un elemento definido y concreto, al menos para mí, de la misma manera (para emplear una comparación estúpidamente grosera) que la humedad invisible de la atmósfera se convertía en un elemento visible y concreto cuando se precipitaba como agua. Me pregunto si esta idea os atrae tanto como a mí.

Y entonces, fijaos, poco a poco fue creciendo en mí la sensación de que se me iba acercando un nuevo horror. Ese presentimiento o conocimiento, o como se lo quiera llamar, era tan fuerte que de repente sentí que me ahogaba... y creí que no podría resistirlo por más tiempo. Comprendí que, si ocurría algo, no tendría más remedio que sacar el revólver y pegarle a Bains un tiro en la cabeza, y después hacer otro tanto conmigo mismo, acabando de una vez aquel espantoso asunto.

Sin embargo, aquella sensación opresiva pasó al poco tiempo, y me sentí con más fuerzas y ánimos para enfrentarme nuevamente con la situación.

Además, por primera vez tenía una idea, aunque sin elaborar, de cómo conseguir que las cosas pudiesen mejorar; pero aún estaba demasiado aturdido para ver cómo podría ponerla en práctica.

Y entonces una queja casi inaudible y lejana sonó en la habitación, lo que me dio a entender que el peligro era inminente. Me incliné lentamente hacia mi izquierda, cuidando de que los pies de Bains no sobrepasasen los límites del círculo azul, y escruté la negrura del pozo, que justamente por debajo de mi codo izquierdo se hundía en lo Desconocido.

Murió aquel lamento; pero muy lejos, en la negrura, había algo..., como una remota mancha luminosa. Permanecí en un ominoso silencio quizá durante diez largos minutos, mirando a la cosa. En todo ese tiempo estuvo aumentando continuamente de tamaño, de suerte que pude distinguirla mejor, aunque seguía estando muy lejos, dentro de aquel insondable y tremendo Abismo.

Mientras seguía mirando, aquel sordo lamento subió nuevamente hasta mí, y Bains, que había estado todo el tiempo más tieso que un palo, le respondió con un quejido largo e inhumano, que suponía una nueva abominación más.

En aquel momento sucedió una cosa muy curiosa. Alrededor de la boca del pozo, que tenía la peculiar apariencia del vidrio oscuro, se produjo un súbito y brillante resplandor. Iba y venía de un modo extraño, ardiendo sin flama alrededor del borde, mientras giraba incesantemente en sentido contrario al de la muralla formada por la nube negra y compacta que rodeaba la barrera.

Aquel peculiar resplandor acabó por desaparecer. Entonces algo comenzó a salir del tremendo Abismo, y de repente fui consciente de la nefanda cualidad o «atmósfera» de aquella monstruosidad. Si dijera que fue como una vaharada, creo que describiría fielmente su aspecto externo; pero sería incapaz de expresar la sensación del mal que causó en mi espíritu. Y algo me advirtió que aquello sería capaz de mancillar hasta lo más íntimo de mi yo, si no lo apartaba de mí con un gran esfuerzo de voluntad.

Así que me aparté rápidamente del pozo, inclinándome hacia la más externa de las circunferencias luminosas. Intentaba estar atento a que ninguna parte de mi cuerpo sobresaliese por encima del pozo, mientras aquella Potencia abominable subía desde profundidades desconocidas.

Y al hacer aquello, al apartarme con tanta premura del centro de la «defensa», pude ver algo nuevo: que al otro lado de la muralla oscura que se movía incesantemente alrededor de la barrera había una cosa. No, más bien muchas cosas, me dije a mí mismo.

Lo primero que observé fue una extraña deformación de la muralla de humo que seguía dando vueltas a nuestro alrededor. Aquella deformación estaba a menos de dieciocho pulgadas del piso, justo delante de mí. En la muralla de humo se estaba dando un curioso fenómeno de «pudelación», como si algo se incorporase a ella. El área que sufría aquella pequeña deformación no era más ancha que un pie y no se mantenía enfrente de mí, sino que seguía el movimiento circular de la muralla.

Al pasar a mi lado, observé que presentaba una ligera excrescencia y, al alejarse, vi que se formaba otra deformación similar, y después una tercera y una cuarta, todas en diferentes partes de la muralla negra, que seguía girando lentamente; las cinco deformaciones no estaban a más de dieciocho pulgadas del piso.

Cuando la primera excrescencia estuvo a mi altura, observé que se había convertido en una clara protuberancia que apuntaba hacia mí. También alrededor de la móvil muralla aparecieron unas curiosas hinchazones.

Comenzaron a alargarse y a ensancharse, siguiendo el movimiento de la nube que giraba.

Una de ellas estalló, o se abrió, en su extremidad, permitiéndome ver el extremo

de un pálido, aunque inconfundible, hocico. Sólo duró un instante, pero fue lo suficiente para verlo perfectamente. Un minuto después, vi surgir otro a mi derecha través de la pared, y desaparecer con la misma rapidez. Me resultaba imposible mirar a la base de aquella extraña, negra y móvil muralla que rodeaba la barrera sin ver aquí o allá un hocico porcino curioseando furtivamente.

Observaba todo aquello en un estado mental ciertamente peculiar. Era tan grande la opresión de las cosas anormales que me rodeaban delante y detrás, por todas partes, que en cierta medida actuaba como un antídoto contra el miedo, ¿comprendéis? El efecto que producía en mí era como una confusión pasajera, en donde las cosas y el horror que estas me hacían sentir iban disolviendo su realidad. Me quedaba mirándolas lo mismo que un niño, en un tren a toda velocidad, contempla arrobado el paisaje nocturno que desfila rápidamente ante sus ojos, iluminado anormalmente por los hornos de industrias que no conoce. Eso es lo que intento explicaros.

Seguía llevando en los brazos a Bains, tan silencioso y tieso como siempre.

Los brazos y la espalda me dolían tanto que su tormento repercutía en todo mi cuerpo, aunque sólo me daba cuenta de ello cuando mi lucidez pasaba del plano psíquico al físico, o sea, cuando me movía para cambiarme a una posición o postura que resultase menos intolerable a mi espalda y brazos doloridos.

Entonces ocurrió un hecho nuevo... Un único gruñido, sordo pero enorme, resonó, tremendo y brutal, en la habitación, que hizo estremecerse el cuerpo inerme de Bains y que este le respondiera tres veces, con la voz de un lechón.

En la parte superior de la muralla que giraba alrededor de la barrera vi deshilacharse una parte de la nube oscura, y una pata de cerdo pasó a través de ella, hasta el corvejón, a unos nueve o diez pies sobre el piso. Mientras desaparecía gradualmente, oí un gruñido sordo al otro lado del velo de nubes, que fue creciendo en intensidad hasta convertirse en un estruendo bestial, formado por gruñidos, chillidos y aullidos de cerdo, armonizándose, si tal cosa puede decirse, en un sonido que constituía la melodía esencial del animal..., una mezcla de gruñido, chillido y aullido, que iba creciendo, fundiéndose por una parte los gruñidos, por otra los chillidos y por otra los aullidos, en un crescendo de horrores: los bestiales prolegómenos, anhelos, placeres y afanes que podrían oírse en cualquier gruta del Infierno... Pero es inútil, no podría narrároslo. Así que callaré, ya que me resulta imposible hacer que mis palabras puedan comunicaros el efecto que aquella melodía de gruñidos, aullidos y gritos me producía. Debido a su monstruosidad y su abominación, en aquel tumulto había algo, situado por debajo del horizonte del alma, de manera tan inexplicable, que el simple y ordinario miedo a morir, con toda su secuela de agonía, dolores y terrores, se convertía en un pensamiento de serenidad y santidad infinitas al compararlo con el miedo a los elementos desconocidos que

subyacían en aquella melodía de rugidos espantosos. Y, por si fuera poco, aquel sonido estaba junto a mí, dentro de la habitación..., sí, en aquella misma habitación, a mi lado. Sin embargo, no tenía la sensación de hallarme encerrado entre cuatro paredes, sino en medio de pasillos gargantuescos capaz de suscitar mil ecos. ¡Curioso! Esas fueron las dos palabras que acudieron a mi mente: pasillos gargantuescos.

Mientras el caos rampante de la melodía porcina repercutía en toda la habitación, llegó a través de él un único gruñido, el único y recurrente gruñido del CERDO; pues ya no tenía ninguna duda de que estaba oyendo los compases de una monstruosidad, los compases del CERDO.

En el Manuscrito Sigsand, la cosa se describe en términos parecidos a estos: «Sobre el Cerdo sólo el Todopoderoso tiene poder. Si durante tu sueño o en la hora de peligro oyes la voz del Cerdo, deja lo que estés haciendo y huye.

Pues el Cerdo forma parte de los Monstruos de Fuera, y ningún ser humano debe acercarse a él, ni proseguir sus quehaceres si ha oído su voz, pues, al principio de la vida del mundo, el Cerdo tenía poder y lo volverá a tener al final. Y como el Cerdo tuvo antaño poder sobre la Tierra, ansia tenerlo una vez más. Por tanto, terrible será el daño de tu alma si prosigues tu quehacer y dejas que la Bestia se te acerque. Y yo digo que si has atraído sobre ti este horrendo peligro, no te olvides de la Cruz, pues de todos los Signos es aquel por el que el Cerdo siente más horror.»

El pasaje es bastante más largo, pero no consigo recordarlo ahora. De todos modos, esto resume lo esencial.

Bueno, pues seguía con Bains en brazos, quien, durante todo aquel tiempo, había estado gruñendo como un cerdo. Y yo me preguntaba si no me iba a volver loco. Creo que el antídoto del aturdimiento que me producía aquella tensión constante me ayudó en todo momento.

Un minuto después, o quizá fueron cinco, experimenté una nueva y súbita sensación, como si se tratase de una advertencia que despertase todos mis embotados sentidos. Volví la cabeza, pero no vi nada detrás de mí. Al inclinarme hacia mi izquierda eché un vistazo a las negras profundidades que se abrían bajo mi codo izquierdo. En aquel momento, el estruendo porcino cesó, y me pareció estar mirando a través de millas de éter negro hacia algo que flotaba a lo lejos..., un pálido rostro flotando en la remota lejanía..., la cara de un puerco gigantesco.

Mientras miraba, atónito, aumentó de tamaño. Aparentemente sin moverse, la pálida cara del puerco se elevaba de las profundidades. Y entonces comprendí que estaba mirando al Cerdo.

Durante quizá un minuto entero me quedé mirando fijamente, a través de la negrura, a aquella cosa que se acercaba como un lejano planeta, pálido como la muerte, flotando en medio del vacío. Y entonces, sencillamente me desperté, como si dijéramos, a la plena posesión de mis facultades. Pues, lo mismo que cierto exceso en la tensión nerviosa a la que estuviera sometido había generado una especie de anestesia que tenía mucho de estupor y que me había resultado sumamente beneficiosa, aquel súbito y apabullante acto supremo de horror produjo la acción contraria, llevándome de la inercia a la acción. En un momento pasé de la apatía a una intensa actividad.

Sabía que había penetrado accidentalmente más allá de las «fronteras» usualmente establecidas, que me encontraba en un lugar donde ningún alma humana tenía derecho a estar y que en unos pocos minutos del miserable tiempo terrestre podría estar muerto.

No podría decir si Bains había pasado o no la línea de «no retorno». Le dejé cuidadosa, pero rápidamente, en el piso, entre las circunferencias interiores —o sea, entre los tubos violeta e índigo—, donde se quedó, gruñendo lentamente. Sintiendo que se acercaba el momento fatal, saqué mi revólver. Me parecía mejor asegurar nuestro propio fin antes de que aquella cosa de las profundidades estuviese más cerca, ya que cuando Bains, en su condición actual, cayera dentro del campo de lo que pudiera llamarse «fuerzas inductivas» del monstruo, dejaría de ser humano. Podía pasarle lo mismo que a Aster, quien se había quedado fuera de los pentáculos en «El caso del Velo Negro», o sea, lo que sólo puede ser descrito con los términos de cambio patológico o espiritual... En otras palabras, destrucción del alma.

Entonces me pareció que algo me decía que no disparase. Aquello me sonó un poco a superstición, pero en aquellos momentos estaba decidido a matar a Bains, y lo que me detuvo era un claro mensaje que me llegaba de fuera.

Sentí un gran escalofrío, pero de esperanza, porque pensé que las fuerzas que hacen girar la Esfera Exterior estaban interviniendo. Pero el mismo hecho de la intervención me probaba de nuevo el enorme peligro espiritual al que estábamos expuestos, ya que aquella inescrutable Fuerza Protectora sólo interviene interponiéndose entre el alma humana y las Monstruosidades del más Allá

Desde el momento en que recibí el mensaje, me erguí con la rapidez del relámpago y me volví hacia el pozo, franqueando el círculo violeta, y salté hacia la boca de la tiniebla. Debía correr el riesgo si quería alcanzar el cuadro de control que había quedado olvidado bajo la mesa, en el centro de la habitación.

No podía quitarme de encima la espantosa idea de que me arriesgaba a caer al fondo de aquellas abominables tinieblas. El piso era sólido bajo mis pies, pero me

parecía caminar sobre un vacío oscuro, como si lo hiciese sobre el cielo invertido, carente de estrellas, de una noche oscura, mientras la cara del Cerdo, que estaba cada vez más cerca, seguía subiendo de las lejanas profundidades hacia mis pies —una cosa silenciosa e increíble que surgía del abismo—, pálida, flotante, porcina, recortándose sobre la tremenda negrura.

Con dos rápidas y nerviosas zancadas, llegué hasta la mesa, que seguía en medio de la habitación, y cuyas patas de cristal parecían no descansar sobre nada. Agarré el tablero de mandos, haciendo deslizar la placa de vulcanita con que se ajustaba el control del tubo azul. La batería que lo alimentaba estaba a la derecha de una fila de siete, cada una marcada con la inicial del color correspondiente, de forma que en caso de emergencia se pudiesen localizar al instante.

Mientras conectaba el interruptor marcado con la correspondiente inicial, la «A», tuve un siniestro presentimiento de los peligros desconocidos a los que me había expuesto aquel corto viaje de dos pasos, pues la horrible sensación de vértigo volvió rápidamente, y durante un momento terrible todo a mi alrededor pareció enturbiarse, como si me encontrase mirando a través del agua.

Por debajo de mí, muy lejos, podía ver al Cerdo... De algún modo que no pude explicar, me pareció diferente..., más nítido, mucho más cercano, y sobre todo... enorme. Sentí que se me acercaba por momentos. De pronto tuve la impresión de que me estaba cayendo.

Sentí que una fuerza tremenda estaba siendo utilizada con la finalidad de obligarme a arrojarme al interior de aquella sima; entonces, sacando fuerzas de flaqueza, salté en medio de aquella especie de humo que parecía ocultarlo todo y llegué al círculo violeta, donde Bains yacía justo enfrente de mí.

Me senté en cuclillas y, proyectando ambos brazos hacia delante, deslicé las uñas de los dedos índice bajo la base de vulcanita de la circunferencia azul, levantándola del piso con el cuidado suficiente para poder meter debajo de ella los extremos de los dedos. Estuve atento para no sobrepasar el borde interno del reluciente tubo que seguía apoyado en su soporte de vulcanita, de dos pulgadas de ancho.

Me levanté muy lentamente, manteniendo el tubo azul de la manera indicada. Mis pies estaban entre las circunferencias índigo y violeta, y sólo la azul me separaba de una muerte instantánea: pues sabía que, si llegaba a partirse, debido al esfuerzo desacostumbrado que le estaba haciendo sufrir, al mantenerlo levantado de aquella manera, mis posibilidades de encontrarme en el otro mundo serían enormes.

Así pues, queridos amigos, imaginaos cómo me sentía. Era consciente de un ligero y desagradable picor que era más intenso en los extremos de los dedos y en los puños. El tubo azul parecía vibrar de manera extraña, como si se precipitase sobre él una lluvia de diminutas partículas, cayendo por millones. A lo largo de los tubos de cristal que estaban encendidos, y que distaban de mis manos un par de pies, una

extraña bruma compuesta de minúsculas chispas que crepitaban y se retorcían formaba un halo de apariencia extraordinaria.

Pasando por encima de la circunferencia índigo, empujé el tubo azul hacia la muralla de tinieblas en movimiento, que se desplazaba lentamente, lo que ocasionó que se suscitase una ondulación de minúsculos relámpagos que saltó hacia él. Los relámpagos corrieron a lo largo del tubo de vacío hasta que llegaron al lugar en donde éste se intersecaba con el índigo, desapareciendo en él con unos chasquidos claramente audibles.

Mientras avanzaba lenta y cuidadosamente, llevando el tubo azul, ocurrió algo extraordinario: la móvil muralla de tinieblas retrocedió ante él, formando una gran bolsa de sombras, y pareció disminuir de grosor. Bajando el borde del tubo hacia el piso, pasé por encima de Bains y me dirigí derecho hacia la boca del pozo, levantando el otro borde del tubo sobre la mesa. Dio un crujido, como si fuese a partirse en dos mientras lo levantaba, pero finalmente resistió.

Cuando volví a mirar de nuevo hacia las profundidades de la sombra, vi debajo de mí la cabeza terriblemente pálida del Cerdo, flotando en un nimbo de noche. Me extrañó el hecho de que pareciese brillar débilmente... con una vaga luminosidad. Y que estuviese muy cerca..., relativamente hablando, ya que en aquel vacío oscuro resultaba imposible apreciar las distancias.

Cogiendo nuevamente el extremo del tubo azul, como había hecho antes, lo llevé por delante de mí, hasta que sobrepasó en su mitad la circunferencia índigo. Cogí a Bains y le conduje hasta la porción de piso que se hallaba guardado por la parte de la circunferencia azul que se encontraba fuera de la «defensa». Acto seguido, volví a coger el tubo y lo moví hacia delante todo lo deprisa que podía, temblando cada vez que oía crujir sus juntas debido al esfuerzo a que le estaba sometiendo. Durante todo el tiempo, la móvil muralla hecha de jirones de nube retrocedía ante el borde del tubo azul, creando una concavidad sorprendente, como si recibiese el soplo de un viento inaudible.

De cuando en cuando, el tubo azul era recorrido por pequeñas descargas luminosas, lo que motivó que comenzase a preguntarme si podría soportar la «tensión» hasta que le hubiera sacado de la «defensa».

Una vez hecho, esperaba que el esfuerzo anormal que se ejercía sobre nosotros cesase, para concentrarse principalmente alrededor de la «defensa», respondiendo a las atracciones de la «tensión» negativa.

Justo en aquel momento, oí un golpe seco a mi espalda, y el tubo azul, que se hallaba fuera de los de color violeta e índigo, vibró y cayó al suelo. En el mismo instante hubo como un lento estruendo de trueno y un extraño bramido.

La negra muralla circular se hizo menos densa y la habitación volvió a ser la de siempre, aunque no pude ver en ella nada nuevo, excepto un peculiar resplandor

azulado que pareció retorcerse sobre el piso.

Al volverme para mirar la «defensa» observé que estaba rodeada por la muralla circular de la nube negra que, vista desde fuera, tenía un aspecto sumamente extraño. En cierta forma parecía un embudo truncado de bruma negra que girase, llegando desde el techo hasta el piso, y en cuyo interior pudiesen verse, en ocasiones claramente, en otras no tanto, los tubos índigo y violeta. Mientras la estaba mirando, toda la habitación pareció llenarse súbitamente de una ominosa presencia que me oprimió con ese tipo de terror que siempre anuncia la auténtica esencia de la muerte del espíritu.

Me arrodillé al lado de Bains, dentro del círculo azul, completamente confuso y sin saber qué iniciativa tomar; como si dijéramos, temporalmente paralizado. Era incapaz de pensar en ningún plan de escapatoria, y tampoco parecía que nada me importase en aquel momento. Comprendía que había escapado por muy poco de la destrucción inmediata y eso tenía como resultado que me encontrase en un sorprendente estado de indiferencia en lo concerniente a cualquier horror menor que pudiese sobrevenirme.

Entre tanto, Bains había permanecido inmóvil tumbado sobre un costado.

Le puse boca arriba y miré su rostro. Dada su actual condición, tuve cuidado de no mirarle fijamente a los ojos, ya que en caso de haber franqueado la «línea de no retorno», podría ser peligroso. Quiero decir que, si la porción «vagabunda» de su esencia hubiera llegado a ser asimilada por el Cerdo, éste habría tenido acceso espiritual a Bains, quien ya podría no ser más que una forma exterior de hombre, cargada con las radiaciones del monstruoso yo del Cerdo, y por tanto capaz de ejercer lo que, a falta de un término más apropiado, podría definirse como «fuerza de contaminación psíquica»; en efecto, ese tipo de fuerzas se transmite más deprisa con la mirada que mediante cualquier otro medio y es capaz de producir desarreglos mentales de características extremadamente peligrosas.

Pero no me pareció apreciar en la mirada de Bains nada más que un cansancio extraordinario. No me refiero a lo que vi en sus pupilas, sino a lo que me fue comunicado por una acción refleja transmitida por el «ojo mental» al ojo físico, que confiere a éste el pensamiento en lugar de la vista. No sé si me comprendéis.

Repentinamente, de todos los puntos de la habitación llegó el estruendo de innumerables pezuñas, como si el lugar resonase con los ecos suscitados por mil cerdos que, sin previo aviso, hubiesen pasado de la inmovilidad más absoluta a la más demencial de las carreras. Aquel tumulto de gritos bestiales parecía dirigirse como una ola hacia el extraño embudo formado por las oscuras nubes que giraban alrededor de los tubos violeta e índigo, yendo del piso hasta el techo.

Cuando cesó aquel estruendo, vi que una cosa se estaba materializando en medio de la «defensa». Se iba elevando lenta y regularmente. Parecía lívida y enorme a

través del anublado vórtice... Era un pálido y monstruoso hocico surgiendo de aquel abismo insondable. Cada vez se encontraba más alto. A través del tenue y brumoso velo, vi un diminuto ojo... Jamás podré volver a ver el ojo de un cerdo sin revivir de nuevo algo de lo que entonces sentí. Era el ojo de un cerdo, pero animado de una especie de nefanda inteligencia.

6

Fui presa de un terror mortal, pues comenzaba a ver el comienzo del fin que había estado temiendo todo el tiempo... A través del lento movimiento giratorio de la cortina de nubes, vi que el tubo violeta había comenzado a levantarse del piso. Estaba siendo impulsado hacia arriba por el empuje del monstruoso hocico.

Entornando los párpados para ver a través del embudo de nubes que giraban, observé que el tubo violeta había comenzado a fundirse y a convertirse en riachuelos de llamas de color violeta que resbalaban por las pálidas comisuras del hocico. Y mientras se fundía, la atmósfera de la habitación experimentó un cambio. El negro embudo comenzó a brillar con un resplandor rojo oscuro, y una vivida luminosidad roja llenó la habitación.

El cambio era similar al que se observa cuando se está mirando, a través de un vidrio ahumado, algún objeto luminoso y de repente se quita el vidrio.

Pero, además, había otro cambio que pude comprobar directamente. Era como si la horrible presencia que había en la habitación se hubiese acercado a mi alma. No sé si me explico claramente. Antes había experimentado un sentimiento de opresión espiritual muy parecido al que se siente cuando, en un día lúgubre y sombrío, uno se entera de la muerte de alguien. Pero en aquellos momentos estaba sufriendo una amenaza salvaje y tenía la sensación evidente de que una cosa nefanda estaba muy cerca de mí. Era horrible, sencillamente horrible.

Y entonces Bains se movió. Por primera vez desde que se quedó dormido dejaba de estar en tensión; de repente, poniéndose boca abajo, adoptó curiosamente una postura de animal y se lanzó a la carrera, intentando saltar por encima del tubo azul, hacia la cosa que estaba en la «defensa».

Lancé un alarido y di un brinco para intentar atraparlo; pero no fue mi voz la que lo detuvo, sino el tubo circular de color azul. Le hizo retroceder como si una mano invisible le hubiese empujado hacia atrás. Levantó la cabeza como un cerdo, chillando de la misma manera, y comenzó a dar vueltas en los confines interiores del tubo azul. No dejó de correr, intentando en dos ocasiones cruzarlo para ir al encuentro del horror que permanecía en el interior del remolinante embudo de tinieblas. En ambas ocasiones fue repelido hacia atrás, chillando como un cerdo de buen tamaño, mientras el sonido repercutía horriblemente en el interior de la habitación, como si proviniese de algún lugar en la lejanía.

Yo ya estaba completamente seguro de que Bains había franqueado la «línea de no retorno», lo que añadió un nuevo horror y una nueva desesperanza a mi pena, así como otro temor más que añadir al que ya me embargaba. Sabía que, si aquel pensamiento era cierto, entonces no era Bains quien se encontraba conmigo en el interior del círculo, sino un monstruo, y que, si quería tener una última posibilidad de salvación, tenía que arrojarle fuera de él.

Ya había dejado de dar vueltas en vano y estaba echado de costado, gruñendo continua y débilmente, de una manera un tanto lúgubre. Como la cortina de nubes que seguían girando se había adelgazado un poco, podía ver con cierta nitidez aquella pálida cara. Seguía elevándose, pero lentamente, muy lentamente, lo que suscitó en mí la esperanza de que hubiera sido contenida por la «defensa». Entonces vi claramente que el horror estaba mirando a Bains. En aquel momento, salvé la vida y el alma al volver la cabeza hacia donde se encontraba Bains, ya que la cosa que estaba en el piso cerca de mí y que tenía su misma apariencia se disponía a cogerme de los tobillos. Otro segundo más y habría sido arrojado fuera. ¿Os imagináis lo que eso habría significado?

No era momento de dudas, así que me limité a dar un salto y caer de rodillas encima de la espalda de Bains. Tras una breve lucha, se tranquilizó; pero me quité los tirantes y los utilicé para atarle las manos. Debo añadir que entonces me estremecí, como si estuviese tocando algo monstruoso.

Para entonces, el resplandor rojizo de la habitación era considerablemente más oscuro y toda la habitación estaba menos iluminada. La destrucción del círculo violeta había reducido perceptiblemente la luz; pero las tinieblas a que me refiero se debían a algo más que a eso. Daba la impresión de que algo había venido a sumarse a la atmósfera de la habitación..., una especie de penumbra que, a pesar de la luz que emitían los círculos azul e índigo dentro del embudo de nubes, era fundamentalmente rojiza.

Enfrente de mí, el imponente monstruo amortajado de nubes, que se encontraba en el interior del círculo índigo, parecía inmóvil. Durante todo el tiempo podía ver su vaga silueta, pero sólo cuando el embudo de nubes disminuyó su espesor pude verlo

claramente..., un hocico enorme, grande como un montículo, desprendiendo una débil luminosidad blancuzca, con uno de sus gargantuescos costados vuelto hacia mí y, cerca de la base de aquella enormidad, una minúscula rendija donde relucía un ojillo blanquecino.

Al poco tiempo, a través de la delgada capa de vapores oscurorrojizos, vi algo que fulminó todas mis esperanzas y que me llenó de horrible desesperanza: el tubo índigo, la última barrera de la defensa, iba siendo empujado lentamente hacia arriba... El Cerdo había comenzado a levantarse.

Podía ver su espantoso hocico sobresaliendo fuera de la nube. Despacio, muy despacio, se iba elevando hacia el techo, arrastrando consigo el tubo índigo.

En el silencio de muerte de la habitación tuve la extraña sensación de que la eternidad estaba en suspenso y detenida, como si algunas Potencias estuviesen enteradas del horror que había llevado al mundo... Y sentí que estaba llegando algo..., algo que venía de lejos, de muy lejos. Era como si una parte recóndita de mi cerebro lo supiese. ¿Comprendéis? En algún lugar de las alturas del espacio, había una luz que se dirigía hacia mí. Me parecía oírla llegar. Podía ver el cuerpo de Bains en el suelo, encogido, informe e inerte.

Dentro del oscilante velo de nubes, el monstruo aparecía como un vasto y pálido montículo, tenuemente luminoso, con una jeta enorme..., una infernal colina de monstruosidad, pálida y mortal bajo la luz rojiza que llenaba la atmósfera de la habitación.

Algo me decía que la abominación estaba realizando un esfuerzo final para acabar antes de que llegara la ayuda que estaba en camino. Observé que el tubo índigo ya estaba a algunas pulgadas por encima del suelo, y a partir de entonces esperé verlo explotar en cualquier momento y transformarse en un torrente de llamas de color índigo, derramándose sobre las pálidas comisuras de la jeta. Pude ver el tubo moviéndose hacia arriba a velocidad perceptible. El monstruo iba a vencer.

Llegando de alguna región del espacio, retumbó el sonido bajo y continuo de un trueno. La cosa enorme se acercó rápidamente, pero no pudo llegar a tiempo. El trueno pasó de un sonido bajo, casi un murmullo, a otro muchísimo más profundo... Siguió creciendo en intensidad y entonces vi que el círculo índigo, que aún relucía a través de la neblina rojiza de la habitación, estaba a una altura de un pie sobre el piso. Me pareció observar un ligero crepitar en su luz... El último tubo de la barrera había comenzado a fundirse.

En aquel instante, el atronar de la cosa que venía volando del espacio, y que mi cerebro percibía con tanta claridad, se convirtió en un rugido ensordecedor por el efecto de la aplastante velocidad, haciendo que la habitación vibrase y se estremeciese por la inmensidad del estruendo. Un extraño relámpago de llamas azuladas hendió de arriba abajo en un instante el nuboso embudo y, durante una

fracción de segundo, vi la monstruosidad del Cerdo, rígida, pálida y espantosa.

Se cerraron los bordes del embudo, volviendo a ocultar de mi vista aquella cosa, mientras el oscuro vórtice era rápidamente contenido en un domo de intenso color azul... ¡El mismísimo color de Dios! De repente, me pareció que la nube había desaparecido, y desde el piso hasta el techo de la habitación, con una majestuosidad imponente, como si fuese una Presencia viviente, no hubo más que aquel domo de fuego azul, rodeado de tres anillos de fuego verde equidistantes entre sí. No hubo ningún sonido ni movimiento, ni incluso ninguna vacilación, ni yo pude ver nada en aquella luz; pues mirar en ella era como contemplar el frío azul del cielo. Pero yo estaba seguro de que lo que había venido en nuestra ayuda era una de aquellas inescrutables fuerzas que gobiernan la revolución de la Esfera Exterior, ya que el domo de luz azul, rodeado de los tres anillos verdes de silencioso fuego, era el signo externo o visible de una enorme fuerza, indudablemente de carácter defensivo.

Durante diez minutos de absoluto silencio permanecí en el interior del círculo azul, vigilando el fenómeno. Minuto a minuto, vi cómo realmente aquel repulsivo color rojo iba desapareciendo de la habitación, mientras la claridad iba aumentando de forma notable. Y según había más claridad, el cuerpo de Bains comenzó a destacarse del informe dominio de las sombras, detalle tras detalle, hasta que pude ver los tirantes con los que le había atado las muñecas.

Y mientras le miraba, se movió ligeramente, y con voz débil, pero perfectamente cuerda, dijo:

—¡He vuelto a tenerlo! ¡Dios mío! ¡He vuelto a tener el sueño!

7

Me arrodillé rápidamente a su lado y aflojé los tirantes de sus muñecas, ayudándole a darse la vuelta y a sentarse. Me cogió un brazo con ambas manos, un poco asustado.

—A pesar de todo, me quedé dormido —dijo—. Y otra vez he vuelto a estar allá abajo. ¡Dios mío! Por poco me coge esta vez. Estaba allá abajo, en aquel lugar odioso, y parecía estar justamente detrás de una esquina enorme, y yo no podía

retroceder. Me parecía que llevaba siglos luchando. Sentía que me iba a volver loco, ¡loco! Por poco me quedo en el Infierno. Podía oír que usted me llamaba desde una altura espantosa. Podía oír su voz que despertaba ecos a lo largo de pasillos amarillos. Eran amarillos. Lo sé. Y aunque quería volver no podían.

—¿No me vio? —le pregunté, cuando dejó de hablar, ya sin resuello.

—No —contestó, apoyando la cabeza contra mi hombro—. Le diré que poco le faltó esta vez para cogerme. Jamás me atreveré a dormir mientras viva. ¿Por qué no me despertó?

—Lo intenté —le dije—. Le he llevado en brazos casi todo el tiempo. Usted me miraba a los ojos como si supiera perfectamente donde se encontraba.

—Lo sé —murmuró—. Ahora recuerdo; pero usted parecía estar en lo alto de algún pozo espantoso, millas y millas por encima de mí, mientras aquellos horrores gruñían, chillaban y aullaban, intentando atraparme e impedirme que volviera. Pero yo no podía ver nada..., sólo las paredes amarillas de aquellos pasillos. Y, durante todo el tiempo, sabía que había algo al otro lado del pasillo.

—En cualquier caso, ahora ya está a salvo —comenté—. Y le garantizo que lo estará en el futuro.

La habitación se encontraba a oscuras, excepto por la luz del círculo azul.

El domo había desaparecido, el remolinante embudo de nube oscura se había desvanecido, el Cerdo se había marchado y el tubo índigo se había apagado. La atmósfera de la habitación había vuelto a ser la de siempre, como comprobé al mover el mando que estaba cerca de mí y disminuir la potencia defensiva del círculo azul para poder «sentir» la tensión exterior. Acto seguido me volví hacia Bains.

—Venga conmigo —le dije—. Antes de ir a descansar, tomemos algo.

Pero Bains se había quedado dormido, como un niño cansado, apoyando la cabeza sobre sus manos, como si fuesen una almohadas.

«¡Pobre diablo! —recuerdo haber dicho para mí, mientras le cogía en brazos— ¡Pobre Diablo!»

Fui hasta el cuadro de control y corté la corriente, para interrumpir la pulsación protectora en «V» que llegaba hasta las cuatro paredes y la puerta; entonces saqué fuera de la habitación a Bains, para que encontrase de nuevo la dulce normalidad cotidiana. Era maravilloso salir de aquella cámara de horrores, y más maravilloso aún ver al otro lado del pasillo la puerta de mi dormitorio, abierta de par en par, con la cama tan confortable y con las sábanas tan blancas como de costumbre..., algo tan corriente y tan humano. ¿Lo comprendéis, queridos amigos?

Llevé a Bains a la habitación y le acosté en el diván; entonces fui consciente del estado en que me encontraba, pues, cuando quise servirme de beber, derramé la botella y tuve que ir a coger otra.

Después de haber dado de beber a Bains, me fui a la cama.

—Ahora —dije—, míreme fijamente a los ojos. ¿Me oye? A partir de este momento va a dormir, tranquila y profundamente y, si algo le molesta, obedézcame y despiértese. Ahora... ¡duerma..., duerma..., duerma!

Hice unos pases sobre sus ojos media docena de veces y se quedó dormido como un niño. Sabía que, si el peligro volvía de nuevo, me obedecería y se despertaría. Había decidido curarle, en parte mediante sugestión hipnótica, y en parte aplicándole un determinado tratamiento eléctrico del que se encargaría el doctor Witton.

Aquella noche dormí en el diván. Cuando, a la mañana siguiente, eché un vistazo a Bains, vi que aún dormía. No le desperté y me fui a la sala de experimentación para examinar los resultados de lo que nos había sucedido. Y lo que encontré me resultó sorprendente. Al entrar en la habitación tuve una extraña sensación, como podéis imaginaros. Era extraordinario encontrarse allí, bajo la luz azulada de las ventanas «tratadas», y ver el círculo azul que aún seguía luciendo, allí donde lo había dejado; y, más allá, la «defensa» formada por sus circunferencias concéntricas, todas apagadas; y en el centro, la mesa de patas de cristal, donde, pocas horas antes, me había visto desbordado por la terrible monstruosidad del Cerdo. Os diré que mientras me encontraba allí, mirando, todo aquello me parecía como un sueño salvaje y terrible. Antes de lo sucedido ya había realizado en aquella habitación algunos experimentos ciertamente curiosos, como sabéis, pero jamás había estado tan cerca de la catástrofe.

Dejé la puerta abierta, porque no me apetecía estar encerrado, y me dirigí a la «defensa». Tenía gran curiosidad por ver lo que había ocurrido, físicamente hablando, por efecto de una fuerza tan grande como la del Cerdo. Encontré

signos inconfundibles que probaban que aquella cosa había sido una manifestación Saaitii, pues la fusión del tubo violeta no había sido una ilusión psíquica ni física. Nada quedaba de él, excepto un anillo de manchas de vidrio fundido. La base de caucho se había fundido totalmente, pero el piso y todo lo demás estaba intacto. Como veis, con frecuencia las manifestaciones Saaitii pueden atacar y destruir el material defensivo, sirviéndose incluso de él para sus fines.

Pasando por encima del círculo externo, observé de cerca el círculo índigo y vi que su vidrio se había fundido claramente en varios lugares. Un poco más y el Cerdo hubiese podido liberarse y expandirse en la atmósfera de la Tierra como una niebla invisible de horror y destrucción. Pero en el instante preciso, había llegado la salvación. Me pregunto si comprendéis los sentimientos que me asaltaban mientras seguía allí, mirando la «barrera» destruida.

Carnacki comenzó a vaciar su pipa, lo que siempre era señal de que había terminado su narración y estaba listo para responder a las preguntas que quisiésemos hacerles.

Taylor fue el primero en hacer uso de la palabra.

—¿Por qué no utilizaste el pentáculo eléctrico además del nuevo, compuesto por círculos de colores?

—Porque el pentáculo es solamente defensivo, y por el hecho de que lo que yo quería era tener la posibilidad de operar una «focalización» durante la primera parte del experimento, y en el crítico momento cambiar las combinaciones de los colores para obtener una «defensa» contra lo que hubiese obtenido mediante la «focalización». Creo que me sigues. Veréis —prosiguió, al ver que no habíamos captado lo que quería decir—, no puede realizarse una «focalización» en el interior de un pentáculo, ya que este sólo posee carácter «defensivo». Incluso si hubiese cortado la corriente del pentáculo eléctrico, habría tenido que contentarme con su peculiar e indudable poder «defensivo», que parece ser debido a su forma, y eso habría sido suficiente para «perturbar» la focalización. En las nuevas investigaciones que estoy llevando a cabo me veo obligado a operar una «focalización», lo que me impide recurrir al pentáculo.

Pero no estoy muy seguro de todo esto. Estoy convencido de que mi nueva «defensa de espectro» se revelará absolutamente invulnerable, cuando haya aprendido a utilizarla, lo que me llevará algún tiempo. Este último caso me ha enseñado algo. Jamás había pensado combinar el verde con el azul; pero los tres anillos verdes del domo azul me han dado qué pensar. ¡Si conociese las combinaciones correctas! Estas combinaciones de colores son lo que tengo que estudiar. Conoceréis mejor su importancia si os recuerdo que el verde es, en cierto modo, más mortal que el mismísimo rojo..., que es el más peligroso de todos los colores.

—Carnacki —dije—, explícanos, si puedes, qué era el Cerdo. Me refiero a qué tipo de monstruosidad pertenecía. ¿De veras lo viste, o sólo fue una especie de sueño horrible y peligroso? ¿Cómo sabías que era uno de los Monstruos del Exterior? ¿Y cuál es la diferencia entre el peligro que representaba y la manifestación que observaste en «El caso de la Puerta del Monstruo»? ¿Y qué...?

—¡Calma! —exclamó Carnacki, con una sonrisa—. Cada cosa a su tiempo.

Contestaré a todas tus preguntas, pero no creo que lo haga en el orden en que me las formulas. Así pues, si me preguntas que si he visto al Cerdo, te diré que, desde un punto de vista general, las cosas de naturaleza «espectral» no se ven con los ojos, sino a través del «ojo de la mente» que, como es de características psíquicas, no siempre se encuentra desarrollado hasta el estado deseado que nos permitiría utilizarlo para completar la información que al cerebro le llega mediante los ojos físicos. Comprended que, si vemos cosas «espectrales», se debe a que el ojo de la mente está trabajando en dos niveles: el primero informa al cerebro de lo que está viendo; el segundo, de lo que están viendo los ojos físicos. Estas dos visiones se mezclan de tal suerte que tenemos la impresión de ver a través de nuestros ojos físicos todo lo que

está siendo revelado al cerebro.

Y así nos parece que vemos tanto lo material como lo inmaterial de las situaciones, que cada parte recibe y revela al cerebro, gracias a los mecanismos apropiados, de forma que todo lo que vemos de esa manera parece tener una misma característica de realidad..., o sea, que se nos aparece igual de real. ¿Me seguís?

Todos asentimos, y Carnacki continuó.

—Del mismo modo, si algo amenaza a nuestro cuerpo psíquico, en general tendremos la impresión de que nuestro cuerpo físico se halla amenazado, por el hecho de que nuestras sensaciones e impresiones psíquicas se superponen a las físicas, de la misma manera que lo hacen las visiones psíquica y física. Nuestras sensaciones se mezclan de tal manera que resulta imposible distinguir lo que sentimos físicamente de lo que sentimos psíquicamente. Para explicarlo mejor, pondré el siguiente ejemplo: en el transcurso de una aventura «espectral», un hombre puede experimentar la sensación de que está cayendo. Es decir, en el sentido físico del término; quizá sea su entidad psíquica o ser (llamadlo como queráis) lo que esté cayendo. Pero lo que se presenta a su cerebro es la sensación de caída, y nada más, ¿comprendéis? Por cierto, tened la amabilidad de no olvidar que, aunque sea el cuerpo psíquico el que cae, el peligro no es menor. Me refiero a la sensación que tuve de caerme cuando me situé en la boca del pozo. Mi cuerpo físico podía caminar sobre él con completa libertad, sintiendo bajo los pies la solidez del piso; pero mi cuerpo psíquico estaba corriendo el auténtico peligro de caerse en él. Con toda seguridad puedo decir que tiré hacia arriba de mi cuerpo psíquico, gracias a la fuerza que me proporcionó el instinto de conservación. Pues para mi cuerpo psíquico, el pozo era tan real e inmediato como lo habría sido el pozo de una mina de carbón para mi cuerpo físico. Sólo el empujón de mi fuerza vital impidió a mi cuerpo psíquico separarse de mí, y caer como una pluma hacia las interminables profundidades, obedeciendo al gigantesco influjo del monstruo.

»Como recordaréis, el influjo del Cerdo era tan grande, comparado con mi instinto de conservación, que psíquicamente comencé a caer. Inmediatamente, mi cerebro registró una sensación idéntica a la que habría acusado de haber sido mi cuerpo físico el que caía. Me estaba arriesgando de manera temeraria, pero bien sabéis que no tenía otro remedio si quería llegar hasta el tablero de control y las baterías. Cuando tuve la sensación física de caída y me pareció ver a mi alrededor los sombríos y brumosos bordes del pozo, era mi ojo de la mente el que transmitía al cerebro lo que estaba viendo. En aquel momento, mi cuerpo psíquico había comenzado a caer y ya se encontraba por debajo del agujero del pozo, pero aún seguía en contacto conmigo. En otras palabras, mis «auras» físico-magnética y psíquica aún estaban entremezcladas. Mi cuerpo físico seguía firmemente apoyado en el piso de la habitación, pero si no hubiese estado realizando durante todo el tiempo

un esfuerzo de voluntad para mantenerlo cerca, mi cuerpo psíquico habría roto completamente el contacto conmigo, y se habría ido, como un meteorito espectral, obedeciendo el influjo del Cerdo.

»La curiosa sensación que había tenido al abrirme camino a través de un obstáculo, no era en absoluto una sensación física, al menos en el sentido en que entendemos este término, sino más bien la sensación psíquica de que estaba obligando a mi yo a que volviese de aquella «discontinuidad» que ya se había abierto entre mi cuerpo psíquico, que estaba cayendo y que se encontraba por debajo del borde del pozo, y mi cuerpo físico, que seguía estando de pie en el piso de la habitación. Y aquella «discontinuidad» estaba ocupada por una energía que se esforzaba por impedir que mi cuerpo y mi alma volviesen a unirse. Fue una experiencia terrible. ¿Recordáis cómo podía ver con mi cerebro a través de los ojos de mi cuerpo psíquico, que éste estaba cayendo por debajo de mí? ¡Eso sí que fue algo extraordinario para guardar en el recuerdo!

»Mas sigamos con el tema. Todos los fenómenos «espectrales» resultan extremadamente difusos en estado normal. Sólo son activos, y muy peligrosos desde el punto de vista físico, cuando se hallan concentrados. El mejor ejemplo que se me ocurre es el de la electricidad, que a todos nos resulta familiar (un fenómeno que, dicho sea de paso, todos nos sentimos propensos a comprender, por haberle dado un nombre y haberlo «domesticado», por utilizar una expresión coloquial), pero sin llegar a comprenderlo del todo, pues aún sigue siendo para nosotros un misterio total. Bueno, pues la electricidad, cuando se difunde, viene a ser «algo imaginado e indefinible», pero cuando se concentra puede matarle a uno. ¿Entendido?

»Considerad esta explicación como una ilustración muy, pero que muy, pedestre de lo que es el Cerdo. Es una de esas nubes de «nebulosidad», millones de millas de largas, que se encuentran en la Esfera Exterior. Este es el motivo por el que a esas nubes de fuerza les doy el nombre de Monstruos del Exterior.

»Pero, ¿cuál es su naturaleza?... Bueno, ésta sí que es una pregunta difícil de responder. A veces me pregunto si Dodgson se da cuenta de lo imposible que resulta contestar a algunas de sus preguntas —y al decir aquello, Carnacki se rió—. Intentaré contestarle de manera rápida. Alrededor de este planeta, y, presumiblemente alrededor de otros, hay esferas de lo que podíamos llamar «emanaciones». Se trata de un gas extremadamente luminoso, al que llamaré éter. ¡Pobre éter, lo que trabajó en su época!

»Recordad por un momento vuestros días de escolares, y retened en la memoria que antaño la Tierra fue una esfera de gases extremadamente calientes. Estos gases se condensaron para formar materias «sólidas»; pero hubo algunos que no se solidificaron..., como, por ejemplo, el aire. Bien, pues ya tenemos la esfera terrestre, hecha de materia sólida sobre la que podemos dar una patada todo lo fuerte que

queramos; y alrededor de esta esfera se encuentran otras más de gases cuyos componentes son, en gran parte, responsables de la vida tal como la conocemos..., o sea, el aire.

»Pero no es esa la única esfera de gas que flota a nuestro alrededor. Me he visto en la necesidad de postular la existencia de otras esferas de gas, más amplias y sutiles, que forman capas superpuestas y que se encuentran alrededor de nosotros, pero a gran altitud. Forman lo que he llamado las «Esferas Interiores». A su vez se hallan rodeadas por una esfera o capa constituida por lo que, a falta de un término mejor, denominaré «emanaciones».

»Esta esfera que he denominado no puede encontrarse a menos de cien mil millas de la Tierra, y tiene un espesor que he estimado que ha de encontrarse comprendido entre los cinco y diez millones de millas. Creo, aunque no pueda probarlo, que gira en sentido opuesto al de la Tierra, ya que en ello se basa la teoría que ha permitido construir cierta máquina eléctrica.

»Tengo razones para creer que la revolución de la Esfera Exterior se ve perturbada, de vez en cuando, por causas que me resultan completamente desconocidas, pero que considero que deben basarse en fenómenos físicos. Bien, pues esta Esfera Exterior es la Esfera Psíquica, que también lo es física. Para ilustrar lo que quiero decir, volveré al ejemplo de la electricidad: de la misma forma que se nos reveló como algo que era totalmente diferente de nuestras anteriores concepciones de la materia, la Esfera Exterior, o Psíquica, difiere de todo lo que habíamos pensado respecto a la materia. Sin embargo, no deja de ser de naturaleza física en sus orígenes; y en el sentido en que la electricidad es de carácter físico, la Esfera Exterior o Psíquica, está compuesta de elementos físicos. Físicamente y hablando en imágenes, es a la Esfera Interior lo que ésta es a las capas superiores del aire, y ese aire (que nos resulta familiar) es a las aguas lo que éstas al mundo sólido. ¿Captáis el sentido de mi razonamiento?

Todos asentimos con la cabeza, y Carnacki prosiguió.

—Bueno, pues ahora apliquemos todo esto adonde quiero llegar. Sugiero que esas nubes de Monstruosidad de varios millones de millas de longitud, que flotan en la Esfera Psíquica o Exterior, han nacido de los elementos que la componían. Se trata de tremendas fuerzas psíquicas, engendradas por sus elementos, de la misma manera que un pulpo o un tiburón lo son por el mar, o un tigre o cualquier otra fuerza física nace de los elementos de su entorno terrestre o aéreo.

»Vayamos más lejos. El hombre físico está constituido en su totalidad por los elementos de la tierra y del aire, contando entre ellos la luz del sol, el agua y otros «condimentos». En otras palabras, sin tierra ni aire no podría EXISTIR.

Pero, para formularlo de otra manera, la tierra y el aire engendran los materiales del cuerpo y del cerebro, y tal vez por ello la maquinaria de la inteligencias.

»Apliquemos ahora esta línea de pensamiento a la Esfera Psíquica o Exterior, la cual, aunque de una manera tan sutil que sólo podría compararla pedestremente a nuestra concepción del éter, contiene, no obstante, todos los elementos necesarios para la producción de algunas fases de la fuerza y de la inteligencia. Pero estos elementos se parecen tan poco a la materia como las emanaciones de una esencia aromática a la propia esencia. Del mismo modo, la capacidad de la Esfera Exterior para producir fuerza e inteligencia se parece tan poco a la capacidad análoga que poseen la tierra y el aire, que los resultados de la actividad de la Esfera Exterior son parecidos a los generados por la tierra y el aire. No sé si os habrá quedado claro.

»Así pues, me parece que nos encontramos ante el concepto de un inmenso mundo psíquico, generado a partir del físico, situado muy lejos de él y rodeándolo completamente, a excepción de las puertas de las que espero hablaros otra tarde. Este enorme mundo psíquico de la Esfera Exterior «procrea», si se me permite la expresión, sus propias fuerzas psíquicas e inteligencias, monstruosas o no, exactamente igual que nuestro mundo produce sus propias fuerzas físicas e inteligencias..., seres, animales, insectos, etc., monstruosos o no.

»Las monstruosidades de la Esfera Exterior son hostiles a todo lo que consideramos como deseable, de la misma manera que un tiburón o un tigre pueden ser considerados hostiles, desde el punto de vista físico, a todo lo que consideramos deseable. Son depredadoras..., lo mismo que cualquier fuerza positiva. Tienen deseos que proyectan sobre nosotros, mucho más terribles que los nuestros para una oveja inteligente que fuese capaz de comprender los móviles por los que ansiamos conseguir sus despojos. Saquean y destruyen para satisfacer sus deseos y apetitos, exactamente igual que otras formas de existencia saquean y destruyen para satisfacer los suyos. Y los apetitos de esos monstruos, fundamentalmente, si no siempre, se hallan dirigidos hacia la entidad psíquica de los seres humanos.

»Pero creo que esto es todo lo que puedo contaros esta noche. Alguna otra tarde intentaré hablaros del misterio tremendo que suponen las Puertas Psíquicas. Mientras tanto, ¿he conseguido aclararte algunas cosas, Dodgson?

—Sí y no —respondí—. Has hecho lo posible por conseguirlo, pero aún quedan mil cosas más que me gustaría conocer.

Carnacki se levantó.

—¡Fuera todo el mundo! —dijo, usando su fórmula, ya acuñada, en términos cariñosos—. ¡Fuera todo el mundo! Tengo ganas de dormir.

Le estrechamos la mano y nos fuimos caminando hacia el Embankment, que se encontraba en silencio.